

Alfredo Conde *de*

HUESOS DE SANTO

Lectulandia

Con el hallazgo del acicalado y bellissimo cadáver de Sofía Esteiro y un «atentado aéreo» contra la hija del delegado del Gobierno de Galicia arranca esta novela en la que el comisario Andrés Salorio, que se las pintaba muy felices en sus últimos años antes de jubilarse, tendrá que enfrentarse tanto a un enigmático caso de homicidio como a las trapacerías de su familia más cercana y de sus colaboradores. Por no hablar siquiera de sus conflictos con los poderes establecidos, que pueden desembocar en un violento choque con el delegado del Gobierno y en un tremendo topetazo con la Iglesia.

En una obra que retrata de un modo exquisito y muy eficaz las relaciones que se establecen en una pequeña ciudad, Alfredo Conde construye una ingeniosa y divertidísima novela, llena de las más desconcertantes pistas falsas y en la que, por los caminos más insospechados, conduce al lector hasta el mismísimo sepulcro del apóstol Santiago, donde le aguardan nuevas sorpresas.

Lectulandia

Alfredo Conde

Huesos de santo

Comisario Salorio - 1

ePub r1.0

Titivillus 19.10.16

Título original: *Huesos de santo*
Alfredo Conde, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A César Conde, mi hermano,
por tantas horas de fraternal conversación,
por tanto afecto y
por tantas evocaciones compartidas.

A Mario Conde, por idénticas razones.

Y también a
Manuel Rodríguez,
Antonio Diéguez,
Miguel Fernández y
Alfredo Piñeiro
por su amistad generosa
en tiempos de tribulación.

El género policíaco, por ejemplo,
se basa en una de esas formas que,
por otra parte,
no se aprenden ni pueden emularse:
hay que crearlas una y otra vez.

SÁNDOR MÁRAI, Diarios 1984-1989, 15.01.84

He sacado del cajón
el manuscrito abandonado de la novela policíaca;
intentaré terminarlo.
No me siento especialmente inclinado a volver a escribir,
soy como el viejo papagayo
que ensaya un nuevo número y aparenta ser joven.
Sería más decente callarme para siempre,
pero callarse es tan aburrido...

SÁNDOR MÁRAI, Diarios 1984-1989, 22.06.84

Introducción

El cuarto de baño es de diseño. Los muebles son de estilo nórdico, abundantes en tonos rojos y grises. Los firma MMO. Su adquisición es algo que está al alcance de muy pocos y exquisitos bolsillos europeos. Fueron fabricados a menos de media hora de Compostela, en A Estrada, en pleno campo gallego, en medio de paisajes que el transcurso del tiempo no consiguió alterar sustancialmente.

Donde no hay muebles firmados por MMO hay pequeñas esculturas metálicas compradas en A Coruña, en Colección AN, una pequeña galería de arte, especializada en los pequeños formatos escultóricos o mármoles que no añaden mayor calidez a un ambiente que siempre se pretendió frío, deliberada, premeditadamente frío. Nadie lo sospecharía así, tan aséptico, tan gélido, pulcro y luminoso como la sala del quirófano de un cirujano plástico. Sin embargo, está en medio de un conjunto formado por edificios construidos con piedra gris mojada por una lluvia, casi siempre tenue, que la mantiene húmeda todo a lo largo de los siglos.

El cuarto de baño ocupa el corazón de uno de esos edificios que no sería exagerado suponer construido a principios del XVIII, cuando no antes. Está en pleno casco histórico compostelano, al lado mismo de la Porta Faxeira, la única de una muralla que permanecía abierta las veinticuatro horas del día y de la que hoy sólo se conserva el nombre.

En un edificio de tales características, cualquiera esperaría un cuarto de baño más convencional. Incluso con bidé y grifería de estilo antiguo. También con un alicatado, culminado por grecas azules con dibujos alabeados y geométricos, que marque límites a unos azulejos que, con profusión barroca, intercalasen grifones con hojas de acanto y otros perifollos. En él, la tapa del inodoro debería ser de madera natural, en una sola pieza, y la amplia cebolla de la ducha esparciría una lluvia generosa y mansa como la que casi siempre cae afuera. Sin embargo, no es así.

En el interior de este espacio, en el que se diría que nunca entró la más leve mota de polvo, una pequeña instalación, un móvil que recuerda a los de Calder, encaramado encima de unos prismas que se intercalan y penetran, unos prismas que podría haber diseñado cualquiera, intenta transmitir la convicción de que todo está pensando en función de quien lo ha venido utilizando hasta ahora. Hasta ahora mismo. Así ha sido. El equilibrio del conjunto no se sabe si es estable, inestable o indiferente. Se sabe que es frío. Equilibradamente aséptico y frío, a partes iguales.

Quien lo ocupa se ha entretenido siempre en él en largas sesiones de higiene y de cosmética prolongadas, de modo deliberado, por el único placer de deleitarse en la contemplación de sí misma. Por el único motivo de sentir admiración por la perfección de sus propias formas, de una esbeltez perfecta, reflejadas en los espejos que las reproducen, desde más ángulos de los imaginables.

En el interior del cuarto de baño la luz es intensa. Ha sido estudiada a conciencia.

Surge de los rincones más insólitos, detrás de aristas, impredecibles hasta que te tropiezas con ellas, determinada con la fría luminosidad de quien no escatimó la compra de puntos led.

Tal derroche de energía lumínica le permitió a la ocupante habitual de este espacio recrearse en el dibujo del arco de unas cejas, las suyas, que se dirían trazadas con tiralíneas y plantilla de curvas manejados con la milimétrica exactitud que se requiere en una sala de gálibos.

Espejos de aumento, estratégicamente situados, permitieron a quien ocupa la bañera, sin necesidad de tener que salir de ella, aplicarse en la exhaustiva depilación de unas piernas largas y tan perfectas que se dirían de cristal o porcelana o acaso diamantinas, pues han sostenido hasta ahora la estructura corporal en la que se albergó el espíritu de quien, como el diamante, ha conjugado durante todas las horas de su vida la máxima dureza con la fragilidad extrema.

Espacio como el que se describe está en el corazón de Compostela, a tan sólo doscientos metros de la catedral; a cien, sí son medidos en línea recta. El comunismo, afirmó Lenin, era igual a sóviets más electrificación. Compostela equivale a románico y barroco más estos espacios ocultos que alientan en el interior de los edificios y de las conciencias. Son como almendras místicas, mandorlas de luz, dotando en el interior de cientos de edificios como este de la Porta Faxeira.

En el interior del concreto y flotante espacio de luz que se señala, su propietaria se ocupó siempre en la mejor conservación de sí misma. Quien dijo perfilado de cejas, borde de carnosos labios o sombreado de ojos trazados con tiralíneas, dice delimitación del vello púbico, depilado con paciencia de entomólogo y conseguido con mayor eficacia que sí hubiese utilizado escuadra y cartabón. Tal es su exactitud geométrica, tal su estética percepción.

Equivalente, exacta y tamaña, es la atracción que ejerce sobre quien contemple, ahora, una vez lograda la absoluta quietud en la que se ofrece, el resultado de perfecciones tales como las que se señalan o lo haya hecho en cualquier otro que permanezca ya al pasado, pues difícilmente podrá hacerlo en el futuro. Nadie puede apartar la mirada de perfección tan bien iluminada.

La Fundación María Martínez Otero, ubicada en las afueras de A Estrada, en la casa matriz del emporio creado por una matriarca emprendedora, potencia las actividades del arte de vanguardia que tanto entusiasmó siempre a Sofía Esteiro y le permitió concebir el espacio que ahora ocupa. En los jardines de la fundación, dos hermosos ejemplares de yingo bilowa, una de las poquísimas especies arbóreas que sobrevivió al bombardeo atómico de Hiroshima, adornan un jardín en el que la arquitectura tradicional gallega se funde con la que se diría propia de los jardines zen de Kyoto.

De esos dos ejemplares proceden las hojas esparcidas sobre la superficie del jacuzzi y del cuerpo desnudo de quien, inerte, ocupa su interior. Sofía conoció la Fundación en el momento de adquirir los muebles que decoran este cuarto de baño,

reflejo de una personalidad llena de aristas, que constituye su mejor y más íntimo retrato ahora que su cadáver yace en él, desmadejado y laso, ajeno a la dureza que dentro de pocos minutos le aportará la rigidez *post mortem* que de momento apenas se insinúa.

El cuerpo de Sofía Esteiro es perfecto. Sus curvas son suaves, como las de una Venus Afrodita surgiendo de la concha de una vieira que hubiese pintado Botticelli. Pero carece de la dulzura de los velos que flotan y la serenidad que emana de él es tan fría como su temperatura. La mirada azul es también hermosa, pero se diría que está pasmada; como si fuese consciente de la soledad y del silencio que por fin la envuelven. En vida supo ser luminosa, o terrible, a capricho de la voluntad de quien siempre se supo y quiso ser su dueña. Y lo fue. Pero ahora sólo está pasmada, ni luminosa ni terrible, absorta y pasmada, indescifrable. Ajena.

Cuando alguien se acerque a contemplar el cuerpo ya cadáver, podrá comprobar que la hermosa piel que envolvió tan hermosa y humana arquitectura está surcada de cortes por los que, sin embargo, no asoma ni la más mínima gota de sangre; por unos cortes que tienen la perfección de las propias curvas que señalan. Quien se los produjo los llevó a cabo queriéndolos hacer pasar como producto de la pasión. Pero ésta debió ser también fría, objetiva y fría, como la enloquecida o delirante intención que pretendió alentarla. Implacable como el filo del cortante objeto con los que fueron realizados.

Sofía Esteiro, licenciada en Medicina y Cirugía, con una media académica de sobresaliente y a punto de doctorarse, de haber podido contemplar tales cortes, tamañas y profusas incisiones, realizadas en su mortal encarnadura, se hubiese formulado innumerables preguntas que hubiesen contribuido a agudizar el pasmo que ahora expresa su mirada.

Sin embargo, nada de eso es ya posible. Ni siquiera el pasmo. Sofía ya no pertenece a este mundo. Se diría que forma ya parte del cuarto de baño, que es ya una pieza más de las que lo adornan.

Capítulo Primero

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 12 h.

Hoy, sábado primero de un marzo que aún no deja adivinar la primavera, la rechoncha figura de Somoza, su cara blanda, apenas endurecida por una barba que ya es cana, su aspecto de aparente distracción, pero en permanente alerta, traspasó una vez más el umbral de la puerta de comisaría.

El Eutropio ya no existe. Ha sido sustituido, a los efectos pertinentes y a escasos veinte metros de su extinta sede, por una cervecería irlandesa, de la cadena Moore's & Company, en la que Somoza suele entrar antes de acceder al edificio de la policía. Se dice que está a punto de cerrar, el Moore's.

Antes de hacerlo en la comisaría, Somoza entró en el Moore's y se entretuvo un rato, mientras bebía un bock de cerveza negra que le ayudase a mantener la curva de la felicidad en su sitio y la esperanza en otros; casi tan localizables como ése, pero algo más ocultos.

En tanto que se tomaba la cerveza, «la birra» suele decir él, haciendo un alarde de jovialidad que ya no convence a nadie, se entretuvo en observar a las jóvenes estudiantes. Mientras lo hizo evocó los días gloriosos en los que la lectura atenta e imposible de *El capital* constituía un potente afrodisíaco. Entonces solía reclamar la atención femenina sacando un ejemplar del bolsillo de la trenca. Sin embargo, ellas, ahora, no repararían en tal hecho. Él lo sabe. Es ocioso afirmar que, también ahora, a él ni siquiera lo ven. No reparan en el cazador que está al acecho, en aquel anciano profesor que se les antoja venerable y que tiene un no sé qué de distraído.

Hoy, Somoza sigue siendo un cazador, pero ya sólo caza sueños. Los construye recobrándolos una vez atados por el lazo de la nostalgia. Las víctimas son ya otras. Hace años que ya ni repara en las viejas compañeras de combate en los lejanos tiempos de la lucha política universitaria.

Ahora, quienes más atraen al viejo profesor son las jóvenes universitarias esnobs que beben cerveza, mientras hablan en inglés con los camareros del Moore's, buscando un acento dublinés que no consiguen encontrar e ignoran que el cazador sabe que ellas ya no son su presa. Conocedor de la condición que la edad y la posición le asignan, Somoza, sintiéndolo mucho, sabe cuál es su territorio de caza. Y no es éste.

La caza, practicada en lugares así por la gente de su edad, es como la de los safaris realizados con cámara fotográfica en vez de rifle. En ellos no se cobra pieza alguna. Si acaso se retiene alguna imagen que ha de acompañarte luego, en la soledad nocturna. Esas imágenes son de la misma entidad que los sueños. El viejo profesor lo sabe. El antaño estudiante y ahora catedrático de medicina se ufana y se solaza por lo

que considera un gran hallazgo expresivo y es tan sólo una forma de pensar propia de la edad. Safaris fotográficos. Está él como para esas pérdidas de tiempo. Claro que lo está. Por eso persiste en ellas y se toma, cada vez que puede, una cervecita en el Moore's.

Hoy el doctor Somoza entró una vez más al Moore's a mirar, para ver de alentar sus sueños y, como siempre, también como siempre, lo consiguió. Lo nota en la excitación que lo invade, en los sueños que se le despiertan. Con ellos, ya que no satisfechos, sí alertados, accede a la comisaría.

Suele entrar sin detenerse, caminando hasta el despacho del comisario jefe. Lo hace con un remozado ánimo que lo redime de viejas frustraciones. Después regresa a la facultad, al lugar que considera su verdadero territorio de caza, de caza mayor, nada de conejitas blancas.

Potras que ya no retozan, sino que se revuelcan por la hierba, recluidas voluntariamente en el coto de caza que él puede gobernar a su antojo, éstas son ahora sus presas preferidas, o las más accesibles. Las jóvenes licenciadas, las MIR e incluso y todavía mejor las doctorandas, treintañeras sin vínculos matrimoniales, divorciadas o aún solteras, bien situadas y profesionales de prestigio son las especies que habitan en el que constituye su mejor espacio de conquista.

Son gente como Clara Ayán, que vive independiente y libre, aunque fuera de su reserva y que por ello se le antoja inalcanzable. Acaba de verla ahora mismo, en el despacho de un inspector jefe, hablando con una mujer que, a juzgar por su aspecto, debe de ser rumana.

Clara es abogada, esbelta y rubia. A Carlos Somoza, los senos de Clara se le antojan turgentes, según definición que el doctor suele tomar prestada de las novelas policíacas, a las que es tan aficionado. Lo piensa así cada vez que repara en ellos. Ahora, por ejemplo, en este mismo instante.

Somoza lee desde hace años tales novelas, con fruición siempre insatisfecha, en espera de que, en una de ellas, aparezca un médico que le recuerde a sí mismo. Por ahora éste es el último de sus inconfesados sueños. Tiene más, pero pesan poco.

La mujer con la que Clara está hablando parece rumana, aunque pudiera no serlo. Demasiado rubia le parece al doctor Somoza para ello, pero quién sabe. Al oírla desde el pasillo deduce que, por el acento, pudiera ser rusa. En todo caso, eslava. Decide cerciorarse y, sin excesivo afán de disimulo, se detiene a contemplar un panel de corcho en el que los policías cuelgan sus avisos personales, las viñetas de Peridis que le parecieron más lúcidas o graciosas, las notas sindicales, los turnos de vacaciones o cualquier cosa que se les antoje destacable.

Suelen pensarlo mucho, los agentes, antes de decidirse a recortar las viñetas de las páginas de *El País*; unas veces, porque creen que todavía no las leyeron todos; otras, porque dudan si son mejores o peores que aquéllas a las que van a sustituir.

No reparan en que, con independencia del resultado, siempre el mismo, es exactamente lo que harían con otro motivo que se les antojase ocurrente al

contemplantlo en las páginas de una revista: La imagen de una modelo, espléndida en su desnudez, por ejemplo; o cualquier otro sueño que supiesen imposible de serles ofrecido en forma de fotografía de actriz hermosa y sugerente, de coche deportivo en color rojo chillón, o de jugador de la NBA ascendiendo en un vuelo, impensable para cualquier agente de policía, camino de una canasta inaccesible.

Mientras ojea con aparente distraimiento tal conjunto de imágenes que se ofrecen ya marchitas y asaeteadas con chinchetas, Somoza mantiene el oído atento.

—Debes denunciar lo que te ha hecho, antes de que venga él y te denuncie a ti —le dice Clara a la esclava.

—Golpea en lo suyo, golpea en lo suyo —le responde mecánicamente la maltratada.

Al oír este retazo de conversación Somoza se queda pensativo. Después echa andar. Mientras camina considera que esa misma respuesta podía haberla dado una campesina gallega de los tiempos de su niñez. Lo sorprendente es el hecho de que sea una checa o una croata, quizás una rusa, generalmente universitarias tituladas, quien esté defendiendo a su pareja como lo hubiera hecho una aldeana gallega de medio siglo antes. No, por supuesto, una de ahora.

—¿Qué pasa ahí? —exclama Somoza, con voz que quiere jovial y pretende llena de complicidad, para interpelar a un agente que se cruza en su camino. Al hacerlo señala hacia el despacho en el que Clara habla con su defendida. Lo hace elevando la mano por encima de su hombro, como si hiciese autostop en sentido contrario al de su marcha, indicando el lugar que ocupan las dos mujeres con el dedo pulgar de su mano diestra pues el despacho ya quedó a su espalda.

—Nada. Dos tías buenas que no sé sí se van a poner de acuerdo. La rusa estaba siendo forrada a hostias por su pareja, entonces ella le pegó un empujón y lo tiró escaleras abajo... ahora el tío está en la UCI y ella lo protege. ¡Si es que a las tías les va la marcha, joder...! —le responde el agente sin ni siquiera volverse a mirarlo.

El doctor Somoza, entonces, se vuelve sobre sus pasos. Llevado de la curiosidad regresa a contemplar la escena que ya había abandonado, pero ahora ya no presta atención a la rusa. La fija toda en su abogada, contemplándola desde el pasillo. La puerta de la pequeña salita que hace de despacho está entreabierta. Es curiosa Clara, la esbelta. Pertenece a uno de los despachos de abogados más prestigiosos del país. Así es considerado a pesar de la extremada juventud de los más de sus asociados. Nadie hubiera dado un euro por ellos cuando comenzaron.

Montaron el bufete tomando como guía los estudios de arquitectura en los que no sólo los arquitectos, sino incluso los abogados, también los sociólogos, los economistas y otros sesudos analistas de lo cotidiano, casi siempre variados y sublimes, suelen tener algo que decir respecto de cualquier tema que se trate. Así, también en aquel bufete en el que diversos profesionales formaron parte de él desde sus comienzos.

El proyecto empezó a funcionar cuando todo el mundo ya lo daba por concluido.

Se había tenido por imposible, desde un principio, mantener aquella enorme nómina mensual retribuyendo el trabajo de tanta gente con un salario que se pudiese considerar digno y acorde con las titulaciones universitarias de sus componentes. Realmente había sido difícil.

Quizá no se hubiesen valorado debidamente las pocas ganas que tenían sus componentes de regresar a la pléyade compuesta por licenciados en paro, empeñados en comerse el mundo trabajando en la profesión que habían elegido. Con hambre de trabajo acorde con sus gustos pero ocupados, en el mejor de los casos, en tareas de reparto en los servicios de transporte de correspondencia, cuando no de pizzas, de empanadas gallegas o de tortillas españolas, una vez llegadas las horas nocturnas; las horas de vivir en familia o de disfrutar de la intimidad característica de las cenas rápidas y de las improvisadas, cuando no producto de la pereza o del cansancio, también del ligue que ellos deberían observar siempre desde una respetuosa distancia, ajenos a la vida de los otros, escasamente dueños de las propias.

De ese extraño sector social, así constituido, procedían los más de los socios del bufete, miembros que habían sido del arco que abarca las más diferentes ocupaciones y trabajos y al que no estaban dispuestos a regresar a costa de lo que fuese. Mucho menos a causa de mostrarse renuentes en el trabajo o poco escrupulosos a la hora de tener que moverse para aportarlo al conjunto que formaban. Tal era la condición esencial del despacho de abogados del que Clara era socia fundadora y principal.

Fue tal circunstancia, la de su crecido número de asociados, unida a la de su mayoritaria procedencia laboral y a la de una inteligente y eficaz dirección, la que había hecho posible una red de relaciones que se reveló utilísima y eficaz después del hundimiento, en la festoneada costa gallega, una de las más accidentadas y duras del mundo, del súper petrolero *Coleslaw*, dueño de curioso nombre para un barco.

Llegado el momento, merced a la tenacidad y capacidad de persuasión de no pocos de los miembros del despacho, fue por lo que se decidió que los intereses de los damnificados por el vertido de petróleo habrían de ser defendidos por un bufete de abogados tan variopinto como quiere serlo una ensalada.

Así cristalizada tal oportunidad, el despacho del que Clara Ayán era una de las cabezas visibles se hizo con la defensa de los intereses de las cofradías de pescadores y mariscadores de las Rías Altas y Bajas de la costa gallega y aun de otras, perjudicadas por el vertido de la marea negra subsiguiente al naufragio; es decir, en última instancia, de la gestión de cobro de miles de millones de euros que cobrarían miles y miles de personas, beneficiarías de indemnizaciones. De unas indemnizaciones millonarias que fijarían los juzgados y que, ya desde el primer momento, habían sido completadas por las más urgentes y necesarias habilidades desde el gobierno gallego, con una rapidez insólita, que había merecido no pocos plácemes e, incluso, el espurio deseo de no pocos de sus beneficiarios de que otro petrolero viniese a armar otra catástrofe equivalente.

El barco había sido imprudentemente alejado de la costa, sometido a los embates

de un terrible temporal de fuerza diez, a lo largo de siete interminables días, de modo que cuando al fin acabó por romperse, la carga se esparció según la conocida relación establecida entre la proximidad de la mierda al ventilador y la distancia entre éste y la superficie a impregnar.

Quiere decirse que la marea negra derivada de la catástrofe pudo ser evitada y que, al producirse tan lejos de la costa, en medio de un temporal de poniente y en el apartado lugar hasta donde el *Coleslaw* había sido remolcado, afectó a prácticamente toda la costa gallega. Y aun a la vasca. Aún más, a toda la cornisa cantábrica, parte de la de Portugal y no poca ni insignificante de la francesa.

Un efecto ventilador que había producido miles y miles de damnificados, la mayoría de los cuales habían delegado la gestión de cobro de sus indemnizaciones en el despacho del que Clara era miembro fundador y directivo.

Cientos de millones de euros que aseguraron una larga vida profesional a, cuando menos en un principio, tan ingenuo como menesteroso colectivo de profesionales. Apenas dos docenas de individuos magníficamente dotados desde entonces gracias al impensado prestigio que se les había venido encima sin apenas pretenderlo.

Quizá fuese ésta la razón por la que Clara, desde entonces, se prestase a trabajar de modo gratuito atendiendo como letrada a personas desfavorecidas, preferiblemente emigrantes. Quizás hubiese ayudado a esta decisión el hecho de haber sido ella misma hija de gallegos emigrados a Londres. Algo que sucedió durante los años en los que la emigración gallega se dirigió a Europa, abandonada la idea de «hacer las Américas» al otro lado del océano, para contentarse con la realidad, contante y sonante, de un salario digno y fijo, una vez llegado el final de cada mes, sin mayor ambición que la de sacar adelante a los hijos del mejor modo posible.

Así se lo está explicando Clara a la rusa en el momento en que Somoza la está observando. Ella es de los suyos, es una de ellos. No es que se sienta solidaria. Es que es solidaria. Vivió su misma aventura. La comprende. A partir de este momento, según Somoza deduce con facilidad, la rusa es una nueva cliente de la abogada y empieza a mostrar una receptividad y una capacidad de comprensión que hasta entonces habían permanecido ocultas.

Somoza, convencido de que la rusa atenderá los requerimientos de su letrada voluntaria, que no de oficio, y de que aceptará su generoso ofrecimiento, doblegando su voluntad inicial a la de ella, más persuasiva y fuerte, más contundente, decide dedicarse a sus asuntos. Entonces echa de nuevo a andar y se encamina al despacho del comisario jefe, sin acordarse lo más mínimo de la tira de Peridis que no hace apenas nada le había hecho tanta gracia, pensando tan sólo en lo larga que Clara tenía las piernas, embutidas a la sazón en unas medias, que se decían de cristal en las novelas policíacas que él había leído en su juventud lejana, y que gracias a ellas se ofrecían sugerentes y brillantes.

Va contento. Se siente rejuvenecer cada vez que constata la vigencia de la atracción que sigue sintiendo hacia el sexo opuesto y del hecho no ya de tutear al

sucesor de quien tanto temió en sus años de universidad y trenca, sino de poder tratar incluso con condescendencia al titular de tan alto cargo. El comisario jefe es más o menos de su edad.

—¡Anda, que tienes un polvo...! —murmura Somoza, contemplando a una inspectora jefe que se cruza con él en su camino, resignado a no ser él quien se lo sacuda. La inspectora jefe se sonríe, entre condescendiente y ofendida. Sabe de qué pie cojea el ilustre catedrático. También que es tan inofensivo como cuando, en el lejano sesenta y ocho, golpeaba un periódico entre las manos. Pero eso es algo que ella supo cuando por mera curiosidad leyó la supuestamente destruida ficha policial del ahora viejo pisa verde.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 12.15 h.

«¡Sois unos gilipollas!» rezaba la pancarta. ¿Era ofensiva? Cuando se la describiesen, un poco más tarde, al comisario le costaría creerla cierta. En un principio no la admitiría ni posible, ni real. Le costaría cierto esfuerzo intelectual imaginarle el pequeño helicóptero, recorriendo el estremecido espacio de la biblioteca central de la universidad, sobrevolándolo con la aparente inseguridad de una libélula y arrastrando un letrero que luciese afirmación tan taxativa como hiriente. Al conseguirlo le costaría contener la risa.

Lo imaginó ondeando la pancarta por delante de las estanterías llenas de libros, exhibiéndola, ante las atentas miradas de los sorprendidos alumnos y supo, en el fondo de su corazón, que la afirmación no era ni banal ni incierta. La mayoría de ellos lo eran. Unos gilipollas sin futuro.

Llegado el momento, Andrés Salorio, comisario jefe superior de policía de Santiago de Compostela, no pudo contener la risa al conocer lo que en un principio se atrevió a calificar de incidente. Lo hizo así, desternillándose, con la pretensión, en principio inútil, de restarle la importancia que, sin duda, algunos considerarían que debería dársele. Era cierto. El problema carecía de la banalidad que había tenido en su origen. Aida Pena, la bibliotecaria, al oír el ruido generado por el motor del pequeño engendro teledirigido, disminuido apenas por el estruendo de las voces alborotadas de los hasta entonces silenciosos estudiantes, se acercó a la sala y, nada más comprobar la causa originaria de aquel desconcierto, inició la imprudente persecución del ingenio volador a través de ella.

Lo persiguió todo a lo largo de la enorme estancia, decorada a finales del siglo XIX, en la que, desde aquella lejana fecha, no se había producido ningún cambio apreciable; ni estético ni de ninguna otra índole. Por supuesto que tampoco la más mínima alteración del orden o el más mínimo ruido que superase las toses o los carraspeos de los lectores. Acaso el zumbido de alguna mosca, eso sí, pero no más.

Quizá, en algún lejano otoño, alguna *Sarcophaga carnada* se hubiese colado por una ventana imprudentemente abierta. Quién sabe. Quizás hubiese desovado en algún lugar incierto y, ahora, el enjambre formado por sus crías fuese el causante de aquel rumor, cada vez más intenso, que recordaba al de una marabunta desatada por una plaga de langostas. Eso había ido lucubrando según caminaba con destino a la enorme sala de lectura.

Pudo haber sucedido así, había pensado, cuando, en alguna de las escasas mañanas soleadas que depara el clima lluvioso que de forma habitual envuelve a la ciudad en una lluvia fina y persistente, ella misma hubiese ordenado abrir una

ventana para airear un poco aquel espacio, rancio y lleno de olor a humanidad y libros, que a ella se le antojaba la más preclara reproducción de la gloria celestial.

Pero en esta ocasión no se trataba de una invasión de ejemplares de tan molesto insecto, sino del zumbido de un motor que evocó en la perseguidora la nómina entera de moscas y moscones que ella misma solía aplastar, cada vez que descubría alguna, armada de flexible pala de plástico comprada en una tienda de las de «Todo a 1 €» en tiempo ya lejano y memorable, tanto, como que era de pajilla entretejida en Filipinas en vez de ser de plástico oriundo de la China en la que se hablaba en mandarín.

En tales oportunidades, acercándose con sigilo a su mesa de despacho, retiraba de encima de ella el matamoscas, de pala enjaretada y casi tan amplia como un abanico, y, con el extremo de su mango asido con la mano que empezaba a revolotear frenética, solía perseguirlas, una a una, hasta su total exterminio.

Armada de tal guisa había dado cuenta de más de una *Llucilia caesar*, verde y con el tórax bastante más cilíndrico que el de la mosca azul, la conocida científicamente como *Calliphora vomitoria*. También había liquidado no pocas *Pollema rudis*, que resultaban no sólo molestas, sino incluso peligrosas, pues siempre entraban dispuestas a invernar en las partes altas de la biblioteca. Y así hasta la exasperación. Pero también hasta el gozo de abatir cuantas moscas zumbadoras y tenaces se pusieron al alcance de su mano. Era una experta en eliminación de insectos dípteros.

La primera alteración grave era ésta. No se trataba ahora de moscas de gran tamaño, amigas de desovar en cadáveres, sino de un moscón enorme, aún mejor, de un enorme caballito del diablo cuyo zumbido tableteaba como el de una ametralladora enloquecida.

Llevada de una excitación y de un frenesí que se le antojaron gozosos, pues se sentía feliz con sólo recordar la nómina de moscas exterminadas, continuaba acosando al pequeño, sí, pero algo ostentoso aparato mecánico. Le recordaba una *Ophiogomphus cecilia*, orden de las *odonatas*, suborden de las *anisopteras*. Es evidente que por la mente de un ser humano transitan las ideas más peregrinas en los momentos más inesperados.

Quizá se tratase de una *Anax junius*, de una libélula común, la que acudía a la mente de la bibliotecaria. La libélula así llamada es capaz de alcanzar los ochenta y cinco kilómetros por hora y tal debía ser la velocidad que desarrollaba ésta y mecánica. Pero parecer parecía tratarse tan sólo de una *zygoptera*, de un vulgar caballito del diablo. Tan endemoniadamente se hurtaba al acoso de la literaria dama que lo perseguía armada, ahora, no con un matamoscas vulgar sino con una fregona que, poseída de un ímpetu incontrolable, había literalmente arrancado de manos de una limpiadora en el justo momento en el que ésta se disponía a usarla.

Los alumnos habían permanecido ensimismados en sus lecturas hasta la ocasión que se cita. Ahora permanecían atentos a las evoluciones del artilugio volador y de su ansiosa perseguidora. Mientras, las pequeñas luces individuales que habían estado alumbrando los textos recorridos por sus miradas curiosas parecían responder a un

espíritu innovador que, ay, había tenido lugar en la primera mitad del siglo xx, pero que en aquellos minutos excitantes amenazaban con ponerse a la altura de los tiempos, convirtiéndose en las luces de señalización de una, hasta ese momento, impensable pista de aterrizaje.

Armada con la fregona todavía húmeda, llevada de la excitación que se dice, la imagen de la bibliotecaria podía resultar grotesca. Y efectivamente así resultaba. De algún lado de la amplia biblioteca, surgió una voz, cavernosa y grave, que resonó en el ámbito decimonónico e ilustrado:

—¡Aída Pena, súbete a la fregona y vuela! —le gritó.

En ese momento el alboroto subió de tono hasta ensordecir el ruido que surgía del motor del helicóptero.

Teledirigido con sabiduría y precisión, el aparato seguía sobrevolando el amplio espacio aéreo de la biblioteca, sorteando con habilidad extrema tanto las lámparas que lo balizaban, descolgándose desde el techo, como los lampazos de la fregona con los que Aída Pena pretendía abatirlo mientras el mecánico y un sí es no es demoníaco artilugio continuaba arrastrando la pancarta que flameaba, insultante y desafiadora como un pabellón de combate, sobre tanta geografía mental como la que se extendía en todo aquel amplio territorio bibliotecario.

Mientras la señorita Pena acosaba a su objetivo, le pareció a algunos que la fregona no había sido debidamente escurrida y debía de estar todavía mojada, muy mojada. No se trató de una impresión falsa. Tal húmeda condición, el peso que aportaba y el desequilibrio que suponía, a la hora de ser esgrimida por los débiles brazos que la sustentaban, dificultaban la precisión de los movimientos que la bibliotecaria destinaba a abatir aquella pieza portadora de concepto tal como el señalado en un letrero tan oprobioso como cierto. No era para menos, pues la consideración era totalmente exacta. La fregona, como un hisopo maliciado por un clérigo borracho, iba salpicando no sólo el suelo de la sala sino también los cuerpos de no pocos de los ahora humedecidos lectores.

¿Era ella también una gilipollas? La mínima posibilidad de ser considerada así la irritaba en grado extremo. Más incluso que el calificativo de bruja con el que hacía poco la habían obsequiado.

En medio del alborozado jolgorio, Aída Pena no cejó en su empeño y siguió persiguiendo el artefacto volador. Lo hizo, durante unos minutos, con entereza de entomólogo e impredecibles resultados. Fueron unos minutos que, a fuerza de ser intensos, resultaron breves. Aunque, en algún momento, a ella se le antojasen eternos.

Terminaron cuando la Providencia tuvo a bien situar un paragüero en su camino de forma que el borde inferior de su falda quedase enganchado en el dedo de un Cupido de bronce, ennegrecido por el abandono y el humo del tabaco inhalado por generaciones. Se trataba, aquel Cupido, de un adorno algo festivo y no poco chocante, en medio de aquel ambiente que no lo había sido nunca, en absoluto, al menos hasta entonces. Lo fue, algo más incluso, en los que lo siguieron.

La muy casta falda de franela gris, plisada en unas tablas amplias, muy bien planchadas, sin una arruga tan siquiera, que disimulaban sus no muy apreciables ni sugerentes curvaturas corporales, la misma falda que velaba sus piernas, quedó prendida en dedo tan destacado como pleno de intenciones ciertas. En ese momento, la señorita Aída Pena, bibliotecaria por oposición y en ejercicio total de sus funciones, trastabilló, cayó de frente, soltó un ay lastimero, veló su pudor como pudo, se las ingenió no se sabe cómo y recuperó al fin la verticalidad perdida. Todo en unas muy escasas décimas de segundo.

Una vez en pie, casi de inmediato, la bibliotecaria se volvió hacia uno de los estudiantes más cercanos. Toda ufana y satisfecha de sí misma, le preguntó:

—¿Ha visto usted mi prontitud?

—¿Su pulcritud?

—¡Mi prontitud!

—Sí, pero disimulé tan discretamente como pude.

Se pudo oír entonces ese murmullo aterrador que anuncia la carcajada que se inicia. Aída Pena supo atajarlo de inmediato, sin más que atiplar la voz y preguntar chillando:

—¿Cómo dice?

—Por favor, señora, que cómo me iba atrever a ello.

Fue la respuesta de aquel que, éste sí, se le antojó un gilipollas integral a la bibliotecaria. La voz lejana de una alumna algo malvada vino a dar el asunto por zanjado.

—¡Ay, da pena! —dijo sin que pudiese parecer susurro.

Mientras esto sucedía, la fregona había salido disparada por el aire de forma que, sin ninguna pretensión previa, una de sus hilas rozó las aspas del helicóptero, haciéndolo entrar en pérdida.

Sin otro estruendo que no fuese el del jolgorio consiguiente, el artilugio se vino estrepitosamente abajo. Detuvo su caída al posarse justo encima de la cabeza de la hija mayor del delegado del gobierno, en una elección por la que algunos todavía se interrogan. Pudo suponerle imprevisibles consecuencias a quien desde la distancia había pilotado la aeronave.

El craneal aterrizaje se realizó con una espectacularidad que resultó risueña, cuando no ruidosa. Fue muy celebrado por el resto de la sala. Pero tuvo como consecuencia el indeseable resultado de una herida inciso cortante en la región frontal (siete puntos de sutura) de la que la sorprendida joven tardaría al menos quince días en curarse.

Concluidos los autos, la bibliotecaria continuó quejándose del golpe que al trastabillar, pero sin dejar por ello de contemplar de reojo el impacto que la abatida aeronave iba a propinar en breves décimas de segundos, se había dado contra el canto del tablero de una mesa.

Aída Pena persistió en su queja hasta que el autor de tamaña aventura aéreo

transportable descendió de las alturas desde las que había estado gobernando el vuelo de la nave. Luego, una vez llegado al nivel de la gente, en vez de atenderla a ella, recogió el helicóptero del suelo y le atusó un poco las aspas. Acto seguido se ausentó como si nada. Actuó con la flema que se supone propia de un lord británico. Pero nadie advirtió que, nada más salir por la puerta, empezó a persignarse como si tuviese constancia de la proximidad del maligno.

En ese momento Aída Pena intensificó, agudizándolos, los gritos que amenizaban sus quejas para señalar que el autor del desaguisado era gente conocida. Se trataba del hijo menor de la amante del comisario jefe superior de policía.

Cuando tuviese presente este pequeño detalle, Andrés Salorio, a la sazón en el cargo, no sabría sí seguir sonriendo o sí empezar a sollozar serenamente.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 13 h.

Esa mañana del primer día de marzo de 2008, sábado, había amanecido lloviendo. El cielo estaba completamente gris, tirando a negro, gracias a unas enormes y amenazantes nubes cargadas de agua. Quizá fuese un presagio. Eso fue lo que pensó Andrés Salorio, nada más levantarse de la cama, correr el visillo de la ventana y contemplar la lluvia que caía.

Focas horas después seguía lloviendo, con la misma suavidad extraña y algo perversa con la que suele llover siempre sobre la ciudad de Compostela, pero aún no había empezado a hacerlo con la amenazante intensidad que anunciaban aquellas nubes que todavía permanecían quietas, sobre los montes vecinos, como si no se atreviesen a acercarse a la ciudad.

El comisario reconoció que, pese a todo, el día no había comenzado mal. Peor había sido el de similar celebración de hacía justamente un año. En esta ocasión y contrariamente a lo esperado, Eulogia, la mujer que amaba, se había levantado de un humor extraordinario, aunque algo perro. Celebraba cumpleaños.

—¡Uno más! —se había dicho a sí misma en voz no demasiado alta, pero sí lo suficiente como para que él la oyese y le preguntase:

—Uno más, qué.

Pero no sucedió así. Por el contrario, el comisario le respondió:

—Felicidades, corazón.

Entonces ella se fue a la ducha. Lo hizo canturreando una melodía que resonó exótica en los oídos del comisario. Hablaba del Caribe. Era dulzona y sonaba de vez en cuando, en medio de los resoplidos con los que Eulogia celebraba el agua tibia, alternándose con los quejidos que Salorio enseguida interpretó como resultantes de los estiramientos a los que Eulogia solía someterse bajo el agua que fluía de la amplia cebolla que recordaba cualquier cosa menos un teléfono; sí acaso el amplio difusor de una enorme regadera.

Poco más tarde, después de deambular por la habitación semidesnuda, apenas cubierta por una toalla de baño, Eulogia se vistió con su acostumbrada rapidez y, sin haber desayunado, se dispuso a salir a la calle.

Cuando, estando ya con la mano en el picaporte de la puerta, Andrés intentó hacerle ver que se iba en ayunas, ella le respondió con gracia.

—Regreso en un par de horas y lo hacemos juntos. Ya verás. Te va a gustar.

—¡Te espero en el despacho! —acertó a gritar Andrés Salorio, cuando ella ya cerraba la puerta de las escaleras, sin quedar convencido de que hubiese sido escuchado.

Un cuarto de hora después, el comisario se acercó hasta su despacho. Era sábado, sí, pero él era un funcionario responsable y amigo de predicar con el ejemplo. Una vez en él, esperaba la llamada de Eulogia, mientras se entretenía leyendo los periódicos y simulaba supervisarlos todo.

Nada más sentarse supo del desastre causado por el hijo de Eugenia en la biblioteca universitaria.

Superado el primer impacto, decidió que lo suyo era la prensa, que primero la leería y que, una vez concluida la lectura, ya llamaría al delegado del gobierno. A los diez minutos de haber tomado tan arduas como laboriosas decisiones, se ocupaba en dar cumplimiento a la primera y se había olvidado por completo de la segunda. Cumplir con la primera le ocupó un poco más de tiempo del previsto.

No había transcurrido el plazo de dos horas que Eulogia se había concedido cuando ésta regresó. Le había sido más que suficiente con tres cuartos de hora para cumplir los objetivos que se había propuesto.

Entre unas cosas y otras, al comisario no le había dado tiempo a hojear más que dos periódicos cuando ella irrumpió en las dependencias policiales, saludando, llena de sonrisas y alegría, a los agentes que custodiaban la entrada.

Luego subió hasta la primera planta, ocupada por los habitáculos de los jefes.

Una vez cerrada la puerta del despacho de Andrés en la forma correcta y con la debida prudencia, Eulogia sacó del bolso dos tarrinas de caviar beluga —tres ceros de calidad, origen iraquí, vecindad del Caspio— y las posó encima de la mesa.

A continuación, extrajo dos cucharillas de su bolso, una de plástico y otra de plata. Le ofreció aquélla al comisario, se quedó ella con ésta, bastante más vistosa y reluciente, y, enarbolándola como una lanza en ristre, se dispuso a desayunar el caviar a pesar de ser aquélla una hora más bien algo tardía.

El comisario supo de inmediato que la que Eulogia manejaba era la cucharilla que él le había regalado, con motivo del cumpleaños anterior, pero no le dio tiempo a decir nada. Ella lo atajó, al tiempo de decirle sonriendo:

—Ábrelas tú, yo no tengo fuerza.

Andrés Salorio acató la orden. Al hacerlo pudo comprobar que las tarrinas todavía guardaban el punto de enfriamiento necesario. Algo preocupado, al ver los caracteres negros de la etiqueta, se atrevió a indagar sobre un precio que sospechaba que no había sufrido rebaja alguna en los últimos meses, sino más bien todo lo contrario.

—¡Setecientos cincuenta euros cada una!

Eso fue lo que le respondió Eulogia, sin contraer el más mínimo músculo de una cara cuyo óvalo, a ojos de su amante, era perfecto.

Lo dijo sin alterarse de manera perceptible, gozando en su interior de un modo inconveniente, pero imaginable. Después exhibió la cucharilla, justo delante de las narices de su amado, de forma que éste temblase al verla.

Fue entonces cuando recordó Andrés, comisario jefe de policía de Santiago de Compostela, que este año todavía no le había regalado nada a Eulogia.

La exhibición de la cuchara enarbolada de tal guisa se le antojó a modo de estandarte, cuando no de pabellón de combate o de bandera de país vecino y por ello enemigo sempiterno. No se equivocaba, Andrés Salorio sabía de memoria la leyenda que había hecho grabar sobre su mango.

Hacía un año y un día, justamente el término del cumplimiento del plazo de una condena, que, debajo del nombre de Eulogia, siendo la víspera de su cumpleaños, el número cuarenta y tres de los vividos hasta entonces por ella, había hecho grabar el siguiente texto: «Utilizable única y exclusivamente para tomar caviar beluga robado. 01.03.07».

No había podido ser. En aquella fecha, que ahora a él se le antojaba lejana y muy distante y que ella, sin embargo, se empeñaba en mostrar próxima y reciente, exhibiéndole la cucharilla delante de sus narices al tiempo de mostrarle de modo ostentoso e incluso algo desafiante su mango con fecha incorporada, hacía un año y un día, después de recogida la cucharilla en la joyería Malde de la Rúa do Vilar, no antes, como hubiese sido lo prudente, el comisario se había ido al centro comercial Hipercor, a su elitista Rincón del Gourmet.

Una vez llegado allí, al comprobar el precio del beluga, prohibitivo a todos los efectos de su sueldo de servidor público, se había echado atrás. Decidió olvidarse de sus primeras intenciones, consistentes en la inclusión de una tarrina de beluga como complemento de la cucharilla de plata así grabada. Más tarde se olvidó también de otras posibles soluciones y le había entregado únicamente la cucharilla de plata a la mujer que más amaba.

Hacía ya un año que había sucedido todo, de ese modo, a causa de los olvidos sucesivos provocados por un par de fatídicas llamadas del delegado del gobierno.

Del mismo delegado que, a partir de la también fatídica ocasión de apenas un par de horas antes, todavía ignorada por la madre del causante, tenía una hija luciendo una aparatosa herida inciso-cortante en la región frontal, orlada de siete puntos de sutura, como consecuencia de la trayectoria seguida por el helicóptero teledirigido por Salvador Alen Andrade. Unos puntos de sutura que, de haber sido dados por un cirujano plástico, no serían siete sino que rondarían los sesenta.

Entonces, un par de llamadas del señor delegado del gobierno, para hablarle de unos narcotraficantes arousanos, quizá demasiado bien relacionados con las más altas esferas, lo habían empujado también hacia un olvido que, al parecer, no contaba todavía con el perdón de la mujer a la que amaba.

Aquel lejano día de hacía justamente un año, había recibido las llamadas apenas haberse despertado de una noche de emociones represadas, es decir, de bastante mal humor, de forma que, una vez más, se había olvidado por completo de todo lo que no fuese estrictamente su trabajo. Un trabajo que el señor delegado acostumbraba a entorpecer con llamadas a deshoras, reconvenciones a destiempo y avisos insospechados. Salorio era un profesional, el delegado tan sólo un político. Para el comisario, más que suficiente.

La primera de las llamadas había sido para decirle cuatro frescas. La segunda para disculparse por el tono empleado en la primera. Pero las dos habían servido para dejarle claro quién mandaba. Acaso ésa hubiese sido la única razón de que se hubiesen producido. Así era el delegado del gobierno.

Después de ellas el comisario no había tenido más remedio que limitarse a aquel único e insólito regalo. Se le había hecho tarde. No disponía ya de más tiempo, además de carecer del dinero necesario. Nada que no se hubiese arreglado con la Visa. Por eso, nada más colgar, después de haber oído por segunda vez a su incomodado superior, se había olvidado por completo. Eso había sido hacía ya un año.

Ahora, aunque en ese momento Salorio todavía lo ignorase, la situación se repetiría este año. El delegado volvería a llamarlo. En esta ocasión lo haría varias veces para hablarle siempre de lo mismo. Qué sí el seguro cubriría o no la sutura realizada por un cirujano plástico, que sí era mejor uno de Santiago que otro de Coruña, que sí la madre de la niña estaba indignada y que sí debía de cantarle las cuarenta de una vez a aquel puñetero niño mimado que era el hijo de su amante y que había que ver, todo un comisario jefe, viviendo maritalmente con una divorciada extravagante y más disparatada que una cabra de la Legión enloquecida en días de cuaresma.

Andrés Salorio aún ignoraba, mientras pensativo y sin apartar los ojos de su amada empezaba a saborear el caviar beluga, que estaría en un tris, al menos en dos muy próximas oportunidades, de enviar a tomar por donde suelen romperse los calderos a su jefe político inmediato.

Sucedería, dentro de nada, a partir del momento en que no tuviese otro ni mejor remedio que llamarlo, decidiéndose a realizar la comunicación telefónica que había pospuesto, llevado de dulce negligencia, para darle la debida noticia del desastre aéreo habido en la biblioteca universitaria, un desastre que contaba con su hija mayor como única víctima causada por el vuelo interrumpido de un helicóptero portador de una pancarta que quiso calificativa, también, de la propia hija del citado.

Cuando lo hiciese, cuando de allí a pocos minutos, urgido por el recuerdo de hacía exactamente un año, llamase al señor delegado por teléfono, no se habría de sorprender lo más mínimo, al escuchar como su jefe político le respondía que ya tenía cumplida noticia del desastre.

Le hablaría el señor delegado del gobierno central en Galicia de forma que a Andrés habría de parecerle algo canalla. Una forma que le indicase que su jefe político sí que era, pero al tiempo también que su nivel de información, su nivel profesional era muy superior a aquel que los de oficio permanente solían reconocerle a los de ejercicio eventual, como era su caso. Una forma lo suficientemente miserable como para que no le quedase claro, que habría de quedarle, que siempre hay un pelota hijo puta que se anticipa y que mejor no enterarse de quién le había ido con el cuento calentándole los cascos. Pero que se anduviese con cuidado. Esa garganta profunda,

funcionaría en el futuro, como lo había estado haciendo en el pasado.

El caso sería que, a partir de ese instante, no habría de disponer ni de un solo momento no ya para mejorar el regalo del cumpleaños anterior, sino tan siquiera para disfrutar de la más mínima ocasión de sustituirlo con otro que no sonase a broma chabacana o a recurso prosaico de pareja aburrída tras largos años de convivencia y, lo que era todavía peor, dotado de poca imaginación creativa a la hora de hacer regalos oportunos.

La cadena de hechos venía de atrás. Daría la impresión de que la fecha real del nacimiento de Eulogia fuese la del 29 de febrero. Lo era. Eso explicaba muchas cosas. Dos años antes, en el de su cuarenta y dos cumpleaños, Eulogia Andrade le había confesado sus ganas de hartarse de caviar al tiempo que le había informado del irreprimible afán que tenía de robarlo.

Después de transcurrido un año recordándose a menudo, en esos momentos azarosos de búsqueda de ese regalo original que siempre acaba por no serlo, Andrés Salorio había tenido la ocurrencia, insensata y genial, de grabar la leyenda en la cucharilla antes de acudir a comprar una tarrina que completase el obsequio convirtiéndolo en un agasajo.

Cuando, todo lleno de contento y buenas intenciones, acudió a Hipercor, al ver su precio, como ya se dijo, pudo comprobar que se le había convertido en prohibitivo, en inaccesible, para su más que modesta capacidad presupuestaria. Dos divorcios sucesivos suelen arrastrar tales secuelas. Ése era su caso, tal su condición.

Así pues, le regaló la cucharilla y se quedó tan ancho, pretendiendo que su ocurrencia fuese considerada como una broma alegre, llena de complicidad y sonrisas comprensivas. No se le ocurrió pensar que pudiese resultar una broma de mal gusto, que fue lo que le pareció a ella. Eulogia se la había guardado durante un año entero.

Ahora estaba sentada delante de él. Se sonreía ufana, mientras paladeaba el caviar que había transportado hasta su boca con su cucharilla de plata. Lo hacía con tanta delectación y aparente desafío que el comisario, llevado de una suspicacia algo más que profesional, se atrevió a preguntarle:

—¿Te pillaron?

Eulogia se sonrió, pero no le respondió nada. Siguió comiendo con delectación y calma.

—¿No te pillaron?

Tampoco Eulogia contestó. El comisario no pudo contenerse.

—¿Cómo hiciste? ¡Desgraciada! Las tienen en un frigorífico detrás del mostrador. ¿Te pillaron? ¿Lo pagaste?

Las últimas horas de la tarde anterior habían sido felices. La noche excitante. Ahora, la reacción de Eulogia, los hechos que ya se adelantaron y alguna otra cuestión que se verá más adelante, estaban sirviendo para crispar los ánimos del policía al que todos consideraban de comportamiento inalterable.

—Dime ¿las robaste? ¿Te pillaron? —casi imploró el comisario.

Al comisario cualquiera de las dos opciones se le antojaba delirante. Pero ella no le respondió nada. Entonces Andrés se levantó y, dando un portazo, salió de su propio despacho dispuesto a tomarse una cerveza. Afuera continuaba lloviendo como si tal cosa; es decir, como siempre, con cierta deleznable y perversa contumacia.

En el momento en que el comisario jefe abandonó su despacho, Eulogia se quedó en él, tan tranquila, deleitándose en la ingestión del caviar beluga tan imprudente como desafiadoramente adquirido. Lo hacía sonriente, perdida la mirada. Al menos eso es lo que se fue pensando el comisario que, en el fondo de su alma, también se sonreía.

—A setecientos cincuenta euros los cien gramos, casi está indicado el robo —se dijo para sus adentros.

Luego lamentó no haber probado ni siquiera otro par más de cucharillas de las huevas de esturión.

—Un comisario es un comisario —se dijo—. Más, sí es un comisario jefe superior de policía —añadió.

Se trataba de ocultar la frustración envolviéndola en una dignidad aprendida en mala hora, durante una niñez de himnos que no se atrevía a recordar. Sin embargo, se le vinieron a la cabeza un par de versos que no consiguió evitar. «Impasible el ademán» rezaba uno de ellos, e «inasequible al desaliento» se sugería en el otro. Bien cierto es que no se consuela el que no quiere.

En el momento de abandonar su despacho, Andrés se dio de bruces con el doctor Somoza. Reaccionó de inmediato, cogiéndolo por el brazo e invitándole campechanamente a tomarse una cerveza.

—¡Pero sí vengo de allí...! —protestó el antiguo paseante.

—No importa, te tomas otra. ¡Anda! ¡Vamos! —contestó imperiosamente el comisario.

—¡Pero sí está lloviendo, coño, y no tengo ganas de mojarme!

—Un poco más no importa, a ver sí de una vez te crecen percebes en los cojones y nos los tomamos con cerveza.

—¡Eres un animal! ¿Lo sabes, no?

—Sé que llevo una mañana que no me la merezco —le respondió abruptamente el comisario.

En ese momento, se acordó de nuevo de la llamada que aún no había realizado, echó mano del teléfono móvil que llevaba en el bolsillo, seleccionó contactos favoritos, los que se señalan con un muñequito dueño de un corazón de gran tamaño, y marcó el número privado del delegado del gobierno. La conversación que mantuvieron fue tal cual como ya se dijo. Después de terminada el comisario echó a correr torpemente hacia el Moore's para evitar mojarse mucho más de lo deseable. Somoza ya lo esperaba dentro.

Aquel día primero de marzo de 2008 había comenzado decididamente mal.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 13.20 h.

El doctor Somoza había decidido anticiparse al comisario. No le quedaba otro remedio, si no quería enterarse de la conversación de éste con el delegado, algo que en el fondo le hubiese apetecido mucho. Pero era hombre cortés y se tenía por muy bien educado. Por eso atravesó antes los pocos más de cincuenta metros que separan la puerta de comisaría de la de la cervecería. Lo hizo con zancadas rápidas, casi tan torpes como habrían de ser las del comisario, para esperarlo ya dentro de ella, después de haberse sacudido la mojadura en el umbral de la puerta.

—¡También qué trabajo te costará andar con paraguas! —rezongó el doctor, cuando el comisario llegó a su lado.

—¿Para qué, para olvidármelo en cualquier sitio? —le respondió éste no sin cierta iracundia.

Cada vez que entra en el Moore's, Andrés Salorio sabe que aquél no es su sitio, pero no se siente fuera de lugar.

No ignora que en la deliberada o inconsciente distribución de espacios que realiza la sociedad, el que a él o los que a él le corresponden son bares de tapeo, O Gato Negro, por ejemplo. Allí el vino es preferiblemente servido en tazas de loza blanca, el pulpo en platos de madera, los mejillones al vapor en una fuente que algunas veces tiene melladuras en sus bordes. Esos bares son los suyos. Esos bares o bien cafeterías tan antiguas como El Derby, la misma que frecuentó Valle-Inclán, o acaso tan selectas como la del Aéreo Club, ya en la parte nueva de la ciudad, con amplios tresillos en los que incluso se podría dormirar si no estuviera tan mal visto.

A esta última casi nunca acude. Prefiere las tabernas antiguas, con banquetas y mesas de castaño, blancos sus tableros de tanta lejía con la que han sido fregados, o aquellas otras, con las mesas no tan largas pero con el tablero de mármol y persistentes manchas dejadas por el vino tinto de Barrantes, espeso y ácido.

Sin embargo, le gusta el Moore's, casi tanto como las tabernas. Le atrae el ambiente juvenil, aparentemente cosmopolita, que lo llena durante las tardes de los días de lluvia. También el abandono y el silencio de media mañana, cuando está prácticamente solo y paladea despacio la ácida cerveza gallega, la Estrella de Galicia, su favorita.

Llega, se sienta cerca de una ventana y, desde su observatorio, contempla el poco agitado transcurrir de la vida de sus subordinados, que entran y salen de los dos edificios en los que esperan sus órdenes y sus consignas, caminando con una indolencia que se podría suponer inducida por esa lluvia pertinaz, lenta y menuda, que los gallegos llaman *orballo*. Pero también por una actividad que ha degenerado

en administrativa, en el mejor de los casos, o en los servicios de protección y escolta que no pocos de sus miembros prestan a las personalidades políticas ejercientes en la capital del antiguo Reino de Galicia.

No hay mucha complicación en su comisaría, afortunadamente. El suyo es un buen puesto para jubilarse. Drogadictos en las zonas altas del casco histórico, camellos que van y vienen trayendo mercancía desde las cercanas Rías Baixas; carteristas en los alrededores de la catedral, aliviando de sus billeteros a los visitantes foráneos; descuideros que operan en las rúas más transitadas y, durante el verano, también en las terrazas más concurridas. A veces incluso en los corros que se forman alrededor de los muchos músicos callejeros que están instalados en una ciudad que los acoge gozosa y los protege casi se diría que maternalmente.

En la ciudad que Salorio vigila y presta protección a los ciudadanos que la habitan o visitan, también puede haber otra clase de delincuentes, éstos ya de guante blanco. Aparecen de vez en cuando y se manifiestan en la figura de un interventor o de un director de una sucursal bancaria que decide que hace mejor clima en el Caribe y allá se va con el dinero de sus clientes, recaudado con paciencia, incluso se diría que con esmero y no sin cierta simpatía natural que obligó a la gente a confiarse, a dejarse seducir por el rostro amable de quien guarda sus tesoros en una cueva de Alí Babá de las muchas existentes.

Cuando no son ellos los que alteran la paz policial, ese húmedo marasmo que todo lo envuelve en la capital de la lluvia, es algún discreto padre de familia que, debidamente disfrazado, decide asaltar bancos con frecuencia estudiada de modo que, al cabo de un año de asaltos mensuales, llevados a cabo con puntualidad meridiana, la gente llega a habituarse e incluso a pensar que casi sería mejor que al atracador lo pusiesen en la nómina del banco. Otros lo están con mucho menor motivo.

Pero, entonces ¿de qué hablarían los periódicos? No todas van a ser noticias internacionales y cotilleos copiados de la prensa de Madrid, el horario de misas en las múltiples iglesias que salpican esta ciudad de la que se afirma que custodia los huesos del santo apóstol Santiago. De eso es de lo que hablan mayormente los periódicos locales, de eso y de los pequeños incidentes habidos durante la semana, de los resultados de fútbol en las tres divisiones de la liga nacional e incluso de los de las categorías inferiores. También de la más que ejemplar cuestionada actividad del presidente del equipo de fútbol capitalino, un once capaz de ascender y descender, a través de todas las categorías de la liga profesional, con velocidad de una estrella fugaz que iluminase el Campus Stella; dicho sea de este modo Compostela para amplio regocijo de latinistas en paro.

La población es tranquila, gente así, sencilla toda ella. Funcionarios de las distintas administraciones locales, autonómica y periférica del Estado, la mayoría. Aspirantes a serlo la más de la que resta. Luego una multitud estudiantil que convierte las noches de los jueves en una orgía de alcohol y drogas blandas, de bailes desenfrenados a los que se suman los jóvenes horteras de los grandes almacenes,

dedicados a la venta de prendas de confección prêt-à-porter; también los mecánicos de los distintos concesionarios de automóviles. Incluso algunos obreros de las industrias ubicadas en los polígonos industriales cercanos, cuando no camareros libres de turno que sostienen la enorme oferta hotelera que da vida a la ciudad. Todos ellos salpicados de no pocos profesores universitarios que se niegan a que la juventud los abandone y la persiguen con desesperación y saña, procurando cazar en los viejos territorios de antaño, sin caer en la cuenta de que ellas o ellos también ya han envejecido.

Santiago es un lugar tranquilo en el que las mujeres pueden circular solas, con total tranquilidad, por sus calles húmedas, a cualquier hora del día o de la noche. El resto son corruptelas de funcionarios intermedios o grandes y esporádicas corrupciones de políticos de alto rango. Todo normal, como la vida misma.

Capítulo Segundo

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 13.45 h.

La comisaría está cerca de la catedral.

La catedral es como una enorme matrioska. O como una ameba que, en su aparente y quieta soledad, pues parece elevada sobre una isla en medio de un mar de piedra, diese pasos falsos. Debajo de su envoltura barroca se halla la románica. Apenas un par de metros separan la una de la otra; un abismo, en todo caso. A un lado de su cabecera, como uno de los falsos pasos que nunca se atrevió a dar, se halla la huella de una planta gótica que no llegó a enraizar. En la fachada norte, la catedral se nos muestra neoclásica. Todo es según los vientos de la rosa.

Sucede todo de manera que en ella una forma esconde a otra; un tiempo atrapa a otro, lo persigue sin anularlo; a veces, se diría incluso que lo potencia en su extraño juego de contrarios. Sucede así en la fachada oeste, la barroca, que se apoya, primero, y se encarama luego sobre la románica. La catedral de Compostela es a la estética lo que el fluir y refluir de las mareas es al concierto de los astros. O eso solía pensar Andrés Salorio, en sus momentos de más lírico abandono. Eso y que así son también las gentes que habitan la ciudad. La que pudo ser su ampliación gótica está debajo de las escaleras de la Quintana de Vivos. Se continúa en la Quintana de Muertos. A ellas, a los dos Quintanas, dan las dos fachadas superpuestas, las de la doble faz. Una la cierta y actuante, la románica; otra, la barroca, es la actriz que todo lo interpreta a la luz de una exuberancia formal que todo lo trastorna. En esta fachada no se suceden, se superponen. Así es también la realidad en Compostela, capital de Galicia, dual, siempre dual en Galicia entera.

Una quintana es un atrio. En los atrios gallegos se suelen enterrar a los muertos. Luego, sobre ellos, se celebran las fiestas parroquiales y la gente baila encima de sus tumbas. Una quintana es un enorme cementerio, un espacio abierto, lleno de incertezas; es decir, de dudas.

Sin embargo, en la catedral, también hay espacios cerrados, es decir, llenos de certezas. Unas encubren otras, otras silencian unas. Ése es el juego. Todas se complementan, todas existen, o dejan de hacerlo, según sean la hora del día, el viento de la tarde o la niebla de la noche. Una fachada es neoclásica. Las torres románicas se continúan en las barrocas. El tejado es una enorme escalinata a dos bandas. Una da al norte y por ella suben los vientos fríos y la luz diáfana. Otra da al sur y por ella descenden las lluvias y los pensamientos más tristes.

La catedral es también un enorme panteón. En él se guardan los huesos de un santo apóstol de Cristo. Se afirma que son los de Santiago, el hijo del Zebedeo, los huesos de santo. Pero pueden ser los de Dios sabe quién, pues hay dudas más que

razonables al respecto. Con ellos se afirma que se guardan también los de sus discípulos Teodoro y Atanasio, que dan fe de su certeza. Al menos ésa es la general creencia. Otros creen que es Prisciliano quien yace en él. Cualquiera sabe.

Continuando la basílica primitiva, debajo de las naves del templo actual, se suceden sepulturas que se ofrecen a la contemplación de los privilegiados visitantes que hayan sido autorizados para ello. Tumbados en sus lechos de tierra tienen a la vista los descarnados esqueletos de algunos de los antiguos habitantes del burgo medieval. Yacen allí desde aquel tiempo que no pocos pretenden oscuros y algunos describen luminosos.

Los peregrinos y los fieles caminan despreocupadamente sobre ellos, ajenos a su existencia. Al fin y al cabo Compostela significa cementerio antes que campo de la estrella. Pero casi todo el mundo cree que esta segunda es la traducción exacta del nombre del lugar. No se puede decir que, esta segunda, no sea una acepción brillante; pero a todas luces es falsa.

En Compostela todo descansa encima de los huesos. Unos puede que sean de santo, otros seguro que no lo son tanto. Esta afirmación se puede cantar con ritmo de bolero.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 13.50 h.

El país del que Compostela es capital tampoco decidió aún cómo llamarse. Galicia, le dicen unos; Galiza, otros. El país es así, la gente es así. En él se dice que dios es bueno, pero que el diablo no es malo. La gente afirma que conviene tenerle encendida una vela a cada uno, por si acaso.

En tiempos, la comisaría era un antro. Al menos se lo parecía a quienes la veían desde afuera. Vista desde dentro tampoco era el paraíso. Ahora es un pulcro conjunto de oficinas, dispuestas casi como las celdillas de un cilíndrico palomar de pazo.

Los despachos del comisario, el del subcomisario y los de los inspectores jefes dan a una enorme plaza llamada de Rodríguez del Padrón. No es malo el nombre de un poeta prerrenacentista para dárselo a una plaza que ha de albergar las instalaciones policiales. O sí. Cada vez que Andrés Salorio se asoma a ella acostumbra a recitar alguna estrofa de «Los diez mandamientos del amor». Hoy, como llueve, no se asomará a ella. Permanecerá con los codos apoyados en el tablero de su mesa, ajeno, ensimismado, con la mirada perdida y una pregunta vagando, constante y tenazmente, entre las paredes de su cráneo. En todo caso, la de Rodríguez del Padrón, se trata de una plaza en suave plano inclinado, amplia, que desciende con levedad en dirección noroeste, poblada de magnolios y adornada de furgonetas policiales que descansan al borde de sus aceras. Lo hacen como los barcos en los muelles; recreándose en la añorada serenidad de las aguas portuarias, éstos; en la del viento que detienen los magnolios, aquéllas. Así sucede en esta plaza. En ella están también los coches particulares de los policías que no renuncian a un aparcamiento, amén de cómodo, gratuito. Son como las lanchas auxiliares.

En el edificio de enfrente de la comisaría, un caserón enorme y gris, se halla el acuartelamiento de las fuerzas del orden. Así se ofrecen hoy las dependencias policiales compostelanas a la contemplación de los viandantes. Todas ellas muy cercanas a la catedral. En Santiago de Compostela todo está próximo y cercano; a veces de una manera opresiva que la incesante lluvia no ayuda a mitigar.

En los tiempos que se citaron, ya tan lejanos que los abuelos pueden describírselos a sus nietos, la comisaría era ciertamente un antro con olor a orines y humedad.

Cuando los otrora jóvenes la evocan y expresan en alto sus recuerdos, ponen un extraño acento en sus voces. Parece como si quisiesen que les tremolasen. No les tremolan. Sucede que las tienen ya cascadas, las pobres de sus voces, afectadas que están por el mucho tabaco y la no poca marihuana. Sí, es cierto, sucede eso. Eso y que sus timbres producen extrañas reverberaciones contra las paredes del paladar.

También puede suceder que los ecos así producidos se les escapen por entre las rendijas que se forman entre éste y unas dentaduras, las suyas, ajenas a los últimos ofrecimientos científico-comerciales en materia de adherencias de prótesis dentarias. O acaso pueda ser debido a que ya también hay abuelos desdentados.

Éstas, y no aquella primera y ya lejana, son las razones por las que los recuerdos se ofrecen sibilantes e incluso en ocasiones algo misteriosos. No son únicamente producto de las caries sino también de otras desgracias, mucho más sutiles y no tan oprobiosas, propias de la senilidad; es decir, los abuelos algunas veces se recuerdan temerosos.

Eso es lo que está haciendo Carlos Somoza, recordar, no sin temor, aquellos tiempos nunca olvidados del todo. Mientras, el comisario, por su parte, está también entregado a idéntica ceremonia de recordación nostálgica. Los dos mantienen silencio. Tienen delante sus bebidas, como abandonadas. Nadie diría de ellos que estén ocupados en ningún otro asunto que el de observar cómo cae la lluvia, mansamente, o cómo caminan las piernas de aquellas muchachas que llegan y no las traen ocultas por sus pantalones. En esos casos, esperan a que se desprendan de los chaquetones, para poder posar sus miradas en las caderas sugerentes que delinean sus curvaturas, ante sus miradas se diría que absortas, cuando en realidad permanecen atentas a todo cuanto sucede en sus respectivos ángulos de visión.

Cuando tal cosa sucede y se entregan a la recordación, sienten un viejo hormigueo en la boca del estómago. Un vacío similar al que sentían al saberse en trance de ser obligados a traspasar el umbral de la puerta de comisaría, en el caso de Somoza; la del propio hogar, en el del segundo matrimonio del policía. Más fuerte, sí cabe, en el caso de tener que hacerlo a instancias de los miembros de la brigada político-social, en el caso del primero. Los que se vieron forzados a ello confirmaron sus temores. Era un antro. Un antro con todas las consecuencias. O similar al que sintió Andrés Salorio, cada vez que tuvo que entrar en la universidad, formando parte de la brigada político-social, por imperativo de su oficio, que no por su decisión o tendencia habitual.

Sin embargo, también hubo algunos, que hoy ya son también abuelos, que, pese a sus esfuerzos, no llegaron nunca a traspasar ese umbral; esa frontera existente, en aquellos tiempos de ignominia, entre la dignidad del héroe y el oportunismo del trepador innato. Otros saben que sus abuelos no formaron parte de «la social», pero ignoran que hayan sido unos canallas. No suelen ofrecer constancia de ello. De esa forma, todos los nietos consultados creen que sus abuelos fueron todos ellos unos héroes. Incluso los que no lo fueron. No pocos, ni sin importancia.

Eran tiempos tortuosos. Corría el año 68 del pasado siglo y la juventud de entonces alimentaba sueños, como todas. Pero, en los de aquella generación, la gloria refulgía con el mismo brillo con el que lo hace el dinero en los de la de ahora. Por eso, los hoy abuelos, al menos los que formaron parte de la banda de la trenca, aprendieron a mentir tan bien, a tabular con tal y soberana maestría, que impresiona

incluso al más advertido de oficio así de desmedido, de oficio así aprendido.

También aprendieron a soñar despiertos, los hoy abuelos, los jóvenes de hace cuarenta años. Pero no se sueña impunemente con la gloria y, sí ésta llega, mejor es no dormirse en ella. Eso fue lo que les pasó a no pocos de ellos. Ahora va a ser difícil despertarlos. La gloria siempre es necesario fabularla.

En aquel tiempo podía alcanzarse con la aureola del poeta, las gruesas gafas de concha del intelectual orgánico marxista, el marchamo de cantautor, una corta estancia en la cárcel como preso político o, en el mejor de los casos, una breve visita de un par de días a los calabozos de esta comisaría vecina de la catedral y de sus enterramientos. Hubo quien se esforzó no poco en conseguirla.

A veces los esfuerzos se redujeron a pasear por delante del edificio policial dejando asomar, de manera ostensible, en el bolsillo trasero del pantalón vaquero, o en el más amplio de la trenca azul marino, un ejemplar de *Mundo Obrero*, el periódico del partido comunista, con la cabecera lo suficientemente destacada del conjunto. Blanco sobre fondo azul. La hoz y el martillo asomando desde las profundidades del bolsillo. Pero ni aun así, a pesar de la metáfora.

Cierto que hubo jóvenes que pagaron su osadía con la cárcel. Sin embargo, éstos no forman parte de esta historia porque no buscaban la gloria, sino la consolidación de unos ideales. Eran gente honesta, adheridos a una fe, la soviética, de la que algunos eran sacerdotes, otros tan sólo eran monaguillos, o, en el caso de los que tan sólo se reconocían marxistas, un numeroso e ingenuo catecumenado. Se asían a su credo como pudiera hacerlo un náufrago a una tabla o un creyente a un dogma. Con desesperación y fe extremadas. Así eran los jóvenes en aquellos tiempos ya lejanos. Así fueron Somoza y su amigo el comisario, pese a todo.

En aquellos años, Carlos Somoza era un joven estudiante de medicina ansioso de la misma gloria que todavía hoy, cuarenta años más tarde, sigue sin alcanzar del modo en que la había soñado. No le valieron de nada sus paseos por delante de comisaría agitando el *Mundo Obrero* como si fuese un estandarte o una bandera, provocando como sólo un valiente o un loco puede hacerlo. Solía llevarlo doblado, asiéndolo con una mano, mientras lo golpeaba contra la palma de la otra. Era como el batidor de una cacería que se entendiese al revés.

Primero solía acercarse hasta el Eutropio, un bar vecino del antro. En él servían unas tapas de mejillones, rabiosos de tan picantes, a los que llamaban tigres. El picante clamaba por el vino y el vino llegaba convocando a la valentía. Ésta llegaba siempre de mano de la euforia. Eufórico y valiente, batiendo palmas con el *Mundo Obrero*, se paseaba Carlos Somoza por delante de comisaría. Buscaba la inmolación como un mártir de la causa, no importaba cuál. El caso es que lo llevase a la gloria como fuese. Él sólo quería la gloria.

Insistió en sus paseos, no tan plausibles como esperaba, con la misma obsesión de quien mantiene tercamente una ilusión rota, sin atreverse a desistir de ella, hasta que la propia vida va arrinconando la esperanza. Mantuvo su oferta de martirio hasta que

se dio cuenta de que su reto empezaba a ser malinterpretado. En ese momento, renegó de la revolución y decidió entregarse a su carrera.

Llegado 1975 murió el Caudillo, aquel del que se afirmaba que lo era por la gracia de Dios. Muerto y enterrado, el país comenzó a andar como si nada hubiera sucedido. Y sí había sucedido algo. Pero para entonces Somoza ya tenía puesto el ojo en la cátedra. Llegado marzo de 2008, la viene ocupando desde hace años y está ya a punto de poder acceder a una prejubilación que no desea. Le molesta el hecho de constatar lo rápido que se le ha pasado el tiempo y teme que tal hecho acelere todavía más el proceso indeseable. Él continúa sabiéndose joven, es joven. Lo sabe.

En la universidad Somoza se siente importante. Cada vez que acude a comisaría, hoy un pasaporte que hay que renovar, mañana un carné de identidad que ya ha caducado, en algún momento cualquier dictamen forense que comentar con el comisario, que ahora es su amigo, siente la importancia que tiene y que cada día que pasa reconoce más acrecentada. Sin embargo, la gloria..., ah, la gloria..., la gloria se le resiste como una mujer ingrata con aquel que sabe enamorado. Él teme abandonarse y dejarse morir sin llegar nunca a alcanzarla. El problema es que no sabe cómo hacerlo. Ignora que la gloria llega, pero que no se debe clamar por ella pues, en ese caso, se resiste.

No le llega con que los policías lo miren con respeto y lo saluden, con un no se sabe qué reverencioso que lo abruma e incluso lo emociona. Un catedrático de medicina es algo serio. Cada vez que los polis lo saludan se acuerda de su pasada juventud y de sus nunca desvanecidos afanes. El caso es que, a sus sesenta y un años, Somoza mantiene su ambición incólume.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 13.55 h.

En Santiago de Compostela llueve, llueve bastante. Tanto que la melancolía puede impregnar los corazones, incluso las almas, de forma que de vez en cuando la gente se suicida. Una vez un compañero andaluz le preguntó a Salorio como solían suicidarse los gallegos y él respondió, asombrado ante la pregunta, que unos se ahogaban tirándose al río desde un puente o adentrándose en sus aguas, más los que parecían conocer los secretos del humor, pero que otros se ahorcaban colgándose de una viga, o también de un árbol. Tiros, pocos.

Lo recuerda ahora mientras observa la cara que se le está poniendo a Somoza según entra una moza esbelta y juncal como ninguna de las que lo han hecho hasta ese momento. Y se sonríe. Pero sigue recordando.

—¿De qué clase de árbol? —le interrogó, pertinaz, el compañero.

Andrés se paró a pensar. Nunca se le había ocurrido valorar de qué árboles preferían colgarse los suicidas. Lo cierto es que no tenía ni idea. Primero pensó en responderle que de una higuera. Sin ser muy consciente de por qué le daba esa respuesta le contestó sin dudarle:

—¡De los manzanos!

Su compañero andaluz era como un dolor de muelas.

—¿Y qué hacéis después con ellos?

—¡Enterrarlos! ¿Qué vamos a hacer si no?

Pensó un poco más su respuesta y añadió:

—A algunos los queman.

—¿A los árboles?

—¡Estás parvo! A los muertos.

—¿Pero qué hacéis con los árboles, *pisha*, qué hacéis con los manzanos?

Se le ocurrió pensar que su amigo era definitivamente tonto, pero tuvo la serenidad necesaria como para contestarle no sin cierta condescendencia:

—Pues comerle las manzanas ¿qué quieres que le hagamos?

Al observar el silencio de su colega, Andrés se sintió en la obligación de preguntar a su vez por algo que, en el fondo de su alma, le traía sin cuidado:

—¿Y de qué árboles os colgáis vosotros?

—¡De los olivos!

—Claro, coño, es de lo que más hay... —se dijo con displicencia que ocultó en forma debida, formulando una segunda cuestión que a decir verdad le importaba tanto como la primera—: ¿Y qué hacéis con ellos cuando alguien se cuelga de uno?

—¡Pues cortarlos! ¿Qué si no?

Andrés se mantuvo en silencio, pero no dejó de pensar en lo raros que podrían ser los andaluces y qué culpa tendrían los olivos de la locura o de la desesperación del ser humano.

¡Ah, la melancolía, ella es el único reino soberano!

A veces también le afectaba a él. Hacía seis o siete años, había llovido sobre Santiago durante diez meses seguidos. Tan sólo había lucido el sol, a lo largo de aquella inmensidad de días lentos y grises, en cuatro de ellos, pero nunca por tiempo superior a diez minutos.

Quizá la gente se suicidase para no aburrirse, echándole un poco de emoción a la vida, colgándose de un árbol que seguiría dando frutos, balanceándose como si fuesen niños, interrumpiéndola a petición propia, sin esperar a que nada ni nadie se la arrebataste por ira o con dolor. O acaso también para aceptar la muerte sin esperanzas vanas. Acaso sea una cuestión de lucidez, quién sabe.

En el fondo Andrés Salorio, comisario jefe de policía en la capital gallega, prefiere que todo siga como siempre, él ya está acostumbrado.

—Lo malo es la humedad. A veces fastidia tanta lluvia —comenta, suspirando con una resignación que no siente. Está habituado a ella. El pasado año fue de sequía extrema, pero al fin parece que todo vuelve a su ser. Durante los últimos meses ha vuelto a llover sin pausa. Tan sólo ha salido el sol algunos días, pero sin tiempo ni intensidad suficiente como para secar por completo el asfalto de las carreteras o para ensombrecer los musgos y líquenes que recubren las fachadas.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 14 h.

Al oír los comentarios del policía, Carlos Somoza se sonríe. Lleva un rato haciéndolo, aun sin ser consciente de ello. Lo hace con un rictus que al comisario se le antoja displicente, cuando no conmiserativo, sin dignarse dirigirle la mirada, siquiera sea por un momento breve. Opta por no mirarlo.

Tiene toda su atención concentrada en la figura de Clara Ayán que acaba de salir de comisaría, protegiéndose debajo de un paraguas de plástico, traslúcido más que transparente, y da toda la impresión de dirigirse hacia el lugar que ellos ocupan.

Craso error, lo único que hace Clara es evitar en lo posible los amplios regueros que el agua de la lluvia hace deslizar por la pequeña y breve cuesta que baja hasta un poco más allá de la puerta de la cervecería.

Cuando Clara está cerca, Somoza golpea el cristal de la ventana con el extremo de la llave de su coche. Hace apenas unos minutos que la extrajo del bolsillo izquierdo de su pantalón, con la intención de jugar distraídamente con ella. O quizá con la de dar noticia, una vez más, de la marca de su automóvil, tan orgulloso se siente de ser su propietario.

La abogada, al oír el repiqueteo causado por la llave, levanta la mirada y sujetando cómo puede el paraguas que una ráfaga de viento pretende arrebatarse, saluda y sonríe diciendo adiós. Luego, sin abandonar la sonrisa, enseña la muñeca izquierda para que se vea el reloj y se deduzca que es o que se le hace tarde.

—¡Qué polvo tiene! —exclama de nuevo el doctor Somoza, suspirando, resignado a la única manifestación posible de sus insatisfacciones.

—¡Sí! —corroborra el comisario mientras se lleva a los labios el bock con cerveza negra.

La abogada sigue calle arriba, por la Ruela de Entrecercas, después de haber dejado a su derecha la ventana ocupada por los dos funcionarios públicos. Vive un poco más adelante, en un edificio al que accede por su fachada posterior desde esta misma callejuela estrecha por la que ahora asciende, se diría que contra viento y marea. Sin embargo, la vivienda dispone de amplios ventanales en la fachada anterior desde los que se pueden contemplar el viejo colegio de San Clemente, la Alameda, el paseo de la Ferradura e incluso la iglesia de Santa Susana, ocupando el lugar más alto del viejo castro celta y rodeada del viejo bosque de robles centenarios.

La vivienda ocupa un viejo edificio construido en el lugar por el que transitaba la muralla que hasta entonces había rodeado la ciudad. Cuando se derrumbó ésta fue cuando se construyó el edificio. Hace poco fue derruido todo su interior y construido de nuevo a instancias de Clara Ayán y proyecto de un arquitecto amigo suyo. En

realidad son bajo y tres pisos, comunicados entre sí, según la no tan conocida fórmula del dúplex doble. Aunque también pudiera serle aplicadas otras. Es tan estrecho como hermoso el panorama de la alameda que ofrece desde sus ventanas. A éste hay que añadirle el de las altas torres barrocas de la catedral y el de no pocos campanarios de parte importante de los de las restantes iglesias, tan abundantes en la ciudad, contemplables desde la parte de atrás de los dos pisos superiores.

Otra ráfaga de viento le vuelve a levantar el paraguas. Con mano firme y habituada a ello, Clara puede controlarlo. Lo hace, en un alarde de maestría, evitando que dé la vuelta y ofrezca sus ballenas a la contemplación del viandante que se le acerca de frente y del que puede atisbar los zapatos y los bajos de sus pantalones, completamente empapados, al observarlo por debajo de la tela del paraguas, mientras poco a poco se desplazan hacia ella.

Los vio mientras caminaba con la vista baja, fijada con determinación en el enlosado de piedra sobre el que se desliza el agua que desciende convertida ahora casi en un pequeño torrente. Al saberlo cerca, levanta el paraguas, lo mira a la cara y, al reconocerlo, lo saluda. Es Adrián, el novio de su compañera de piso.

—Hola, ¿qué, vas a ver a la moza? —lo saluda.

—Y tú no subes a casa, con la que está cayendo —le contesta él.

Clara tiene la pequeña sensación de que acaba de eludir responder a su pregunta.

—Primero voy hasta la Porta Faxeira. Me quedé sin tabaco —le contesta— y tú... ¿subes o no?

Adrián, ante la pregunta algo conminatoria que le formula Clara, se azora y no sabe qué responder.

—No —dice por fin—, la llamé un par de veces al móvil y no me contestó. Después la llamé a casa y tampoco. No sé por dónde andará, así que como estoy muy cansado... me voy para la mía. Cada uno en su casa y dios en la de todos —añade con aire de salmodia—. Ya la veré mañana, o quizá más tarde. No sé.

Clara siente que el agua, la misma que pretendía evitar y sigue deslizándose calle abajo, le empapa ya por completo los zapatos. Duda que sea cierto que uno no se bañe dos veces en el mismo río. Esta sensación ya la experimentó tantas veces, se le antoja ya tan repetida que se cree con derecho a dudar de cualquier aserto por muy clásico y solvente que se ofrezca.

Parados los dos, en medio de la lluvia, ofrecen una imagen de impotencia y de soledad que pudiera inducir o hacer suponer ternura. Nada de eso, Clara se está preguntando si todo irá bien entre Adrián y su compañera de piso. Su mente permanece todavía agitada por la reciente conversación mantenida en comisaría y aun siendo consciente de que tiende a juzgar la situación desde un punto de vista acaso excesivamente femenino, no se reprime en buscar razones que culpen a Adrián; todavía no sabe bien de qué pero sí de algo. Acaso de ser hombre y de no querer tomarse la molestia de subir a ver a su novia que, curiosamente, es su amiga y compañera de piso.

Durante los días pasados la ha visto algo alterada, reflexiona Clara mientras escruta el rostro de Adrián. Tan alterada que, cada vez que la abordó buscando alguna confidencia, se encontró con respuestas abruptas y ademanes nerviosos que no es que no fuesen impropios de ella pero que, a pesar de no serlo, sino muy propios, desconcertaron a Clara por lo intempestivos e inmerecidos que resultaron en todas las ocasiones.

Por otra parte, Adrián tiene llave del portal del edificio y bien pudiera haber hecho intención de subir a comprobar la ausencia de su novia. O de detenerse para llamar por el telefonillo de la puerta; el que da a la calle y suelen pulsar los estudiantes, de madrugada, cuando están borrachos y se retiran a sus casas de regreso del Botellón de la Alameda. Pero es evidente que nada de eso parece que vaya a suceder, pese a que Adrián juguetea con las llaves, que agita con la mano metida dentro del bolsillo de su chubasquero verde oscuro.

—¿Va todo bien, Adrián? —le pregunta Clara.

La pregunta le sorprende. En ese momento pareciera que amainase brevemente la lluvia, como dándole tiempo para contestar sin prisas, pero Adrián se limita a responder.

—Claro, como siempre.

—Perdona, como siempre no. Te lo pregunto porque ayer por la mañana me pareció oírlos discutir de forma airada.

Clara es directa. No sabe andar nunca con subterfugios. Suele preguntar o afirmar como si estuviese en un careo. Acaba de hacerlo y Adrián acierta a responderle:

—¿Y quién te manda a ti escuchar las conversaciones ajenas?

—Ésa es también mi casa, por sí no lo recuerdas —contesta Clara mientras señala con la mano hacia atrás en dirección al portal de entrada.

—No, no, nada de eso..., nada de importancia —tartamudea Adrián—. Tonterías de sí «miraste a ésa de forma que no me gustó», ya sabes..., las tías sois así; a veces, no hay dios que os aguante.

—Bueno, pues mejor. Me voy a por el tabaco —concluye Clara, al tiempo de darle un beso como despedida; un beso que pone fin a un diálogo que le parece empobrecedor y absurdo.

—Vale, hasta otra —responde Adrián, sin moverse.

Antes de doblar la esquina y encaminarse al Bar Azul para comprar dos paquetes de tabaco, Clara se detiene a fin de ver si Adrián ha pasado o no de largo por delante del portal de su casa.

La distrae una voz conocida que le dice adiós desde algún sitio. Se da la vuelta y ve a Anxos Vilavedra, la médica que tiene un mote que suena a membrillo y queso. Anxos agita la mano, saludándola sonriente desde debajo de un paraguas rojo que parece resistir todos los embates del viento.

Después de corresponder al saludo de su amiga, se da la vuelta y al hacerlo comprueba que Adrián la está observando desde el mismo sitio en el que acaba de

dejarlo. Entonces lo saluda con la mano, se gira y da unos últimos pasos que le permiten entrar en el ambiente cálido y húmedo del establecimiento que pasa por ser el que expende el mejor café de toda la ciudad. El Azul.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 14.05 h.

Son pocos los clientes del Moore's a esta hora última de la mañana del sábado. Quizá sea el mal tiempo el que evita que haya el alboroto habitual. La fuerza disuasoria tiene que ser la de la lluvia. El bebedor de cerveza es contumaz, fiel como un enamorado con dependencia emocional de la mujer que lo subyuga como nunca un hombre logrará subyugar a una mujer. Sabe que le corroe el intestino, que le hipertrofia el hígado, que anula su voluntad y que le nubla el entendimiento; sin embargo, se cree capaz de dominarla, se siente llamado a redimirla, a recuperarla de unos humores que suelen nacer atravesados, de neutralizarla siquiera un poco. En los días gloriosos en que cree haberlo conseguido, el amante se cree un dios contemplando a su más bella criatura. ¡Ah, la cerveza!

Sin embargo, no es así. La cerveza, más sí es dorada, embrutece los sentidos de su bebedor habitual. Cada vez que la bebe y recupera el ácido sabor del que depende se contempla en su mejor estado y se cree a sí mismo su mejor creación. Por eso necesita esa gloria pasajera, ese ligero estado de una embriaguez que es dorada y fugitiva como una mujer esquiva y rubia. Sólo el agua puede alejarlos, creando una distancia insalvable entre ellos. Tal teoría puede ser tan sólo una fábula, pero nadie negará que sea divertida. Hoy llueve y no hay la clientela habitual del Moore's. Lástima. Tan sólo el comisario y el catedrático de medicina legal.

Cada vez que el comisario se encuentra con el doctor Somoza no es capaz de evitar que le asalten los recuerdos; más cada vez que le habla de mujeres, casi siempre. Hoy también. Siente melancolía de sí mismo, del hombre que pudo ser y que ya nunca será.

Al contemplar su expresión ambigua y triste, Somoza le bate una palmada en su espalda.

—¡Venga, hombre, levanta el ánimo! —le dice, aparentando una campechanía que no tiene. Se trata tan sólo de demostrarse que trata al comisario de policía con una confianza que para sí quisiera cuarenta años atrás. Al fin y al cabo, cuarenta son dos veces veinte... y veinte años no es nada, según dice el tango tan conocido como exótico e ingenua e inútilmente esperanzador.

Ahora es Somoza quien se entristece. El invierno suele producir estos efectos en las mentes de los que habitan en su interior durante la mayor parte del año. Al darle la palmada a Andrés Salorio, Somoza ha sido consciente de que el espíritu que empujó su mano es el mismo de cuarenta años atrás, que es el tiempo quien ha pasado y se acorta, no él, que sigue siendo el mismo. Constatarlo le produce esa desazón que algunos llaman melancolía. La misma que hace que uno se pregunte qué hace en la

vida. La misma que a veces da una respuesta que conduce a los manzanos o a los ríos.

Mientras el doctor se resiste a abandonarse a ella, bebiéndose otro largo trago de cerveza, el comisario se abandona a la suya. Para estar a un paso de la jubilación aún le echa valor a la vida. Es ya sesentón y sin embargo afronta su tercera relación sentimental, luego de dos divorcios que lo han dejado casi tan deshecho como pudiera estarlo un viejo camión abandonado.

—Un camión Barreiros, en todo caso —exclama en voz lo suficientemente alta como para ser oído y le dé ocasión para expresarse.

Los camiones Barreiros son de larga duración, duros y fiables, no fallan todavía hoy, cuando hace años que dejaron de fabricarse. Lord Hugh Thomas escribió una apasionante biografía de su inventor, del orensano Eduardo Barreiros. Andrés acaba de leerla hace apenas un año. Le gustó.

—¿Qué dices? —le pregunta Somoza.

—Qué soy como un Barreiros Diesel —le responde.

—Era buena sí colase.

Salorio lo mira, enigmático. ¿Cómo va a contarle sus secretos de alcoba, la relación con la tercera mujer que ama en su vida? La primera lo indujo a ser un intelectual. Gracias a ella se matriculó en la facultad de derecho madrileña, primero; en la universidad a distancia, después; y consiguió, por fin, el título que tanto habría de ayudarle en su promoción profesional y ahora ostenta orgullosamente colgado de la pared del despacho de su casa.

Cierto que para ello tuvo que formar parte de la brigada político-social en los lejanos años del franquismo y cumplir con sus obligaciones de la mejor forma posible; es decir, sin traicionar sus propios ideales, ni traicionar a sus nuevos compañeros, ajenos por completo a su solapada condición de policía. Puro encaje de bolillos, el que realizó durante años, saberse de izquierdas y formar en las filas de la policía política del régimen.

Contaba lo justo para no convertirse en un desalmado. Llegaba a comisaría y siempre se las ingeniaba para no hacer un excesivo ni imprudente mal uso de las cosas que sabía. Hasta que lo denunció un compañero. A partir de ese momento formó parte de la brigada criminal como quien forma parte de un batallón de castigo. No hubo levantamiento de cadáver al que no tuviese que asistir, crimen monstruoso en el que no tuviese que intervenir, asunto desagradable en el que no participase. Fueron los años más duros de su vida. Los resolvió encerrándose en sí mismo.

Su mujer lo quería abogado, abogado sería, pero dejándose pedazos de su piel en el camino. Se matriculó en la universidad a distancia y fue resolviendo curso a curso, asignatura a asignatura, el resto de los estudios que le quedaban por concluir.

La llegada de la democracia lo sorprendió con la carrera terminada, preparando la tesis doctoral y su primer matrimonio destrozado. Su mujer lo había querido abogado, pero no soportó impunemente las largas jornadas de estudio de sus fines de semana; no lo quería policía y lo había visto convertido en delator y en visitador asiduo de

mataderos y prostíbulos, perseguidor de narcotraficantes y perseguido él por sus propios compañeros. No resistió la presión y comenzó a agobiarlo con sus requerimientos, con sus broncas, con sus continuas admoniciones, hasta que ya no fue posible la reconciliación, que ninguno de los dos pretendió.

Recordarlo en esta mañana ocupada por la lluvia no le importó demasiado. Había resistido como un motor fabricado por Barreiros. Lo curioso del caso fue que su primera esposa volviese a casarse con otro policía, ella que decía estar harta de estarlo con él por esa causa. Le sucedió otra, hermosa como si la hubiese soñado Botticelli, así de esbelta y dulce.

La primera vez que la vio desnuda, a contraluz, justo en el quicio de la puerta de la habitación que daba al cuarto de baño, casi solloza ante la contemplación de hermosura tanta. Era Afrodita surgiendo de una vieira, la curva de la cadera un sí es no es praxisteliana, la sonrisa dulce, el mirar azul y cálido. La amó inmensamente.

Era ávida de la riqueza y del bienestar que decorasen su hermosura, enmarcándola, haciéndola brillar como una estrella. Necesitaba sentir el peso del dinero aún no sabía sí en el fondo de su bolso o en el de su alma. Acaso en los de ambos. Si la primera lo había inducido al estudio y a la intelectualidad ésta lo empujó al enriquecimiento. También fueron años difíciles en los que bordeó la ilegalidad y admitió ser objeto de pequeñas corruptelas que le ayudasen a llegar a fin de mes sobrado de recursos. Todo consistió en dejarse querer haciendo la vista gorda, desatendiendo ciertas vigilancias, ocultando determinadas pruebas, ignorando ciertas circunstancias que los contrabandistas de tabaco solían agradecerle con largueza.

Con el producto de lo obtenido hizo alguna inversión inmobiliaria y la fue poniendo a nombre de ella; para él no quería nada. Le era suficiente con amarla. Poco a poco empezó a sentirla distante, alejada. Hoy, un viaje con una amiga hasta una ciudad cercana encubría el encuentro con un antiguo amante; mañana, un coche pernoctaba en su propia plaza de garaje y aseguraba la visita de un amante nuevo, mientras él se desplazaba a realizar un servicio fuera de su jurisdicción habitual; al siguiente, era una cena con un amigo en una casa de turismo rural o, al otro, una velada íntima, en su propio hogar; una cena de la que él tenía noticia pronta, pues la policía no es tonta y se daba la triste circunstancia de que él era policía y además lo otro no lo era en absoluto, no era nada tonto. Conocida la cadena, admitida para ella lo que no se permitía para él, el amor lo inducía a callar en espera de recuperar el amor perdido. Se equivocaba. Ella había nacido así. No cambiaría. Entonces volvió a encerrarse dentro de sí mismo, era su mejor refugio.

Cuando supo que ella no cambiaría nunca, dio por finalizada su segunda relación. Afortunadamente tampoco había tenido hijos. Se había acostumbrado a no echarlos en falta.

Con la tercera aún no se había casado, ni malditas las ganas que tenía de hacerlo. Eulogia no lo inducía ni al estudio, ni a ganar dinero. Pero lo hacía reír. Estaba convencido de que sacaba de su interior lo mejor que podía ofrecerle. Incluso le había

recordado las olvidadas ansias de pintar de su primera juventud. De hecho, había vuelto a hacerlo. Sin embargo, seguía encerrado en sí mismo. Pero ahora tenía una disculpa maravillosa para justificar su alejamiento. Estaba pintando. Eulogia le había despertado aquellas ansias adormecidas durante largos años de profesión.

Se había hecho policía como otros se habían hecho curas o narcotraficantes, maestros o peritos, llevado de la imposibilidad de realizar estudios superiores. Hoy puede resultar complicado entenderlo, cuando la universidad acoge a decenas de miles de alumnos cada año, pero en la de entonces, los tres o cuatro mil que ocupaban la de Compostela a lo largo de cada curso académico, al menos durante los más de ellos, eran todos hijos de gentes con recursos. Él no. Había tenido que hacérselo todo. Sus dos primeras mujeres también.

La tercera, no. Eulogia era hija de emigrantes enriquecidos. Todo le había venido dado. Él había vivido como había podido, Eulogia siempre como había querido. Era ocurrente y caprichosa, creativa y elocuente, apasionada y activa. Robaba latas de caviar beluga en El Rincón del Gourmet de Hipercor y se iba de viaje cuando le venía en gana. Su hijo mayor, recién aprobada la última asignatura de su carrera en la convocatoria de marzo, hacía volar artefactos en la biblioteca central de la universidad.

La segunda hija de Eulogia era promiscua como una gata durante la mejor luna de enero. Tenía una serpiente pitón metida en un terrario y un yorkshire terrier enano que transportaba en un bolso, era amiga de andar desnuda por la casa y de asomarse a los balcones de tal y temeraria guisa.

Quizá todo ello fuese demasiado para ser la amante de un comisario jefe superior, por mucho que fuese la democracia la que lo hubiese encumbrado a tan alto rango profesional, alejándolo del ejercicio de la abogacía por el que tanto había llegado a suspirar. Entre eso y la lluvia hasta era lógico que se sintiese melancólico, pero ¿cómo iba a explicárselo a su compañero de cervezas? Eso y que ella estaba hoy de cumpleaños, le había devuelto lo que había considerado una afrenta llevada a cabo justo un año antes y él se había ido de su propio despacho dejándola a ella en él, saboreando a cucharadas dos frascos de caviar beluga.

Eulogia o bien seguía en su despacho, o bien paseaba por entre las mesas de los inspectores, coqueteando impunemente con algunos de ellos, o acaso ya había abandonado la comisaría en un momento en el que él se hubiese despistado abandonando la vigilancia a la que tenía, creía que constantemente, sometida su puerta de entrada. Cuando decidió considerar como probable esta última posibilidad apuró el último trago de cerveza, se levantó de improviso y le dijo al doctor Carlos Somoza:

—¡Anda, vámonos!

—¿Qué? —le respondió éste.

—¡*Let's go*, leches!

Cuando los dos amigos abandonaron el Moore's seguía lloviendo con la misma

terquedad con la que los códices antiguos afirman que llovía en el purgatorio de San Brandán, el santo gallego que evangelizó Irlanda. En él, la lluvia era eterna y tumultuosa.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 14.15 h.

Casi en el mismo instante en el que el comisario abandonaba el Moore's, Clara entraba en su casa, sacudiendo el agua de su paraguas. Lo abrió y cerró varias veces, con un ímpetu que le pareció alegre. Al hacerlo desplazó el aire que, luego de rebotar contra las paredes de la entrada, vino de regreso y le acarició las piernas con una suavidad que le resultó agradable y casi le hizo olvidar la tensión habida durante el breve diálogo con Adrián.

Fue un soplo leve y ya agónico. Supuso una sensación grata, casi placentera, incluso se diría que cálida, que le alivió la pesadez generada por el día y la lluvia, la luz escasa y, desde media mañana, también la conversación mantenida con la rusa en comisaría; una conversación que llegó a irritarla.

«Pega en lo suyo, pega en lo suyo».

¿A quién se le ocurre? ¿Quién le mandaría a ella meterse a redentora?

Al entrar en el ascensor privado que la conduciría a los pisos superiores recapacitó en lo sensible y suspicaz que se mostraba ante cualquier persona que pudiese llevarle la contraria, fuese hombre o mujer, y sí alguna de la responsabilidad a tal respecto no cabría atribuírsela a ella misma, tan tendente a inmiscuirse en las vidas y los problemas ajenos. En ese momento, al reconocerlo así, al querer reconocerlo así, se prometió echarse unas risas, nada más encontrarse con su compañera de piso, a cuenta de las dos últimas conversaciones de esa mañana.

Subió en el ascensor hasta las habitaciones superiores. Al salir de él comenzó a invadirla una sensación extraña de la que no fue consciente hasta que abrió la puerta y la recibió un silencio espeso, impropio de aquella hora del día y de aquel hogar habitado por dos amigas tan dispares. Habitualmente, a esa y aun a otras horas, pero siempre indefectiblemente a ésa, su compañera tenía encendido el televisor, con el volumen de voz a más que elevada potencia, para permitirse seguir desde cualquier lugar de la casa los diálogos de Homer Simpson y su familia amarilla y azul.

Clara, de modo mecánico, encendió el televisor. Cuando esperaba que la tranquilizase la aparición de los muñecos desarraigados y procaces, su expectación fue incrementada por la irrupción de una locutora rubia, que parecía tener tendencias wagnerianas, grandiosas, aspecto de valquiria, escotes generosos, especialidad profesional sustentada en el cotilleo amable sobre las memeces habituales de los personajes mediáticos, conocidos genéricamente como *los famosos*. No podía soportarla. Sin embargo, no apagó el televisor ni sintonizó otra cadena.

Abandonó el mando a distancia encima de la mesita de la que lo había retirado y continuó llamando a su amiga en voz alta.

—¡Sofía, estás ahí! Acabo de hablar con Adrián. ¿Os pasa algo? Ahora te cuento...

Entonces Clara vio por el hueco de la escalera que la puerta de la habitación del dormitorio de Sofía, en la planta inferior, estaba entreabierta y descendió hasta ella. Al llegar avisó, canturreando la advertencia, con una voz que quiso saltarina pero le brotó quebradiza y frágil:

—¡Voooy-aaa-eeeentrar!

Al hacerlo pudo comprobar que la habitación estaba como siempre; es decir, muy ordenada. Tenía razón Adrián. Sofía no estaba en casa. No era sorprendente pero sí inhabitual. A aquella hora ella solía estar ya viendo la tele, demorando el momento de hacer la comida hasta que llegase Clara y, a la vista de la hora tardía en la que ésta acostumbraba a hacerlo, proponerle que se acercasen a comer al San Clemente con tal de evitarse el engorro de ordenar luego la cocina. Era evidente que Dios no la había llamado por el camino que condujese a un hogar ordenado y feliz. Pulcro, sí; pero gracias al servicio doméstico del que indudablemente dispondría.

Por pura rutina, Clara abrió la puerta del cuarto de baño de la habitación. Siempre le había parecido amplio y frío, diáfano y luminoso. Sofía lo había decorado de ese modo, como su personal aportación a la mejora de la vivienda propiedad de su amiga, en el momento de empezar a compartirla con ella.

«Te has gastado mucho dinero en la restauración. Déjame que al menos aporte algo ya que no quieres más que compartir gastos en vez de cobrarme un alquiler», había insistido la doctora en un alarde más de su sentido de la economía bien entendida y mejor aplicada.

Tendría el cuarto de baño que siempre había deseado viviendo en un lugar que le parecía de ensueño, algo clásico en algunos de sus rincones, pero funcional y moderno en la mayoría de ellos, sin mayores dispendios económicos por su parte, todo gracias a su amiga, a la que ya empezaba a considerar del alma, ella, la tan descreída. No había como tener amigas ricas y generosas, se había dicho. La mejora era para la casa, pero su disfrute sería exclusivamente suyo, había concluido, convencida de haber hecho un buen negocio.

Cuando Clara entró en el cuarto de baño de Sofía sabía, en el fondo de su corazón, que lo que buscaba era satisfacer su curiosidad comprobando si el orden y la limpieza de la habitación eran guardadas con idéntica fidelidad y pulcritud que en el resto de la casa, en aquel lugar en el que su amiga llevaba a cabo sus diarias ocupaciones higiénicas, sus abluciones más diversas, se lavaba y se decoraba con paciencia y meticulosidad y se pintaba con habilidad y precisión de cirujana.

La ocasión que se le ofrecía era única y decidió aprovecharla. En el fondo estaba nerviosa. Sofía podía regresar en cualquier momento y pillarla curioseando en su intimidad. Invadiendo el territorio de su privacidad, como lo haría cualquier delincuente. A ella, a la abogada. Decidida a no hacerlo, o a hacerlo breve y fugazmente, sin traspasar el umbral de la puerta, le dio a ésta un pequeño empujón

que le permitiese contemplar el cuarto de baño. Al hacerlo descubrió a Sofía en la bañera. De inmediato se dio cuenta de que su amiga estaba muerta. Se lo anunció así la quietud en la que estaba envuelta, el silencio que la rodeaba, su mirada atónita y unos extraños dibujos, como cortes, realizados en toda su geografía corporal.

Clara retrocedió hasta la mesilla de noche del lado derecho de la cama de Sofía, el que Sofía nunca cedió a sus amantes ocasionales, primero; ni a Adrián, después, incluso cuando se convirtió en su novio. Al llegar a ella se dejó caer, sentándose en el borde la cama. Cogió el teléfono que siempre estaba encima de la mesilla de noche y cuando se disponía a marcar el número de la policía fue ésta la que llamó al timbre de la puerta de su casa.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 14.20 h.

En el momento en que Andrés Salorio regresó a su despacho, antes de la hora de comer y después de haberse despedido de Carlos Somoza en la puerta del Moore's, tal como había supuesto, Eulogia ya se había ido. Agradeció su ausencia.

Tener una amante, una compañera sentimental, una pareja de hecho o se le catalogase como se le catalogase con cualquier otra definición al uso, pero que fuese como ella, significaba un enorme compromiso para un comisario superior de policía. Sin embargo, le hacía tan feliz, tanto, que le compensaba el riesgo. Se daba por satisfecho y se consideraba afortunado. Una amante mucho más joven que él, sesentón ya y dueño de generoso abdomen, una mujer así de disparatada, alegrándole la existencia permaneciendo a su lado, era una constante invitación a la vida alejada de tantas normas como las que él cumplía y tenía que hacer cumplir.

Eulogia había crecido como una niña consentida, de forma que Andrés se preguntaba muchas veces sí lo que sucedía era que no había conseguido madurar. Acostumbrada a obtener todo cuanto deseaba, sin más que proponérselo o pedirselo a sus padres, se había encaprichado con él de forma inesperada, sin que nadie lograra explicarse el porqué de aquella atracción que todos consideraban lamentable.

Con cuarenta y seis años, pletórica de belleza, dos hijos, uno recién licenciado en economía y amante del aeromodelismo teledirigido, otra todavía en la universidad y amante de la vida hasta la extenuación, Eulogia tenía todo cuanto podía apetecerle gracias al dinero de los autores de sus días. Sin embargo, se había enamorado de él, de Andrés Salorio, casi veinte años mayor que ella, un policía a punto de jubilarse, dueño de una innegable vocación de divorciado y del prestigio propio de un mujeriego, corroborado en un indescifrable sumatorio de novias habidas entre una situación y otra. Pese a todo conseguía que ella también se riese con él.

En medio de las recapitulaciones, siempre las mismas, que el comisario se formulaba a sí mismo o recibía de sus amigos más próximos y cordiales cada vez que Eulogia sorprendía a todos con alguna de las que él llamaba genéricamente sus extravagancias, se había acostumbrado a resumirlas, todas ellas, en la expresión de un convencimiento cierto: «sí, tienes razón, pero cuánto, cómo y qué bien me río gracias a ella».

En eso consistía el secreto, en la risa. También en la bondad de Eulogia.

Eulogia era tan buena como excéntrica, tan llena ella de sonrisas como de dislates su comportamiento; tan constructiva su inteligencia como demoledor su comportamiento. Ella era así y así le gustaría que siguiese siendo.

Así lo volvió a pensar, mientras se sentaba de nuevo a la mesa que había

abandonado, no hacía mucho, estando en presencia de la ahora ausente Eulogia, y en tanto se sumergía en una de sus habituales recapitulaciones, la que en esta oportunidad podríamos llamar la recapitulación del caviar, como en otra pudimos hacerlo de las angulas o de una docena de pantalones vaqueros comprados al mismo tiempo por su excéntrica compañera.

Estando así de ocupado mentalmente, irrumpió en la estancia el inspector jefe de guardia sin darle apenas tiempo a sentarse detrás de la mesa de su despacho.

—Acaban de llamar por teléfono para denunciar la presencia de un cadáver en la bañera de una casa de aquí al lado.

Aquel sábado 1 de marzo de 2008, había nacido decididamente atravesado.

—¿Qué casa? —preguntó el sorprendido comisario.

Qué hubiese un muerto en una bañera no era habitual, pero sí comprensible. Qué el cadáver apareciese justo al lado de comisaría era poco menos que sí un perro acabase de mearle en la pernera del pantalón.

—La de la abogadita progre y su amiga la doctora.

—¡Cómo!

—Como acabo de decirle: en la de la abogadita progre y su amiga la doctora, que también está, perdón, estaba como un tren.

—¿Quién llamó? —preguntó maquinalmente el comisario.

—Una voz que estaba distorsionada. No sabría decir si propia de un tenor, sí de una vicetiple acatarrada. El caso es que la muerta es la doctora que compartía piso con la abogada.

Le respondió el inspector jefe de guardia que, al parecer, era muy dado a las consideraciones operístico-canoras. Luego se quedó observando la reacción que sus palabras producían en el rostro de su jefe.

Al ver la cara de avezado jugador de póquer que se le había puesto al comisario, sacando de no supo dónde unas increíbles ganas de molestar que no se preocupó en analizar en absoluto, el inspector continuó:

—Sí, la abogadita que atiende casos por entretenerse, la del *Coleslaw*, la misma que salió de aquí no hace nada..., su amiga. Todavía está en la bañera, esperando por nosotros.

—¿Quién, Clara o la difunta? —le interrumpió el comisario, que era muy mirado en cuestiones de lenguaje.

Sin embargo, acto seguido, no pudo evitar dar un respingo y ponerse de pie en un acto reflejo que le llevó a exclamar un «¿Cómo?» que resultó tanto una exclamación como una pregunta, una manifestación de sorpresa como la expresión de un sentimiento de incredulidad o de impotencia.

—Qué el fiambre está en la bañera. La muerta está desnuda, con heridas. Pero sin sangre alguna. Ya llegaron allí la inspectora Arnoia y el subcomisario Deza. Acaban de llamar y dicen que la cosa es dura y que si no quiere que no vaya que ya se ocupan ellos.

—¡Pero sí acabo de verla subir yo mismo!

—¿A quién?

—¡Pues ya no sé si a la muerta o si a su amiga, coño, a ver si hablamos con la propiedad debida, cojones!

—Jefe, hable como un comisario. ¡Joder! Qué tendrá que ver una cosa con otra... —concluyó el inspector de guardia.

El inspector era joven. Llevaba el pantalón a lo Algeciras; es decir, a la altura de la línea de la concepción, según advertencia del subcomisario Deza, muy pulcro él en estos asuntos del vestir. Pero ante el asombro de su superior jerárquico no se había cortado un pelo. Acto seguido se dio la vuelta y salió por donde había entrado.

—Este cantinflas se habrá fumado un peta —acertó a musitar la autoridad policial mientras se incorporaba de su breve descanso—, pues ya no sé si está en la edad —concluyó mientras pensaba en sí mismo y en lo mucho que le gustaba el albariño.

Andrés Salorio salió detrás del inspector, se puso la gabardina sin detener el paso, cogió el primer paraguas que se le vino a la mano de entre todos los que había en la entrada, y se encaminó hacia la casa en la que Clara Ayán acababa de descubrir que había dejado de compartir piso con la doctora Sofía Esteiro, ahora difunta.

—El paraguas, sí quiere, ya lo puedo traer yo de vuelta, jefe. Por sí no se ha dado cuenta, es el mío. Está muy hecho ya a mi mano, el pobre —comentó el inspector jefe de guardia, mientras salía detrás del comisario subiéndose los pantalones—, lo había dejado en el paragüero para que no se me mojase, ¿sabe? Total, de aquí a allí son dos pasos. ¿O no?

—Anda, tápate, que te vas a mojar —fue toda la respuesta que supo darle Andrés.

No les llevó ni un minuto subir el pequeño repecho de la Ruela de Entrecercas. Ya casi en su final, cercano a la Porta Faxeira, accedieron a la casa en la que se había cometido el crimen. Andrés, subió las escaleras de dos en dos y entró en el domicilio. Lo hizo sin detenerse, aprovechándose tanto de su autoridad como del hecho de que la puerta permaneciese abierta.

Cuando llegó arriba, jadeante, se dio cuenta de que había podido utilizar el ascensor interior de la vivienda, pero ya era tarde y, resignado, se detuvo para recobrar el ritmo respiratorio acostumbrado.

Clara estaba sentada en un sillón, respondiendo todavía a las preguntas que los dos policías le formulaban con rigor profesional y aséptico. Diego Deza por la policía judicial y responsable de la investigación que se estaba iniciando y Andrea Arnoia por la policía científica, como encargada de recoger muestras y de realizar la inspección ocular del lugar del crimen.

Los dos, al ver a su superior, se pusieron en pie con indolencia. Eran conscientes de las dificultades que se les venían encima. Clara Ayán era una abogada competente, poseedora de un prestigio desusado a su edad. La difunta era una doctora conocida. La ciudad en la que los acontecimientos no habían hecho más que empezar a correr era lo suficientemente pequeña como para que en ella casi todo el mundo se

conociese y se tratase. Para ellos aquel caso podía significar tanto un gran triunfo profesional, como un rotundo fracaso del que tardarían en recuperarse. De momento no se explicaban cómo un cadáver lleno de cortes podía haber aparecido en una bañera en la que no hubiese ni rastro de una pequeña gota de sangre. Por eso más que a la abogada se miraban el uno al otro interrogándose sin palabras. Al ver llegar al comisario respiraron.

Clara había permanecido abotargada, hasta entonces, sin capacidad de dar respuestas concisas a las preguntas que le eran dirigidas. Más que responder a las cuestiones que le eran formuladas, parecía aventurar hipótesis, proporcionar pistas que desviasen la atención de ella.

Actuaba como si fuese esa mosca que, atrapada en la tela de la araña, a medida que da vueltas para liberarse de la trampa, se envuelve más y más en ella, enmarañándose de tal modo que ya nunca más podrá liberarse y salir al aire libre volando con precisión y fuerza. Los inspectores se limitaban a observarla con curiosidad insana, dejándola que se acercase a donde ella pretendía, sin intentar hacerla girar en sentido contrario al de las vueltas en las que ella misma, sin que nadie la indujese a ello, se aplicaba con un esmero que se les antojó suicida. Al ver al comisario el rostro de Clara se iluminó brevemente.

—¡Ah, eres tú! —se limitó a decir.

—Pensamos, con el reglamento, que cuatro oídos escuchan mejor que dos y que pasa lo mismo con la vista. Es un caso que se ofrece tan amargo que estamos trabajando al alimón —dijo Diego Deza al comisario, queriendo hacer un chiste e incorporándose, a modo de disculpa, no sin cierta obsequiosidad insana.

En cada oportunidad en la que Diego Deza se comportaba así, el comisario no era capaz de evitar el recuerdo de lo que Carlos Somoza le había descrito como el colmo de la obsecuencia: el ayudante de cátedra que, mientras está siendo sodomizado, gira la cabeza y exclama: «¡Perdone, señor catedrático, que en situación tan íntima tenga que permanecer dándole la espalda!».

Diego Deza le parecía la expresión viviente de chiste tan cruel. Atildado, lleno de una afectación que al comisario se le antojaba decimonónica, cuando no algo pueril o afeminada, constituía el paradigma de ese tipo de policía estúpido que suele aparecer en no pocas películas americanas. Un tipo entremedias de Clark Kent y Clark Gable haciendo el memo al lado de Katherine Hepburn, en una comedia de las de entonces. Alguien que se cree Supermán, no tiene media galleta, pero que, de forma harto curiosa y sin embargo, las trae locas.

—Es evidente que no me produce excesiva simpatía —musitó de nuevo el comisario.

—¿Qué dice, jefe? —preguntó Andrea Arnoia.

—No, nada, que no me hace ninguna gracia esta situación —respondió mientras se acercaba.

Entonces Clara también se levantó. Lo hizo dirigiendo a Andrés Salorio una

mirada que imploraba amparo, no obsecuencia. Andrés extendió sus brazos, en un gesto que podía significar muchas cosas, pero que la abogada aprovechó para buscar protección en ellos. Se abrazó al comisario y rompió a llorar desconsolada.

—Está en la bañera..., desnuda..., no hay agua..., tiene heridas..., no hay sangre... y no tiene los ojos cerrados —dijo, entre sollozos, hipando de forma compulsiva.

—Cálmate, mujer, cálmate. Aquí estamos todos para ayudarte. Si es por eso, ya se los cerramos nosotros, no te preocupes —le contestó imprudentemente el comisario. En realidad, ellos estaban allí para esclarecer la verdad y, para empezar, ella era la primera sospechosa.

Al darse cuenta de ello, de que era la sospechosa principal y que había dicho que estaban allí para ayudarla, Salorio se deshizo del abrazo y la reintegró al sillón en el que había permanecido sentada hasta su llegada. Luego se sentó en el otro.

—Vine nada más que a decirte que estés tranquila, que todo se aclarará —siguió diciendo con el mayor tono de afabilidad y serena complacencia que fue capaz de lograr—, pero, mientras, será mejor que no duermas aquí sola.

Luego se quedó pensativo, recapacitando en sí se debería levantar y acercarse al cuarto de baño para cerrarle los ojos a la difunta. Se dio cuenta de lo muy torpemente que se estaba comportando, de la inutilidad de sus reflexiones y ofrecimientos, de lo inoportuno de sus reflexiones.

«¡Cerrarle los ojos a un cadáver en pleno *rigor mortis*..., ni sujetándoselos con esparadrapo transparente!», pensó para sus adentros.

Salorio pensó de dónde procedía tanta torpeza y creyó intuir que posiblemente fuese la estancia que acababa de conocer la que determinaba y condicionaba su comportamiento. Se sentía como intruso en un gineceo. Decidió abandonarla cuanto antes a fin de evitarse un seguro ridículo delante de sus subordinados, algo que no le apetecía en absoluto, y menos delante de Diego Deza.

Volvió a dirigirse a Clara.

—Te ofrecería mi casa, pero no sería prudente. Así que mejor pasa unos días en un hotel o en casa de unos amigos. Ahora debo irme y dejar que los inspectores continúen su trabajo. Ya sabes en dónde me tienes.

Acto seguido el comisario se levantó. Lo hizo convencido de haber hecho lo que debía hacer, pero no sin una cierta intranquilidad por haberlo hecho. Su instinto le decía que quizá se hubiese extralimitado en su preocupación. Sin embargo, aún tuvo serenidad para despedirse de Clara con un par de besos y otro abrazo. Luego se dirigió a sus subordinados.

—Haced vuestro trabajo lo mejor que sepáis. Ya os dije que no me hacía ninguna gracia esta situación. Se trata de alguien a quien vemos todos los días —les dijo, cuando en realidad lo que pensaba era que se las apañase como pudiese el muy atildado inspector Deza.

Antes de abandonar el edificio les indicó a los agentes que vigilaban el portal que

advirtiesen al subcomisario Deza y la inspectora jefe Arnoia que los esperaría en su despacho. Después abrió el paraguas y echó a andar en sentido contrario al que le había llevado allí, pasó de largo por el Moore's y, sin dudarle un instante, se dirigió al restaurante San Clemente.

Acababa de apetecerle una ración de callos y, acto seguido, había decidido hacer omisión del recado que acababa de dar a los agentes. Sucedió así según salió del edificio y volvió a sentir la lluvia arañándole la espalda. Era sábado, pero seguro que habrían sobrado callos de los que se cocinaban en el San Clemente todos los jueves del año, excepto en aquellos del verano más intenso, y era casi seguro que los habrían congelado para servirlos a ellos mismos o a los amigos de mucha confianza.

Seguía lloviendo con la fuerza y persistencia habituales. El inspector jefe de guardia, que se había quedado rezagado, hablando con los agentes que custodiaban el acceso al edificio, al ver que no recuperaba su paraguas, de nuevo en manos de su jefe, decidió adelantarse a éste, entrar en comisaría y, vistas y comprobadas las intenciones de su superior, advertir que se acercaría con él hasta el restaurante en el que, de paso, procuraría hacerse si no con el suyo, sí con otro paraguas que fuese de al menos una categoría similar. Luego echó mano del primero que se le fue a ella de todos los que había en el paragüero de la entrada de comisaría.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 14.45 h.

Una vez en el restaurante, ya a resguardo de la lluvia, Andrés se acordó de nuevo del cumpleaños de Eulogia. Pero primero se tomó los callos. Lo hizo arrimado a la barra, en compañía del inspector de guardia. Luego se bebió un vaso de vino de Amandi. Mucho le gustaba el Abadía da Cova. En su opinión, su ligera acidez compensaba con creces la grasa de los callos y sólo a los inadvertidos se les podía ocurrir tomarse un Rioja con ellos o con un cocido. Cuando le hubo dado el último sorbo decidió llamarla por teléfono.

Según echó mano del móvil, éste empezó a sonar antes de que pudiese utilizarlo. Salorio vio en la pantallita el origen de la llamada y supo que procedía del delegado del gobierno que, desde A Coruña, volvía a requerir datos sobre el accidente del helicóptero y ofrecer soluciones para la cicatriz que sin duda afearía el bello rostro de su hija para el resto de sus días.

—No se preocupe, delegado, no se preocupe, eso tiene arreglo —aventuró Salorio convencido de que no había sido escuchado.

—No es una broma, Salorio, no es una broma... —insistía el representante del gobierno central en la comunidad autónoma gallega.

—Lo que no tiene arreglo es lo de la doctora Esteiro —intentó cortar de una vez el comisario.

—Bueno, pues encárguese usted de que se resuelvan los dos casos —respondió de mal humor el delegado, colgando la comunicación con cierta e innegable, diríase que deliberada, brusquedad.

Después de tal y complicado cambio de impresiones, a Salorio no le apetecía ni mucho ni poco el volver a salir a la calle, para mojarse de nuevo, tan sólo para ir a comer a casa. Mejor sería invitar a Eulogia a una lamprea, al fin y al cabo seguía siendo el día de su cumpleaños.

Decidió que eso sería lo más sensato, no se mojaría y la lamprea estaba en su mejor momento, justo ahora, antes de que cantase el cuco, anunciando el cambio de temperatura que sufrirían las aguas con la irrupción de la primavera. Un cambio que las empujaría de nuevo al mar. Sucedería cualquier día de éstos, de modo inesperado, mientras el cuco cantaba y los niños llevasen cuenta de la duración de su canto, monótono y sabio, a fin de saber cuántos serían los años que durarían sus vidas.

Una vez que hubiese cantado el cuco, después de que hubiesen desovado, gracias a la luz y al calor conjuntados sobre las aguas de los ríos, las lampreas, ya flácidas de carnes, exangües después de cumplida su aventura nupcial en las aguas de un invierno lluvioso y frío que todavía coleaba, ya no estarían en tan buenas condiciones

de ser comidas.

El cuco es un animal imprevisible. Sí, mejor, llamaría a Eulogia. Marcó su número de teléfono en el móvil. Ella le contestó enseguida.

—Vente para aquí que te invito a lamprea en el San Clemente —le dijo nada más oírla al otro lado del espacio, sin darle opción de rechistar.

Pero como la viese indecisa, recreándose en un silencio que anunciaba dudas, acaso ganas de seguir mostrándole cucharillas de plata con grabaciones que se le antojasen llenas de ironía, se decidió a comunicarle la noticia:

—Con angulas de primero —advirtió sabiendo lo que hacía, antes de pronunciar la que consideraba la coacción definitiva. La lanzó de inmediato seguro de que con ella Eulogia abandonaría el mutismo que a él se le estaba antojando no agobiante pero sí algo pintoresco—: No puedo alejarme del despacho, Eulogia —dijo y continuó con tono compungido—, Sofía Esteiro ha aparecido desnuda y muerta en la bañera de su casa. Ha sido asesinada.

—Voy enseguida —oyó que le decía Eulogia antes de interrumpir el diálogo con una precipitación que hizo sonreír al comisario.

Incluso pudiera suceder que se le hubiese pasado el enfado, aunque con ella cualquiera sabía por dónde podría acabar saliendo. De todas formas no se le borró la sonrisa de la cara.

El inspector jefe de guardia, apostado en una esquina de la barra, no había perdido detalle de las sucesivas expresiones que habían aflorado al rostro de su jefe.

Cortada la comunicación, Andrés Salorio, al tiempo de regresar al extremo de la barra desde el que se había distanciado para hablar con Eulogia, informó al inspector del lugar en el que Deza y Arnoia podrían encontrarlo, en el más que dudoso caso de que terminasen su inspección antes que él concluyese de hacerle las debidas exequias al exquisito resto antediluviano, conocido por el nombre vulgar de lamprea y el científico de *Petromyzon marinus*; sin duda, una delicia.

Sin embargo, ni siquiera se le ocurrió mencionarle la posibilidad de que se quedase a comer con ellos. Tampoco que debería llevarse su paraguas. No hizo falta.

Al salir, el inspector de guardia, con toda discreción y como quien no quisiese la cosa, recuperó el suyo dejando que una sonrisa maligna se dibujase en su rostro. El que le dejaba al comisario en su lugar no disponía de apertura automática. Por otro lado, había dado por hecho que sería Salorio quien pagase la ración de callos. Considerándose un vencedor, gracias a tan sobradas hazañas, el inspector jefe de guardia se adentró en la lluvia. Al poco apareció Eulogia. Fue una pena que la lamprea estuviese tan buena. El mal sabor de boca que la brusca noticia le había proporcionado no le permitió saborearla a gusto. El que consideró un vengativo silencio de Andrés, tampoco.

Durante la comida, contra lo esperado, no hablaron ni del helicóptero, ni del caviar, tampoco de la muerta. Comieron los dos totalmente callados, como dicen que comían antes los curas. Ni siquiera hablaron entre plato y plato. Parecían un

matrimonio que llevasen excesivos años casados. Eso o que estuviesen realmente apenados.

Sólo cuando se levantaron de la mesa, Andrés se permitió un comentario. Lo hizo a pie forzado, acaso para evitar que ella le reprochase no haber hablado durante toda la comida.

—Era una antipática, pero me da mucha pena —dijo.

Eulogia lo contempló con mirada triste. Sin embargo, estaba segura de que acabaría por comentarle cosas. Llegada tal oportunidad ella lo estaría esperando ansiosa.

Compostela, sábado, 1 de marzo, 15.15 h.

En el no muy largo espacio de tiempo en el que el interrogatorio tuvo lugar, la policía había estado entrando y saliendo del domicilio de Clara sin mayores consideraciones o alardes de cortesía. Primero se habían dirigido al cuarto de baño de Sofía, después habían continuado invadiendo el resto de las habitaciones, siempre buscando las primeras pistas que pudiesen conducirlos a una pronta resolución del caso pero que, también siempre, se les negaban. El piso estaba tan immaculado y limpio como el cuarto de baño que albergaba la bañera en la que yacía Sofía de forma que es totalmente innecesario recordar. Es decir, absolutamente pulcra e incluso se diría que diáfana. No encontraban ninguna que pudiese conducirlos a la más mínima suposición plausible.

Clara se había mantenido lo relativamente quieta que ya se sabe, sentada en su sofá, en espera de que llegase el juez de guardia para autorizar el levantamiento del cadáver.

Hasta entonces, tan sólo se había atrevido a realizar el intento de incorporarse que se dijo y ahora se recuerda. Un intento abortado por la inspectora, con aquel poco contenida y seca violencia verbal que había alertado a la abogada en más de una ocasión durante sus múltiples visitas a comisaría, y que había vuelto a percibir, pero ahora definitivamente cortante y, sin ningún lugar a duda, dirigido a ella. Más tarde, al llegar Andrés Salorio, había vuelto a levantarse, sin que la inspectora dijese nada. Pero desde entonces ni había osado moverse.

Cuando por fin llegó el juez de guardia era notorio que se había concedido el tiempo necesario para tomar con calma su café de después de comer y para que los agentes e inspectores obtuviesen todos los datos que buscasen sin que su presencia pudiese generar el menor tipo de contención o comedimiento policial. Al entrar el juez por la puerta eran ya casi las cuatro de la tarde y el juez era jueza. Venía acompañada de una médica forense y de la secretaria del juzgado.

—Señoría... —saludó sonriente y respetuoso el subcomisario Deza, incorporándose del cómodo butacón de cuero en el que no hacía muchas horas Sofía, tal y como acostumbraba, había permanecido sentada, delante de una mesita baja, mientras cenaba un poco de queso con manzana y miraba un programa del corazón en la pantalla del televisor.

«Me interesa, más que por otra cosa, por el estudio sociológico que supone», solía disculparse ella, cada vez que intuía un reproche en el sorprendido comentario de cualquiera de sus amigos o compañeros.

La jueza miró a Diego Deza sonriendo, quizás indicándole que a continuación de

señoría debiera haber dicho también algo parecido a «doctora».

Ya que no otra muestra más de cortesía hacia la secretaria judicial, al menos, eso sí, un «... doctora» que transformase el «señoría...» en una menor muestra de obsecuencia de lo que a todas luces había sido.

Al no oír el «doctora» esperado, sin más saluciones o cortesías, que no consideró propias del caso, la jueza siguió al agente que la precedía camino del cuarto de baño. Lo hizo sin prestarle mayor atención al sedente —y se diría que hasta el momento de incorporarse, estatutario— grupo formado por la abogada y los dos policías de servicio.

Andrea Arnoia evaluó mentalmente la situación generada por la jueza y no dedujo nada positivo del resultado obtenido. Había demasiadas mujeres en aquella habitación. La agente que controlaba la puerta de acceso al salón lo era, también lo eran ella y Clara Ayán, lo eran la jueza, la secretaria y la forense, hasta el cadáver era el de una hermosa mujer. Tan sólo Clark Kent desentonaba. A lo mejor también ella, pero dentro de ese orden de cosas que pertenecían a la más íntima condición del ser humano.

Quizá fuese él, el atildado y pulcro policía convencido de que de él emanaba una singular y especial fuerza, el causante de la contenida tensión que vibraba en el ambiente. Quizá la responsable fuese la inconsciente competición establecida entre todas ellas, sentenció. En todo caso le era indiferente, ella sólo tenía que encontrar una culpable y lo más probable es que la tuviese delante. En ese momento volvió a sentarse. Era cuestión de tener paciencia y poner los cebos adecuados en espera de que el pez sintiese hambre.

También se sentó de nuevo Diego Deza. Clara lo había hecho apenas había comprobado como la jueza no se dignara ni siquiera dirigirle una mirada. En ese momento se sintió perdida. En el juzgado, cada vez que se habían visto se habían saludado alegres y joviales, encantadas de haberse conocido, seguras de sí mismas, conscientes del compartido lugar de privilegio en la sociedad Compostelana con el que la vida había obsequiado a ambas. Nada que ver con la fría profesionalidad observada ahora.

Al cabo de unos diez minutos regresaron a la sala las componentes de la triada capitolina brevemente instalada en el cuarto de baño en el que el cuerpo de Sofía Esteiro pronto empezaría a emitir los primeros síntomas de su descomposición. Lo hicieron una vez que la primera hubo autorizado el levantamiento del cadáver y ordenado su traslado a la sala de autopsias del Complejo Hospitalario Universitario de Santiago, al CHUS. Allí deberían proceder como suele ser obligación y costumbre en tales casos.

En el momento de entrar los camilleros para retirar el cuerpo de su amiga de la bañera a fin de poder trasladarlo a una ambulancia, Clara sollozó de nuevo. El furgón sanitario esperaba con el morro asomando al pequeño espacio urbano que se conoce como A Porta Faxeira.

En tiempos, la puerta de la muralla allí existente había sido la única que permanecía siempre abierta cuando Compostela era una ciudad encerrada en una almendra de piedra. Ahora es un lugar de tránsito continuo por el que circula la gente que sube y baja de la ciudad nueva a la ciudad vieja o, como dicen los compostelanos, del Ensanche al Casco Histórico. Por su parte, los más pedantes suelen referirse con una media e irónica sonrisa a Compostela, en este, y a Santiago en aquel caso. Un fallecido escritor, aristocrático ocupante de una tumba sita bajo un olivo en la vecina Iria Flavia, solía advertir que la primera, Compostela, era una ciudad y Santiago, el Ensanche, tan sólo un campamento. Clara vivía justo en el borde de la almendra que empezaba a antojársele mística en aquel mismo momento.

De cualquier manera, la Porta Faxeira es un lugar, a modo de plazuela en la que confluyen siete calles. En el momento de ver el cadáver de Sofía abandonando la vivienda que habían compartido, Clara no pudo evitar imaginárselo una vez realizada la autopsia cuando, aun con todo el cuidado puesto en el empeño de minimizar los desastres de las evisceraciones, la cabeza del cadáver suele recordar la de una merluza que la tuviese medio aplastada, así como apaisada, abierta de agallas como si lo fuese de piernas, en un gesto que se diría obsceno e impropio de quien hasta unas pocas horas había sido gente, gente normal de la que camina por la calle y entra en los bares para tener con quien charlar un poco.

Tal y tan procaz es el aspecto que ofrece el cuello de un cadáver una vez abierto por detrás y cosido sin el minucioso cuidado que hubiera puesto un cirujano plástico o un empleado de funeraria norteamericana, quien incluso lo hubiese maquillado para que luciese hermoso; sí ello pudiese ser contemplado en la factura pertinente, según hubiese considerado de forma lógica antes de decidirse a ello, claro. Así el cadáver se hubiese ofrecido hermoso a la contemplación de la nutrida concurrencia que aparecería a su lado una vez llegada la hora de las exequias. Al menos todo lo hermoso que pueda lucir un cadáver, incluso sí en vida hubiese alentado en él el ánimo de una bella mujer tan deseosa de serlo y parecerlo, tan decidida a gustar, como había sido Sofía Esteiro. Tampoco en ese momento, al pensarlo así, Clara fue capaz de reprimir un sollozo.

La jueza pudo oírlo, otra vez de regreso del cuarto de baño, al que había acudido de nuevo, no se sabe por qué motivo, quizá porque se hubiese olvidado algo en él, la barra de labios, el bolso, cualquier cosa, el más mínimo detalle observado con anterioridad que ahora habría querido sellar en su memoria. O bien y simplemente para observar, preceptivamente, el levantamiento del cadáver por sí al hacerlo se desprendiese algún detalle que condujese a alguna deducción posible.

Clara sollozó cuando ella se disponía a sentarse con ellos en el tresillo, incorporándose así al trío original. Hasta entonces el coloquio mantenido había transcurrido, lento y monótono, con lánguidas respuestas de la abogada a las imperiosas preguntas de la inspectora; respuestas que Diego Deza adornaba con una sonrisa que al comisario se le hubiese antojado cuando no estúpida sí inoportuna.

El tresillo estaba en una esquina del amplio salón de la casa con vistas a la Alameda, que tanta envidia le produjo a la jueza tan pronto como fue consciente de este extremo, a la vez que de la elegancia y del lujo que lo distinguían. Su sueldo de jueza no daba para tanto. Quizá se hubiese precipitado al decidir realizar unas oposiciones en vez de haberse dedicado al ejercicio libre de la abogacía.

Deza había vuelto a hacer ademán de incorporarse.

—Señoría... —balbuceó de nuevo.

—Por favor... —lo atajó la jueza—, continúen..., nos conocemos todas...

Era cierto. Aquello pudiera parecer una tertulia de amigas, más que el interrogatorio de una sospechosa principal en un caso de asesinato.

Lo bueno de una ciudad como Compostela es que en olla, efectivamente, todos se conocen; circunstancia ésta que puede llegar a ser opresiva en grado sumo. Esa sensación fue la que, por diferentes motivos, padecieron en aquella sala tanto el pronto subcomisario como la abogada. La jueza y la inspectora Arnoia parecían tener otro tipo de preocupaciones.

Por su parte la jueza empezaba a arrepentirse de haber aceptado sustituir al juez decano Míguez Poza, que era quien debería estar de guardia aquel sábado y no ella, pero que le había pedido un cambio de turno para poder acercarse a Pontevedra.

«¡Qué se fastidie! —pensó—, soplará sur y la fábrica de celulosa hará que la ciudad huela apestosamente», se dijo para terminar con el sentimiento negativo que la invadía de un modo que entendió compensatorio, aunque enseguida lo supusiese estúpido. Sin embargo, no se arredró por ello e insistió: «¡Además, el tráfico es disuasorio para el visitante y entre entrar y salir de la ciudad allá se le van a ir un par de horas!», se dijo, entre impotente y resignada, ajena por completo a lo que podrían pensar de ella aquellos que recibiesen sus sentencias en el futuro de ser conscientes de la profundidad de sus pensamientos más habituales.

En aquel preciso instante, Diego Deza, policía pulcro y cuidadoso, eficaz y comedido donde los hubiese, pero también ajeno a los soliloquios de la jueza en turno de guardia permanente, cayó en la cuenta de lo excepcional de aquel caso que, desde su inicio, anunciaba una situación que nunca hasta entonces se le había presentado.

Sucedió una vez que los camilleros retiraron el cadáver de Sofía, cuando la jueza y la forense se dispusieron a sentarse en el otro sillón, la primera; en la parte del sofá que hasta aquel momento había permanecido desocupado, después de que el comisario jefe se hubiese ausentado, la segunda; mientras la secretaria procuraba pasar desapercibida en espera del momento oportuno para regresar a la hogareña apacibilidad propia de un más que lluvioso sábado por la tarde.

Deza pensó que el comisario se había ido, delegando en él y en la inspectora Ayán una responsabilidad que ciertamente les correspondía. Pero todavía violentado por haber escuchado tan clara alusión a la amistad que lo unía con la que, al menos a primera vista, pudiera ser la persona inicialmente sospechosa del asesinato cometido. Era como si hubiese decidido que empezasen equivocándose ellos. Él estaba para

corregir los fallos y acertar siempre. Era la primera vez que el comisario hacía tal cosa. No podía ser algo gratuito. Hasta ese momento siempre había protegido a sus subordinados.

«No es muy regular..., pero podemos seguir charlando un poco entre... todas», estaba diciendo en ese momento la jueza, mientras recorría con la mirada, de modo elocuente, el pequeño grupo reunido en el salón de la casa, como para poner en evidencia, por sí todavía no lo fuese, el hecho de estar formado por mujeres casi al completo.

«¡Dios me valga! —exclamó en su interior Diego Deza, al darse cuenta—. ¡Son todas mujeres menos yo!».

No supo sí echarse a temblar o sí ponerse a reír. Ignoraba que ya todo el mundo se había percatado y que él había sido el último en hacerlo.

Deza era pulcro y metódico, pero también producto de una educación machista que enseguida le hizo temer lo peor. El mundo en el que a pesar de su juventud había crecido seguía desvaneciéndose a una velocidad que le causaba vértigo, incapaz de sustraerse a él pensó que si sus ciclos menstruales coincidían en el tiempo, compartir una larga investigación con ellas podría significar una semana infernal cada mes. Si no coincidían y su secuencia era sucesiva, el mes entero podría estar afectado por el alterado humor de cada una de ellas a razón de una por semana, todo el mes entero. Habría que intentar resolver el caso cuanto antes.

En ese instante se sintió oprimido por la realidad. Impotente, ante lo que temió que se le pudiese venir encima. Entonces agradeció su soltería y decidió atender a la escena que se estaba desarrollando delante de él como si sucediese en la pantalla de un televisor. Qué discutan ellas, se dijo con la única intención de sentirse ufano, comedido, prudente y razonable. Cuando se dio cuenta de ella no se quiso dar por enterado de que su actitud podía ser equivalente a la del comisario Salorio. Breves instantes después, reflexionando sobre este hecho, pensó que cuando la derecha ocupase el gobierno, lo más probable es que él fuese comisario, y se sonrió.

Pasado el grato pero breve instante de sentirse superior, a la vez que el ingrato de sentirse atemorizado, el subcomisario Deza volvió a prestar atención a lo que decían las mujeres. Clara estaba recordando cómo Adrián había llamado pendón a Sofía, acusándola de dejarse seducir, cuando no de seducir ella a Tomé Carreira, para poder medrar profesionalmente y avanzar más y mejor en su investigación. Narraba el episodio de modo neutro, no ante la jueza y la inspectora, sino ante unas amigas cómodamente sentadas en el magnífico tresillo de cuero blanco de su espléndido salón con vistas a la alameda Compostelana.

Para el subcomisario era evidente que la intención de Clara era defender a Adrián, pero también que lo estaba haciendo de una forma que le ataba una soga al cuello. Al oírla hablar como lo estaba haciendo, su mente le hacía transitar por lugares que a cualquiera se le antojarían inhóspitos, pero en los que al parecer Clara se sentía tan a gusto al describirlos. ¿De verdad Sofía y ella habían estado compartiendo piso como

dos buenas hermanas? ¿De verdad Adrián era tal como sus insinuaciones inducían a pensar de un modo que nadie podría señalar como acusatorio? Por eso no dudó que sería muy poco tiempo el que la jueza tardaría en dictar orden de busca y captura del novio de la difunta. En ese momento se decidió a intervenir él.

—Creo que lo mejor será continuar en comisaría y en el juzgado, sí la señora jueza lo cree oportuno —dijo con una voz que sonó cortando el aire de la estancia.

El grupo de mujeres guardó silencio mientras cada una de ellas lo miraba como si acabase de descubrir su presencia. Entonces él supo que debía continuar hablando:

—Nosotros —dijo abarcando a Andrea con la mirada— agradeceríamos que la señora Ayán no se ausentase de la ciudad y, puesto que lo indicado será que precintemos su piso, busque alojamiento en casa de cualquier amistad o que se lo haga en un hotel... como ya le sugirió el señor comisario jefe...

La abogada respondió con una sonrisa tranquila que pretendió elocuente, sin acordarse de que la interpretación se realiza en no pocas oportunidades con independencia del mensaje. Cada una de las tres mujeres dedujo una cosa diferente y sólo Deza pensó que no podía ser verdad tanta belleza.

—¿Dispondré de un tiempo para recoger algunas cosas? —preguntó Clara, sin inmutarse. La pequeña charla habida entre mujeres la había serenado en extremo.

—Naturalmente —respondió la jueza para hacer ver que allí la autoridad era suya.

Después miró en rededor para ver qué efecto habían producido sus palabras. Satisfecha, se decidió a emitir un anuncio de sentencia:

—Aunque dudo mucho que aquí se pueda encontrar nada que no haya sido ya encontrado hasta este momento y pueda aclararnos lo más mínimo —concluyó dando a entender que dejaba a Clara libre de cualquier sospecha.

A Deza le pareció evidente que su instante de gloria y alabanza había durado más de lo supuesto y que se había perdido algo. La voz de la jueza volvió a sacarlo de su ensimismamiento. Estaba diciendo a Clara que ya hablarían con más calma. Pero esta vez decidió intervenir él cortando por lo sano:

—Dejaré a dos agentes esperando a que te vayas para que puedan poner los precintos. Si su señoría lo entiende correcto..., claro —dijo entonces Diego con el tono de voz adecuado para que la jueza no diese por cuestionada su decisión sino que más bien la confirmase. Se trataba en realidad de otra muestra más de condescendencia que podría ser considerada totalmente irregular.

Mientras hablaba así, Diego miró de forma significativa a Andrea para darle a entender que la resolución de aquel asunto estaba en sus manos por entero. El comisario parecía querer exonerar de culpa a la abogada. La jueza seguro que dictaría orden de búsqueda para el novio de la difunta. La forense había permanecido muda y su compañera de investigación no había abandonado su gesto adusto y su ceño fruncido desde que había entrado en el domicilio de la víctima, un domicilio que podía ser también el de su asesina, que era amiga de su jefe y colegueaba con todos en comisaría. Aquello empezaba a parecerse a una reunión familiar, es decir, hacía un

rato que el ambiente había empezado a resultar opresivo.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 16.10 h.

Tan pronto como la pareja de policías dio por concluido el interrogatorio y se ausentó de su domicilio detrás de la jueza y de la médica forense, la joven abogada empezó a dar muestras de inquietud.

Había discurrido todo de un modo tan precipitado e intenso que no dejaba lugar a una reflexión serena. No hacía mucho más de dos horas que había descubierto el cadáver de su amiga en la bañera y, desde entonces, se supo considerada sospechosa y libre de sospechas, creída en sus afirmaciones y odiada por más de una de las presentes, envidiada casi seguro que por todos, excepto por el comisario. Creyó percibir como ajenos y distantes el interés y la consideración que se les deberían prestar, ya que no a la difunta, sí al menos a su cadáver y a las razones que lo habían transformado en tal. Allí fallaba algo. Entonces pensó que, en gran medida, su suerte dependería de sí misma.

Entendió que más que un interrogatorio lo que habían pretendido era mantener una conversación con ella, un coloquio que quisieron lleno de consideraciones y deferencias. Eso le resultaba extraño. Sin embargo, al menos en un principio, no lo había entendido así. Hasta que en un determinado momento había comenzado a darse cuenta de los lenguajes corporales presenciados, de las miradas recibidas, de las bajadas de párpados de sus contertulios ante distintos comentarios y diferentes momentos de la larga conversación, y empezó a sentirse, a manifestarse inquieta, incurriendo entonces en esa batería de pequeños gestos que siempre nos delatan en tales ocasiones.

El tamborileo de los dedos sobre cualquier superficie, pautando una música que nadie escucha; los labios contraídos en un rictus que vuelve agresiva la boca, mientras deja escapar un silbido que anuncia una melodía que nadie oye; las manos que se restriegan con reiteración y persistencia; la pierna que se balancea una vez cruzada sobre la otra o el pie que, posada su puntera sobre el suelo, sube y baja con velocidad que señala el vértigo que nos supera. Todo el repertorio de tics nerviosos difícilmente controlables fue recorrido por Clara mientras hablaba —ella creía que de modo distendido— con sus interlocutores policiales, en tanto que éstos tomaban nota mentalmente de todos y cada uno de ellos como ella había hecho con los suyos.

A lo largo del tiempo así transcurrido, a Clara la actitud de los policías no le pareció cordial en absoluto. Muy al contrario. Se había sentido maltratada. Había creído percibir la enemistad que los dos sentían hacia ella. Más la inspectora, esa pécora mal follada, se dijo, sin atreverse a referirse a ella como a una lesbiana resentida. Al fin y al cabo se sabía una defensora de la causa feminista y, aunque

fuese mentalmente, tampoco ése era el momento de empezar a utilizar un lenguaje que lo desmintiese, siquiera fuese tan íntimo y discreto como estaba siendo el suyo.

Durante toda la conversación, mantenida cerca de donde el cuerpo exánime de Sofía aún ocupaba la bañera, Clara había estado intentando deducir quién era el policía bueno y cuál el malo. No lo consiguió en ninguna ocasión. El hecho de que los dos pareciesen buenos, o los dos malos, según los momentos, le causó una desazón extrema. Como eso le parecía imposible, muy a su pesar, la deducción obtenida resultaba ser que era ella misma quien se estaba equivocando, ella quien estaba actuando de modo erróneo.

Era cierto. Lo era en razón únicamente de algo que hasta ese mismo momento sólo podía ser afirmado por ella: el hecho de no ser la asesina.

Al menos en principio, mientras no fuese determinada por los forenses la hora exacta del crimen, una hora en la que debería demostrar que no se hallaba en la cercanía de su amiga, ella era sospechosa por meras razones de proximidad física. Dios la librase de que a alguien se le ocurriese un motivo, por ejemplo, el de que estuviese secretamente enamorada de Adrián.

Ignoraba que, realizando un esforzado ejercicio de empatía, que quizá no estuviese muy indicado, los dos policías se habían puesto en su lugar. ¿Cuál? El de alguien que descubre a su compañera de piso asesinada en la bañera de su cuarto de baño. Ayudó a ello, de manera indudable, el hecho de verla tantas veces por comisaría, el saberla un personaje próximo gracias a los reportajes de prensa o televisión derivados del hundimiento del Coleslaw; aquella ensalada de col con zanahoria, repugnante en un principio, tan nutritiva a la postre.

El desasosiego de Clara había comenzado, por fin, cuando, pasados unos minutos, cayó en la cuenta de que la policía había llegado antes de que ella efectuase una llamada telefónica que pretendió hacer pero que no tuvo tiempo de llevar a cabo.

Hasta ese instante su nerviosismo le había impedido considerar adecuadamente que la llamada a comisaría se había realizado más o menos en el momento en que el doctor Somoza y el comisario la habían visto subir por la Ruela de Entrecercas. Su suerte dependía de sí misma y de que consiguiese ofrecer con nitidez la exacta secuencia de los hechos más recientes. Serían ellos los que podrían empezar a exonerarla. Por otra parte, no se admite como inquilina a una amiga para poder asesinarla y depositarla en la bañera.

Nadie, durante el interrogatorio habido, había tenido en cuenta para nada que habían sido escasos minutos los transcurridos después de lo que un piloto llamaría el avistamiento; es decir, entre la breve conversación mantenida por Clara con Adrián, la compra del paquete de tabaco, la ascensión al Gólgota en el que se había convertido el domicilio de Clara y Sofía, y los necesarios para poner en movimiento el dispositivo policial y la ambulancia.

Todo ello condensado en el breve espacio de tiempo transcurrido desde que se había producido el descubrimiento del cadáver, por parte de Clara, y la consiguiente

invasión que había ocupado su domicilio y trastocado el ánimo de la abogada, al menos hasta el último momento de la presencia jurídico-policial en su domicilio como consecuencia de una llamada anónima; que no había contado ninguna mentira, por cierto.

Aún no lo habían valorado debidamente los interrogadores. También ignoraban, porque Clara no había acertado a comunicárselo, que, en el momento en el que se disponía a hacerlo, en el justo momento en que iba a echar mano del auricular, habían empezado a sonar las sirenas del coche patrulla y de la ambulancia y se lo habían impedido. No podían saber que sonar la primera de las sirenas y empezar a hacerlo el timbre de la puerta había sido todo uno y que ella no estaba en condiciones de recordarlo.

En el fondo quizá fuese mejor así. Lo hubieran considerado una disculpa cuando para ellos era suficiente el hecho de haberla encontrado abatida y llorosa, balbuceante y torpe, mientras les explicaba que acababa de descubrir el cuerpo de su amiga muerta.

A partir de ese momento, Clara había carecido de tiempo para la reflexión y de mucho menos para la serenidad. Durante todo el interrogatorio no pudo reflexionar lo más mínimo sobre lo que acababa de vivir y empezó a ser consciente, a descubrir lo deshilvanado de su declaración y lo imprudente de las acusaciones, nada veladas, dirigidas tanto contra Adrián como contra el doctor Somoza; porque también había acabado por involucrar a éste en la que, en principio, le había parecido una distendida conversación entre amigas. Algo impropio de su condición de abogada, ahora se estaba dando cuenta, pero era así cómo había sucedido. Y de paso había mencionado a Tomé Carreira, menos mal que se había olvidado de citar al comisario. Nadie la hubiese creído, el señor comisario estaba totalmente colgado de su amante.

Las de Clara habían sido, más que otra cosa, unas acusaciones que respondieron al vehemente deseo de encontrar motivos para el asesinato de su compañera de piso, más que a la conciencia real de su certeza. Pensándolo ahora más despacio, Adrián también quedaba exento. Estaba con ella mientras se realizaba la llamada. Esto lo excluía, significaba que otra persona lo sabía y que, esa persona, muy bien podría ser la autora del crimen.

¿Lo sabría ya Andrés Salorio? ¿Los habría visto charlando bajo la lluvia en aquella escena que, al recordarla posteriormente, le evocaría alguna perteneciente a una película en blanco y negro propia de mediados del pasado siglo xx? Todo había sido muy precipitado. Descubrir el cadáver y encontrarse de modo inmediato respondiendo a veladas acusaciones respecto de la autoría del crimen había sido realmente una prueba muy difícil. Era evidente que no la había superado por entero. Clara lo sentía así y cuando se dio cuenta de ello sudó frío. ¿Quién había avisado a la policía de la existencia de un cadáver en la bañera de un cuarto de baño de su casa? Alguien que había estado allí y al parecer no había dejado huella de su paso.

Puesto que ella no había sido, quién habría querido o necesitado matar a Sofía y

por qué lo había hecho eran preguntas que la conducían de nuevo a las mismas respuestas dadas a los inspectores. No tenía otras, sólo conjeturas.

De inmediato descartó a Adrián de sus sospechas. ¿Podría hacer lo mismo con Tomé Carreira? Carreira era su director de tesis y sujeto posible de ser seducido por cualquier doctoranda, mucho más por una como Sofía. Lo pensaría despacio, se dijo mientras dejó que se desvaneciese la sospecha, al menos por el momento.

Poco más tarde, habría de desechar a Somoza. Lo haría en el instante en que cayese en la cuenta de que a la hora exacta en que se había producido la llamada a comisaría, en ese mismo minuto, Somoza también estaba ocupado en algo. Estaba en el Moore's con el comisario. Incluso le había parecido verlo, observándola desde lejos, mientras hablaba con la rusa. De Carreira no sabía nada hasta ese mismo momento y volvió a pensar en él.

En algún otro momento de la conversación mantenida en el espacio ocupado por el magnífico tresillo de cuero blanco, Clara no sólo estaba segura de que no había hecho mal en manifestar en voz alta aquellas sospechas delante de los policías, sino que insistió en ellas, sin darse cuenta de lo dicho: en realidad estaba buscando explicaciones en voz alta.

Por eso, en un alarde de lo que entonces le pareció un perfecto autocontrol y ahora se le antojaba una solemne estupidez, una vez realizadas las que por fin entendió veladas acusaciones, después de pensarlo mejor, no pretendió reprimir su intranquilidad, pero sí someter su nerviosismo y adoptar otra actitud. Para ello no se le había ocurrido nada mejor que, aparentando una tranquilidad que no sentía, advertir a su auditorio:

—Recordad que soy abogada y que si no reclamé todavía la presencia de un compañero es porque me basto a mí misma para defenderme —les había dicho queriendo sonreír de un modo que resultase distendido.

Pero era obvio que no estaba distendida, ni mucho menos. Ahora se daba cuenta de lo torpe que había sido. En aquel momento que ahora recordó ridículo se levantó y ensayando su mejor sonrisa les ofreció:

—¿Queréis beber algo?

—No. No, gracias. Siéntate —le atajó Andrea Arnoia con una sequedad que brotó instantánea y libre.

Al darse ahora cuenta de ello, Clara pensó en lo difícil que resulta hacer coincidir nuestras intenciones y nuestros actos con los resultados que persiguen. En ese momento Andrea también debió de percibir algo de este sentimiento porque regresó al estado de ecuanimidad en el que había procurado mantenerse hasta que Clara les había ofrecido la bebida.

Sin embargo, Clara no percibió ninguno de los cambios de estado de su ánimo. Estaba atenta tan sólo a los propios. Más, mucho más, ahora cuando, sola ya en su casa, aunque sometida por la distante presencia de los dos agentes que la custodiaban, iba recogiendo, a la par que lo que Diego había llamado sus efectos personales, las

experiencias vividas durante aquellas dos últimas horas infernales.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 16.45 h.

Cuando Clara Ayán se quedó sola fue presa de un ataque de ansiedad. Lo solucionó retirando una bolsa de plástico del rollo en el que estaba almacenada para ser usada en el cubo de la basura. La abrió y se la puso en la boca de modo que pudiese respirar el aire que había quedado retenido dentro de ella. Lo hizo hasta alcanzar una serenidad que de otro modo se le hubiese escapado cielo arriba.

Una vez tranquilizada, después de retirar una pequeña maleta de los altillos del armario empotrado de su dormitorio para ir llenándola con alguna ropa, se le ocurrió marcar el número del teléfono móvil de Adrián Calvo.

La señal de llamada sonó no menos de media docena de veces antes de que la voz de Adrián sonase al otro lado de la conexión telefónica.

—¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Eres Clara, no?

—Sí. Soy Clara. ¿Ya lo sabes?

—Claro, las malas noticias vuelan —respondió Adrián en un sollozo.

—¿Tienes idea de quién pudo haber sido?

—Ni puta idea.

—¿Fuiste tú?

—Sí que eres clara. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo la quería... aún la quiero —logró balbucear.

—Porque ella iba a dejarte.

—Eso no es cierto.

Clara se dio cuenta de que se estaba comportando con Adrián como no se habían comportado con ella ni la jueza ni los policías. A punto estuvo de cejar en su empeño, pero necesitaba empezar a sospechar que en algún momento debería dejar suficientemente aclarada su propia situación y prefirió continuar fustigando al novio de la difunta.

—Realmente somos complicadas las mujeres —se dijo sin por ello cejar en su empeño, así que le soltó a bocajarro—: Salía con otros.

Se produjo un silencio que hizo sonreír a Clara. Sentía un extraño placer en denunciar la promiscuidad de la difunta a quien había sido su novio, a quien de algún modo todavía lo era. También sintió que había dado en el blanco. Pero se equivocaba. La intuición femenina, como la masculina, funciona según y cuándo.

—Desde el principio. Pero nunca me importó. Duele, claro. Duele como una patada en los cojones. Pero la quería demasiado para no agarrarme a ella como a un clavo ardiendo. Mejor con otros y conmigo que sólo con otros. Nunca le hubiera

hecho eso.

—¿Lo qué?

—¡Matarla, coño!

Era evidente que no lo sabía todo, que no podía saberlo todo. De conocer los hechos hubiera dicho «ensañarme con ella» y se hubiese deleitado en la expresión, saboreándola, disfrutando de su triunfo o de su venganza. Eso fue lo que pensó Clara. En ese mismo momento, al recordar que la llamada telefónica no había podido realizarla él, lo consideró excluido.

—¿Entonces quién?

—Pregúntale a mi tío.

—¿A quién?

—Al deán, a mi tío el deán. Ella pasaba mucho tiempo con él. A veces creo que era más sincera con él que conmigo. Tenían una rara intimidad.

—¿Dónde estás?

—¿Quién, mi tío?

—¡No, tú!

—En la aldea...

—Pero... ¿cómo se te ocurre?

—Me lo aconsejó mi tío.

—¿Está muy lejos?

—A tres cuartos de hora, en medio del monte, pero a tres cuartos de hora; escasos, sí vienes por la autopista.

—Anda, vente rápido para aquí y llámame al móvil tan pronto como llegues. Vas a necesitar una abogada.

Colgó y se acercó al ordenador para buscar en Google el número de teléfono del Hostal de los Reyes Católicos. Pero de súbito estableció una extraña relación. Hiló la referencia al deán, hecha por su sobrino, con la búsqueda que acababa de realizar en Google.

La asociación de ideas realizada la llevó a levantarse de su ordenador y, sin apagarlo, a desplazarse hasta el que Sofía había utilizado hasta hacía apenas unas horas. Lo encendió. Al hacerlo se encontró con que el sistema operativo era Linux y que le reclamaba una palabra clave a través de una pregunta simple:

—«¿A quién yo más quiero?».

Sólo con ella podría entrar en el ordenador y buscar todavía no sabía qué. Algo que, así lo intuía, pudiese conducirla a esclarecer las circunstancias del asesinato de su amiga.

Empezó a repasar mentalmente no sólo la vida amorosa de su difunta amiga, una vida puesta al servicio de sus intereses menos ocultos, los que desvelaban su ambición y su codicia, que parecían no tener límites, sino también la profesional; la misma vida que solía mezclar con la anterior con frecuencia y promiscuidad conocidas, desde sus más tempranos tiempos universitarios, amparándolas, quizá

potenciándolas, en una medida que a Clara siempre se le había antojado sobrecogedora, una vez contemplada desde la fila cero que significaba el hecho de compartir morada y domicilio.

Fue relacionando ambas como Clara llegó rápidamente a concluir que sería por este camino, por el de investigar su vida profesional, por donde podría acceder a vías de conocimiento que le permitiesen salir airoso del embrollo brutal en el que se sabía metida. Empezaba a aflorar en ella la hábil abogada que era. Lo hacía en detrimento de su otra y más oculta personalidad. La de la algo ofuscada joven tan rápida como quizás imprudentemente ascendida al paraíso social gracias a un pelotazo profesional de los que marcan época y deciden destinos.

—La clave tiene que estar en su tesis doctoral —se dijo—, tiene que ser algo, es algo, relacionado con ella. Algo hizo Sofía, algo descubrió, que determinó su muerte. ¿A quién querría Sofía más que a nadie ni a nada? —se preguntó de nuevo, inclinándose sobre el teclado.

De modo reflejo escribió «A-D-R-I-A-N», pero no se sorprendió demasiado al comprobar que en la pantalla aparecía la conocida cantinela de «acceso denegado, le quedan dos intentos».

Se quedó pensativa y se preguntó sí se había respondido a sí misma al teclear como acababa de hacerlo. Se sonrió al descubrirse formulando tal cuestión. Ella era de las que querrían a su amado más que a nadie en este mundo. O eso pensaba. Volvió a sonreírse. Si lo pensaba era porque lo deseaba. Deseaba que fuese así. Pero no se sonrió de nuevo, al constatar que era verdad lo que acababa de poner de evidencia.

Regresó al objeto principal que había propiciado tan poco sorprendente revelación. La ecuación habida entre Adrián y Sofía era una desigualdad cuyas variables sólo se cumplían para determinados valores de las incógnitas. Habría que empezar a deducir éstas. Para empezar, si no era Adrián a quien ella más quería, ¿a quién podría querer Sofía más que a Adrián?

Clara se quedó un momento pensativa. ¿Cuál habría sido en vida la mayor preocupación, la mayor obsesión de la difunta; sí tenía que admitir ya, por evidente, que no hubiese sido su novio?

Tardó algo, no mucho, en responderse. Al cabo de un rato que se le antojó mucho más dilatado de lo que en realidad había sido, llegó a la conclusión de que lo único, la exclusiva ocupación de la mente de su compañera de piso tenía que haber sido la ciencia, el conocimiento.

En ese momento tuvo una intuición. Las intuiciones a veces funcionan. En realidad no lo hacen siempre. A veces, sí; tanto las masculinas como las femeninas. Lo que sucede es que la gente, demasiado acostumbrada a relacionarla con su propia inteligencia, confía en ellas más de lo debido y en tales circunstancias es cuando fallan. Pero ahora no sucedió de ese modo. El conocimiento es sabiduría, se dijo y prosiguió con su asociación de ideas. Primera incógnita despejada. ¿Lo era en

realidad? No. Así que decidió seguir por el camino apenas iniciado.

Sentía bullir su cerebro. Era como un cosquilleo placentero muy semejante al que se siente en la mente cuando estás tomando el sol en la playa y cierras los ojos. En ese momento, dos manchas más brillantes, mucho más brillantes que las respectivas oscuridades que las rodean y que acaso sean, cada una de ellas, la imagen del sol al que acabas de retirar tu mirada, ocultándola detrás de tus párpados recién cerrados, empiezan a vibrar dentro de tus ojos, como si lo hiciesen en el interior de tu cerebro. Poco a poco van acercándose, aproximándose la una a la otra.

Si no sientes miedo y permites que, llegado un momento, esas dos manchas se superpongan y confundan en una sola, alcanzas una inefable sensación de bienestar, un ronroneo mental equivalente a una placidez gatuna, animal y primigenia, que acaso sea una fusión con el todo, tanta, que te permite una lucidez que se diría inconsciente y resulta indescriptible. Pues así Clara en el momento de cerrar los ojos, pensativa, delante de la pantalla del ordenador de la difunta.

Recordó Clara en ese instante el carácter ególatra de su amiga, su altivez y seguridad, su altanería y displicencia, la autosuficiencia y falta de escrúpulos que había tenido siempre, aquel egoísmo recalcitrante que había sido paradigma de su condición. Eso tenía que haber sido lo que más había amado ella. El conocimiento, sí; la sabiduría, también. ¿Y?

Entonces cayó en la cuenta de que sabiduría en griego se dice *sophia*. ¿A quién podría querer más Sofía que a ella misma? Lo pensó bien. Le producía aprensión el hecho de pensar así de la difunta, pero por fin se decidió; en realidad, lo había pensado muchas veces: Sofía se quería a sí misma más que a nadie en el mundo e incluso solía hacer bromas con ello. Convencida, abrió los ojos y tecleó S-O-P-H-I-A. En ese mismo momento, el ordenador le permitió el acceso.

Presas de una gran excitación, Clara empezó a abrir archivos de forma aleatoria hasta que, harta de no encontrar nada, se levantó para encaminarse hasta la mesa de su propio ordenador y extraer, de un cajón de ella, un *pendrive* con el que regresó a la del de Sofía. Lo introdujo y copió todos los archivos existentes. Luego lo extrajo y apagó el ordenador.

Apenas había dado unos pasos cuando regresó y se sentó de nuevo. Volvió a encender la computadora y, cuando le fue requerida la palabra clave, tecleó: A-D-R-I-A-N. Como ya sabía que iba a suceder, le fue denegado el acceso y nuevamente pudo leer la advertencia, siempre tan temida, de que le quedaban dos intentos más antes de que el ordenador quedase bloqueado e inservibles todos los archivos.

En el segundo intento de los tres permitidos escribió otra vez A-D-R-I-A-N. En el tercero fue algo más explícita, tecleó T-A-R-A-R-I-Q-U-E-T-E-V-I y sonrió ufana. El ordenador quedó bloqueado y los archivos inaccesibles. Sólo se podría acceder al escritorio de nuevo en el caso de responder a un formulario que sólo Sofía hubiera podido contestar de la manera adecuada.

—Ahora que busquen —se dijo, y se dispuso a trasladarse sin víveres, pero con

bagajes, camino del Hostal de los Reyes Católicos en el que había decidido alojarse, acaso para celebrar el éxito obtenido.

Al salir saludó a los dos agentes que, hasta entonces, habían permanecido en el salón, sentados mientras miraban una película propia de aquella hora de los sábados, tierna y empalagosa, adecuada para que los niños creciesen con la moral más parecida a la de la sociedad que producía tal tipo de filmes con lamentable impunidad, al tiempo que les desarrollaba la imaginación más próxima a la de un eterno adolescente a fin de mantenérsela en ese exacto punto durante el resto de sus vidas. Nada que estuviese contemplado en el código penal.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 17 h.

El llamado Hostal de los Reyes Católicos ocupa un edificio noble, enteramente renacentista, antiguo hospital de peregrinos. Fundado por los Reyes Católicos, para acoger a quienes hubiesen recorrido el Camino de Santiago, está convertido ahora en un hotel de cinco estrellas, gran lujo, dispuesto para acoger a todos cuantos puedan permitírselo.

Sin embargo, fiel a sus orígenes, el Hostal, como es popularmente conocido en la ciudad, reserva siempre unas habitaciones para que sean ocupadas, de modo gratuito y durante una o dos noches, por aquellos peregrinos que acrediten haber completado el recorrido entero del Camino que, quierase o no, todavía sigue conduciendo al Finisterre.

No era una de esas habitaciones la que Clara había decidido ocupar. A dos años vista el Año Santo Compostelano el flujo de peregrinos a la tumba de Santiago el Mayor había descendido, pero seguía siendo elevado. Siempre lo es, en cualquier año y en cualquiera de las cuatro estaciones que recorre el clima en las latitudes atlánticas en la que tal sepulcro se ubica y en las que todo, o casi todo, gira alrededor de tal creencia, la de que en Compostela está enterrado el Hijo del Trueno, por una parte, y la de que atravesando la Puerta Santa en año jubilar uno se queda libre de pecado, casi tal cual lo dejó el bautismo, o, mejor aún, pues el pecado original que se adjudican los creyentes lo hizo desaparecer tal sacramento.

Clara había decidido ocupar una suite durante los días que durase el precintado de su piso. Sería obligado cuidar la imagen durante los tiempos por venir y no sería malo que en la prensa trascendiese que era ese hotel en el que ella se alojaba.

Un buen hotel implica unos buenos ingresos y éstos un buen despacho de abogados. O eso se le antojó a ella, posiblemente porque necesitase una excusa con la que permitirse un capricho que mantenía oculto desde sus años de facultad universitaria. En su condición de hija de emigrantes, el Hostal se le ofreció entonces como un desiderátum. Cada vez que años más tarde había oído hablar a los sesentayochistas de que se pasaban la tarde en sus salones, con un café delante, estudiando o haciendo que estudiaban, nunca pudo reprimir un sentimiento de admiración y envidia conjuntadas. Había llegado la hora de resarcirse. Muy pocos de ellos habrían dormido en una de sus camas con dosel. En el futuro no se podría decir lo mismo de ella.

—La cama la quiero con dosel, por supuesto —había indicado, con la mayor naturalidad de la que pudo dotar a su voz, en el momento de solicitar una habitación por teléfono, todavía en su propio domicilio.

Después de hacerlo, por fin había abandonado el piso. Empezaba a resultarle opresiva la estancia en su propio domicilio. La pareja de agentes que estaba esperando en la puerta de la escalera, una rubia con coleta y un *piercing* en cada una de las comisuras de unos labios apetecibles y carnosos y un varón con pinta de pirata y dos arillos en el lóbulo de la oreja izquierda, como si alguna vez, además de las esquinas de las calles, hubiese doblado el cabo de Hornos y el de las Tormentas, pareja tan singular, procedió en el mismo momento en que Clara la abandonó al precintado de la vivienda.

Mientras los policías ejecutaban la orden superior Clara se encaminó, tan pronto como asomó al portal de la calle, hacía la parada de taxis que existe en la fachada anterior de su edificio.

Al comprobar que era evidente su intención de subir al taxi estacionado en el primer lugar de la parada, el taxista descendió de él, a fin de cargar la maleta, sin saber contener el contento que se manifestaba a través de su rostro por lo que se adivinaba un servicio hasta el aeropuerto, Clara le dijo:

—Lléveme al Hostal.

Entonces el taxista la miró sorprendido, sin saber contener su decepción. Molesto y con la cara contrariada le respondió de forma áspera:

—Pero sí está ahí al lado, siguiendo la Rúa del Franco.

—Ya lo sé —respondió Clara con sequedad—. ¿No querrá llevar sólo a la maleta? Porque yo no pienso cargar con ella ni llegar allá con otra mojadura igual que la de la mañana —añadió sin darle lugar a respuesta alguna.

El taxista suspiró resignado. La había reconocido. Al fin y al cabo, mirándolo bien, de una forma u otra eran vecinos y ella gente conocida. Por eso había supuesto que se estaba dando lo que en lenguaje castizo se llama el *pire*.

Suspiró para evidenciar su fastidio, metió la maleta dentro del coche y, en menos de cinco minutos, pues el tráfico era algo inusitadamente intenso a aquella hora, la depositó delante del Hostal, en el lado izquierdo de la Praza do Obradoiro según se contempla la fachada de la catedral.

En la recepción la acogieron expectantes y curiosos. La noticia se había extendido por toda la ciudad y cualquier paso que diese la joven abogada, en cualquier dirección por la que se decidiese, sería seguido con la oportuna indiscreción habitual en estos casos.

Ocupada la habitación, una vez que hubo inspeccionado todo y hecho la debida composición de lugar de lo que constituiría su hogar en los próximos días, Clara se dispuso a deshacer la maleta ordenando todo debidamente en el armario. En ese momento sonó el teléfono. Cogió el que primero vio al alcance de su mano, el de la mesilla de noche, y se sentó en el borde de la cama.

—Diga —respondió una vez que lo hubo descolgado.

Esperaba encontrarse con la voz de algún amigo o pariente, en el mejor de los casos, que le diese consuelo y ánimos, cuando no confianza en su inocencia, pero

también la de algún periodista madrugador y se dispuso a mostrarse resignada para hacer frente a lo que se le pudiese venir encima.

Se había acostumbrado a mantener diálogos imposibles con la gente de la prensa después de la tragedia del petrolero, así que el asunto ya no sería nuevo para ella; con todo, suspiró de forma que supuso que habría podido ser oída por quien hubiese llamando y respondió:

—¡Diga!

Sin embargo, la sorprendió una voz que no creyó que pudiese pertenecer a ningún periodista, una voz lenta y distorsionada que comenzó advirtiéndola:

—No digas nada.

—¿Quién es?

—Hace tres horas, en tu casa parecías una chica muy dulce. Me encantaría probar esa dulzura.

Además de tener un tono algo atiplado, como de tenor, perceptible a través del distorsionador de voz, ésta era la entonación propia de un cursi, una voz llena de impostación y engolamiento, ridícula. Así se lo pareció a pesar del temor que le produjo nada más oírla. ¿Pertenecería a alguien que había estado en el piso al mismo tiempo que ella? ¿Era eso lo que debería querer decir, que la había estado contemplando? ¿Cuándo? ¿Y cómo era posible? Ella no había oído nada, no había percibido movimiento alguno, ni había sido sorprendida por cualquier olor o presencia humana. Empezó a sentir miedo. ¿Cómo era posible que supiese que estaba allí, sí acababa de llegar y no se lo había dicho a nadie?

—¡Hijo de puta! ¿Eres tú, hijo de puta?

A su insulto le siguió un silencio. Clara no pudo contenerse. Sin soltar el auricular, echando a un lado el visillo de la ventana, observó la plaza para comprobar la posibilidad de que alguien, desde las escaleras de la catedral, pudiese estar observándola. Cuando comprendió que era imposible, antes de volver a hablar se preguntó cómo, en cambio, sí lo era que ella acabase de utilizar aquel lenguaje.

«Pero sí estoy hablando como en una novela policíaca —susurró en su interior—. ¿Será que el género se impone, que las personas situadas en determinados trances arrostran determinados roles y se comportan de acuerdo con unas pautas que jamás hubiesen sospechado propias?», continuó pensando con la breve intensidad que el cerebro humano dedica en determinadas circunstancias a concretas divagaciones como ésta.

El caso es que se encontró a gusto en su reciente procacidad y prefirió aferrarse a ella que emitir una disculpa que sonaría cuando menos improcedente.

—¿Qué quieres, cacho cabrón?

—Dos cosas. La primera, la clave del ordenador de Sofía. La otra te la diré muy pronto.

Clara pudo percibir el ruido que hizo el teléfono de su comunicante al ser colgado, después pudo sentir en las sienes los latidos de su propio corazón.

Aquello podía querer decir que el asesino había estado en el piso e intentado abrir el ordenador sin conseguirlo. Pero cómo era posible que la policía, al menos que ella supiese, no hubiese detectado ni una huella de su presencia. ¿Y cómo había sabido que ella acababa de alojarse en el Hostal? ¿Y cómo que el ordenador tuviese clave? Las preguntas tendrían respuestas todas ellas, eso sin duda, pero reconoció que no las encontraría mientras se mantuviese en el estado de agitación en el que se encontraba.

Se llevó la mano al pecho pretendiendo medir el ritmo cardíaco, pero enseguida renunció a ello y se tomó el pulso. Llena de aprensión creyó sentir un dolor que le subía desde la mano, todo a lo largo de la cara interior de su brazo izquierdo, y sintió angustia.

«El temido ángor», se dijo hasta que fue consciente de su hipocondría.

En ese momento se acordó del *pendrive* y llevó la mano hasta la cadena de la que pendía descansando entre sus pechos. A ver quién sería capaz de encontrarlo allí, pensó. Acto seguido, terminó de ocupar la suite hasta considerarla como propia. Entendió que le resultaría beneficioso, por lo que tuviese de terapia ocupacional, el ir distribuyendo sus ropas, ocupando los espacios, descubriendo los huecos y los detalles pensados para hacerle todo más confortable, hasta acabar siendo dueña del territorio recién ocupado, de aquella suite que había constituido una de sus fijaciones juveniles.

La consideró así una vez que, de forma nerviosa y precipitada, aunque eficaz y pulcra, ordenada, hubo colocado la ropa en el armario y utilizado el cuarto de baño.

En ese momento ya sabía que el asesino había intentado abrir el ordenador, antes o después de haber depositado el cadáver en la bañera. ¿Pero cómo había entrado con él hasta allí? Lo ignoraba. También ignoraba la respuesta al resto de las cuestiones que se había formulado. Pero una nueva vino a desvanecer la necesidad de responderlas de inmediato. ¿Llamaría al comisario para comentarle la llamada?

Resolvió que no, al menos de momento. Se evitaría hablar del ordenador y de la clave que facilitaba el acceso a sus archivos. Tomada tal resolución, llamó a recepción solicitando un taxi que la llevase hasta Hipercor Compostela. Acababa de decidir comprar varios *pendrives* en los que copiar todo el escritorio del ordenador de Sofía para distribuirlos en varios sitios en los que pudiesen estar a salvo y, pensó, no sin sufrir un ligero temblor, que de paso la protegiesen a ella. Todavía no lo había abierto e ignoraba lo que contendría. Lo sabría al regreso del centro comercial. Tenía toda la noche por delante.

Compostela, sábado, 1 de marzo de 2008, 22.45 h.

Cuando Andrés llegó a casa por la noche, Eulogia lo estaba esperando llena de impaciencia. El silencio en el que habían comido a mediodía le había resultado oprobioso y obligado a no comentar nada del asesinato de la joven doctora y aún la mantenía en el primer estado de conmoción en el que había quedado después de conocida la noticia. Ahora ese silencio estaba llamado a su fin. Andrés ya no tenía disculpa, hacía horas que había visto el cadáver de Sofía —sin que eso le hubiese quitado las ganas de comer, sino al contrario, más parecería que se las hubiese despertado—, estaba en casa y aquel hogar, como todos, era el reino de las damas.

Eulogia conocía a la difunta de coincidir con ella en la clase de pilates que ambas recibían en el gimnasio del Aéreo Club, en medio de un grupo heterogéneo y numeroso de mujeres de mediana y aun de avanzada edad. Sucedió todos los lunes, miércoles y viernes, de ocho a nueve de la noche; es decir, había coincidido con ella hasta el mismo día anterior, apenas veinticuatro horas antes, y eso era algo que la impresionaba. Había tenido razón Andrés cuando, durante la comida, había abierto la boca, de forma breve, para decir que Sofía era una antipática engreída, una persona fría y ambiciosa e incluso se diría que carente de escrúpulos de cualquier tipo. Era cierto. Solía demostrarlo en días alternos, creyéndose admirada por sus compañeras pero distanciándose de ellas para relacionarse únicamente con la profesora, una persona extraña, de apariencia huidiza y al parecer llena de problemas, despreciando el trato con sus iguales. Ahora estaba definitivamente sola.

Nada más llegar Andrés, hablaron, a veces en serio, en ocasiones en broma, alegrándose o poniéndose graves según cada comentario lo requiriese. Empezaron por evocar la trastada casi infantil del helicóptero. Lo hicieron en medio de risas y miradas con las que se cruzaban interrogaciones que no necesitaban respuestas. La manera de la que se había valido Salvador para recordar a sus condiscípulos su condición más señalada les resultaba, a la vez que ofensiva, simpática, a partes iguales. Pudieron reírse a placer e incluso Andrés engoló la voz, en algún momento, para remedar la muy campanuda del delegado del gobierno en los momentos en los que le hablaba por teléfono al respecto.

Sin embargo, ni se les ocurrió mentar el desayuno con caviar beluga y cucharilla de plata. Tampoco hablaron del cadáver. Prefirieron dejarlo para más tarde. La cena, frugal a instancias de Eulogia, una corvina al horno que estaba deliciosa, transcurrió en una animada conversación que abarcó los temas más diversos, desde el de la cantidad de lluvia recogida por metro cuadrado, hasta los últimos cotilleos habidos por cuenta de las relaciones extramaritales de no pocos miembros del gobierno

gallego.

Ya en la cama, llegado el momento de las confidencias, Andrés confió de nuevo en el criterio y la discreción de su mujer. Creía tanto en ella que no tenía inconveniente, ni remordimiento ético de ninguna clase, en abandonarse a un hábito que había sido generado poco a poco, de manera se diría que inconsciente, desde que, ya al principio de su relación, se habituó a comentarle los aspectos más diversos de cada situación profesional en la que se iba viendo involucrado.

—Es más divertido oírte contar estas cosas que verlas en la tele —le había dicho ella una día, zalamera.

Él había tomado nota. Llegó a pensar incluso que tales confidencias la excitaban; la ponían, se dijo Andrés queriendo utilizar el nuevo término que habían impuesto los más jóvenes, así que no se resistió a una artimaña más que la pudiese retener junto a él poniéndola al alcance de sus deseos más habituales.

Tan maravillado estaba de la presencia a su lado de mujer tan joven, como hermosa, que nada le era suficiente con tal de mantener vivo su interés. Éste de comentar las incidencias de su trabajo, uno más entre otros muchos modos igual de reprobables.

Sin dudarle, le hizo un resumen, no muy abreviado, de lo que Andrea Arnoia y Diego Deza habían obtenido como resultado del interrogatorio realizado a Clara Ayán y de la minuciosa inspección ocular llevada a cabo en el dormitorio y en el cuarto de baño de la víctima; de momento el único lugar en el que podían suponer que no se había cometido el asesinato, pero el único posible, dadas las evidencias.

No era creíble que hubiese sido asesinada en otro lugar y luego trasladada de modo que no fuese en un coche porque acceder en automóvil a la Ruela de Entrecercas, en la que se hallaba el domicilio de la víctima, era si no prácticamente imposible, sí por completo inhabitual. Además de la propia dificultad física del acceso, había una normativa oficial que lo restringía, la terraza del Moore's que lo imposibilitaba, la cercanía de la comisaría y su acuartelamiento que lo desaconsejaban y la existencia de una gente amiga de pasear de bar en bar, tomando tapas, que no lo facilitaría en absoluto.

No había aparecido la ropa que se suponía que debía de estar vistiendo la difunta en el momento del óbito, no se había localizado ni la más mínima gota de sangre, tampoco ninguna huella delatora de la presencia de alguien inhabitual en aquel domicilio. Desnuda y a hombros es de suponer que no trasladasen a la difunta. Así que todo indicaba que hubiese sido asesinada en su propio domicilio, pero ¿cómo y por quién?

En el sentido contrario de todas las consideraciones pertinentes, cabía la posibilidad de que alguien hubiese lavado y planchado la ropa, devolviéndola al armario, y trasladado después el cadáver a la bañera para asestarle aquellas puñaladas y cortes de los que no había manado sangre alguna. Así que, en principio, se trataba o bien del crimen perfecto o bien de la mayor chapuza de la historia. Habría que

esperar a ver qué indicaba la autopsia. Si es que indicaba algo.

Por su parte, Clara había contado que la tarde anterior, cuando había llegado a casa, después de la conversación de la mañana con Adrián, se había encontrado a Sofía departiendo de modo poco amistoso con el doctor Carreira, catedrático de antropología médica y director de su tesis doctoral.

Eulogia redobló su atención, a partir de este momento, y Andrés continuó informándola. De vez en cuando se dirigía a ella, buscando aproximársele, llamándola mi compañera sentimental, unas veces; otras mi pareja de hecho, pero nunca Eulogia, nunca amor mío; cualquier cosa menos llamarla por su nombre propio o con un adjetivo cualquiera que denunciase lo más mínimo su pasión. Era consciente de que aquella estupidez nunca podría ser considerada como muestra del frío distanciamiento que ingenuamente pretendía; como tampoco el tono despectivo que utilizaba para ello podría ser evaluado como producto de una frialdad que no sentía. Sin embargo, no era capaz de dominarse. Ver muchas películas policíacas encierra, ciertamente, no pocos peligros. Por eso siguió hablando, como si no fuese con él la cosa.

Según había contado Clara a los dos policías, la tesis escrita por Sofía bajo la dirección del doctor Carreira, que al parecer estaba ya prácticamente acabada, se sostenía en una investigación llevada a cabo para determinar las enfermedades que padecieron en vida los ahora ocupantes de los sepulcros de la necrópolis existente en el subsuelo de la catedral.

La había realizado a partir del estudio de los huesos que sostuvieron las humanas arquitecturas de las no se sabe si todavía hoy ánimas del purgatorio, si precipitadas desde entonces en el fuego del infierno, o si elevadas a la estática contemplación de la divina gloria desde el primer momento.

Hasta era posible que algún rostro de los allí yacientes hubiese quedado reflejado en alguno de los dos arcos laterales del pórtico, aquel que acoge a las almas procedentes del Limbo, el de la izquierda; las que huyen del Purgatorio, el de la derecha; todos los expectantes rostros, a punto de ser llevados a la contemplación de la divinidad. Una mayestática divinidad que hasta entonces les había sido velada y que ahora les estaba siendo posible atisbar, entronizada encima del parteluz del Pórtico. Se atrevían a hacerlo las procedentes del Limbo, pero no las que llegaban del Purgatorio, no se sabe por qué; acaso por el deslumbramiento, acaso porque prefiriesen echar la vista atrás constatando de lo que acababan de dejar atrás y confirmarle a Lutero que, a diferencia del Cielo y del Infierno, el Purgatorio sí tenía futuro; es decir, lugar para la esperanza.

Muerto Franco y desaparecidos casi todos sus ministros no quedaba nadie que manejase estadísticas, con tanta prodigalidad y acierto como aquél y alguno y significado de éstos, acerca de cuántas almas se habían salvado desde la irrupción en la historia del Glorioso Movimiento Nacional, cuántas convocadas al que Lutero llamó el Tercer Lugar, el Purgatorio, o cuántas definitivamente precipitadas al

Infierno.

Eso fue lo que le comentó el comisario a Eulogia, sin venir muy a cuento, a causa de alguna asociación de ideas que no se conoce, en algún momento de la cena, también todavía sin precisar, debido, lo más probable, a lo prolijo de las disquisiciones que siguieron a tan matemática descripción como la que, de inmediato, hizo Salorio de los porcentajes debidos a la eficaz labor de un ministro de uno de los primeros gabinetes de gobierno del Caudillo.

Inútil advertir que tampoco había ya estadística ninguna del descenso habido en el índice de masturbaciones desde el advenimiento de la democracia como otrora había sucedido. Entonces no se facilitaban porcentajes anuales del PIB, ni del IPC, ni de nada semejante. Pero sí del tanto por ciento de ánimas que habían subido directamente al cielo, del de desplazadas al infierno o, como ya se advirtió, de las recluidas en El Tercer Lugar.

En todo caso, todos los índices, excepto el primero de los anteriormente citados, se habían desmadrado en proporciones alarmantes, se diría que siderales, con respecto a los registrados durante los tres Primeros Años Triunfales que continuaron, en la paz, lo que habían conseguido en la guerra; es decir, defender la moral reinante elevándolos a los más altos registros jamás de los jamases alcanzados. Así, había descendido el índice de masturbaciones. Excepto de las mentales, ése había subido.

Al comisario le hacía gracia recordar estas historias y ver la cara incrédula con la que Eulogia acostumbraba a escucharlas, atribuyéndolas a la imaginación de su amante. Una imaginación que ella consideraba portentosa. Lo terrible es que no lo era en absoluto. A pesar de que ya apenas nadie los recuerda, eran datos ciertos. Esta noche fue así una vez más, al extenderse Salorio en este tipo de consideraciones surgidas al recuerdo de la exégesis del Pórtico.

Clara había recordado durante este primer interrogatorio que, según Sofía le había dicho en alguna ocasión que no conseguía precisar, los restos del obispo Teodomiro, de Iria Flavia, no habían sido estudiados a la par que los del resto de la necrópolis, pues no estaban entre los huesos que habían sido objeto de su estudio y permanecían velados a la contemplación de los muchos visitantes; cercanos a los del apóstol, eso sí lo recordaba, pero inaccesibles incluso a la contemplación de los privilegiados que pudiesen penetrar en las zonas de la necrópolis negadas al público, visitables tan sólo sí el cabildo autorizaba a ello. ¿Habría conseguido ser ella una de las personas autorizadas y había podido estudiarlos? ¿Sería ése el origen del crimen?

Al recordarlo ahora para contárselo a Eulogia, inmersos que estaban los dos en el mar de aguas calmas que casi siempre es una cama, Salorio no pudo evitar establecer una relación entre los huesos del obispo y los del apóstol Santiago, pues los de éste están encerrados en una urna, contemplable únicamente por quien descienda hasta la cripta, sita debajo del altar mayor, contando con permiso explícito para ello. Permanecen velados a cualesquiera otros ojos que no sean los propios de la Iglesia.

Aun así, en el más que improbable caso de que la Iglesia autorice a alguien a

contemplantos, el detentador de tal privilegio deberá ser acompañado, no por uno, sino por los tres depositarios de las tres llaves que abren las tres cerraduras de la urna que los protegen de observaciones no deseadas. Al menos así sucede en la teoría, de acuerdo con las disposiciones capitulares.

—¡Qué cerca están unos de otros! —se dijo el comisario para sus adentros, sin atreverse a formular mayores hipótesis.

A Andrés Salorio la investigación realizada para la elaboración de la tesis doctoral de Sofía Esteiro se le antojaba impactante.

El hecho de saber qué habían comido y bebido los compostelanos de hacía tantos siglos, qué enfermedades habían padecido y qué hábitos de vida disfrutado, antes de ocupar la tierra como ahora la ocupaban, se le ofrecía atrayente y jugoso, al tiempo que propiciador de incontables hipótesis y conjeturas, de curiosidades e incluso de conocimientos de una realidad que a él se le escapaba. Quizá por eso no pensó que, al llevarla a cabo, pudiesen obtenerse distintas conclusiones de las buscadas, ni estableció mayores relaciones que las derivadas de la proximidad geográfica de tantos huesos como los que contenía la fábrica catedralicia.

En todo caso pensó que sí, que sería interesante obtener datos del ADN de los allí sepultados y compararlos con los de los actuales habitantes de Compostela para determinar quiénes descendían de ellos, quiénes eran los de Santiago CTV, los de Compostela de Toda la Vida, una especie de WASP a la galaica; es decir, algo levíticos, pues no impunemente se detenta el poder que la Iglesia detentó durante tantos siglos en Galicia sin que ello cale en el ánimo y en el comportamiento de las gentes; por ejemplo, en el descreimiento del que siempre hicieron gala los gallegos al afirmar preguntando cómo van a creer en cualquier religión falsa si no creen en la verdadera.

Eulogia, con sequedad, le cortó a Andrés la divagación emprendida y continuada por estos derroteros que a ella no le interesaban ni siquiera lo más mínimo:

—Sí, un tema interesante, me imagino —le dijo—, aunque ignoro para quién.

El comisario se alegró de no haber manifestado su opinión en voz alta y observó el rostro de Eulogia. Era hermoso. Visto a la luz de la pantalla del televisor que presidía como un ídolo el dormitorio conyugal era, además, sugerente. Mientras la contemplaba admirado, ella pretendía deducir el efecto que comentario tan despectivo había podido producir en su pareja. Pero Andrés ni se inmutó. Eso la hizo reflexionar.

—Quizás el mérito de la tesis consista en el método empleado para la determinación de las enfermedades —se corrigió a sí misma, con lo que Andrés pudo seguir hablando con mayor libertad de la que en principio se había concedido.

Teodomiro había sido quien, en los albores del siglo VIII, había descubierto la tumba del apóstol Santiago. Así que los muertos serían todos de esa época y aun posteriores.

—Hasta el siglo XI o XII, como mucho.

Se aventuró a conjeturar el comisario antes de continuar de nuevo.

—Lo cierto es que se trata de una necrópolis medieval —creyó recordar el funcionario público.

Sin embargo, prefirió omitir el dato y seguir despertando el interés de su compañera. Por eso siguió hablando de Clara.

A Eulogia solían marearla sus muchas digresiones. Pero él no sabía resistirse a ellas. Por eso habló mezclando, una vez más, sus propias apreciaciones con las que unas veces parecerían ser de Clara, otras de los policías y otras de sabría Dios quién. Pero en eso consistía uno de sus mayores encantos, se decía a sí mismo totalmente convencido: en la dispersión retórica, realizada a ciencia y a conciencia.

Además, el hecho de narrarlo así, al menos en su caso, equivalía al de planteárselo de un modo que le ayudase a ir discerniendo la realidad de los hechos, tamizando éstos hasta separar el grano de la paja, y encontrar soluciones con las que de otro modo nunca se hubiera encontrado.

Verbalizar resultaba ser algo esencial en su proceder. Le permitía situar el problema que plantease la resolución de un caso, fuera de sí mismo, alejándolo, para poder objetivarlo. Distanciarlo, hasta situarlo allí donde nunca lo conseguiría analizar de intentar hacerlo siquiera fuese en voz muy baja; qué decir ya sí lo pretendiese conseguir por cuenta de la voz interior, esa que casi siempre nos engaña. Por eso continuó hablando. La historia que contaba se convertía así en propiedad de otro y él podía juzgar sus verdades y sus mentiras, aceptándolas o no, debidamente alejado de ellas porque ya no le pertenecían y no le dolía el engaño.

Según confesó Clara a los investigadores y éstos le habían comentado más tarde a él, le había parecido entender, durante la conversación escuchada a trozos el día anterior al de los hechos, que Sofía había llevado a cabo un impactante descubrimiento, superior en importancia al realizado en su día por el obispo, pero que no tenía idea de cuál era. Aunque sí de lo agria que se había vuelto la discusión con Carreira, a partir justamente del momento en que fue recordado tal extremo. Lástima que, quizá porque se hubiesen dado cuenta de su presencia, hubiesen decidido bajar el tono de sus voces y le hubiese sido imposible entender nada que poder añadir a lo dicho.

Ése y no otro, según creía recordar, había sido el objeto principal de la acalorada discusión, entre la doctoranda y su director de tesis. El descubrimiento de algo importante. ¿En qué o en dónde residía la importancia? Hasta ahí llegaba la historia que Andrés podía contar, al menos de momento.

Por su parte, aunque se lo hubiese ocultado a los policías, Clara llegó a percibirlo con absoluta claridad antes de que ella misma resolviese hacer notar su presencia, irrumpiendo en la sala de un modo, algo alborotado de más, que eliminó la tensión creada y significó la razón por la que quizá no se reprodujo de nuevo. Eso explica que fuese todo lo que ella pudiese o quisiese contar tal y como había sucedido sin que sus interrogadores se atreviesen a manifestar la incredulidad más mínima. Por eso nadie llegó a saber, ni siquiera a sospechar, en qué consistía el importante hallazgo.

Lo que sí recordaba Clara era que había resultado incómoda la lucha establecida entre los dos acerca de a quién correspondería la gloria del descubrimiento, el disfrute de su autoría. A Clara le había resultado tan incómoda la situación creada que, en algún momento, había preferido no seguir escuchando...; es decir, hasta que se hartó de oírlos gritar y tomó la resolución ya comentada. Volvió a insistir el comisario como si la repetición pudiese ayudarle en algo. Probablemente fuese así. Pero había algo que no encajaba. ¿Debería volver a contarlo en alto, por sí así deducía algo? Prefirió seguir con su relato.

Clara insistió, por su parte, en que se había decidido a interrumpir la conversación porque, según confesó, nunca creyó que fuese tan importante, ni siquiera tan cierta la conclusión obtenida, como para que de ella se derivase una muerte.

¿Cómo iba a suponer que de una discusión de ese cariz se derivase el asesinato cuyo producto todavía yacía, en aquel momento de la conversación, en el luminoso frío de la bañera, esperando a que la juez autorizase su levantamiento? Sofía había sido muy pulcra y limpia en vida, pero realmente tanta permanencia en el recipiente higiénico empezaba a resultar excesiva.

Cuando Clara se dio cuenta de la acusación que de modo implícito acababa de formular, se quedó pensativa y pretendió arreglarlo como pudo.

—Claro que, con lo que acabo de decir, sucede como con la racionalidad del ser humano... que no se trata más que de una hermosa, pero mera hipótesis de trabajo... —dijo sonriendo; luego añadió, insistiendo—: La discusión era muy fuerte, a gritos. Ésa es la verdad. El doctor Carreira le decía que sin él nunca hubiese llegado a tales conclusiones, que él mérito era suyo; que él le había abierto el camino, la había guiado por él y que había sido él quien había puesto a su servicio todos los medios materiales indispensables para llegar a tan importante conclusión; él quien incluso le había elaborado el método de investigación necesario para realizar los hallazgos que, sin él, nunca hubiese podido llevar adelante, ni los hallazgos, ni la más mínima investigación necesaria para ellos... —decidió concluir Clara, dejando abierta cualquier posibilidad de pensamiento. Luego siguió hablando, pero ya en otro tono. O eso le habían dicho a Andrés sus subordinados.

Andrés pensó entonces sí cabría la posibilidad de que Clara se hubiese acordado, en algún otro momento, de algo que el comisario sí creía posible, que Carreira plantease algo que a ella no la hubiese sorprendido; es decir, que le hubiese preguntado a Sofía, en el colmo de la exasperación, si consideraba que su deuda estaba pagada con sus prestaciones sexuales.

Salorio lo pensó así porque, a partir de ahí, Clara divagó todo lo que quiso, comentando que había llegado a casa dispuesta al parloteo habitual, frívolo casi siempre, sesudo en ocasiones, pero que al ver tantas luces encendidas en todo lo largo y ancho de la vivienda y al oír el elevado tono de las voces, que llegaban nítidas desde el salón central, había decidido entrar, de forma tan discreta como directa, en su propia alcoba y atender, desde ella, con la puerta prudentemente entornada, a toda

la enconada discusión establecida.

Ahora se arrepentía de haber terminado por zanjarla, irrumpiendo en el salón del alborotado modo que se dijo, para regresar a su dormitorio y cerrar la puerta de un golpe, todo porque el tono alcanzado le había parecido que empezaba a ser excesivo.

«Volvió sobre lo andado», se dijo Salorio, acaso para organizar su propio pensamiento, pero sin manifestarlo.

—Tomé Carreira es hombre de orden... —continuó hablando Andrés Salorio, aunque cada vez más despacio, según iba arrimándose cada vez más al cuerpo de Eulogia. Pero no supo añadir mucho más a calificación tan poco prometedora.

Había conseguido, por fin, un mínimo y aceptable acercamiento. El olor del cuerpo de Eulogia, suave y cálido; el contacto de su piel, dulce y suave, empezaban a causarle urgencias que reclamaban otro tipo de intimidad. Entonces ella lo atajó:

—Tranquilo, Andrés, tranquilo, no te emociones, continúa.

El comisario se resignó a ello y prosiguió con sus propias divagaciones, planteando sus suposiciones como si fuesen hechos consumados. La reconstrucción de los hechos empezaba a ser realmente muy accidentada.

El doctor era persona próxima a la curia arzobispal, continuó hablando. Se trataba de un antiguo militante de Acción Católica, amante de la familia tradicional, sí, pero también de las mujeres genéricamente llamadas del prójimo. Las que el octavo mandamiento exige no desear y que, a pesar de ello, siempre son las eternamente deseadas. Esposas felizmente casadas y novias enamoradas, nunca viudas, en el caso de las preferencias del doctor, pues, una vez en la cama con ellas, el sexo adoptaba la versión propia de un *ménage à trois*, en la que el tercero en concordia solía ser el llorado difunto, algo que a él lo enternecía y solía convertirlo en impotente.

Todo ello, con viudas o casadas, o con solteras con y sin compromiso, pues un hombre a ninguna de ellas debe negarse, según le habían enseñado, suponía una contradicción con la preceptiva católica, apostólica y romana, algo menos la Compostelana, sí bien tan sólo históricamente considerada, que él superaba sin excesivas emociones de las que conturban el ánimo más de lo debido. Se diría de él que fuese un pragmático, algo cínico, sí, y no poco ecléctico, también, pero muy efectivo a la hora de lograr sus propósitos. Tomé Carreira, más que un nombre y un apellido, en su caso, constituía todo un lema: el que debía seguir una vez situado delante de una dama: toma carrera y que sea lo que dios quiera.

A la vez que de las mujeres ajenas y de la familia propia, el señor catedrático, también siempre recién llegado de la guerra del 68, en la que no había participado, como casi nadie, era amante de la gloria y del prestigio profesional, sentenció por fin el comisario. Un prestigio que él creía tener más que merecido, pero nunca completamente alcanzado. Algo triste, considerando que se consideraba una autoridad mundial en la disciplina de antropología médica cuya cátedra Compostelana ocupaba casi desde su creación.

Tal creación se había producido poco menos que a sugerencia del legendario y

hasta el momento último cardenal compostelano. Entonces un cardenal todavía era llamado príncipe de la Iglesia. Más príncipe teniendo en cuenta que, desde los tiempos de Xelmirez, los arzobispos de Compostela siempre habían sido capaces de remover Roma con Santiago. Si el método le pertenecía, sí el camino andado era el que él había desbrozado, sucedería lo mismo con el descubrimiento habido al final del recorrido, según había concluido por afirmar el catedrático y Salorio ahora decidía.

Pero eso no había sido todo. Durante la conversación Carreira le planteó a Sofía, de forma tenaz, el daño que el conocimiento de los datos obtenidos causaría a los creyentes más entrañables, aquellos que eran dueños de una fe, sencilla y sincera.

Carreira, en un alarde de imaginación escasa, llamó a tal tipo de fe la propia del carbonero, pese a hacer ya tantos años de la desaparición de tal oficio y lo poco congruente que sería atribuir tal fe a los fontaneros especializados en calefactores. Eso era lo que ahora desconcertaba al comisario. Lo malo del caso era que no sabía por qué. Sin embargo, no se detuvo; Eulogia quería saberlo todo y él llegar al fin pretendido cuanto antes.

Sofía había rechazado todas y cada una de las argumentaciones utilizadas, según Clara había comentado. Era fría, escasamente sentimental y mucho más cínica que su director de tesis. Quien había llegado al final del camino había sido ella. Nadie más que ella. El territorio descubierto era pues de su dominio, de nadie más que de ella. Ella lo ocuparía por entero.

Llegado a este punto del relato, Andrés ya no tenía nada que contar. En ese momento buscó de nuevo y denodadamente la proximidad del cuerpo de Eulogia, pero no la consiguió. En ese momento convino consigo mismo que mejor sería callarse. Engaños de la voz interior, según ya se advirtió anteriormente.

—Pues sí que es interesante todo lo que acabas de contarme —le dijo Eulogia, dándose la vuelta.

—En resumen —volvió a decir—, que no sabéis nada de nada y que todas son sospechas vanas, las tuyas las más vanas. Carreira es más sospechoso que un concejal de urbanismo con mercedes nuevo. Pero no sabéis nada, nada de nada. ¡Ah, hombres! Me gustaría conocer mejor al tal Carreira.

Andrés pensó en responderle que Andrea Arnoia era una mujer, pero se arrepintió a tiempo y mejor permaneció callado. Esa noche durmió mal. La lamprea a la bordelesa ayudó determinadamente a ello.

Capítulo Tercero

Compostela, domingo, 2 de marzo de 2008, 10 h.

Nadie ni nada puede asegurar que el señor comisario jefe durmiese de modo placentero durante la noche que siguió al descubrimiento del cadáver de Sofía Esteiro. No porque la contemplación de la imagen de la difunta, aparecida en tal condición dentro de la impoluta bañera de su casa, completamente desnuda, lleno de cortes su cuerpo mortal, se lo hubiese impedido. Sino por el corte que él mismo había recibido después de la larga digresión con la que pretendió poner a su amante no sólo al tanto de la noticia sino también de sus intenciones.

Los cortes infligidos al cadáver habían sido mortales de necesidad, unos; típicos de un crimen pasional, otros; propios de un degenerado sexual, la mayoría; obra de un experto, todos ellos. El que le habían dado a él en el propio lecho marital lo había dejado sin resuello.

De hecho, durmió muy mal.

Entre la insatisfacción de sus deseos, los estertores *post mortem* de la lamprea, que los hay, o al menos de ello quedó convencido el señor comisario, y el revoloteo de una enorme libélula que, unas veces, se convertía en una mosca estratégicamente situada detrás de la oreja del señor delegado del gobierno y, otras, en una de las llamadas cojoneras que se entretuviese en hostigar las partes pudendas del soñador, Andrés Salorio pasó muy mala noche.

Alternativamente se despertaba. Sucedió cuando Sofía Esteiro aparecía, hermosa y desnuda, en medio de sus sueños como consecuencia de una mala digestión, para ofrecérselo en otros, que lo eran de la insatisfacción a la que tan determinadamente había colaborado Eulogia Andrade. Justo entonces se despertaba, como si su propia conciencia, alertada por un irreprimible sentimiento de obscena culpabilidad, le obligase a abandonarlos. Una vez de nuevo en plena consciencia, volvía a recordar a la difunta. Una noche así se puede calificar de delirante. Incluso durante los momentos de ella en la que permanezcas despierto.

Una tal y compleja sinfonía de cortes, como los que ornaban el cadáver de Sofía, le permitirían al menos dotado imaginarse cualquier monstruosa barbaridad acerca de los motivos del asesinato. Sin embargo, al menos de momento, ninguna estaría al alcance de lo contemplado con la minuciosidad pertinente por la policía científica y, de modo brusco y breve, por Clara, la abogada nacida con una flor entre sus nalgas, que lo hizo, más que para saber, para ignorar lo que se ofrecía a su mirada.

Pensando en todo eso y aún en más cosas pasó su noche de delirio Andrés Salorio. La frialdad de los cortes, la limpieza de la ejecución, la impoluta disposición de todos los elementos que constituían el hogar habitado por las dos amigas, pero

también el conocimiento de la personalidad de la difunta, le inducían a pensar que si tal había sido la víctima en vida, talmente así podría haber dispuesto las cosas el asesino, con frialdad y firmeza, con precisión y pulcritud exacerbadas, a fin de poder llevar a cabo sus propósitos sin posibilidad de errores perceptibles.

Había tardado en dormirse, una vez finalizadas las confidencias habidas con Eulogia. Intentó conseguirlo al menos tantas veces como infructuosos habían resultado sus intentos de lograr coyunda. Eulogia aquella noche no había estado por la labor. Eso le había causado un gran desasosiego, aunque no le produjese mayor sorpresa. Ya llegarían los ardores. En ese sentido, ella era de una polaridad extrema. O se consumía en un arrebatado fuego o se comportaba como un iceberg esparciendo calma en cualquier tumultuoso mar que pudiese rodearla. El de las procelosas divagaciones policiales acaso el mejor de ellos.

La noche siempre es joven y fuerte y el insomnio permite la entrada en nuestras mentes de pensamientos recurrentes, llamados intrusivos por los expertos en el tema. Se trata de pensamientos que nos golpean, de modo inmisericorde, a lo largo de la media vigilia en la que permanecemos sumidos. Normalmente, sucumbimos a ellos.

Lo hacemos en la esperanza de que la memorización de las soluciones que se nos van ocurriendo, mientras los sueños se suceden, ha de manifestarse, esplendorosa y luminiscente, en el momento del despertar, ya de regreso de la duermevela en la que nos debatimos. Y solemos esperarlos de manera que los problemas planteados de forma tan obsesiva, sin más que evocarlos, se nos ofrezcan con sus mejores soluciones ya incorporadas. Sin embargo, nunca sucede así. A Andrés Salorio tampoco le sucedió de otro modo; por eso, cuando al despertar quiso recuperar sus reflexiones, sólo halló un vacío en su memoria.

La del alba sería cuando decidió darse por rendido. Antes había jurado no volver a comer lamprea, olvidarse de Eulogia por un tiempo y recurrir a los servicios de una profesional de fuste. En el fondo de su conciencia sabía que no haría nada de eso. Se trataba de una forma de hablar, reconoció en su interior sin mayor esfuerzo, haciendo caso de la engañosa voz interior que al parecer nos guía.

A aquella pequeña altura de marzo ya era notable el equilibrio equinoccial que igualaba la duración de la noche con la del día. Así que tan pronto vislumbró a través de las rendijas de la persiana del dormitorio el primer claror de la mañana, Andrés Salorio se levantó. Lo hizo con cautela, para no despertar a Eulogia, incorporándose con lentitud, buscando no hacer ruido. Estaba disgustado con ella.

Acaso en razón de su edad, estaba obsesionado con no guardarse ningún cartucho y aquella noche seguro que había desperdiciado otro, otro más, cuando ella se negó a entregarse a la pasión amorosa que solía sacudirlo a él más de una vez a la semana, algo que Eulogia consideraba excesivo; en razón de su edad, precisamente. Tal consideración no dejaba de antojársele una ironía cruel e inoportuna. Invasado de una sensación oscilante entre el orgullo y la frustración, se vistió en silencio en el cuarto de baño contiguo.

Una vez ataviado se dedicó a leer los periódicos del día, sentado en el sillón del cuarto de estar. La noticia del asesinato venía destacada en todos ellos y consumió más de una hora en su lectura pormenorizada. Una vez que los hubo terminado salió de casa sin desayunar, ni despedirse de nadie. Tenía que dar a entender su malestar. Cayó en la cuenta que lo estaba haciendo de la manera más infantil posible. No le importó ni lo más mínimo.

No se fue directo a comisaría, sino que antes pasó por el San Clemente. A esa hora, que él consideraba aún temprana, nada le apetecía más que un vaso de zumo de naranja, un café con leche y un cruasán recién hecho, todavía calentito.

Le molestaba tener que bajar la empinada cuesta que conducía hasta el restaurante desde la plaza de Rodríguez del Padrón y aún más el tener que subirla de nuevo para poder llegar hasta su despacho, pero le compensaba el ambiente del restaurante, la conversación de los dueños, la temprana presencia de estudiantes, que se repetiría a la hora de comer en las mesas de la planta inferior, las de la entrada, y aun en las exteriores de la terraza. También solía hablar con los camareros. Durante un tiempo aquella había sido, si no su casa, sí el mejor hogar del que había podido disponer.

Aquella mañana del día 2 de marzo, domingo, seguía lloviendo sobre mojado. Compostela es pequeña y, pese a la enorme cantidad de espacios verdes que la salpican, entre la lluvia y las reducidas dimensiones que tal ocupación humana realiza de la tierra empinada y verde sobre la que se asienta, acaba por resultar opresiva como el abrazo de una boa constrictor.

Cuando Andrés Salorio se sentó en una de las banquetas de la barra del San Clemente, después de pedir con toda cortesía el café con leche, el zumo y el cruasán que allí lo habían convocado, se decidió a echarle otro vistazo a la prensa diaria, la procedente de la capital de España, pero con edición especial en la comunidad autónoma. Tal tipo de ediciones no las recibía nunca en su casa y solía leerlas siempre una vez llegado a su despacho, o allí mismo, en el Sancle, después de haber tomado una decisión semejante a la que hasta allí acababa de conducirlo. Cuando empezó a leerla, empezó también a sentir el abrazo de la boa.

*Compostela, domingo, 2 de marzo de 2008,
10.15 h.*

El asesinato de la joven doctora ocupaba las primeras páginas dominicales de la prensa nacional y era tratado de modo destacado por los diarios madrileños en sus suplementos dedicados a la comunidad autónoma. Los más sensacionalistas relacionaban el crimen con el habido, años atrás, en una de las capitales de provincia gallega; un caso difícil que todavía estaba sin resolver.

Se trataba del asesinato de un periodista hallado también en la bañera de su casa, con todos los indicios de haber sucumbido a un crimen entre ritual y producto de la pasión homosexual. Un crimen que no pocos habían acabado por considerar consecuencia de las investigaciones del reportero sobre el tráfico de drogas, las fuerzas encargadas de reprimirlo, las organizaciones encargadas de distribuirlo y las implicaciones de todos estos actores con una organización terrorista del norte de España. Leer el establecimiento de tales relaciones consiguió amargarle el desayuno al comisario jefe Andrés Salorio.

Había conocido a Regino, que así se había llamado en vida el victimado, cuando ambos vivían en Madrid. En aquel tiempo, el que después habría de ser asesinado era un joven estudiante en la escuela de periodismo. Ni se imaginó entonces, tan siquiera, que transcurridos los años habría de ser él uno de los inspectores encargados del caso de su asesinato y que éste quedaría sin resolver. Aún no era capaz de explicarse cómo. La forma de echarle tierra al asunto había sido paulatina e inteligente, discreta y muy eficaz. Esperaba no verse ahora en una ocasión que le recordase a aquélla en mayor medida de lo que ya se la había recordado.

Vinieron a rescatarlo de sus divagaciones, y del mal genio que de nuevo comenzara a invadir su ánimo, los dos policías más directamente relacionados con el nuevo caso. Eran conocedores profundos de las tendencias gastronómicas de su superior jerárquico y habían acudido al lugar de la cita matutina que, tratándose de su jefe, podían dar como casi ineludible. No se equivocaban nunca. Una vez más, la barra de la entrada hizo las veces de despacho.

Al verlos llegar, Salorio respiró aliviado; al menos lo rescatarían del territorio de la melancolía en el que había comenzado a adentrarse. Diego Deza y Andrea Arnoia lo saludaron sonrientes.

—Hola, jefe —dijeron como si hubiesen ensayado el dúo y él hubiese acertado en el desarrollo de la voz segunda, circunstancia que lo dejó evidentemente satisfecho.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Queréis tomar algo? —respondió obsequioso el jefe.

—Sí, un café bien cargado —pidió Andrea.

—Descafeinado de máquina y cruasán —requirió Diego.

—¿Pero qué hay de nuevo? —insistió el comisario.

—La autopsia, que empieza a dar información —le respondió Diego.

Mientras el camarero servía la comanda que diligentemente había empezado a preparar nada más verlos aparecer por la puerta de entrada, pues también los subordinados tenían sus tics y sus costumbres, sus hábitos y sus manías, se produjo un silencio interrumpido por el frufrú de las hojas de los periódicos que el comisario doblaba de forma que quedasen prácticamente como recién salidas de sus rotativas respectivas.

A tal silencio siguió otro igualmente largo, pero éste machaconamente alterado por la masticación escandalosa y molesta del subcomisario Deza, que solía comer con la boca abierta, algo que irritaba sobremanera al comisario. Duró hasta que Andrés Salorio sintió brotar, a empujones impulsados por tan bovina masticación y de modo irreprimible, la ira que hasta entonces había conseguido mantener contenida y oculta.

—Quieres comer bien de una puta vez, recoño —explotó por fin.

No soportaba aquel ruido que le recordaba el producido por una vaca que estuviese comiendo, no sabía sí manzanas o sí mazorcas de maíz, lo que le hacía imaginarse la enorme lengua bovina restregándose contra un paladar lleno de babas.

—Es que tengo vegetaciones y me ahogo, jefe, no me joda que ya lo estoy bastante —respondió Diego Deza visiblemente ofendido.

Los tres volvieron a guardar silencio mientras continuaron desayunando. Lo mantuvieron hasta que terminaron de hacerlo. Urgidos por la escena que se dijo, acabaron pronto sus consumiciones, que fueron pagadas por el superior jerárquico. Efectuado el pago salieron de inmediato.

Nada más hacerlo, según comenzaron a subir la cuesta, Diego, como si no hubiese pasado nada, le adelantó al comisario algunos datos de la autopsia que se iba a encontrar en el primer informe sobre ella depositado encima de la mesa de su despacho.

No había sido encontrado ningún indicio de que la víctima fuese envenenada con ninguna sustancia antes de ser depositada en la bañera. Además, qué importaba ya eso, comentó Deza.

Andrés consiguió dominarse sin expresar su contrariedad por apreciación tan poco sensata y tan inoportuna, más bien impertinente. Estaba claro que se trataba de un asesinato, también estaba claro que el asesino había querido que se tomase como tal y para ello no había dudado en prodigar los cortes que lo hiciesen aparecer como un obseso sexual, un maníaco, miembro de cualquier secta o instituto secular, un desequilibrado, en cualquier caso, que podría seguir matando con facilidad y excelentes resultados.

De no haberlo querido ofrecer de ese modo a la consideración de la policía no hubiese depositado a la difunta desnuda en la bañera, sino que la hubiese abandonado encima de la cama o sobre una alfombra. O sí. Pero no le hubiese hecho los cortes.

Entonces aun el más perspicaz hubiese deducido que el fallecimiento había sido consecuencia de un fallo cardíaco o de un derrame cerebral, cualquier cosa antes de que la autopsia no descubriese nada, como así había sucedido. Querían que se supiese que había sido asesinada. ¿Por qué? ¿Para qué?

El problema solucionado por la autopsia al no ofrecer restos de veneno alguno hallados en el cuerpo de Sofía era el de por qué le habían hecho los cortes: para que se supiese que había sido un homicidio. Estaba claro. Pero quedaban otros problemas sin resolver, sí querían saber quién la había asesinado. El primero de ellos el de determinar la razón por la que lo habían hecho.

Andrés ya intuía un motivo: estaba claro, al menos a él se lo parecía así, aunque todavía no supiese determinar muy bien por qué, que la causa estaba relacionada con la tumba del apóstol Santiago. O eso se le antojaba a él.

Las declaraciones de Clara a las que había estado dando vueltas durante gran parte de la noche así se lo habían sugerido. Quizá Clara las hubiese hecho sin darse cuenta de su verdadero alcance, pero quizás intuyéndolo también. Quedaban por resolver el cómo, el por quién y el para qué. En definitiva, todo. Todo y con los periódicos recordando un caso, en principio muy similar, que estaba todavía sin resolver y a él le hurgaba doblemente en una llaga todavía sin cerrar.

En ésa y no en otra dirección tendrían que echar a andar las averiguaciones. Resultaba absurdo empezar a formular hipótesis acerca de sí había sido adormecida con cloroformo, intoxicada con potasio o con qué, sí por ingestión de una infusión de *digitalis purpurea*, llamada abrula en gallego, también croque, belitroque, estralote y dedaleira, es decir, digital en castellano, y dios sabrá cómo en otras lenguas, porque lo que menos empezaba a importar, según el subcomisario Deza, era con qué la habían liquidado. Muerta ya estaba, ésa era la única certeza a la que el hombre se aferraba, incapaz quizá de buscar alguna otra explicación plausible.

Andrés se mostró hondamente preocupado a la vista de los datos. El asesinato había sido planeado con una minuciosidad encomiable y ejecutado con una limpieza absolutamente ejemplar.

El arma homicida, caso de ser un veneno que no dejase restos, y la ofrecida como supuesta, es decir, la navaja con la que se habían realizado los prodigiosos cortes en la carne de Sofía, de los que no había manado sangre, recuérdese, habían sido trasladados al lugar del crimen, sin duda ninguna, por un ejecutor frío e implacable, seductor en grado sumo, conocido de la víctima, casi con total seguridad, pues nada ni nadie había sido violentado, excepción hecha de la asesinada, claro, pues ni siquiera Sofía Esteiro ofrecía otros signos de violencia que los fríos cortes en su carne.

El proceso de ejecución, pormenorizado y lento, debió de ser alargado con fruición y delectación extremas mientras alimentaba fantasías que a Andrés Salorio no le era dado imaginar, ni apenas suponer. Además, no había pistas que condujesen a ningún lado. Lo único que faltaba para que homicida pudiese ser definido como un

asesino en serie, posiblemente de los llamados organizados, sería que empezasen a aparecer pistas ofrecidas por él mismo. El cadáver así hallado podría ser la primera y principal de todas ellas.

En el cuerpo desnudo permanecía oculto el mensaje que se quería hacer llegar.

El comisario, cuando pensaba así, recordaba los ojos abiertos de Sofía, la luminosidad azul que todavía ofrecían, el pasmo que manifestaban. Como si estuviesen contemplando el misterio de la vida y oteando el de la eternidad. La autopsia también era psicológica. Tal como es la víctima, así es su verdugo, se recordó el comisario. ¿Quién podría ser como había sido Sofía?

Según Andrés avanzaba en sus suposiciones y conjeturas su rostro mostraba una preocupación constante. El asesinato había sido minucioso y bien organizado, casi seguro que por una persona muy inteligente, capaz de planearlo todo al detalle, de no olvidarse de nada y llevar con ella todo lo necesario, arma o veneno.

Alguien con la sangre fría suficiente como para no abandonar nada en el lugar del crimen. Alguien capaz de violentar después del asesinato o de torturar antes de cometerlo, algo que parecía no haber hecho, y después deleitarse en un proceso alargado, posiblemente, para alimentar algunas fantasías. ¿Cuáles? ¿De quién? Por fin, jadeante al llegar a lo alto de la cuesta que descansa en la plaza de Rodríguez del Padrón, el comisario se decidió a anunciar algo a sus subordinados.

—O mucho me equivoco o aparecerán más cadáveres. Esto parece obra de un asesino en serie. Empezó y ahora a ver quién lo para. La pregunta es quién podrá ser el siguiente.

Andrés se calló de pronto. Había empezado a sentir la vibración de su teléfono móvil en el bolsillo, agitándose contra su muslo derecho. Lo extrajo y comprobó que se trataba de otra llamada del delegado del gobierno, preocupado por la estética frontal de su muy amada hija. La atendió con cortesía y paciencia y, tan pronto como pudo, introdujo la variable Sofía Esteiro:

—... comentaba con mi gente que candidatos hay ya unos cuantos. El modelo de víctima suele ser el que contradiga la verdad que profesa el asesino. ¿Cuál verdad? Habrá que empezar por ahí. ¿La verdad científica o la amorosa? ¿La pasional? ¿Será la verdad religiosa? La única pista que tenemos en tal sentido es que una verdad que afecta de algún modo a los huesos del apóstol santo puede estar siendo cuestionada.

Era evidente que al comisario jefe le gustaban la retórica y la verbalización en abundancia, llenas de exuberantes digresiones, como ya se explicó, tanto como le disgustaban al delegado del gobierno por otras y distintas y tan evidentes, equidistantes y opuestas razones.

—¡No me digas más, comisario! —respondió el delegado, engolando más su voz para hacerla irónica y mordaz hasta el extremo—, ¡los huesos del santo...! ésos se comen en noviembre, hasta entonces no se tragan...

Luego se calló, dejó transcurrir unos segundos y continuó implacable:

—Si fuese así ese tema habría que tratarlo con suma discreción. ¡Los huesos del

santo! ¡Dios mío! ¡Y el cuerpo de violín de la difunta con los cortes pertinentes...!

Así siguió el delegado durante un rato hasta ir admitiendo, poco a poco, la posibilidad de que Salorio no estuviese delirando. Andrés había conseguido, al menos, desviarlo de su obsesión primera. Cuando cortó la comunicación con su superior jerárquico lo hizo consciente de que había conseguido que éste ya tuviese otro motivo de preocupación con el que distraerse del primero. Luego siguió caminando con Deza y Arnoia flanqueándolo camino de comisaría.

—La verdad que contradiga la que profesa el asesino. Ahí radica la clave del asunto —dijo en voz alta, pero con el decidido afán de interiorizarlo, casi como si se lo dijese a sí mismo, pensándose. ¿Qué clase de verdad estaría siendo objeto de respuesta tan contundente y fría? ¿La religiosa, la pasional o la científica?

—Estamos metidos en un lío, compañeros. ¿Os acordáis de lo de Regino? Aún está sin resolver y eso lo tengo clavado aquí —dijo señalándose la cabeza como si afirmase que estaba loco.

En ese momento, volvió a sonar el teléfono móvil del comisario. Era de nuevo el delegado del gobierno que se había olvidado de comentarle algo respecto del seguro que cubriría la reparación del estropicio causado en el cráneo de su hija.

Domingo, 2 de marzo de 2008, 13 h.

El resto de la mañana del domingo se le fue a Andrés en hablar por teléfono con los directores de los medios desde su despacho de comisario. Había conseguido soslayar la inevitabilidad de tener que hacerlo durante toda la tarde del sábado, pero ahora no le había sido posible conseguirlo.

Odiaba las ruedas de prensa y procuraba evitarlas. Incluso solía prepararlo todo de forma que fuesen atendidas por sus subordinados, antes que por él mismo. Y a éstos siempre les aconsejaba que fuesen esparciendo la información que les interesase ver publicada, facilitándosela a los periodistas, de uno en uno, de modo que la pudiesen considerar como más confidencial, acaso como más privilegiada. Luego, en las ruedas, deberían silenciar la información facilitada de modo tan individualizado y limitarse a expresar consideraciones genéricas respecto del crimen o de los acontecimientos en cuestión.

Estaba convencido de que sólo procediendo así serían ellos quienes controlasen un proceso que de otra forma sería dirigido por los periodistas, sobre todo a partir de las malditas ruedas de prensa que tanto odiaba porque estaba igualmente convencido de que solían retrasarlo y confundirlo todo.

Así que, predicando por una vez con el ejemplo, había empezado a llamar él mismo por teléfono a los directores, de uno en uno, como en las grandes ocasiones. Únicamente en ellas se decidía a hacerlo él y siempre había declinado, siempre, ser entrevistado por cualquiera de sus periodistas.

—No dejéis que se nos escape de las manos. Habrá más muertos. Pero no adelantéis esa posibilidad a los medios, por muy amigos que os creáis de ellos —le había insistido de nuevo a sus inferiores una vez concluida la tanda de llamadas telefónicas cuando, antes de la hora de comer, Deza y Arnoia volvieron a entrar en su despacho.

—Acaba de llamar Clara Ayán para contarnos que recordó una conversación telefónica, mantenida por Sofía con su novio, hace unas cuantas semanas —le dijeron.

—Mejor me la contáis después de comer.

Llegada la hora de hacerlo, de modo inesperado, pero habitual en ella, Eulogia había desaparecido. Salorio, una vez que lo hubo comprobado, quiso considerarlo como el lógico resultado de lo no sucedido durante la noche anterior e incluso como consecuencia de lo acontecido durante todo el día, de forma totalmente ajena a lo que Andrés y ella, cada uno por su lado y cada uno a su manera, entendían que debía ser la celebración de un cumpleaños.

El hecho de desaparecer así, de forma inesperada, pero previsible para quien la conociese, solía llevarlo a cabo Eulogia cada vez que se presentaba alguna situación tensa, afirmando que no le gustaba llamar la atención y pretendiendo confirmarlo así. Ella no estaba para esas vainas, amorcito, solía manifestarle al regreso, elevando la voz un tono o dos más de lo debido. Hasta ese momento solía comportarse con normalidad, sin que nadie percibiese nada, sin que ninguna de sus intenciones aflorase o provocase suspicacia alguna.

Ésa era la gran obsesión de Eulogia, pasar desapercibida. Solía conseguirlo según y cuando, según y cómo. Su hija había heredado de ella su mismo afán y se diría que idéntica incapacidad para conseguirlo, aunque como ella fuese muy capaz de disfrazar sus emociones, que no ocultarlas como afanosamente afirmaban pretender.

Después de haber conseguido velar éstas, una vez hecha su aparición o conseguida su desaparición, la más de la gente que las trataba las convertía, a las dos, en tales momentos, en el centro de sus preocupaciones ya que no en el de sus miradas. Posiblemente fuese debido a sus extravagancias que, muy al contrario de lo afirmado y pretendido por ambas, ni una ni otra conseguían hacer pasar desapercibidas.

Andrés no dejó de sonreír al pensarlo, quizás algo amargamente, sí, pero sin abandonar la sonrisa, impidiendo que se transformase en esa amarga mueca en la que ésta deviene tantas veces. No dejó de hacerlo, mientras echó a andar camino del restaurante, seguido de sus dos subordinados a quienes, dadas las circunstancias, había decidido invitar a comer con él.

Seguía sonriendo de la misma guisa cuando salió del edificio de la policía.

Ni se le había ocurrido avisar a Salvador de que, ausentada Eulogia, no iría a comer a casa. En realidad nunca o casi nunca solía avisarlo de nada. Además, desde el accidente aéreo del día anterior, aún no lo había visto delante de él y tampoco nada le había podido decir al respecto. Y eso sí que lo hubiera hecho tan a gusto.

Al salir de comisaría, había dejado de llover y los dos hombres caminaron utilizando sus paraguas a modo de bastones. Casi al unísono, sin acuerdo previo, les imprimieron a ambos un balance pendular que avisaba de su inesperada conversión en circular en cualquier momento. Andrea, por su parte, caminando detrás de ellos, había introducido la empuñadura del suyo por la parte de atrás del cuello de su chubasquero, como habían hecho siempre los paisanos de la tierra. Entendía que era muy «*enxebre*»; es decir, muy propio e incluso se diría que castizo; amén de cómodo, naturalmente.

Los tres caminaban contra el viento. Andrea iba intentando encender un cigarrillo. La imagen que ofrecía a no pocos de los que la contemplaban se les antojaba ambigua, probablemente a causa de sus propios prejuicios y no de la realidad que pretendían deducir de aquel hecho que no dudarían en calificar de insólito. ¡Una mujer con el paraguas así echado a su espalda!

El comisario quería que le contasen, sino a los postres, sí a lo largo de la comida,

del modo más pormenorizado posible, aquella conversación que los había llevado hasta su despacho no sabía, aún, sí presos de un nerviosismo aparente, sí a fin de demostrar una diligencia y una actividad que no les sospechaba, o por el contrario, sí de lo que se trataba era de fingir la oculta serenidad que recabase la atención de su jefe hacia un aspecto importante que él aún no habría logrado deducir, como si a Salorio esto pudiese importarle lo más mínimo.

Apenas abandonadas las dependencias policiales, el comisario jefe divisó a dos periodistas de *El Correo Gallego* que apenas iniciaban el descenso de la cuesta de bajada que los conduciría al San Clemente.

—Hagamos lo que debería hacer Andrea para encender su cigarrillo: démonos la vuelta —dijo convencido.

Eso hizo, girando ciento ochenta grados, en el justo momento en el que su paraguas describía una trayectoria circular completa.

—¡Coño, jefe, mida bien que por poco me arrea un paraguazo! —clamó Andrea dando un salto para apartarse de la trayectoria que intuyó homicida.

Andrés ni le hizo caso. Estaba considerando que, en razón de sus habilidades y conocidos sus gustos, debiera darse por hecho que sí la policía no es tonta la prensa tampoco lo es, por lo que la barra del restaurante estaría ocupada, en apariencia de modo enteramente casual, por unos cuantos representantes de lo que en tiempos se llamó la canallesca tribu de las tres «des»; es decir por dipsómanos, disolutos y desgraciados reporteros.

Según entendió, en ese momento de ausencia de lluvia y breve aparición de la luz solar, estarían dispuestos todos ellos a obtener una información que ignoraban que pudiese obrar ya en poder de sus directores, ávidos de ella y con ella racionalmente satisfechos. Desconocían también el muy importante extremo de que ésa, justo ésa, sería la única que el comisario no estaría interesado en ofrecerles.

Al verlos, Andrés Salorio, seguido por sus subordinados, dio la media vuelta que se dijo. No tenía mayor interés en repetir lo ya filtrado. Andrea, ya repuesta, fumaba entonces su pitillo y ahora al lado de Diego Deza, que se había retrasado, caminaba tres pasos por detrás del ensimismado comisario.

Andrés continuó por la Ruela de Entrecercas arriba, pasó por delante del portal de la casa en la que Sofía Esteiro había sido asesinada y dobló a la izquierda al llegar a la Rúa do Franco. Siguió caminando, sin decir palabra, y la recorrió entera. Cuando pasó por delante del Pazo de Fonseca ya sentía los pies húmedos gracias al agua de la lluvia que de nuevo había comenzado a caer. Era desagradable notar cómo se le colaba el agua por la costura de sus zapatos tipo mocasín.

Al llegar a la plaza del Obradoiro ya iba flanqueado por Andrea Arnoia y Diego Deza, que al fin se habían decidido a ponerse a su altura, después de mucho dudar si hacerlo o sí seguir respetando el ensimismamiento en el que su jefe se había sumido y ellos conocían tan bien.

Hasta ese momento los tres habían caminado en absoluto silencio. Los dos

subordinados ya estaban habituados a las extravagancias del comisario. Por eso, cuando vieron que éste se metía en el portal del rectorado de la universidad, se descalzaba el pie derecho y se palpaba la puntera del calcetín, ni se inmutaron.

—¡Me cago en el Hijo del Trueno y en tanta lluvia como manda! —dijo al comprobar lo mojada que estaba la puntera del escaquin con el que pretendía proteger su pie del frío y el calcetín de la humedad que todo lo impregnaba.

Luego hizo lo mismo con el pie izquierdo y se dijo:

—¡Estaba visto! —antes de echarse de nuevo a andar, ante la mirada aparentemente llena de indiferencia de sus dos subordinados.

Había seguido sonriendo durante todo el camino, manteniendo una actitud que no casaba mucho con la situación que atravesaban. Pero eso tampoco sorprendió a la pareja acompañante. Así que se abstuvieron de preguntar la causa de la sonrisa. Seguramente se trataba de cualquier tontería de las que se le solían ocurrir al jefe.

Hacía ya veinticuatro horas que tenían un cadáver, pero tan desprovisto de pistas que condujesen al esclarecimiento de su asesinato como de ropas que velasen su pudicia. Una sábana realizaba esas funciones. ¿Qué podía motivar entonces la algo aviesa sonrisa de su superior jerárquico?

Salorio había venido recordando los cortes que presentaba el cadáver tan cuidadosamente introducido en la bañera, múltiples y variados, una verdadera zarzuela de heridas inciso-cortantes, realizadas con un bisturí, casi seguro, pues nada hace unos cortes tan perfectos y bien delineados; ni siquiera una navaja barbera. Habían sido realizados con profusión, sí, pero no con mucha maestría y, menos aún, con un aliento estético aceptable. Le intrigaban dos de ellos, realizados sobre las dos fosas iliacas, que recordaban los propios de un violín, tan armónicos eran, tan simétricos y perfectos. El resto de los cortes adolecía de cierta profusión, pero no de desorden apreciable. Guardaban una secuencia que le intrigaba pues desplazaban la pasión e introducían la frialdad.

La habían cortado mucho, pero no bien; como queriendo hacer ver que se habían ensañado con ella, pero era evidente que este ensañamiento, llamémosle voluptuoso, no había existido en absoluto. Eran cortes realizados sin fuerza, sin pasión, incluso se diría que casi sin frialdad, con desidia y sin mucho entusiasmo, con desgana y por ver de despistar. La verdad es que se trataba de un cadáver algo raro. Esa rareza era la que, en un principio, lo había hecho sonreír, aunque él no fuese consciente de ello. La consolidación y permanencia de lo que pronto se convirtió en un rictus tendría ya otra causa originaria.

Lo que hasta ese momento había llamado la atención del comisario era el hecho de que el cuerpo de Sofía no luciese ningún corte en la vulva ni en los pechos, todavía firmes y erguidos, incluso se diría que pletóricos, tanto que le recordaron los de Eulogia. Fue al venirle éstos a la mente cuando empezó la sonrisa que ya no habría de abandonarle hasta el Carretas. ¡Ah, los pechos de Eulogia!

Mientras lo vieron sonreír así, observándolo de reojo, sus ayudantes no se

atreveron a preguntarse absolutamente nada al respecto. Procedentes de él, estaban acostumbrados a cosas todavía más chocantes que la sonrisa de su jefe.

Domingo, 2 de marzo de 2008, 14.20 h.

El restaurante Carretas está en la rúa del mismo nombre. Al olerse la encerrona de la prensa, Andrés se propuso llegar hasta él. Lo hizo dando el rodeo que se dijo para llegar a la Praza do Obradoiro, atravesarla en diagonal, y bajar a continuación la cuesta que conduce a la Rúa das Hortas. Una vez en su comienzo, se desvió a la derecha, justo en la esquina que ésta hace con la iglesia conocida como las de las Cuatro Sotas de la Baraja.

A la iglesia se la conoce popularmente por tal nombre gracias a las alegorías de las cuatro virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza que, en lo alto de su fachada principal, lucen los símbolos que la gente toma como los de los naipes españoles de Don Heraclio Fournier.

—¡Ah, Don Heraclio! —se decía siempre, en voz alta, el comisario cada vez que pasaba por allí y viniese o no viniese a cuento.

Si no el muy ilustre autor de la baraja de cuarenta cartas, sí había sido, tan ilustre prócer, su mayor difusor a lo largo de los tiempos. Distribuidos en grupos de diez, los naipes de Don Heraclio, han hecho más breve el lento caminar por la vida de tanto y tanto ocioso vespertino, solía decirse o comentar Salorio cada vez que se sabía a la sombra de virtudes tantas.

Agrupadas en los palos conocidos como los de copas, espadas, oros y bastos, esas cuarenta cartas, una vez desechadas las que hacen los números ocho y nueve de cada uno de ellos, han servido para jugar a la brisca o al tute subastado, conocido también por el más sonoro nombre de tute cabrón, aquel en el que se arrastra siempre, como es bien sabido, ya que si no serían cuarenta y ocho tal y como a menudo solía recordar el comisario, viniese o no viniese a cuento.

¿Pueden unos pechos motivar una sonrisa como la que todavía exhibía Andrés en su rostro estando al pie de las virtudes cardinales? Sí. Al menos a Andrés Salorio se la producía siempre el primer recuerdo de los de su pareja. Si al profeta Daniel, el del Pórtico de la Gloria, todavía se la producían los rasurados de santa Inés, primer ejemplo de cirugía pétreo-mamaria realizada con fines terapéuticos hacía ya unos cuantos siglos, ¿por qué no habrían de producirse a él tamañas y dulces evocaciones mucho más recientes?

Había conocido a Eulogia en su domicilio madrileño cuando, hacía ya bastantes años, había sido convocado hasta él por dos agentes que reclamaron su ayuda, después de haberlo reconocido entre los ociosos que ocupaban las mesas de una cafetería, cercana al lugar de los hechos, en la que se hallaba, precisa y deliberadamente, jugando al tute subastado. Entonces aún no era comisario.

Los agentes le confesaron más tarde que habían recurrido a él porque no habían sabido qué hacer con aquella rubia, a todas luces teñida, vestida de modo lujoso y llamativo, pero con buen gusto, eso sí, que gritaba como una posesa y razonaba como un científico.

—Tiene una lengua que corta como un bisturí, Salorio —le confió uno de los dos jóvenes, recién salido de la academia de policía y todavía en prácticas, tuteándolo al tiempo de hacer un alarde de confianza del que estuvo a punto de arrepentirse.

No llegó a hacerlo. No hizo falta. Salorio se sonrió entonces, ignorante de que habría de seguir haciéndolo durante mucho tiempo por culpa de aquella mujer que, de lejos y sin haberla visto, ya le había suscitado una fantasía.

—Ya le indicaré yo en qué piedra puede afilarla —se dijo antes de echar a andar hacia el número de la calle que le habían indicado los dos agentes haciéndolo dos pasos por delante de ellos.

Los agentes, según contaron después en comisaría, habían acudido a la llamada del portero de la vivienda, alarmado por el escándalo que se estaba produciendo en uno de los pisos, en el que una joven recién casada había encerrado a su todavía muy flamante esposo, un *bambino* con *mamma* italiana incorporada, después de haber narcotizado a ambos a fin de que disfrutasen de un reposado y tranquilo sueño que le permitiese a ella ausentarse.

Al regreso de lo que se podría llamar su periplo post nupcial en solitario, el mismo pero al revés del que suele dar la abeja reina, se había producido el escándalo. Los bellos durmientes, ellos, tan lindos, o tan bellos, por utilizar sus propias expresiones, ya se habían despertado y esperaban impacientes la reincorporación al trío de aquella mujer disparatada y vengativa que nunca supusieron que pudiese continuar armándola, en vez de darse ya que no por vencida, sí por satisfecha e incluso dispuesta a pedir disculpas.

Fue evidente que se habían equivocado. Cuando le pidieron explicaciones empezó a hacer uso de una hermosa y completa vajilla de Sargadelos de sesenta y nueve piezas. Las fue destrozando, una a una, sabia, lenta, parsimoniosa y meticulosamente, con precisión y puntería inusitadas, estrellándola contra el suelo, pieza a pieza, regodeándose en la suerte de matar, mientras no dejaba de observar la estupefacta mirada de su mamá política y la suplicante de su muy reciente esposo.

—¡Ah! ¿Ya habéis entendido, ah? A mí no me encierra nadie en mi casa. ¡Verga! ¡En mi casa! Y ninguna *mamma* le aplaude la hazaña a su *bambino*, al menos sí está casado conmigo —les gritaba Eulogia mientras seguía rompiendo platos y no por ello dejaba de observarlos de reojo.

Andrés llegó al piso en pleno apogeo del destrozo. A duras penas pudo entender que el marido era un celoso italiano de mierda, que la había dejado encerrada en el piso mientras él se había ausentado en compañía de su *mamma*, suponía que para ir a comprar raviolis; pero que, en todo caso, era la última vez que lo hacía y que hasta allí habían llegado.

—¡Este asunto es una ladilla, pana! —gritaba ella, presa de una irritación incontenible—. ¡Verga! ¡Pero que se habrán creído!

No sin esfuerzo, el entonces subcomisario había conseguido imponer la calma al cabo de múltiples intentos, llenos de paciencia y buen humor. Allí mismo ella empezó a hacerlo sonreír.

No sólo logró imponer calma, en la ocasión señera, el ahora comisario, sino también orden e incluso paz; de modo que de allí no pasó el asunto. Se resolvió en el mismo lugar de los hechos, sin tener que recurrir a tribunal ninguno, al menos de momento, y él pudo olvidarse del tema. Aunque no se olvidó de ella.

Volvió a encontrársela, años más tarde, en la puerta de salida del aeropuerto de Santiago, unos pocos días después de que ella hubiese abortado a su tercer hijo, apenas recién abandonado el juzgado en que acababa de firmar el divorcio de su Beppe, el *bambino* italiano con *mamma* incorporada.

Al día siguiente de encontrarse en Labacolla, ya durmieron juntos en Santiago. Presa de una excitación que Andrés intuyó no sólo erótica, Eulogia lo cabalgó, agitándose como una amazona, mientras de sus pechos, a la sazón rotundos y pletóricos, a fuerza de verse rítmicamente elevados y abatidos, elevados y abatidos, abatidos y elevados, elevados y abatidos, empezaron a dejar manar chorros de una leche tibia que Andrés empezó a perseguir con su boca, de modo desesperado, hasta que consiguió saborearla. Era dulce y tibia, con un retrogusto amargo, se dijo entonces, haciendo un alarde propio de un buen catador de caldos de albariño.

«¡Ah, esta mujer es la leche!», se dijo en medio de libación tan señalada.

En ese momento supo que ya nunca podría olvidarla.

Después dejó que su propio pecho se fuese mojando con el líquido nutricio hasta que, exhaustos ya los dos, se abrazaron de modo que sus cuerpos quedaron impregnados del mismo olor agridulce, de la misma sensación dulzona y pegajosa, húmedos, después de algo que a él se le antojó como un bautizo, un rito iniciático y excepcional, que le daría acceso a una nueva dimensión. La que ahora disfrutaba, precisamente, en el lugar en el que se suponía que terminaba la Vía Láctea.

Pero entonces, al poco tiempo, volvieron a empezar. Ella era multiorgásmica y él aprendió allí mismo a practicar eso que llaman sexo tántrico. El suyo se trató de un aprendizaje totalmente empírico. Nada de teorías, pura práctica. Dicho en lenguaje coloquial y remedando al ahora comisario, aquellos días fueron la leche.

—¡Pana! —le había dicho ella—. ¡Follas divino!

Y desde entonces no se habían vuelto a separar. Recordar el comienzo de su relación, el momento lácteo, aquella imprevista sensación de los enhiestos surtidores de sombra y sueños, el cendal flotante de leve bruma que los envolvió a ambos, el arpa sonora de la voz de ella llenando el vacío, el momento del éxtasis, el párate y óyeme, oh sol, yo te saludo, el instante final, todo ello, tan poéticamente recordado, era lo que lo había hecho sonreír, incluso casi estallar en una carcajada vital que afortunadamente supo reprimir a tiempo, pero ¿cómo explicárselo a aquel par de

lechuguinos? Ni lo entenderían, ni les importaba lo más mínimo. Ellos, a la Vía Láctea, seguro que le llamaban Camino de Santiago; con toda la razón, por otra parte.

Domingo, 2 de marzo de 2008, 14.30 h.

Al llegar al Carretas subieron a su primer piso y entraron en un comedor privado al que daba nombre el título de la novela de un escritor gallego ya fallecido, antiguo cliente de la casa. *Ilustrísima* era el título que daba nombre al pequeño salón en cuyas paredes y anaqueles se exhibían portadas de los libros del finado. Nada más sentarse, sin esperar ni siquiera a los aperitivos, Andrés interrogó a sus subordinados.

—¿Qué pasó, estaba preñada? —les soltó a guisa de primer comentario.

—No —se apresuró a responderle Andrea—. Tampoco había copulado, ni de grado ni por fuerza.

—No me digáis más, se mató y luego se hizo ella los cortes.

—No seas mordaz, jefe, no te va.

—¿Qué me contáis entonces? ¿O preferís que antes acabemos de comer?

—¿Hablas tú o lo hago yo? —preguntó Diego Deza.

—Es lo mismo, habla tú —respondió Andrea Arnoia mientras se disponía a continuar haciéndolo ella, cosa que efectivamente sucedió. Contó cómo Clara, después de describir una vez más a la fallecida en términos que no se dirían piadosos, les había dicho que hacía unas semanas, no sabría determinar cuántas, había oído cómo Sofía le pedía por teléfono a su novio Adrián que intercediese ante su tío, deán del cabildo catedralicio, para que le dijese quiénes eran los tres eclesiásticos poseedores de las tres últimas llaves que permiten abrir el sarcófago en el que se guardan los restos del apóstol Santiago, junto con los de dos de sus discípulos.

Salorio prestó atención extrema. Los huesos del santo aparecían de nuevo bailando una danza que empezaba a antojársele algo macabra. La entrada de un camarero, armado de bloc, bolígrafo y la evidencia de querer tomar nota de lo que el extraño grupo había decidido almorzar, rompió el relato apenas iniciado.

El comisario volvió a pedir lamprea.

—Hay que aprovechar antes de que cante el cuco, se caliente el agua, desoven y se vayan. Después, no hay y el año se hace largo hasta que vuelvan —dijo para justificarse pero, al ver que no le hacían ni caso, volvió a preocuparse de lo que los convocaba y le iba a él mismo acababa de establecer.

—A mí tráigame unas ostras, para empezar; después dígame a Manolo que me prepare un steak tartare, con whisky, por favor —pidió Diego.

—Eso, eso —atajó Salorio—, tráigame otra docenita y media para mí. Y una botellita de Terras Gauda para que puedan nadar. Pero siga trayéndonos vino de Amandi para la lamprea, o Barrantes, lo que quiera.

Andrea, por su parte, pidió cigalas y rodaballo a la plancha y el camarero pudo

irse dando su primera misión por terminada.

—¿Qué hicisteis? —preguntó el comisario jefe tan pronto como el camarero cerró por fin la puerta del reservado.

—Intentar hablar con el novio de la víctima —respondió Diego, haciéndose por fin con la palabra.

—Sí, pero no conseguimos encontrarlo —añadió Andrea, retomando lo que ya consideraba suyo; es decir, el hilo narrativo.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Salorio.

—Pues hablar con el señor deán. Nos dijo que su sobrino se había ausentado, marchándose a la aldea familiar, hasta el momento en que la devolución del cadáver por el forense le permitiese velarlo en la debida forma. Qué había querido regresar para ponerse a nuestra disposición, pero que él se lo había impedido. Entonces le preguntamos si Adrián le había hablado algo acerca de los huesos del apóstol.

—¿Y?

—Y sí. Le había hablado. Pero a partir de ahí, el que prefirió no seguir hablando fue él. Nos dijo que las cosas de la Iglesia requerían mucha prudencia y discreción y que no diría nada hasta hablar con un fraile franciscano, de vocación tardía, abogado en todos los asuntos jurídicos de la mitra Compostelana y también a todas luces asesor en todo lo que se refiriese a ello. Fray Hormaechea es su nombre; vasco, pues, o así.

—¿Llevará *txapela* tapándole la tonsura? —comentó sarcástico el comisario.

—Claro, es funda... mental —recordó el inspector jefe queriendo parecer gracioso y olvidándose de que sí lo que vas a decir no mejora el silencio que vas a romper lo mejor es que te lo guardes.

El comisario no le vio la gracia y continuó como si no lo hubiese oído.

En ese momento entró de nuevo el camarero portando la bandeja con los entrantes.

—¿Y qué hicisteis vosotros? —volvió a preguntar el comisario cuando volvieron a quedar solos.

—Con sumo cuidado, fuimos derivando hacia los conocimientos que la propia doctora Esteiro podría tener a este respecto —respondió Deza.

—Pero el señor canónigo sonrió con dulzura y se ausentó como... una bala... —cerró Andrea el ciclo—. Así que después decidimos seguir investigando —continuó la inspectora, pero lo hizo tan sólo por volver a ser ella quien dijese la última palabra.

En ese momento, cuando ésta se llevaba a la boca una cola de cigala, volvió a sonar el teléfono móvil del comisario.

—¡Dios, qué cruz! —exclamó Salorio sin poder contenerse.

Era de nuevo el delegado del gobierno que, prudentemente, empezó preguntando por cómo iban las investigaciones sobre el asesinato de la doctora, pero que a continuación algo debió volver a decir respecto del accidente aéreo de la víspera porque, los dos policías, pudieron comprobar cómo su jefe mostraba en su rostro una

expresión algo crispada al tiempo que dejaba que se extraviase su mirada.

—Eso también está ya controlado, no se preocupe, hombre, déjenos hacer que estamos muy ocupados —le oyeron decir antes de ver cómo colgaba y desviaba la vista hacia su plato todavía ocupado con más ostras sin comer de las que le aconsejaba su voracidad ansiosa—. ¡Se me estaban enfriando, joder! —exclamó a modo de la que pretendió una explicación llena de ironía—. ¿En dónde habíamos quedado?

Habían quedado en que más tarde habían abordado al doctor Carreira, procurando hacerse los encontradizos con él. Lo habían notado muy nervioso. También muy moreno, como acabado de salir de una sesión de rayos UVA, algo de lo que lo creían muy capaz, advirtió Andrea, la del puño del paraguas colgando de la nuca.

Fue ella la que informó —mientras Salorio se aplicaba con las ostras, de una en una, alternando con traguitos del vino blanco y frutal que había pedido para acompañarlas— de que habían iniciado la conversación a partir de los primeros resultados que empezaban a conocerse una vez realizada la autopsia. Pero el doctor también los había esquivado. Lo hizo con buenos pero muy firmes modos y el anuncio de que, sí tuviese algo que comentar, lo haría directamente con el juez o, como mucho, en virtud de la amistad que los unía, con el propio comisario jefe, concluyó de nuevo Andrea.

—Pues sí que hemos avanzado —respondió el comisario y se aplicó en deglutir, saboreándola, la última de sus ostras.

Diego Deza ya había dado cuenta de las suyas, en silencio, limitándose a mover la cabeza asertivamente cada vez que Andrea hacía un comentario. Ahora sonrió al ver que el camarero traía los útiles propios de la elaboración del steak tartare. Significaba que el dueño vendría a preparárselo. Realmente era un artista. Emigrado en Zurich durante muchos años, había enseñado a hacerlo a todos cuantos trabajaran en la cadena Movèpick y conseguido hacerse famoso en toda Suiza como el que mejor lo preparaba en los cuatro cantones. Sería un lujo que se lo preparase él personalmente, pues sólo lo hacía para los clientes especiales.

Manolo entró, saludó y sin más preámbulos se dispuso a su trabajo. Cesó la conversación profesional y fue sustituida por otra más prosaica acerca de la conveniencia de preparar el plato de carne cruda con whisky o con coñac, sin que ello impidiese a Manolo seguir moviendo sus manos con maestría.

Cuando culminó su preparación y se despidió de los comensales, Salorio se ocupaba ya en el despiece de la cola de la lamprea que le habían servido cuidadosamente cocinada en su propia sangre o, dicho por lo fino, a la bordelesa.

El resto de la comida discurrió por los mismos derroteros ya recorridos, como pretendiendo memorizar las enseñanzas recibidas a fuerza de repetirlas, pero sin añadir nada que le pudiese suscitar mayor idea de la que ya se había formado. Terminados los cafés, apuradas las copas, Andrés se despidió de sus subordinados.

—La próxima vez invitáis vosotros. Me voy a casa a trabajar un poco —les dijo,

antes de subirse al coche que había solicitado por teléfono, cuando empezaron los cafés y se sirvió el primer chupito.

Había vuelto a llover. Tan pronto como el comisario cerró la puerta del vehículo oficial que había llamado para que acudiese a recogerlo, dio la impresión de que había dejado de hacerlo.

—No tengo ganas de mojarme —se había justificado con una sonrisa, nada más subir a él.

Andrea se atrevió a responderle mientras agitaba una mano en señal de despedida y gobernaba el paraguas con la otra.

—Como no sea en El Gato Negro, lo que es aquí te va a invitar la caraqueña, cacho cabronazo —dijo entonces en medio de una hermosa sonrisa que tenía ya muy ensayada. Pero él ya no había podido oírla, lo que era algo evidentemente previsto por la sagaz inspectora.

Compostela, domingo, 2 de marzo de 2008, 22 h.

Andrés Salorio se pasó toda la tarde del domingo sin dejar de ver fútbol en el televisor pero, la mayor parte del tiempo, la consumió con el auricular del teléfono pegado a su oreja izquierda, mientras tomaba notas sobre las páginas de una libreta. Lo conseguía, en difícil equilibrio, apoyando sobre ella el canto de su mano derecha impidiendo así que se deslizase por la superficie de la bandeja sobre la que la había posado.

La casa se le antojaba vacía y triste sin la presencia de Eulogia. También Salvador había hecho mutis por el foro, desapareciendo sin dejar noticia alguna de su ausencia. Estaba en completa soledad. Eulogia solía llenarla por completo, no sólo con su presencia sino incluso con sus voces, siempre subidas de tono, lo mismo que sus ademanes y gesticulaciones caribeñas, que tanto hacían sonreír al comisario produciéndole la sensación de que vivía dentro de un culebrón de los muchos que emiten en la tele, una vez pasada la hora de comer e incluso también por la mañana, reales como la vida misma. Esa realidad era la que Eulogia significaba para él, la vida misma, en su manifestación más elemental y primigenia.

Sin embargo, aquella tarde del primer domingo de marzo no se puede decir que la extrañase sobremanera. Más adelante recordaría, en cambio, con algo más que la sensación triste de la ausencia de Eulogia, las conversaciones telefónicas mantenidas a lo largo de la tarde, principalmente una de ellas, y también que aquel domingo, el Real Madrid se había impuesto al Recreativo de Huelva por tres goles a dos. Gracias a esa victoria se había situado cinco puntos por encima del Barcelona, derrotado a su vez por cuatro a dos ante el Atlético de Madrid, por lo que parecía encaminarse por fin a la conquista del título de Liga, algo que a él no le satisfacía en exceso.

El Deportivo, por su parte, había sucumbido frente al Villarreal por dos a cero y el Liverpool, por la suya, superado por tres a uno al Bolton. Al Liverpool le mantenía cierta ley por aquello de ser la patria de los Beatles pero, a fuer de ser sincero, el fútbol le importaba tres carajos. Si lo seguía era para poder mantener conversaciones con sus subordinados, una vez llegada la hora del café, a media mañana; es decir, tampoco era aficionado al fútbol.

Recordaría los pormenores que se citan, eso sí, pero lo haría sin motivo aparente alguno quizá porque se quedaron grabados en su mente en momentos en los que decidió no prestar excesiva atención a lo que le estaban repitiendo desde el otro lado de las diferentes líneas telefónicas establecidas a lo largo de la tarde y que oía, pero no escuchaba, llevado de un elemental deber de cortesía.

Para conseguirlo, de modo deliberado, atendió a la información que, en cada una

de esas oportunidades, apareció en pantalla haciendo caso omiso de lo que oía repetir por el auricular. Estaba habituado a que la mayoría de la gente, cada vez que hablaba con él, le repitiese la información tres o cuatro veces en un exceso evidente de empatía, en unos casos, de obsecuencia en otros.

En todo caso, el fútbol no le gustaba. Menos mal que en Compostela no había plaza y no se veía en la obligación de presidir ninguna corrida de toros durante las fiestas del Apóstol.

—Las hubo, sí —sentenciaba cada vez que surgía el tema—. En el siglo XVI se corrían toros en la plaza del Obradoiro.

Todo ello lo había mantenido entretenido. Pero mucho más la redacción apurada de los datos que fue obteniendo, durante la tarde, en varias conversaciones que le permitieron ponerse al tanto de extremos que ignoraba respecto a los restos del Apóstol.

Se veneraban éstos en la cripta de la catedral. Como todos en Santiago, había acudido a ella en más de una ocasión para enseñársela a algún amigo visitante. La novedad obtenida en aquella tarde de domingo, al menos la que más había excitado su curiosidad, había sido un comentario hecho acerca de las tres últimas llaves que daban acceso a la contemplación de los huesos del santo.

Compostela había sido siempre una ciudad muy levítica, también muy profesoral y científica, libresca, amén de empinada y lluviosa. Eso continuaba siéndolo. Pero desde que se había procedido a la formulación autonómica del nuevamente llamado Reino de España, había pasado a ser también una ciudad deuteronómica plagada, amén de por académicos y científicos de las más diversas ramas del saber, por miles de funcionarios administrativos de toda laya, índole y condición cuya mejor y más activa hora matutina era la del café de media mañana; es decir, una ciudad opresiva en la que todo llega a saberse.

Fue un colega del doctor Somoza quien lo puso al día respecto de los huesos del Santo Apóstol, el doctor Tomé Carreira, director de la tesis de Sofía Esteiro, el mismo que tanto había ponderado delante de Deza y Arnoia la amistad que los unía. Carreira era un hombre pequeño y dicharachero, simpático, dotado de un admirable don de gentes. Tan sonriente y cortés, tan educado, que se antojaba antiguo. Desempeñaba la cátedra de antropología médica que en demasiadas ocasiones invadía los dominios de la de medicina legal ocupada por Carlos Somoza. Por ello no era de extrañar y sí de admitir la rivalidad existente entre ambos. Además, Somoza y él también cazaban en el mismo territorio.

De Tomé Carreira se afirmaba que era de desconocimiento general sí se trataba de un médico con veleidades arqueológicas o de un arqueólogo que practicaba la medicina y la enseñaba para poder sufragarse las vacaciones empleadas, siempre, desde hacía ya muchos años, en las excavaciones arqueológicas que lo mantenían activo y constante cuando ya afrontaba la séptima década de sus años. A ellas solían acudir más becarias que becarios.

—Son más pulcras, laboriosas y eficaces —solía argumentar él cuando alguien le hacía notar tal circunstancia.

Fue Carreira quien le contó a Salorio, durante aquella lluviosa tarde de domingo, cómo los restos descubiertos por el obispo de Iria Flavia, Teodomiro era su nombre, habían sido escondidos, a comienzos del siglo XIX, durante la llegada de las tropas napoleónicas. Desde entonces, durante siete décadas, habían permanecido ocultos sin que nadie pudiese informar acerca del lugar en el que habían sido depositados para evitar su profanación o su robo por el molesto e impío invasor gabacho.

Llegado el año 1879, le comentó Carreira, rebosante de erudición y datos, en tiempos del cardenal-arzobispo Miguel Payá, los restos de Santiago y los de los dos discípulos que acompañaron su cuerpo hasta Padrón reaparecieron. Lo hicieron casi como por ensalmo. Los encontró López Ferreiro, un santo y un hombre de fe, de mucha fe, a la par que clérigo o historiador; quizás historiador y clérigo.

Habían llegado hacía casi mil novecientos años a bordo de un barco mineralero; es decir, a bordo de un barco de la piedra, que no de piedra, como reza la tradición; a bordo de un barco que transportaba el mineral, oro y estaño, que venía a buscar a las que se suponían que habían sido las islas Casitéridas, según precisó Carreira.

—Una vez llegado ese año, los huesos del santo volvieron a ser descubiertos —enfaticó el catedrático—, ítem más —continuó con esa media sonrisa que incluso se percibe cuando se habla por teléfono—. Iria Flavia no es una invención de Camilo José Cela, como algunos temen, sino que realmente existe. Por allí pasaron en la lejana fecha. Ya sabes, querido comisario, que esta tierra es pródiga en topónimos excelsos, Extramundi, uno más de ellos. Y ahora continúo —dijo sin que viniera muy a cuento.

—¿Pero no habían sido redescubiertos ya antes? —preguntó el comisario como quien no quisiera la cosa, sin intentar aparentar que sabía más de lo que preguntaba.

—¡Ah, sí, claro! —respondió Carreira—, Juan Sanclemente, el arzobispo que da nombre al restaurante de tus comilonas, ya los había escondido en 1589, cuando Drake vino a vengar la afrenta de la Armada Invencible y se temió que pudiese llegar a Compostela. Lo evitó María Pita, ¿recuerdas? —informó el galeno buscando una complicidad ante la que sólo obtuvo silencio como respuesta.

Y efectivamente así lo hizo, el inefable doctor experto en antropología médica siguió hablando. Solía ser imparable una vez puesto a hablar de lo que fuese.

—En esta segunda oportunidad, quizá tercera..., porque cuando fray Ambrosio de Morales vino en tiempos de Felipe II..., pero en fin, ésa es ya otra historia que ahora no hace al caso... —el muy erudito estuvo en un tris de introducir una nueva digresión en su discurso.

Siempre hablaba así, discurseando. Era muy dado a ello. Pero en esta ocasión, el hecho de ver que se aventuraría en otra más que posible regresión impacientó tanto al comisario que Carreira pudo oír, a través del teléfono, el resoplido, más que el suspiro, con el que bufó el policía. Por eso regresó de inmediato al relato que una vez

más había estado a punto de interrumpir.

—En fin, que con el único objeto de que certificarasen su autenticidad el señor cardenal mandó que se constituyese una comisión formada por personas significadas de la vida científica y religiosa de la Compostela de entonces.

Ahora Carreira se paró para coger aliento.

—Te ahorraré la nómina de los eclesiásticos y te daré resumida la de los científicos para que te hagas una idea. El profesor Casares, químico, decano de su facultad y rector de la universidad, fue uno de ellos. Otro fue el doctor Sánchez Freire, patólogo, y otro más don Francisco Freire, profesor de anatomía. Entre los tres, contando también y lógicamente con los demás, pero fundamentalmente ellos tres, decidieron lo único que se podía decidir. Estudiaron el contenido óseo del sepulcro de reducción; es decir, del osario en el que descansaban, dentro de lo posible, claro está, los restos de los tres esqueletos y decidieron a quién pertenecían...

Era indudable que Carreira, amén de un hombre de gran precisión en el lenguaje, era también un hombre de fe, de fe católica, apostólica y romana. Salorio se prometió seguir consultando fuentes, pero sin evitar por ello que de la que estaba abierta siguiese manando información.

—La existencia de los tres menguados esqueletos —continuó el doctor Carreira, refiriéndose sin duda a la escasez de los huesos encontrados, pero también a su exiguo tamaño— concordaba con la línea tradicional que afirmó siempre que Santiago había sido enterrado en compañía de sus discípulos Teodoro y Anastasio. Una vez decidido y certificado que el conjunto de los restos habían formado parte y sostén de la estructura corporal de los tres discípulos de Cristo, fueron guardados en tres frascos. Los que se ocultan y protegen en la urna. Las llaves que permiten acceder a ellos son varias y están distribuidas secreta y convenientemente, pero no es esa información que yo pueda prestarle al señor comisario jefe. ¿Me entiendes, Andresiño?

Andresiño sí que lo entendía. Claro que lo entendía. Para eso había estado resumiendo los datos que le iba facilitando y que ya había empezado a procesar.

Según Carreira había estado hablando, el comisario, de la forma que se dijo, había ido tomando nota de los datos que le proporcionaba; a la vez que de las consecuencias inmediatas que obtenía de la información así facilitada. Se reducían a tres y se completaban con una afirmación a modo de corolario.

La primera que, sí cabían en tres frascos, no eran muchos los huesos encontrados.

La segunda, que no podían ser muy grandes, sí esos frascos cabían en una urna de dimensiones que se dirían reducidas.

La tercera, que sí se trataba de fragmentos óseos tan pequeños, en principio, no debían de ser de gran utilidad.

El corolario, por último, era que al menos en principio nada malo se podría derivar de que Sofía hubiese pretendido hurgar en ellos..., desde el punto de vista científico y a la luz de los avances habidos al respecto desde 1885.

Nada nuevo podría aportar a lo ya sabido y que la discreción habitual de la Santa Madre Iglesia silenciaba desde entonces a fin de no enturbiar la fe de los creyentes.

Mientras Salorio se perdía en divagaciones de este tipo, Carreira proseguía imparable su discurso.

—En tal año, unos cuantos después del redescubrimiento de los huesos, fue la última ocasión en la que fue abierta la urna de forma oficial. Sucedió como consecuencia de la no del todo feliz ocasión de recubrirla con la de plata que en la actualidad la oculta ya que, en su parte posterior, está aún sin terminar. No había dado para más la oportuna suscripción popular, es decir, se le habían acabado los dineros al cabildo y quedó a medio vestir sino el santo apóstol, sí la urna que al parecer lo protege de la indiscreta mirada de los fieles cuyos óbolos siguen en la espera de ser recibidos por la Santa Madre Iglesia, institución cuya manifiesta austeridad le impide afrontar por sí sola los gastos derivados de la culminación de aquella lujosa y plateada orfebrería trabajada por el obradoiro de Losada.

Cuando Salorio, al final de la conversación, le leyó sus notas al antropólogo médico compostelano volvió a sentir cómo éste se sonreía al otro lado del teléfono. En esta oportunidad nada le había dicho de la bula papal *Deus Omnipotens* por la que León XIII había declarado la autenticidad de los restos basándose en el hecho de que de los tres conjuntos de huesos, al segundo de ellos le falta un trocito, exactamente el mismo que el arzobispo Xelmirez envió a Italia, en su momento, a la ciudad de Pistoia, en el siglo XII.

Tampoco había hecho alusión alguna a que en todas aquellas iglesias en las que existe una imagen sedente del Apóstol se da por cierto que en ella yacen restos de su cuerpo, demasiados, demasiado esparcidos, demasiado abundantes.

Ahora fue Salorio quien se sonrió, recordando el cráneo de san Juan niño, que se guarda, según también creyó recordar, en la catedral veneciana de San Marcos.

Capítulo Cuarto

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 12.30 h.

Antes de llegar a la iglesia en la que se celebraron las exequias, Andrés Salorio ya era conocedor, de modo oficial, de que alguien había manipulado el ordenador de la difunta de tal manera que lo había inhabilitado.

Según la opinión emitida por el informático de comisaría, la inhabilitación —el estropicio, prefería pensar el comisario— gozaba de la condición de permanente. Dicho con carácter más litúrgico, de la condición de poder mantenerse así, *per saecula saeculorum*, a no ser que personal muy capacitado, del que no había ejemplos en Galicia, al menos para hacerlo con la urgencia necesaria, se atreviese a intentar recuperar del disco duro todo lo que había sido sepultado en él.

El informático se había excedido en todo tipo de consideraciones, quizá de un modo en exceso improcedente. ¿Quién podría haber sido, aparte de la propia interesada? ¿El asesino? ¿Clara, quizá? ¿Sería tan importante lo que contenía como para que su propietaria se sometiese a la respuesta del cuestionario cada vez que quisiese acceder al escritorio? ¿Sería tan importante como para que su contenido constituyese el móvil del asesinato? No parecía que el crimen fuese pasional, así que algo estaba sucediendo que parecía no poder ser controlado.

Esta última posibilidad no se la creía el comisario, para eso estaban las *password*, se dijo, forzando mentalmente la pronunciación, engañándose a sí mismo de nuevo al fingir saber más inglés del que en realidad sabía.

Constatar tal circunstancia lo irritaba y pensar que se podría haber evitado la pérdida de lo contenido en todo el escritorio lo sacaba de sus casillas. Por eso la bronca vertida sobre Diego Deza y Andrea Arnoia, que no habían precintado o retirado el ordenador en su momento, había sido de las que merecen ser reflejadas en el informe preceptivo. Pero él sabía que nunca lo haría así. No era de esa pasta. Simplemente, una vez más, había pasado mala noche.

Para que todo sucediese de ese modo había ayudado la última reacción de Eulogia, que lo tenía sumido en una permanente sensación de fracaso. Sin embargo, una vez llegado a la iglesia de los franciscanos, debido quizás a la presencia de la figura del fraile de Asís en compañía del hermano lobo, esculpidos ambos por Asorey, ya estaba más sereno.

El funeral por el eterno descanso del alma de Sofía constituyó lo que los periodistas necrológicos suelen calificar de sentida manifestación de duelo. A pesar de la hora de su inicio, la no muy usual de las doce del mediodía, fue todo un acontecimiento que, por lo nutrido de la asistencia, despertó la curiosidad de no pocos ciudadanos. Incluso grupos heterogéneos de peregrinos ociosos, ávidos de conocer

las costumbres del lugar, lo contemplaron desde lejos. Les atrajo magnéticamente ese exotismo, al que el indígena suele permanecer ajeno, que siempre alerta la atención del observador foráneo.

El espectáculo de la muerte suele atraer a unos y a otros. Quizá porque la muerte sea una mujer alta y hermosa a la que le falta el corazón. Al menos para los salvajes, según escribió Chateaubriand, sucede así. Para nosotros, no. No es ni alta, ni hermosa. Para nosotros es un esqueleto, armado de guadaña, cubierto por un sudario tras el que asoma una sonrisa amarga. Hay quien le llama La Dama Blanca, pero ya son ganas de querer ser cursi.

Por sí una cosa o por sí la otra, no pocos de los asistentes rememoraban la vera efigie de Sofía Esteiro al completo. La imaginaban en la carne mortal que mostró por entero en la bañera, según la prensa se encargó de divulgar para que aun los menos imaginativos se esforzasen en recordarla, lozana y fresca, con aquel punto gélido que la había hecho tan irresistible para todo varón que se la hubiese tropezado en cualquier rúa de la vieja Compostela.

Comenzados los oficios fúnebres, esos mismos asistentes al funeral en sufragio de un alma que todos ellos querían suponer pecadora se afanarían en alejarla de sus mentes. Pero no serían capaces de reprimir el doble impulso de conseguirlo, frente al de seguir imaginándosela, en una actitud que cabe considerar impropia de un lugar sagrado. Sin embargo, también habría quien se esforzase en alojarla para siempre en su cerebro a fin de disfrutarla en las horas de infortunio o soledad. Tanto es lo que la belleza, aunque sea fría, alegra el corazón humano.

Ahora, más que en maldecir la ineptitud de sus subordinados, Salorio se ocupaba en observar los rostros de quienes iban accediendo al interior de la iglesia conventual de San Francisco, al parecer fundada en origen por el propio santo. Una iglesia lo suficientemente cómoda y amplia como para acoger en ella los funerales de mayor enjundia ciudadana de los celebrados en la capital gallega.

El señor comisario jefe, aunque sereno, estaba de muy mal humor. La reciente espantada de Eulogia, sumada a la repercusión en la prensa del caso que aún no llevaba cuarenta y ocho horas en sus manos, lo mantenía en un tenso estado de vigilia al que no estaba muy acostumbrado. Lo suyo eran sopitas y buen caldo. Una lamprea hoy y una perdiz mañana, como mayores, mejores y nada oscuros objetos de sus deseos; excepción sea hecha de Eulogia.

Semioculto entre el grupo de autoridades asistentes, Andrés Salorio escrutaba las caras de quienes descendían las escaleras que desde la base del monumento, esculpido por Asorey en loor de Francisco de Asís, conducen a la entrada del templo. Las había de todo tipo, incluso satisfechas, según pudo deducir.

Le llamó la atención el inusual número de canónigos capitulares de la catedral Compostelana que acudían al funeral. Venían todos vestidos de sotana, luciendo la cruz pectoral de Santiago, rojo sangre sobre negro, aunque sin tocar sus cabezas de teja o bonete como, ya puestos, estaría indicado.

Lamentablemente venían sin manteo. Salorio hubiera dado algo por ver de nuevo a un cura revestido con uno de ellos. Con manteo y paraguas. Embozado en aquél, protegiéndose con éste de la lluvia. Igual que en aquellas pequeñas tallas de madera que tanto se vendieron como recuerdo de Compostela: un cura bajo un paraguas, inclinado para vencer la fuerza del viento y de la lluvia y debajo, grabada en letras algo toscas, la leyenda. «Chove en Santiago». En el fondo Andrés Salorio era un sentimental.

Al señor comisario, no pocas de las sotanas le parecieron de seda. Seguramente lo eran. Las prendas talaes, que cimbreaban con parsimonia y revoloteo de pliegues terminales, se le antojaron recobradas de algún lugar muy lejano de su memoria.

Creyó oír el frufrú de la seda al rozarse consigo misma y pensó que tal percepción se debería al hecho de no haber visto tal cantidad de sotanas reunidas desde hacía quizá demasiados años. El hecho le pareció digno de ser tenido en cuenta y lo anotó en su mente. Ocho canónigos titulares y un deán, los nueve vestidos con sotana. Algo debería querer decir. Realmente el espectáculo resultaba insólito.

También le sorprendió la solicitud que algunos eminentes ciudadanos dispensaban al canónigo responsable del tribunal de la Rota en la archidiócesis Compostelana, tratándolo con una cierta complicidad y una evidente obsecuencia que le hicieron sonreír y adivinar pesares.

La aparición del más reciente y contestado de todos los canónigos, un capricho del anterior ocupante de la sede, acompañado de la bibliotecaria de la universidad, Aída Pena, reclamó toda su atención y lo sumió en tal perplejidad que deseó poder escabullirse. Con ellos venía Salvador, el hijo de Eulogia.

Se le hacía duro pensar en saludar a la devota feligresa, tan perjudicada por la reciente hazaña aeronáutica de, cómo llamarlo, ¿su propio hijastro?, como el hecho de verla acompañada por el mismísimo y aéreo navegador de helicópteros a escala que la había puesto en ridículo no hacía suficientes horas como para haber enterrado el jocosos episodio en el olvido. Se preguntó en qué términos hacerlo, al verla acompañada del hijo de Eulogia, por un lado, y del canónigo penitenciario, por el otro. ¿Saludarla?, se preguntó sabiendo ya la respuesta idónea: Mejor y directamente eludir a ambos. Eso fue lo que hizo. Ignorarlos.

El suceso, la gamberrada, prefería llamarla él, había tenido tanta repercusión que había sido objeto de comentarios en más de un periódico, por más de un afamado columnista y también motivo principal de algún que otro dibujo satírico que, posteriormente, habría de ser clavado con chinchetas en los tablones de anuncios universitarios, aquella misma mañana, al inicio de las clases.

En ambos casos, más que al causante del drama, a quien dejaban en evidencia era a Aída Pena.

Dicho con mucha menos discreción, los dibujos más sencillos la dejaban con el culo al aire o, por expresarlo con mayor exactitud, con las bragas al aire. A ella, a su fe, incluso a sus hábitos y costumbres, entendiendo por aquéllos los propios de la

Institución Teresiana a la que tanto se honraba en pertenecer y, por éstos, los recatados procederes a los que tan habituados tenía al personal y sería ocioso reproducir ahora.

Pero los más duros dibujos de las viñetas periodísticas también reproducían al reverendo canónigo penitencial. En uno de ellos aparecía éste, vestido con sotana, gorro legionario, cananas cruzadas sobre el pecho, largas patillas y clara actitud de defensa del violado pudor de la bibliófila. Se ofrecía, esta vera efigie del cura que había sido coronel de la Legión, con los brazos en jarras, el pecho hinchado, proyectado hacia delante el esternón, hasta romper los primeros botones de la vestidura talar, en una más que arrogante, desafiante actitud, mientras veía descender de las alturas a la infausta dama, montada en una escoba, con aspas y aspecto de helicóptero que, desde lo alto de una duna, era pilotado por un mando a distancia gobernado por un engendro que exhibía la cara del gamberro, tocado con fez de legionario, sobre el cuerpo de un mono saltimbanqui. Eso en un dibujo.

En otro aparecían los dos amartelados, él enseñando el pecho, ella las bragas, el borde de su falda prendido en uno de los cuernos de la famosa cabra de la Legión, que hacía guardia al pie de la jaima saharauí en la que la pareja se disponía a entrar. Una cabra que, inútil advertirlo, lucía la cara de Salvador y fumaba algo que no costaba adivinar que fuese un canuto de hachís.

Había más, claro. En otro el reverendo disparaba a discreción con una ametralladora sobre un helicóptero mientras la bibliotecaria, disfrazada de hurí, bailaba la danza de los siete velos. Ahora aparecían los tres juntos y los fotógrafos comenzaban a acercarse a ellos.

Andrés Salorio, como ya se dijo, decidió que no era el mejor momento de cruzarse en su camino y del modo más discreto que pudo miró hacia otro lado. La proximidad de un diputado le sugirió la idea de saludarlo con una efusividad que incluso dejó sorprendido al saludado y eso fue lo que hizo. Lo saludó con efusividad, sí; pero sin nerviosismo, al menos aparente.

Mientras dejaba al recién saludado con un palmo de narices, haciéndose preguntas que difícilmente tendrían una respuesta que lo dejaran satisfecho, aclarándole el porqué de saludo tan efusivo como breve, Andrés Salorio recordó que el canónigo flanqueado por Aída Pena y Salvador Alen Andrade tampoco era tenido por simpático. Antiguo coronel de un tabor de regulares de la Legión Española, había profesado en religión ya en su madurez, una vez que hubo enviudado. Su consagración sacerdotal fue llevada a cabo con gran contento de sus hijos, que mucho lo animaron partiendo de la consideración, a todas luces sabia, del precepto ideológico que aconseja ser «mitad fraile, mitad soldado» como paradigma de la virilidad bien entendida.

—¡Es lo tuyo, papá, no lo dudes! —lo animaron sus vástagos, llenos de un entusiasmo que, contra toda lógica, no le resultó sospechoso al futuro misacantano.

Para cada uno de ellos significaba dejar de vivir, en cada uno de sus respectivos

hogares, en cada oportunidad en la que su progenitor los visitaba, en medio de la perenne duda de en qué éstos se habían convertido, desde su llegada y hasta su partida, sí en cuarteles o en conventos. Quizás en los dos, según los días. O las horas.

Con tanta vehemencia se entregaba a la implantación de tal precepto quien había sido el autor de sus días y pretendía ahora seguir siendo el castrante padre que nunca había dejado de ser a costa de dictar unas normas que ya poco tenían que ver con ellos. Rosario en familia, diana a las siete de la mañana, no necesariamente floreada, y así seguido. El ahora reverendo había sido prolífico en su momento y eran justo siete los hogares gallegos sumidos en dudas tan existenciales como la que se acaba de poner en evidencia. Pasado el peligro, Andrés Salorio se volvió y, a escasos veinte metros detrás de tan extraño trío, vio llegar al muy desconsolado novio en compañía de la también desolada amiga y compañera de piso. Detrás de ellos, a escasa distancia, casi a su par, caminaba el tío del entristecido novio, el deán de la santa iglesia catedral.

En ese momento la atención general recayó en ellos. Todo el mundo se volvió para contemplarlos y Andrés vio llegada su mejor oportunidad para saludar a la bibliotecaria e interrogar a Salvador acerca de su presencia al lado de pareja tan extraña.

Ellos mismos le facilitaron la labor al hacerse a un lado. En ese momento la atención general cambió de objetivo y se desvió para facilitarle a la concurrencia la mejor observación de lo que un cronista habría de denominar los deudos más allegados, los estrictamente familiares, unos entristecidos padres y tíos, a los que todo el mundo había ignorado y que ahora y con la mayor discreción posible se encaminaban, con decisión digna de un aplauso que no brotó por poco, pues ahora los entierros son así, dispuestos a ir a sentarse en los primeros bancos, en espera del comienzo de aquellas concurridas exequias.

Entonces, aprovechando ese momentáneo desvío de la atención, se acercó Andrés al trío, saludó primero, poniéndose a disposición de la bibliotecaria para todo cuanto estuviese de su mano y, según acabó de manifestarlo así, añadió:

—¿Me permiten un momento?

Y con la misma mano que acababa de ofrecer agarró a Salvador por un codo arrastrándolo tras de él unos cuantos pasos.

—¿Qué coño haces con ellos? —lo interpeló no sin cierta brusquedad.

—He sentido la llamada de Dios —le respondió éste.

—¡Cómo!

—Sí. He sido tocado por su mano.

—¿Por la mano de quién? —casi gritó Salorio.

—Por la de Dios —respondió el hijo de Eulogia.

—¿Cuándo?

—Anteayer, cuando, después de quedar destrozado el helicóptero, regresé a disculparme y vi la reacción de Aída, el consuelo que le deparó el sacerdote santo, un

hombre de Dios, a todas luces. Después él me habló...

«¡Hostia, cómo está éste!», pensó Andrés sin atreverse a expresarlo en voz alta.

—¿Estás fumado? —le preguntó en cambio.

—¡Ahora, no! —le respondió Salvador ufano.

La gente había empezado a reparar en ellos dos y el comisario pensó que era preferible permitir que Salvador se reintegrara a la compañía de aquel carismático hombre de Dios, dejando para mejor momento la conversación apenas iniciada.

—¡Joder! Lo que faltaba —fue lo último que dijo antes de volver a ocuparse en la observación de todo cuanto estaba sucediendo. No tenía nada que decirle a aquel hijo de su madre. Pero en todo caso ya se lo diría tan pronto lo pillase en casa, a solas, sin testigos.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 12.45 h.

Sin duda que el funeral comenzaría con retraso. Aquella multitud que caminaba por delante de él, entre entristecida y curiosa, empezó a parecerle al comisario una procesión de almas en pena y quien más quien menos todos se le antojaron sospechosos. El reverendo ex legionario, por ejemplo, era lo necesariamente integrista como para estar molesto porque una joven tan frívola y tan casquivana como había sido en vida la ahora difunta anduviese removiendo huesos tan sagrados.

A los pocos minutos ya había conseguido enterarse, sin más que saludar a un par de curas, de que, en una reunión del cabildo, el antiguo legionario había dejado caer, de modo que algunos entendieron algo peor que cuartelero, la sospecha de que Sofía hubiese conseguido reunir las tres llaves de la urna en la que se guardaban los santos huesos, aprovechando la innata tendencia hacia la contemplación de la belleza más desnuda de algún alto magistrado capitular. Entonces, nadie le había hecho el menor caso.

Ahora, sí. El tiro había sido certero. Aunque no hubiese sorprendido a nadie en su momento pues, en el cabildo compostelano, a través de los siglos, siempre había existido un canónigo golfante. Era casi una tradición. Por eso, el comentario, aunque resultase molesto e inoportuno, no causó en su oportunidad primera ninguna conmoción. Ahora, sí. Ahora estaba causando lo que podría ser equiparado a una conmoción cuasi telúrica, con fuerza de grado siete de la escala sísmica de Richter y epicentro en la sacristía catedralicia.

En el siglo XVI un canónigo llamado Lorenzo Pereira, del que Conde había dejado constancia en su novela *El Griffon*, había contraído nupcias sin que a nadie le molestase lo más mínimo. Imaginaciones de novelista, dijeron sus amigos. Lo dijeron también de la Orden de Nuestra Señora de la Blanca Espada, compuesta por inquisidores que, desde dentro, luchaban contra la propia Inquisición. Imaginaciones de artista, volvieron a decir, henos de condescendencia y algo sobrados de imaginación. Ningún canónigo había dicho entonces nada.

El malévolos comentario, realizado por el antiguo miembro de la Legión, había circulado con profusión por las tertulias compostelanas sirviendo de comidilla para beatas nunca resignadas, ni a los rigores del climaterio, ni a las restricciones derivadas, cuando no de la edad, sí de la condición y circunstancia de cada una de ellas.

El señor deán, esbelto como la torre Berenguela de la catedral y, como ella, hermoso ejemplar de obra bien hecha, había llegado muy pocos segundos después y detrás del trío que el comisario había roto hacía apenas unos instantes. Ahora,

seguido del dúo formado por su sobrino y Clara Ayán, continuaba avanzando, solo y destacado, luciendo la sonrisa y campechanía en él habituales, pero a todas luces impropias de tan fúnebres circunstancias. ¿Sería él el asesino, se preguntó el comisario, sí era verdad que a él se debía el que Sofía hubiese podido remover los huesos del santo?

El señor deán era airoso como una giralda, elegante y distinguido, venerado por las devotas más rancias de la ciudad, antaño levítica y hogaño deuteronomica, pero mucho más mundana de lo que nunca había sido gracias a la invasión de la nueva clase política.

Esta nueva clase, surgida en el posfranquismo, ocupante ahora de las altas instituciones propias del país, que habían tomado al asalto, en tromba, después de haber desplazado de ellas a sus primeros ocupantes, todavía asistidos de la fe y de la convicción políticas necesarias en la lucha política clandestina, una fe que ellos lógicamente no habían necesitado para nada, esta nueva clase lo había frivolidado todo, hasta las reglas sociales más sencillas, pues un cuarto de siglo no suele transcurrir en vano.

Así, el antiguo protocolo eclesiástico, tan levítico, había sido sustituido por el de la nueva clase dominante, la político-administrativa, deuteronomica, reglamentista, normativista y funcional, de modo que la gente se podía arremolinar incluso dentro de la iglesia para comunicarse sin pudor sus más íntimas sospechas, lo que sin duda benefició en extremo la labor del comisario.

—¿Cuál es la ideología dominante? —se preguntó el antiguo miembro de la brigada político-social, antes de responderse, acto seguido, que la ideología dominante es la de la clase política dominante, y disponerse a escuchar todos los comentarios que brotasen en medio de aquella multitud alborotada que ocupaba los alrededores más próximos del recinto sacro.

Los cientos de políticos, los miles de funcionarios, incluido el millar de ellos que trabajaban en la televisión pública, los actores, los cientos de pertenecientes al claustro universitario que pastoreaban a los treinta mil estudiantes compostelanos, todos conocían al señor deán y todos lo consideraban una figura pública y un exegeta bíblico de renombre internacional.

Ahora, el señor deán descendía, airoso, cómo no, por las escalinatas de la iglesia de San Francisco bajo la mirada atenta del señor comisario jefe de la policía nacional y de la de los más ínclitos representantes de las multitudes citadas en el párrafo anterior. Su sotana, balanceada con elegancia extrema, de babor a estribor y tal que el velamen de una goleta de tres palos, sugería, oculto bajo el murmullo de la multitud, el conocido frufú de seda que tan obsesivo había resultado en los lejanos días de la niñez del comisario. A ojos del policía, se trataba de un excelente sospechoso.

Nadie como él, como don Salustiano Trazos Calvo, para interpretar y analizar toda la simbología oculta en el Pórtico de la Gloria, o la masónica, existente y mucho más patente y manifiesta en la iglesia de San Martín Pinario que la bíblica en la obra

de Mateo que él conocía como pocos. Un sabio, sí. Al menos a ojos intelectuales. Pero, dicho de otra manera, tal era su personalidad, pareja a la importancia intelectual del deán, tal su condición sacerdotal, tal su apostura física que, más que despertar admiración era veneración la que suscitaba en toda una generación de adoradoras cuya mayor complicidad con él había consistido en llamarle Míster Clero desde siempre.

Ahora, ya en los años postreros, cuando se adentraban en una edad proveya, las fans de don Salustiano seguían luciendo una sonrisa picarona cada vez que usaban el apelativo, que todavía perduraba. Él, mientras tanto, consciente aún de su poderío — el que tuvo, retuvo, se decía a sí mismo muchas veces—, se dedicaba a la caza y captura de más jóvenes beldades, aunque sin abandonar nunca el cultivo amistoso de aquellas que tanto seguían suspirando por sus huesos.

¿Habría suspirado también por ellos la difunta cuya alma sería encomendada al Altísimo, transcurridos unos cuantos minutos? El comisario se formulaba tal cuestión recordando los comentarios de Clara durante aquel primer e informal interrogatorio habido en el salón de su casa, a escasos metros de donde yacía la víctima. Pero no se decidía a evidenciar ninguna de sus hipótesis. Disponía de un cadáver cierto y de unas cuantas preguntas que resultarían básicas en el momento de poder sustentar su formulación en algo más que en sospechas que pudieran resultar vanas.

Don Salustiano era un pavo, su sobrino un ingenuo, el ex legionario un místico enjuto, Clara una letrada algo contumaz, Somoza un ligón en ejercicio, Carreira un saltimbanqui erótico festivo..., todos ellos podían ser sospechosos, todos y ninguno se le antojaban como posibles asesinos de la doctora Esteiro. «Por cierto ¿por dónde andará Somoza?», se preguntó el comisario según iba componiendo su particular nómina de sospechosos. Habían estado juntos durante casi toda la mañana en la que a todas luces se cometió el homicidio, pero desde entonces no había vuelto a saber de él y no quería desechar a nadie. Ni siquiera a la reliquia sesentayochista que consideraba casi como a un amigo.

Salorio no conseguía acostumbrarse a la aceptación de que un ser humano fuese capaz de decidir sobre la vida de un semejante. Cada vez que lo pensaba, ahora mismo, se sumía en la perplejidad más acentuada. Sin embargo, la experiencia lo había aleccionado. Escrutaba las caras de los asistentes al funeral y, a pesar de que no lo viese, de que no consiguiese adivinar debajo de cuál se escondía, sabía que debajo de una cualquiera, de una cualquiera de entre todas aquellas caras, podía ocultarse el cerebro de un asesino.

Andrés se preguntó qué conclusiones estarían sacando, en ese mismo momento, los hombres y mujeres que había distribuido por toda la iglesia con la misión de oír y ver todo lo que estuviese al alcance de su observación y se decidió a entrar por fin en ella. Cuando ya estaba a punto de hacerlo, disponiéndose a caminar hacia los primeros bancos a fin de evitar cualquier coincidencia con alguno de sus subordinados, un gorjeo como de voces femeninas que se reían con más estruendo del

oportuno en aquellas circunstancias le hizo volver la cabeza.

Tomé Carreira, el siempre dicharachero y sonriente catedrático de antropología médica, se encontraba en los últimos peldaños que descendían hasta la puerta del recinto sacro acompañado por dos jóvenes doctoras que lo miraban con arrobo. Con tanto que Anxos Vilavedra, una de ellas, era conocida como Bésame-Bésame debido a la forzada postura que siempre adoptaba al caminar al lado de un varón. Lo hacía con el torso girado hacia él, tal y como lo tenía ahora, en forzado escorzo, hacia el doctor al que tanto parecía venerar.

«¡Qué moreno está este cabrón! —se dijo Andrés Salorio para sus adentros—, más para este mes de marzo», terminó, rotundo, mientras encaraba definitivamente la puerta de entrada de la iglesia.

En ese momento comenzó de nuevo a llover de modo despiadado, una vez agotada la breve pausa que el cielo había dispuesto para los minutos anteriores a la celebración del funeral.

«¡Pues sí que está moreno!», se repitió.

Entonces se acordó de Eulogia. No le extrañaría nada que se hubiese ido a cualquier estación de invierno que todavía permaneciese abierta. Ella era así. Podía ser así. Tenía dinero para ello. Se enfadaba, con cualquiera o con ella misma, se plantaba en el aeropuerto más cercano, compraba un billete abierto con destino al primer lugar que se le ocurriese y ya regresaría a partir del momento en que se le hubiese pasado la irritación o le apeteciese.

—No hay como nacer millonario —se dijo Andrés en un tono que a él mismo le pareció resignado.

Acto seguido se acordó de Salvador y del aspecto de iluminado con el que lo había visto hacía escasos minutos. Pues sí que era un disparate de familia aquella en la que él se había insertado. ¿Por qué lo habría hecho? Pensó entonces en Eulogia y recordó qué era lo que lo unía a ella. A partir de ese momento, durante un buen rato, la pregunta principal que se formuló fue ya otra y muy poco relacionada con el asesinato que allí lo había convocado.

—¿Por qué una mujer así se mantiene a mi lado? —recapitó de nuevo.

Las varias respuestas que se le ocurrieron acabaron por angustiarse. Podían entristecerlo o llenarlo de alegría, tanto una cosa como otra, pero también volverlo loco.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 13.15 h.

La iglesia de San Francisco queda muy cerca de la Praza do Obradoiro, sobre la que al amanecer proyectan su sombra los cipreses de piedra que son y componen las dos torres barrocas de la fachada de la catedral. Está apenas a un ciento y medio de metros, sí es que los hay entre una y otra iglesia.

Ocupan esta corta distancia, que se hace más larga durante los días de lluvia y viento racheados, del lado derecho de la calle y en el sentido de la marcha que lleva de la del santo de Asís a la del Hijo del Trueno, la fachada principal de la facultad de medicina y la lateral derecha del antiguo hospital de peregrinos de los Reyes Católicos, hoy transformado en un hotel de cinco estrellas y gran lujo.

En este hotel es en el que, como ya se advirtió, está viviendo Clara Ayán después del luctuoso suceso que acaba de convocarla a los servicios fúnebres en el recinto de la orden franciscana, tan rica ella, como pobremente viven los frailes que la componen.

A lo largo de esos muy escasos doscientos metros y a la salida del funeral por el alma de Sofía Esteiro, aprovechando que no había conducción del cadáver, retenido que está todavía éste en la sala de autopsias, se fueron formando diversos grupos de asistentes a las exequias recién concluidas. Los componentes de esos grupos estaban ansiosos por conocer las noticias y comentarios que sin duda circularían de unos a otros con la misma fuerza que la noticia del asesinato lo había hecho el sábado anterior.

En Galicia los entierros suelen ser amenos, más que en otros sitios en los que no resultan aburridos. El contacto con la parroquia de los muertos fue cotidiano hasta hace muy poco tiempo y aún permanecen los efectos de tan larga relación. Todavía las fiestas parroquiales se celebran en los atrios de no pocas iglesias y los asistentes bailan encima de las tumbas sin que nadie se llame por ello a ofensa alguna.

Los domingos, en las iglesias rurales, los hombres dejan que transcurran las misas en el interior mientras ellos, sentados en el muro que separa el cementerio de las casas que rodean el iglesiario, charlan y fuman alrededor de las sepulturas que no por ello se considerarán profanadas, ni sus ocupantes tratados de modo irrespetuoso; es más, éstos probablemente agradezcan la compañía, el calor humano que de ella se desprende, incluso el olor del tabaco de importación y los chascarrillos que sin duda escucharán con atención extrema. En los entierros, mientras se celebra el funeral, ése es el comportamiento al uso todavía hoy. En Galicia la religión sigue siendo cosa de mujeres. Cada vez menos, también es cierto.

Hoy ha sucedido lo mismo. En la pequeña plazoleta que funciona como antesala

de la iglesia han sido no pocos los que han permanecido en amigable tertulia bajo la protección de sus paraguas. Otros decidieron acercarse a los bares más cercanos. Pero ahora todos se han incorporado al torrente humano que se encamina, con exasperante lentitud, hacía la plaza del Obradoiro. Sólo las autoridades no forman parte de la riada humana. Se ausentaron con rapidez a bordo de los coches oficiales que los recogieron a pie de iglesia.

Es grande la tradición de transmisión oral entre los habitantes de la actual comunidad autónoma gallega. Se realiza desde hace siglos con una velocidad desconocida en otros pagos. No hace todavía muchos años, era más fácil, rápido y seguro enterarse de las últimas noticias habidas en el lugar más escondido del más recóndito valle de este país de las mil montañas y los diez mil ríos, acudiendo a la parada de los coches de línea que esperando a leerlas en el periódico al día siguiente. Aún sigue sucediendo lo mismo. En los grupos que se han formado a la finalización del entierro es muy fácil enterarse de cualquier pormenor que afecte a la vida de Sofía Esteiro que confiarlo a la lectura de la prensa, siempre más respetuosa y cauta. Las causas reales de su asesinato circularán así en unos pocos días.

El saber está fraccionado. La realidad es como un espejo roto, esparcido por un suelo, pedregoso e irregular, en el que cada trozo refleja una visión variada y parcial de ella. Así también los grupos que caminan con lentitud extrema. Agrupados alrededor de los paraguas, contemplados a vista de pájaro, se dirían amebas que se desplazasen, sobre la superficie brillante de la piedra mojada, avanzando a fuerza de adelantar sus seudópodos.

De suceder así como se dice, lo harían gracias al portador de un paraguas que, en cada uno de los grupos, adelantase su marcha para obtener mejor lugar desde el que escuchar a quien estuviese hablando. O para disfrutar de mejor posición para ser oído por el resto del conjunto de la ameba; es decir, de los otros paraguas que permaneciesen agrupados, formando una mancha oscura e irregular, húmeda y brillante, que fuese avanzando así, poco a poco, paso a paso, sobre la superficie mojada y gris de las piedras de la calle, hasta acabar por multiplicarse en cancerígenos, en corrosivos procesos de bipartición, que concluyesen esparciendo los rumores hasta contaminar todo el tejido social posible, neurona a neurona, dendrita a dendrita, en fin, una laberíntica y electrizada maraña de dimes, diretes y sonrisas medio atravesadas.

Todas las teorías y posibilidades se sopesan. Sospechosos de ser autores del crimen hay casi tantos como grupos; incluso casi tantos como paraguas. Todo son conjeturas. Los motivos para el homicidio oscilan entre los que producen la pasión y el vituperio y los que generan los celos académicos y los carnales. También entre las decisiones que derivan de los *curriculum vitae* y las que lo hacen de unas vidas bastante más que corridas, además de los que sitúan a la religión y a las creencias como sustento moral de la acción asesina; no pocas, ni escasas, éstas. Y todavía restan muchos grupos e incluso muchos más paraguas.

Andrés Salorio formó parte de algunos de estos grupos así entendidos. Se preocupó de ir saltando del abrigo de unos paraguas al de otros. Como siempre, había olvidado en algún sitio el último del que se había apropiado en cualquier lugar que ahora ya no recordaba. En cada uno de ellos se detenía, preocupándose en saludar a las gentes que los formaban, mostrando contenida efusividad, en unos casos; sentida condolencia, en otros; pesadumbre en todos y sorpresa en un par de ellos.

—¡Qué moreno estás, doctor! —fue lo primero que le dijo a Tomé Carreira, nada más verle. Lo hizo casi sin tiempo para estrechar su mano, preocupado en saludar a los demás componentes de su grupo, mujeres todas ellas, Bésame-Bésame incluida, menos una MIR algo despistada o quizá demasiado obsecuente, que no se limitó a darle la mano y le estampó un par de besos ante la mirada, entre atónita y reprobatoria, de Bésame-Bésame, que incluso pareció ofendida ante familiaridad tamaña.

—Vengo de Salvador Bahía de tomar *caipirinha* en O Pelouriño y bailar samba en la playa. ¡Ah, qué país, amigo mío! Llegué el viernes por la noche. ¡Ah, qué vida ésta, la del congresista extenuado! —aclaró Carreira en cuanto pudo, apenas sin coger aire, como si estuviera interesado en explicar bien su color moreno, bien su ausencia hasta el justo momento en el que él estaría superando el *jet lag* y el asesino cumpliendo sus trabajos.

Andrés no pudo evitar imaginárselo en tal situación, tomando el sol entre mulatas adornadas, más que de lordosis, de unas caderas lo necesariamente altas y fuertes como para sostener, diríase que en vilo, las amplias posaderas con las que la naturaleza o la alimentación solían dotarlas y, a ojos del doctor, constituían su mayor y mejor reclamo.

Carreira era no muy alto y algo barrigudo, un pícnico clásico que se contradecía con la mucha agilidad física y mental exudada por todos los poros de su piel. Era activo en grado sumo, dicharachero y juguetero, catedrático y, como solía afirmar remedando a Cela, no era feminista sino mujeriego.

Andaba a saltitos, como un gorrión. Lo hacía dando pasos cortos y algo saltarines, apurados y breves, propios de los pies pequeños y de empeine duro, siempre con una sonrisa en los labios y una mirada pícara, siempre suspendida en espera de tener alguien hacia quien dirigirla.

Al verlo venir nunca reparabas en su forma de caminar. Eras imantado por la lucidez de su mirada, por la franqueza de su sonrisa desmentida, en muy pocas ocasiones, por lo acerado de su mirar. Para ser consciente de cómo eran en realidad sus pasos tenías que observarlo desde lejos. En las distancias cortas el galeno siempre resultaba victorioso.

El doctor Carreira tenía la vista larga y era conversador ameno, generoso con sus conocimientos, de manera que podía convertirse en la delicia de cualquier auditorio ante el que se presentase con tan sólo proponérselo.

—Llegué el viernes por la noche. Pero no tengo *jet lag*, qué va. Nunca lo tuve.

Eso son mariconadas —le dijo a Andrés, una vez más, como queriendo indicarle algo. Pero en ese momento éste ya se encaminaba hacia otro grupo y con la mirada, sin que el doctor lo viese, le ordenaba a uno de sus hombres que no perdiese de vista, tampoco de oído, al grupo que estaba dejando atrás mientras él se iba camino del formado por el deán, su sobrino y la muy doliente ex compañera de la fallecida.

«La tragedia también hace extraños compañeros de cama», se dijo Salorio, recordando algún comentario soez sobre Clara Ayán y la misma fallecida, ahora acompañada por el dignatario eclesiástico compostelano.

No había dejado de llover desde que había terminado el funeral y la iglesia había sido abandonada muy despacio por los asistentes que se detenían en su entrada sin atreverse a enfrentarse a la lluvia que caía sesgada y fuerte. Sin embargo, una vez fuera, la gente caminaba ajena a ella, deteniéndose a cada paso, sin estorbarse con los paraguas en los momentos de formar o disolver los grupos, llegada ya la hora de las despedidas. Se separaban de ellos, distanciándose despacio, como en la cancerosa ceremonia de bipartición que ya se dijo, allí apenas iniciada, que habría de tener su continuación al regreso al hogar o al puesto de trabajo.

Así se extendían las noticias y los rumores, en una ceremonia que era precisa como un baile y casi siempre dañina como un vendaval del suroeste.

En la misma puerta de la facultad de medicina se estaba disolviendo uno de los grupos, pero éste solía disponer de información privilegiada. Lo integraban unos cuantos de los profesores que oficiaban en ella y que se despedían afectuosamente unos de otros. Entre ellos estaban el doctor Ángel Carracedo, una eminencia internacional en el campo de la genética, y el doctor Fernando Do Míguez, que, al lado del anterior, dotado de mucho menor don de gentes, había conseguido credibilidad mundial para el Instituto Gallego de Medicina Genética.

Tal institución científica ya había sido consultada en casos como el del grupo familiar formado por Cristóbal Colón y sus descendientes, a fin de determinar si eran de éste los huesos conservados en Sevilla o lo eran los yacientes en Santo Domingo, pero había quedado sin ser resuelta la cuestión; se ignoraba si por razones de alta política nacional dominicana o por un afloramiento de agua en la misma tumba del almirante que había reducido hasta el extremo la conservación de las cadenas de VNTR necesarias. El FBI solía recurrir a ellos con frecuencia para determinaciones importantes de ADN o para refrendo de otras ya realizadas. Tal era la pericia alcanzada por aquellos miembros de la llamada Fonte Limpa, la escuela médica Compostelana, famosa y prestigiada desde hacía siglos.

Otro de ellos era el doctor Pombo, pediatra de enorme prestigio en el extranjero, perteneciente a la inextinguible saga Compostelana de los médicos humanistas, autor de obras científicas editadas en inglés y de obra literaria editada en gallego y español, a quien el comisario debía su afición a los Coloniales de Trinidad, unos puros habanos de Pinar del Río, llenos de aromas frutales y cálidos, que le recordaban al Caribe y solía fumar con mucha fruición y menor frecuencia de la deseada.

En tiempos, los había compartido con Cristóbal Galbán, otro de los galenos, dueño de una paciencia proverbial y bíblica y de una calva tan luminosa como lo que se mantenía oculto debajo de ella, su propia inteligencia. Ahora el doctor Galbán no fumaba. O lo hacía a escondidas de la doctora Malagón, su esposa, dermatóloga acostumbrada a ver lo que hay en la superficie de la piel y aun debajo de ella. El doctor Noya, neurólogo eminente, escritor lleno de una mordacidad que Swift valoraría en su medida exacta, los observaba en silencio, mientras el doctor Paco Barreiro estudiaba a todos en sus actitudes más someras y Carlos Somoza permanecía en silencio, un sí es no es distanciado del conjunto, como si estuviese pensando en otras cosas.

Al ver a tanto galeno junto, Salorio no se extrañó en absoluto. Es más, se sintió a gusto. Por sí no se dijo, el policía era un hipocondríaco confeso. Además, el funeral había sido llevado a término para pedir la salvación del alma de una discípula, pero también de una colega de todos ellos, a la vez que una hermosa mujer, justo es que se recuerde. La única discordancia en el conjunto la constituía Somoza. Ni lo había apenas saludado, ni lo había buscado antes, entre el gentío, acercándosele en demanda de la amistad y de la compañía que tan a menudo le reclamaba con su presencia.

Sin embargo, el comisario pensó también que tendría que recurrir a los servicios de uno de ellos sí, después de la autopsia, se produjese la circunstancia feliz de haber encontrado alguna pista que permitiese identificar el número variable de repeticiones en tándem, es decir, de secuencias cortas de ADN, cuya repetición consecutiva supusiese la confirmación de la personalidad de quien hubiese dejado esa pista encontrada de modo tan circunstancial. Quizás un trozo de piel del asesino entre las uñas de la víctima, acaso restos de semen en su vagina o quién sabe si algún pelo esparcido alrededor de la bañera que llevasen directamente a la identificación del asesino.

«¡No caerá esa breva!», se repitió Salorio mentalmente mientras, después de haber saludado al de los médicos, se acercaba de nuevo al grupo formado por el novio de Sofía Esteiro, Clara Ayán y el muy ilustre y atractivo deán del cabildo catedralicio.

—¡... Después de comer! —oyó que decía don Salustiano, adornando con una sonrisa la sequedad con la que expresaba la terminación de una frase que ya nunca sabría completa el comisario. Así que no supo decir sí aquel final de frase suponía un comentario, una afirmación, o incluso una orden.

—¿Qué tal? ¿Cómo estáis? —les preguntó a los dos jóvenes, antes de dirigirse a quien hacía todavía muy pocos años luciría tonsura y en éstos ya no se veía en la obligación de mostrar pelada la coronilla de su cráneo—. ¿Cómo está usted, señor deán?

—A su disposición, señor comisario jefe —le respondió con una sonrisa encantadora, de forma que el agente de la ley no supo sí se trataba de una expresión

cortés o simplemente de ponerlo sobre aviso.

Por si acaso, se incorporó al grupo y caminó lentamente con él hacia la plaza del Obradoiro. Detrás de ellos caminaban los que serían los tres últimos en disolverse. Lo harían un poco más adelante, pasada ya la plaza, según se encaminasen hacia la Rúa do Franco, unos, hacia la Rúa do Vilar, otros, e incluso hacia las cinco calles aquellos más jóvenes y dispuestos a subir cuestas empinadas.

El grupo del deán despidió a Clara delante de la puerta del hostel. El comisario bajó hacia el Carretas con intención de ir a comer, solo, pues nadie lo esperaba en casa. Adrián se encaminó hacia Fonseca y el clérigo enfiló hacia la fachada norte de la catedral, la llamada de la Azabachería, enfrentada a la mole de San Martín Pinarío, antiguo seminario y, en tiempos de la carlistada, asilo de muchos señores de pazo amigos de las boinas rojas.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 16 h.

Después de que se disolviese el grupo, en la misma puerta del Hostal de los Reyes Católicos, Clara Ayán permaneció sola en su habitación. No sentía el más mínimo apetito. Por eso no perdió el tiempo pidiendo nada que pudiese llegarle tras haberlo solicitado a los empleados del servicio de habitaciones. Sabía que no por verlo delante acabaría por comérselo. Había perdido las ganas de comer.

Por la misma razón tampoco se le ocurrió, ni por un instante, bajar al comedor o al restaurante Enxebre a picar algo. En algún momento pensó que los hosteleros, puesto que la habían visto subir a su habitación, podrían deducir que era un cliente más de los muchos que gobernaban su manutención de modo personal.

La crisis económica golpeaba a todas las clases, a unas más y a otras menos, sí, pero a todas. O a casi todas. No pocos de los que podían costearse una noche o dos en una habitación del Hostal habían dejado de acudir a los restaurantes, excepción hecha de los considerados grandes compromisos. Se había convertido en habitual, ya que no en normal, al menos para ellos, la imagen de los clientes de alta capacidad adquisitiva entrando en el Hostal con bolsas de supermercado en las que transportaban los alimentos que comerían en la soledad de sus dormitorios. Todos los días, el personal encargado de la limpieza del enorme edificio de cuatro patios interiores de estilo renacentista retiraba de las papeleras de las habitaciones restos de envases de yogures, mondas de plátano o de naranjas, botes de bebidas refrescantes, latas de conservas, envoltorios de pan de molde o de pieles sintéticas que habían servido para embutir dentro de ellas chorizos o salchichones de la más variada gama de calidades y precios.

Clara pensó que podrían pensar lo mismo de ella, pero no le importó demasiado. Serían muchas las veces que no comería en el Hostal y en las que nadie podría deducir sí lo había hecho fuera, o no; también así en esta oportunidad. Además, al estar muy cansada, después de todo el trajín que se había traído a lo largo de las primeras horas de la mañana, debería descansar un poco.

Cuando, ya en la calzada, una vez abandonado el que se podría entender como el atrio de San Francisco, ella le comentó al deán que quería hablar con él, sin decirle a propósito de qué, el canónigo se había ofrecido enseguida a atenderla.

A Clara le había parecido que era demasiado evidente para los dos acerca de qué podría tratar la conversación a mantener, seguro que acerca de Sofía. Se lo confirmó la expresión de inteligente comprensión, se diría que incluso de complicidad, que puso el ministro del Señor, cuando le dijo que hablarían en la catedral y añadió las correspondientes explicaciones.

—Entonces no se hable más, llegas, preguntas por mí en la sacristía y antes ya dejo yo aviso de que me busquen o de que te acompañen hasta donde yo me encuentre. Así que no se hable más, quedamos allí después de comer.

El señor deán, que había sido profesor del seminario y que todavía impartía clases de teología, tendía mucho a la disertación de tono solemne y repetitivo que le permitía enfatizar las frases, recreándose en ellas, como si estuviese predicando *in partibus in fidelis*, algo que dicho en latín suena muy raro pero que, debidamente traducido, significa en tierra de infieles, que era como él se sentía siempre, por muy rodeado que estuviese de beatas o de seminaristas.

Por eso no fue de extrañar el acrecentado tono que utilizó, en la ocasión que se cita, cuando quienes lo rodeaban eran personas del común y a pesar de que a uno de ellos lo supiese su sobrino carnal y a otro, al que se acaba de acercarse a ellos con mirada escrutadora y firme, lo supusiese inmerso en el agnosticismo y enlodado en el concubinato; pecado menor, sí bien lo pensaba.

Tenía que reconocer que él era tan dado a las faldas como a la sotana, según expresión que utilizó mentalmente mientras observaba la expresión de su interlocutora y deducía lo que, a su entender, ésta podría estar indicándole a pesar de que él ya se temiese sobre qué extremos habría de girar la conversación solicitada. No era difícil de imaginar. Pero sin duda que, con todo, habría de sacar algún provecho de ella, porque ella, Clara, era otra cosa, concluyó sin dejar de sonreír.

Clara Ayán se sintió escrutada por el mirar inteligente del canónigo, pero no le importó sobremanera. Después observó la expresión del rostro del sobrino del clérigo y entonces ya se inquietó algo más. Denunciaba ese pensamiento clave que reside en la expresión «estaba visto, estos dos se entienden» y eso ya le gustó menos. Adrián era más torpe de lo que ella imaginaba. Más infantil. En ese momento creyó saber lo que Sofía había visto en él y para lo que le había servido.

En todo caso, la pregunta era cómo culpar de algo que no sea el propio crimen a alguien que acaba de perder a su ser más amado. Tenía que estar lleno de confusión y de desesperanza, sin capacidad de confiar en nadie, ni en nada. Era casi lógico, al menos comprensible, que Adrián viese fantasmas. Más aún, dada la fama que precedía a su tío el sacerdote. Entonces empezó a disculparlo y prefirió tranquilizarse para preparar la conversación que había decidido mantener con el deán de la catedral de Compostela.

—Será una conversación de altura —se dijo riéndose de su ocurrencia.

Todavía ignoraba en qué lugar de la catedral se celebraría.

Entonces recordó lo que, cada poco tiempo, venía recordando desde que había regresado de Hipercor, provista de los cinco *pendrives* que había comprado. El sexto, mejor dicho, el primero y hasta aquel momento excepcional y único, había seguido descansando oculto entre sus pechos que, bíblicamente citados, eran como dos gamitos retozones que paciesen en los dulces prados del monte Galaad.

Lo recordó nuevamente y, en los minutos inmediatos al regreso a su habitación

del Hostal trasladó a ellos, en su totalidad, los archivos del escritorio del ordenador de Sofía Esteiro que tan pacientemente se habían comportado en su amoroso y pectoral abrigo. Hasta aquel momento, aún no se había sentido con fuerzas para leer ni el primero de ellos. Una vez que los hubo ocupado con dichos contenidos los escondió por diversos sitios de la habitación.

Uno lo colgó detrás del cabecero de la cama, como había oído decir que, en su momento, había hecho Antonio Rosón con los paquetes de cigarrillos que tenía terminantemente prohibido fumar. Tuvo que morirse para que, en el momento de darle la vuelta a la habitación, fuesen encontrados por los servicios de limpieza.

Antonio Rosón, el primer presidente del Parlamento de Galicia, hombre de edad madura, solterón empedernido que, siendo el mayor de todos ellos, había entregado su vida a la educación de sus hermanos, huérfanos desde temprana edad, había sido hombre cabal y cumplidor de sus manías, una de ellas y principal la de fumar de forma tan profusa como devota; otra, la de comentar satisfecho lo elevado del porcentaje de ácido úrico en su sangre; otra más, la de mantener su buen humor, su serenidad y su sarcasmo a riesgo de lo que fuese. Ése había sido en vida Antonio Rosón, ocupante de la suite que ahora disfrutaba Clara Ayán.

En una ocasión, ejerciendo sus funciones presidenciales y habiéndole pedido a un parlamentario que abreviase pues había consumido el tiempo correspondiente a su turno de intervención, éste le respondió con un no sé qué de airado:

—Ya abrevo, señor presidente, ya abrevo.

A lo que él sin inmutarse le concedió:

—Pues abreve, señor diputado, abreve cuanto quiera.

Ahora, Clara Ayán abrevió cuanto pudo el trámite en el que se había envuelto y pudo respirar algo más tranquila de lo que hasta entonces lo había hecho. Al fin podría husmear, sin temor a perder nada en los laberintos informáticos, en todo cuanto se ocultaba bajo la palabra clave de la sabiduría.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 16.45 h.

Si un hombre como Antonio Rosón había ocultado el tabaco de forma tal que tuvo que morirse para que alguien lo localizase, y gente había estado encargada de ello, malo sería que alguien descubriese ahora el primer *pendrive* que Clara Ayán acababa de esconder en el mismo sitio en el que lo había estado el tabaco, detrás del cabecero de la cama.

Acto seguido, el segundo fue a parar al doble fondo de su maleta; otro más lo hizo al neceser de aseo; el cuarto al interior de unas botas de caña alta y el quinto fue ocultado en la caja de caudales con clave de acceso de la que disponen las habitaciones de todos los hoteles de cierto nivel y un mínimo de garantía. El sexto lo devolvió al cálido lugar en el que desde el principio había descansado. Lo mantuvo de nuevo entre sus pechos.

El domingo, atendiendo la indicación del comisario tanto como la de su segundo, no abandonó la habitación. Tenía desconectado su móvil desde que el día anterior había abandonado su domicilio y declarado a los inspectores en dónde deberían localizarla en caso de que la necesitasen.

Ni siquiera había llamado a nadie de su despacho. ¿Para qué molestarlos un sábado por la tarde? Había decidido mantenerse ilocalizable, incluso a través del móvil. Ya se enterarían de por dónde andaba y ya la agobiarían las llamadas. Ahora era preciso serenarse. Ella era más que suficiente y capaz de valerse por sí misma; al fin y al cabo, ¿no era abogada?

El domingo mantuvo su incomunicación. Había dado por hecho que, recluida en la suite del Hostal, nadie podría suponer que se había ido a refugiar allí, de modo que nadie la molestaría, menos aún llamándola a un teléfono móvil que estuviese desconectado.

«Una verdad de Perogrullo, está claro», se dijo.

Tomadas tales decisiones se había dispuesto, desde primera hora, a atravesar el domingo lo menos preocupadamente posible, a pesar de haberse reconocido que sí estaba preocupada, muy preocupada. Tenía la certeza de que no sonaría el móvil, pero era evidente que el teléfono de la habitación podría hacerlo en cualquier momento. ¿No lo había hecho ya, nada más llegar?

Según se despertó ordenó que con el desayuno le subiesen prensa en abundancia. La leyó con calma. La lectura de las secciones de cotilleo la entretendrían al menos durante media mañana, si no más, y hasta estaba dispuesta a comprobar sí en la tele darían la carrera de Fórmula 1. Fernando Alonso la cautivaba. El domingo podría acabar siendo relajante, todo dependía de ella, de su voluntad y autocontrol que lo

hiciesen posible.

Llegada la hora de comer ordenó un menú que la satisficiera y, después de leer otro poquito, mientras veía una película en televisión, sentada en un sillón y dormitando de vez en cuando, decidió que era llegado el momento de enterarse de lo que Sofía Esteiro había guardado en los archivos de su ordenador. Por fin estaba lo necesariamente tranquila como para afrontar aquella lectura que a ella se le antojaba como un reto, como un desafío que superar. Tendría que vencerse a sí misma, ponerse a prueba, y decidió que ése era el momento.

Se sentó entonces a una mesa de estilo castellano, encendió su ordenador portátil y fue abriendo los archivos de Sofía, uno por uno, de izquierda a derecha y de arriba abajo.

La curiosidad demoró la búsqueda y propició el consumo de los licores de la nevera. Llegada la hora de cenar podría afirmar que conocía al dedillo la vida reciente de su compañera, adornada con una serie de pormenores que nadie le supondría. Relaciones, preocupaciones, enemistades y amigos ocasionales de Sofía Esteiro habían desfilado de uno en uno por delante de los muy escasamente asombrados ojos de Clara Ayán.

Llegada la hora de cenar, volvió ordenar un menú por teléfono. Lo ingirió en pocos minutos, una vez que se lo hubieron servido. Luego siguió buceando en los secretos de su extinta amiga.

Aproximadamente a las once y diez de la noche, abrió el archivo que tenía por nombre «Huesos de santo». Según lo descubrió en el escritorio, lo relacionó con los dulces típicos de la festividad de todos los Santos y Fieles Difuntos, incluso llegó a pensar sí se trataría de unas recetas de repostería, aunque se le hacía raro imaginarse a Sofía ocupada en tales menesteres.

Poco a poco fue siendo consciente de qué se trataba el contenido de tal título. Según avanzó en su lectura, fue siendo presa de un gran nerviosismo que no supo a qué atribuir hasta el momento en que pudo darla por concluida y se tumbó sobre la cama. Entonces, una agitación extrema se apoderó de ella. Tan intensa que cualquiera, incluso ella misma, la podría confundir con una crisis de ansiedad. Si lo que acababa de leer era cierto, no sería ni poca ni carente de poder y de relevancia social la gente que pudiese preferir el silencio a la difusión del contenido de aquel archivo. Respiró honda y pausadamente hasta conseguir tranquilizarse. Luego se incorporó y paseó por la amplia habitación hasta que decidió tomarse un par de pastillas sedantes, meterse en la cama e intentar dormir. A la media hora lo había conseguido. Un tranquilizante de medio miligramo, puesto debajo de la lengua, obra, en veinte minutos, prodigios que la razón aliada con la voluntad no consiguen en horas.

Llegado el amanecer del lunes se incorporó y, después de una buena ducha, todavía envuelta en la toalla de baño, recorrió la habitación en busca de sus *pendrives*. Uno a uno, los introdujo en su bolso, después se vistió y salió a la plaza do

Obradoiro sin haber desayunado.

A buen paso se dirigió a la sucursal de Banesto en la que mantenía abierta su cuenta corriente. Se trata de la oficina principal de la entidad que está situada en la Plaza de Galicia en el mismo solar en el que había tenido su última sede en Santiago el Tribunal de la Santa Inquisición y hoy están domiciliados el Hotel Compostela y la entidad bancaria que se dijo. Una vez allí alquiló una caja de seguridad en la que introdujo uno de los mecheritos contenedores de archivos.

Una vez depositado el primer *pendrive*, en la caja de seguridad de la entidad bancaria que la familia Botín obtuvo a tan bajo precio y con tan poco esfuerzo, descendió por la calle de la Senra y subió a la notaría de José Antonio Cortizo, sita en el número 13 de ella, muy cerca de la casa en la que había vivido Rosalía de Castro durante los años amargos que padeció una vez que, desde una de las ventanas de esa casa, se le cayó de sus brazos un hijo pequeño que se precipitó por la ventana y fue a estrellarse sobre el suelo en el que perdió la vida. Allí, delante del notario, introdujo otro *pendrive* en un sobre, lo lacró y lo entregó para ser custodiado.

Al salir comprobó la hora que era y decidió acercarse hasta Negreira con intención de hacer lo mismo en otra notaría. Llegó allí, preguntó en dónde estaba el despacho del notario y, una vez en él, solicitó ver a su titular. Una vez que lo tuvo delante se presentó como abogada. No tuvo que acreditarse. El escribano la reconoció de haberla visto en los periódicos cuando el naufragio del *Coleslaw*. Estaba encantado de poder atender a mujer tan hermosa como ella y el trámite se hizo breve. Una vez cumplimentado regresó a toda prisa a Compostela.

Al llegar depositó el cuarto *pendrive* en la caja fuerte de su propio despacho de abogados y el quinto en la general y más sólida de todo el bufete. Los sobres en donde los introdujo fueron igualmente lacrados, con la indicación de que fuesen abiertos sólo en el caso de su fallecimiento. El sexto lo conservó entre sus tetas. Pero pese a la expectación causada y el continuo asedio del que fue objeto, este último extremo le pasó desapercibido por completo a la amplia nómina de presentes que la rodeó desde un principio indagando estados de la cuestión tanto como de ánimo de su segunda y principal protagonista.

Clara los atendió a todos con la mejor sonrisa. Incluso con una no muy acendrada gratitud cuando comprobó que todos ellos estaban al tanto de su lujoso escondite y sin embargo lo habían respetado una vez que comprobaron que no respondía a las llamadas que, prácticamente todos ellos, habían hecho a su teléfono móvil. Quiso pensar que la noticia de dónde se hallaba alojada había empezado a circular aquella misma mañana. En ese momento decidió habilitar de nuevo su teléfono móvil. Empezó a sonar de inmediato y no paró hasta que lo puso en posición de silencio dispuesta a responder, más tarde, en algún otro momento del día, posterior a aquél, por supuesto, a las llamadas que considerase oportuno hacerlo.

Aún tuvo tiempo de llegar, paseando con calma, hasta la iglesia de San Francisco en la compañía del cura y de Adrián, con quienes se tropezó, yendo de camino hacia

el funeral por el alma de Sofía, a quien ahora ya sabía una desalmada; tanto que, después de efectuar la lectura de los archivos durante la tarde del domingo, llegó a pensar que pudiera haber sido una suerte perder compañera de piso tan poco de fiar y de vida tan ajetreada e intensa, lo que no ayudó, precisamente, a serenarla en medio de la crisis padecida; tan importante fue el sentimiento de culpa que sufrió a raíz de tal y avieso sentimiento.

Tuvo tiempo para pasear con Adrián y su tío, caminando los tres morosamente durante el tiempo en el que la lluvia se ausentó, pero no para comentar al comisario, cuando se encontró con él delante de la facultad de medicina, lo que había encontrado en el archivo «Huesos de Santo». Además, no estaba convencida de que debiese hacerlo. Aquello atañía especialmente a la Iglesia y, antes que con nadie, con la Iglesia debería consultarlo.

En algún momento pensó sí estaría incurriendo en delito de ocultación de pruebas, al menos de pistas, pero decidió que no sería así y que la interpretación primera, la de que había sido un crimen pasional o cometido por un demente, la pondría a resguardo de la ley.

Ahora, después de haber comido frugalmente en el Carretas, estaba en situación de asistir a su cita con el clérigo y decidida a confesar, por fin, lo que durante unas horas había constituido su mayor secreto. El que guardaba desde que había visto el archivo que llevaba por nombre aquel que le recordaba los dulces del Día de Difuntos, hechos de mazapán y crema, redonditos y sabrosos.

Confiaba en que el secreto de confesión le sirviese de protección y tranquilizase sus temores, a la vez que sospechaba que el clérigo ya estuviese al tanto de lo que ella sabía. Por algo la había citado en la catedral, a resguardo de miradas o escuchas inoportunas. Era evidente que lo había hecho buscando la intimidad del recinto sacro, pues nada le hubiese costado caminar hablando, mientras ella lo iba poniendo al día de todos sus conocimientos. Su intuición le decía que el deán ya estaba al corriente. Y eso equivalía a decir que la Iglesia ya estaba al cabo de la calle. Al contrario de lo que esperaba, tal deducción la intranquilizó sobremanera.

La catedral es un enorme laberinto, lleno de lugares ocultos y tenebrosos. El primero que le vino a la cabeza fue el de la necrópolis existente debajo de la nave central por la que Sofía Esteiro había dado aquellos primeros e ineludibles pasos que la conducirían hasta la cripta del Apóstol.

En ella sería muy difícil que alguien pudiese escucharlos durante la conversación que mantuviesen. Fuese debajo de las escalinatas de la Quintana, en la fachada oriental del templo, por donde se extendían los basamentos góticos de una ampliación que nunca se había llevado a término; mejor dicho, que se había abandonado cuando aún no llegaba a los dos metros; fuese por el claustro que acoge los enterramientos de canónigos y beneficiados —en una esquina, las viejas campanas de la torre Berenguela desde que, en 1989, habían sido sustituidas por otras fundidas en Holanda—, tampoco nadie los oiría, de pasar por él. Habría cantidad de lugares en los que

charlar tranquilos, incluso en cualquier confesionario de los muchos existentes en el templo. Pero Clara nunca pensó adónde realmente acabaría siendo conducida.

Cuando ya iba a salir sonó el teléfono de la habitación. Alargó la mano para cogerlo, de forma mecánica, sin acordarse para nada de que en la ocasión anterior la voz que había sonado al otro lado de la línea telefónica la había estremecido. Esta vez también. La reconoció enseguida.

—Ten cuidado con lo que le cuentas al canónigo —le dijo—, te estaré observando.

No le dijo más y colgó de inmediato. Clara pensó que había actuado como si temiese que pudiesen localizar la llamada. Al menos así sucedía en las películas. Pero no por eso se tranquilizó. Más bien al contrario, se puso muy nerviosa. Luego consultó el reloj y vio que era tarde y que llegaría con retraso pese a estar al lado mismo de la catedral.

Salió de la habitación, bajó a la recepción, salió por la puerta principal, atravesó el Obradoiro, yendo directamente desde la puerta del Hostal hasta la principal de la enorme fachada barroca, y, a toda prisa, nerviosa en extremo, recorrió la nave lateral derecha, llegó al transepto y girando de nuevo a la derecha entró en la sacristía. El nerviosismo aún no la había abandonado.

—Soy Clara Ayán y quedé con don Salustiano Trazos —le dijo al primero que encontró.

—Sígame —le respondió un joven que tenía aspecto, más que de sacristán, de ser un guía de los que algún canónigo tenía apaniguados en la catedral.

Acto seguido recorrieron el camino inverso al que Clara había traído para llegar a la sacristía. Al llegar a la altura del Pórtico de la Gloria, en vez de mantenerse un paso por detrás del muchacho, se puso a su altura y le preguntó.

—¿Adónde me lleva?

—A la cubierta, don Salustiano subió allí un momento a ver no sé qué cosa —le contestó sin demasiada efusividad aquel joven con aspecto de estudioso y maneras un tanto feminoides.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 17.15 h.

El muchacho volvió a situarse un paso por delante de la hermosa abogada, como si quisiese evitar su proximidad en aquel recinto sagrado, pero ella lo interpretó como algo lógico al ver que el joven abría una puerta que hay al comienzo de la nave izquierda de la catedral, a poco de haber rebasado el Pórtico de la Gloria.

—Yo voy delante —le anunció sin volverse hacia ella.

Clara lo siguió en la ascensión, emprendida por la escalera que conduce directamente al triforio. El muchacho había percibido la agitación que dominaba a Clara y estaba deseando concluir su labor de cicerone.

Una vez en el triforio, el incomodado guía volvió a abrir otra puerta más y continuó ascendiendo hasta que, al abrir otra y tercera, penetró la luz desplazando la penumbra en la que hasta entonces todo había permanecido envuelto.

Nada más abrir la puerta, pudieron vislumbrar la figura del canónigo, recortada sobre el cielo, en el mismo vértice del tejado, la sotana agitada por el viento, de modo que la estampa resultaba impresionante.

—Ahí tiene usted a don Salustiano —dijo el guía dándose la vuelta, acentuando el tono en el *usted*, cerrando la puerta acto seguido y desapareciendo de inmediato por donde había venido, esto es, escaleras abajo.

Clara se quedó sola.

La cubierta de la nave central de la catedral de Santiago es sorprendente. Se trata de un tejado a dos aguas, de varias decenas de metros de longitud cuyas vertientes son dos hermosas, enormes y solemnes escalinatas de piedra de una docena de metros de bajante. La abogada había sido abandonada por su acompañante justamente al pie de la suntuosa escalinata por la que, al saberse sola y una vez que hubo contemplado la soberbia figura del tonsurado, se dispuso a subir sin mayor preocupación o duda. Un pequeño resbalón la advirtió de que debería conducirse con mayor cautela.

Pensó que sí el reverendo pretendía impresionarla, empezaba a conseguirlo. Primero el pequeño e intranquilizante resbalón había sembrado el temor en su ánimo; ahora, según ella había empezado a ascender en diagonal la escalinata, camino del justo lugar en el que se resume el cimborrio de la catedral, la imagen del deán se le ofrecía rodeada del luminoso halo del atardecer, imponente y sobria, silueteada contra el cielo del crepúsculo.

Clara pudo contemplarlo así, sabiendo a su propia espalda las torres románicas diseñadas por el maestro Mateo continuadas, por obra y gracia de Casas Novoa, en otras dos esbeltas y frondosas torres barrocas desde las que la contemplación del mundo circundante se ofrece generosa.

Se trata de una transformación afortunada. No impide que se contemple el arte románico en toda su pureza y esplendor y, montado sobre él, naciendo de él, surgiendo de la misma piedra, el arte barroco en su más bella exaltación y exuberancia. Hasta en ese lugar el país es un continuo ejemplo de dualidades, encontradas unas veces, conjuntadas casi siempre. Dios es bueno, pero el diablo no es malo, asegura la sabiduría popular que también afirma que no hay mal que con bien no venga.

El deán, una vez que descubrió a Clara ascendiendo hacia él, comenzó el camino inverso, dirigiéndose hacia ella. Lo hizo bajando, paso a paso, los escalones, amplios y en ligero plano inclinado, revestidos del verdor que el lluvioso anticipo de la primavera había propiciado con profusión y mimo; así que líquenes y musgos ocupaban los más de ellos, vistiéndolos de los mismos colores que cubren las fachadas de piedra de las casas campesinas; pero también de plantas de todo tipo que salpicaban de hermosas manchas vegetales el gris catedralicio y pétreo. Entre éstas no faltaban helechos, ombligos de Venus, claveles atlánticos —la *armería marítima*— conocidos como *herba de namorar*, que no se sabía muy bien qué pintaban allí arriba como no fuese explicar por qué, un poco más abajo, hacia el nordeste de la cubierta, durante la primavera del sesenta y ocho, los estudiantes, ascendiendo desde la calle, tuvieron a gala subirse al tejado de la Corticela, la pequeña capilla románica anexa a la catedral, parroquia de los peregrinos extranjeros, para copular como conejos encima de su tejado, no se sabe sí con tal de transgredir, profanar, provocar o molestar, simplemente, o como lúdico resultado del místico interés que la marihuana o el hachís habían despertado en ellos y los oceánicos claveles habían transformado en lo que algunos todavía denominan la llama del amor.

Si no que se lo pregunten a la mujer adúltera que, en la fachada oriental, la única románica que se ofrece a la contemplación del peregrino, acaricia la pétreo calavera de su amante, condenada que fue a besarla diariamente hasta la consumación final de los días, para ejemplo de unos, unas veces; de otros, en las demás ocasiones; según los siglos cambian la moral y la llamada del amor permanece, ajena a ella, a la cambiante moral que los tiempos nos deparan, oculta siempre en nuestros corazones.

La escalinata, en fin, estaba revestida del mismo modo con el que siempre se revisten las piedras en Galicia adquiriendo ese color inconfundible que las hace tan identificables, tan propias de un paisaje y una forma de vida. Verde dulce sobre piedra dura.

Había dejado de lloviznar y la imagen del clérigo se ofrecía a la luz de la resplandeciente claridad que producen las nubes y resulta tan molesta, más cuando el sol ya luce bajo y abatido. Clara no pudo distinguir el rostro del sacerdote, a pesar de haber entrecerrado los párpados para agudizar la mirada. Intentó conseguirlo al oír que él le hablaba desde su altura, sin que pudiese entenderlo. Entonces decidió apurar su ascensión. Probablemente lo que estuviese queriendo transmitirle el deán fuese una salutación de bienvenida o cualquier comentario banal acerca del viento de

poniente que soplaba con fuerza y no le permitía oír. No importaba, le ahorraría esfuerzos.

En todo caso, empezó a subir más aprisa. Pero otro resbalón, de mayor envergadura que el que había dado en la ocasión anterior, sin que le hubiese dado toda la importancia debida, se lo impidió. Clara se paró en seco. Observó los escalones y comprobó que no eran de gran altura, sino incluso menor de la habitual, pero sí de mucha mayor anchura; casi como losas, suavemente dispuestas en plano inclinado, para que la lluvia descendiese por ellas sin mayor contención ni apuro.

Tendría que ser impresionante ver bajar el agua por la escalinata en medio de un buen chaparrón, pensó la abogada. También que húmedas como estaban tendrían que ser enormemente resbaladizas en las zonas de mayor acumulación de musgo. No quería ya pensar en la pista de eslalon en que se convertirían en las mañanas heladas de los primeros meses del año, durante los grandes fríos invernales, hacía apenas nada. O todavía, según los años y la disposición de las estaciones, nunca iguales, distintas cada año de un modo secuencial que todos intuían sin que nadie lo llegase nunca a resumir en datos.

En ese momento, volvió a llegarle confusa la voz de Salustiano Trazos. Levantó la vista y pudo ver cómo la enorme masa corporal del deán descendía, escalón a escalón, con una agilidad que ella nunca hubiera supuesto y se sonrió. Siempre resulta agradable el espectáculo que ofrece un cuerpo ágil, con independencia de la edad que luzca. «El reverendo se mantiene joven», pensó Clara. Y quiere demostrarlo, concluyó al tiempo de esbozar una sonrisa.

Según acababa de hacer tal valoración acerca del ministro del Señor le llegó, nítida, aunque lejana, una exclamación, más que traída, llevada por la fuerte ráfaga de viento de poniente que acababa de incrementar su fuerza y de arremolinar la sotana entre las piernas del sacerdote.

—¡Eeeeeeeepaaa! —oyó que gritaba el clérigo, en el momento en que un soberbio resbalón lo enviase piernas por alto, antes de caer abatido de espalda y quedar extendido con la cabeza apoyada dos o tres escalones más abajo del que había estado pisando su pie izquierdo antes de dar el mal paso empujado por el que, sin duda, había sido un mal aire.

—¡Qué costalada, madre mía! —exclamó la abogada.

«¿Por qué me habrá citado aquí este tío?», volvió a preguntarse, ahora en voz baja, ya definitivamente atemorizada.

Se lo había dicho mientras apuraba en lo posible su ascensión para acudir en ayuda del abatido ministro del Señor a fin de ayudarlo a que se incorporase. Según se iba acercando, escalón a escalón, intentaba, también en la medida de lo posible, muy poco ciertamente, reprimir la risa que le provocaba la evocación de la imagen del clérigo, pies por alto, en el momento de venirse abajo.

Pisando con cuidado, mirando en dónde ponía cada pie y cómo, Clara continuó ascendiendo en diagonal recorriendo la distancia, que ahora se le antojaba enorme,

existente entre el claudicado cuerpo del sacerdote y ella misma.

De alguna manera continuaba intentando contener la risa, que cada vez sonaba más tenue, pues, según se había ido acercando y muy poco a poco, había conseguido dominarla. La imagen de la caída, como sucede casi siempre, había resultado cómica.

Pero ahora la quietud que mantenía el cuerpo del sacerdote había comenzado a inquietarla. De vez en cuando levantaba la mirada para mantener bien la dirección y ver la reacción del cura. A la tercera o cuarta vez que lo hizo y comprobó la inmovilidad en la que éste se mantenía, empezó a intranquilizarse. Hasta estarlo por completo. Había sucedido algo con lo que ella no contaba.

Cuando llegó hasta el canónigo, pegó un grito. El cuerpo de Salustiano Trazos Calvo, deán de la catedral, reposaba sobre la cubierta central de ésta, mientras de la base de su cráneo manaba un enorme reguero de sangre que se iba tornando negro, según se mezclaba con los musgos y los líquenes de la cubierta, pese al agua de la lluvia.

Clara intentó incorporarlo, pero pesaba como un muerto. Después de haber pretendido agitarlo cogiéndolo por los hombros y de haberle dado unas palmadas en el dorso de la mano, se atrevió a tomarle el pulso. Cuando se hubo convencido de que no lo tenía sintió como si la cubierta de la catedral se hubiese venido abajo.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 17.20 h.

A penas había empezado a bajar la cuesta que habría de llevarlo hasta el Carretas, el comisario jefe lo pensó mejor. Se dio media vuelta. Lo hizo dispuesto a acercarse hasta su domicilio. Una vez en él, comería tranquila y frugalmente cualquier cosa que se le ocurriese prepararse. Pensó que la ausencia de Eulogia, por muy indeseable que fuese, así se lo imponía. Reliquias de aquella puñetera educación judeo-cristiana o nacional católica, a escoger, se dijo, mientras pensaba en esta segunda como mayor causante de sus males.

Al abrir la puerta de su casa, Andrés Salorio ya había decidido coger una porción de arroz, del que viene envasado en unas bolsitas que se deben introducir en agua hirviendo durante siete minutos. Después las extraería con cuidado, para no quemarse, las abriría como dios le diese a entender; es decir, apresurada y torpemente, hasta acabar quemándose las yemas de los dedos, y, a continuación, abriría también una lata de conserva de bonito en aceite. Por fin mezclaría ambos y se los comería. Llegar a tal síntesis le costó al menos tres minutos. Antes se le ocurrieron dos o tres más, igualmente así de complicadas. A tal situación estaba dispuesto a enfrentarse. Lo haría armado de cuchara, mucho mejor que de tenedor, preferentemente delante del televisor, viendo cualquier tontería de programa de los de primera hora de la tarde. Todo con tal de evitar tener que poner la mesa.

No pudo llevarlo a cabo. Según abrió la puerta le sorprendió la voz alegre de Eugenia, la mayor de los dos hijos de Eulogia, hablándole desde la cocina.

—Seguro que se me pasó el pescado —empezó diciendo—. Te llamé por teléfono para avisarte de que me venía para aquí, pero lo tenías desconectado —concluyó.

El comisario echó mano de su móvil y comprobó que aún lo mantenía así. Lo había apagado para que no le sonase mientras se celebraba el funeral y no se había vuelto a acordar de ponerlo en situación de continuar recibiendo llamadas.

—¡Ah, qué bien! —se atrevió a responderle antes de que ella continuase hablando.

En realidad lo que había pensado era que, tan pronto regresase, si no ya, Eulogia sabría que había venido a casa para comer, solo, en su ausencia. Fue algo que lo alegró sobremanera por la serie de interpretaciones a las que tal actitud se prestaría.

—Mamá me puso ayer un *emilio* agradeciéndome que te cuidase durante unos días, que ella no aguantaba estas tensiones y quería evitar que la abrasasen a preguntas las cursis de Aéreo Club. Pero pensé que, hasta hoy, te podías arreglar muy bien solito, mientras yo acababa lo que tenía empezado.

—¿Qué tenías empezado? —preguntó malévolamente el jefe de los policías

compostelanos.

—Te preparé corvina al horno —fue toda la respuesta que obtuvo.

«¿De dónde la habrá sacado?», se preguntó Andrés mientras volvía a formular la pregunta.

—¿Qué qué era lo que tenías empezado?

—Algo que no me permitiría estar abriendo el horno como lo estoy haciendo —le respondió.

—¿Por qué? —le preguntó el compañero sentimental de su progenitora.

—Pues porque el calor derrite los bombones, chuchumequito —le respondió Eugenia, poniendo morritos, al tiempo que insinuaba una sugerente lordosis; lo que en términos vulgares puede ser entendido como que puso el culito respingón y saltarín en grado extremo.

Probablemente debido a cuestiones propias de la edad, lo cierto es que el comisario, al menos en aquel momento, prestó más atención a la corvina, tan inusual en los mercados gallegos, que al apetitoso aspecto que ofrecía la prodigiosa figura de la que, a todos los efectos, consideraba su hijastra.

Había aprendido de su madre a hornear el pescado de una manera que él desconocía pero que alentaba resultados espectaculares en cuanto a aromas y sabores, también en lo que atañe a las texturas de la blanca carne, que se ofrecía compacta y jugosa, de un modo que a él siempre lo sorprendía y admiraba.

Reconsiderar así le había liberado, al menos de modo fugaz, de pensar en lo que supondría la presencia de Eugenia a su lado mientras durase la ausencia de Eulogia. Si la madre era extravagante, la hija seguía sus pasos. Por un indeterminado número de días, Andrés tendría que convivir con ella, pero también con el yorkshire y con la pitón que, pese al dinero que habían supuesto sus traslados, debidamente legalizados, eso sí, se había traído de Venezuela en uno de sus viajes a la casa de su abuelo. La bicha superaba bien el metro y medio de longitud y no siempre era poseída por tanta indolencia como Eugenia afirmaba, sino que era algo agresiva y mostraba una cara de mala leche permanente que al comisario solía helarle el corazón cada vez que la miraba.

—¿Te has traído el terrario o deberás subir al desván a buscar el que tienes aquí? —preguntó nada solícito o proclive a ser él quien lo hiciese, sabiendo de antemano que lo lógico era que no se lo hubiese traído a no ser que alquilase una pequeña furgoneta para ello.

—Ya lo bajé. No te preocupes —le respondió Eugenia mientras desprendía la espina del pescado para ponerle en el plato los lomos de carne blanca y brillante reservando para el pequeño yorkshire, que siempre la acompañaba, el resto de la sabrosa carne del pescado.

Prefirió no prestarle atención. Eugenia había desmenuzado la carne con sus dedos y, luego, con el índice y el pulgar ya había empezado a pinzar la porción con la que obsequiaría a su mascota.

—¡Perejil! —llamó Eugenia en un momento dado y apareció el perrito moviendo graciosamente el rabo.

—¡Perejil! ¡De todas las salsas, puñetero! —musitó el comisario, tan pronto divisó al enano—. ¡Por Dios, Eugenia! ¡Al menos quítale el lacito! —exclamó ya en voz alta, sin poder contenerse.

Eugenia ni se dignó responderle. Con gesto altivo y digno, le dio de comer al perrito la porción que le había reservado y acto seguido se chupó los dedos.

—¡Hummm..., está sabroso! —fue todo lo que dijo.

El comisario jefe volvió a mirar para otro lado. Aquella moza le producía un desasosiego indescriptible. Del amplio catálogo de extravagancias que Eugenia solía exhibir, por orden de relevancia, aún faltaba la de pasearse desnuda por la casa y, llegado el tiempo propicio, o incluso antes, la de tomar el sol de tal guisa, una vez tendida sobre el alféizar del muro de la terraza, para maravillarse de «lo muy patanes que son aquí los tíos, que no hacen más que mirarme» y lamentarse acto seguido de no poder hacer lo que le viniese en gana estando en su casa como estaba.

«¿O no, cielito, o ésta no es mi casa?», solía interpelar en tales ocasiones, con dulzura, eso sí, al señor comisario jefe de las fuerzas de la policía nacional establecidas en la plaza.

Eso era lo que le esperaba en los próximos días a Andrés Salorio, mientras durase la ausencia de la que a todas luces consideraba su tercera esposa a pesar de tales añadidos como los que traía incorporados.

—¿Qué tal de amores? —se le ocurrió preguntar por preguntar algo y para olvidarse de momento de las dos mascotas que camparían libremente por su hogar durante no podría prever qué número de días.

—¡Ay, corazoncito, la vaina es que mi madre te pilló primero! —le dijo ella, entre zalamera y dulce.

Andrés decidió que lo mejor era empezar a comer cuanto antes, de modo que teniendo la boca llena no pudiese responderle con cualquier impertinencia.

Sabía el valor que los caribeños dan a las palabras, muy escaso, a su entender. Así que aquello no significaba nada. Pero tampoco ignoraba el que se le da por los galaicos pagos; demasiado, según también entendía. Ése exactamente el que le daba él. Así que mejor sería no meterse en jardín alguno.

—Lo haces, quiero decir que lo preparas ciertamente delicioso —comentó nada más engullir el primer bocado—. ¡Dios mío, qué días me esperan! —pensó en voz baja, mientras atacaba ya el segundo.

Según terminó de comer, apoyó la cabeza en la orejera del sillón y se quedó dormido. Regresó a la consciencia reclamado por el timbre del teléfono, que cogió de inmediato.

—Jefe, ¿está en casa?

—Espera que voy a mirar. ¿En dónde quieres que esté, mamón, o es que no estás llamando al teléfono fijo, gilipollas?

Era evidente que no se había despertado del mejor humor posible. Nada más abrir los ojos había sentido la presencia, enrollada a sus pies, del bicho que tan poca complacencia le causaba.

—Es que estuve llamando al móvil y lo tiene apagado o fuera de cobertura —fue la respuesta que obtuvo.

Andrés echó mano nuevamente al móvil y pudo comprobar que era cierto. Se había vuelto a olvidar de conectarlo.

—Dime —respondió antes de reconocer nada.

—Es que tenemos otro —fue la respuesta que oyó al otro lado de la línea telefónica.

—¿Otro qué?

—Otro fiambre.

—¿Dónde?

—En el tejado de la catedral.

—¿En dónde dices?

—Arriba en la cubierta. Se trata del deán.

—¿Del deán?

—Sí, del mismo. La abogada también estaba allí.

Oírlo, espabilarse por completo y salir a toda prisa camino de la cercana catedral fue lo primero que hizo el comisario jefe. Aquello empezaba a irritarle sobremanera. Lo último que oyó antes de salir de casa fue la voz de Eugenia preguntándole qué había pasado.

—Mamá quedó en llamarme y luego se enfada si no se lo cuento todo —oyó que decía mientras él cerraba la puerta sin extremada dulzura.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 17.30 h.

La presencia de una ambulancia y de varios coches de la policía delante de la fachada del Obradoiro, unida a la de un helicóptero que sobrevolaba el tejado de la catedral, concentró la atención de un par de cientos de curiosos ávidos de saber a qué se debían ambas.

Andrés Salorio llegó jadeando a la puerta de Platerías. Cuando alcanzó el triforio ya no era capaz de seguir subiendo, de modo que se sentó en un peldaño de la escalera que había sido abierta no hacía mucho más de una hora, según calculó, para que Clara Ayán traspasase su umbral y se dirigiese al encuentro de su destino.

Al parecer, el destino de ésta consistía, al menos en los dos últimos días, en encontrarse cerca de las víctimas mortales en los momentos menos indicados para ello. El umbral que había traspasado no era, ciertamente, el de la Puerta Santa que, en los años jubilaires, otorga el perdón de todos los pecados y deja la conciencia más limpia que la de un recién nacido, afectado que aún está, antes del bautismo, de la resaca propiciada por el pecado original.

«Tendré que replantearme la amistad con tan ilustre letrada», se dijo el comisario, poniendo la higa; es decir, introduciendo su dedo pulgar entre el índice y el corazón, para componer la conocida figura así llamada, muy útil para evitar los *meigallos* y otros males de ojo, pero por completo ineficaz para mitigar el jadeo en el que el comisario se estaba consumiendo.

De haber pronunciado en voz alta lo que acababa de pensar posiblemente le hubiese significado un síncope cardíaco. Salorio intuyó la certeza de tal posibilidad y se limitó a formular otro propósito también para sus adentros.

«... Y tendré que dejar los Coloniales de Trinidad, adelgazar un poco y andar algo», volvió a decirse, aunque en esta ocasión lo hiciese convencido de que no intentaría ni una cosa, ni la otra.

En ese momento un agente uniformado asomó por la puerta.

—A sus órdenes, señor comisario —se cuadró militarmente.

En el Cuerpo Nacional de Policía, aún se mantenían ciertas normas heredadas de la época franquista. A él no le parecía ni bien, ni mal; pero tampoco lo dejaba por completo indiferente; algo de jerarquía debe ser manifiesta, qué carajo, solía reflexionar en los momentos en que tal práctica le producía algo de rubor.

—No se preocupe, no se preocupe —le respondió como si le hubiese ofrecido ayuda—, cuénteme qué hay por ahí arriba, antes de que yo suba a verlo.

El agente vio la oportunidad de demostrar su valía y no omitió detalle. Hacía una hora, más o menos, que uno de los guías de la catedral, un muchacho joven, algo

amanerado él, amigo de uno de los canónigos, con lo que no pretendía decir nada, sino que lo citaba por sí era considerado pertinente, había acompañado a la abogada hasta un poco más arriba de allí mismo pues el deán la esperaba en la cubierta no se sabía para qué.

El caso es que el muchacho había observado que la abogada estaba muy nerviosa y que, antes de darse la vuelta, pudo ver cómo ella se dirigía hacia el deán que estaba esperándola en lo alto del tejado, casi debajo de las dos torres gemelas.

—¿Eso es todo?

—Bueno, parece que hubo gente de la que toma el café en las terrazas de la Quintana que oyó gritos pidiendo ayuda, pero que no pudo distinguir de dónde procedían. Incluso hubo quien creyó que eran las monjitas de San Paio de Antealtares.

El comisario no pudo evitar sonreírse. Una antepasada suya estuvo internada allí, en tal convento de clausura, a mediados del siglo XIX. Había tenido amores con alguien que no había sido del agrado de su familia y aquél había sido su destino. En recuerdo de su estancia todavía permanecían tapiadas las ventanas próximas a la escalinata que sube hasta la Casa de la Parra. Ventanas que ella fue abriendo, una a una, sucesivamente, cada vez que le tapiaban la anterior, para acoger a su amado en el interior del convento y aun en otro de no difícil suposición.

Cuando fue abierta la primera ventana que está a la misma altura del suelo de la Quintana que el resto de las del mismo nivel, trasladaron a la monjita de convento. Sin que nadie lo hubiese pretendido había quedado demostrada la accesibilidad de todas las que restaban.

«Debió de ser una gran mujer —se dijo Andrés no sin cierto orgullo—. Consiguió introducir reformas en la orden, ser recibida por el papa y abandonar la clausura una vez liberada de sus votos».

Entonces volvió a pensar en Clara. Seguro que ella también era otra gran mujer, pero en este momento quizá lo estuviese siendo en medida algo extremada.

«Este país es pródigo en ellas —reflexionó de nuevo—, ojalá no lo fuera tanto», se dijo antes de formular en voz alta la pregunta que estimó más procedente.

—¿Y qué más?

—Bueno, pues que arriba están el subcomisario Deza y la inspectora jefe Arnoia con la abogada, los del 061 y un par de curas y que están esperando a que aparezca la jueza.

Cuando consideró concluido su informe el agente permaneció callado. Se mantuvo así hasta que creyó oportuno añadir:

—También hay algunos compañeros distribuidos por los tejados, mirando aquí y allá. A mí me pusieron aquí para evitar que suba nadie más.

Concluyó de modo resignado, como si acabase de dejar claro que él podía servir para mucho más que para aquella función a la que lo habían relegado.

Oída la última información del agente, Andrés Salorio consideró que algo ya se

había recuperado y decidió seguir subiendo. Afrontó entonces el tramo que va desde el triforio a la cubierta.

Lo hizo despacio. No quería llegar delante de sus subordinados en las lamentables condiciones en las que lo había hecho hasta el triforio, así que su ascensión fue lenta. Incluso se detuvo a mirar por las troneras que permiten una tenue iluminación de la estrecha escalera de caracol que conduce a las mayores alturas catedralicias.

Mientras ascendía, deteniéndose de vez en cuando a fin de descansar, aprovechó para pensar con calma y hacerse la debida composición de lugar que le permitiese estar por encima de Arnoia y Deza sin que se notase demasiado la impostura.

Lo que descubrió primero, nada más que otro agente le franquease la puerta, fue el espectáculo grandioso de la escalinata construida sobre la nave central.

—¡Coño! ¿Y cómo no conocía yo esto? —se dijo ajeno al cuadro que se ofrecía unos pocos metros más allá.

Luego recordó que tampoco conocía la Torre Berenguela, en cuyo interior un campanero había alojado a su familia entera, su taller de sastre especializado en ropa talar, un cuchitril en el que criaba un cerdo durante todo el año y un gallinero que surtía a la familia de huevos todos los días y de carne en las fiestas señaladas.

El país era así. Pero cuando un novelista describía tales aspectos en sus novelas, los críticos solían relacionarlo con los antecedentes del realismo mágico y no con las leyes elementales de la supervivencia. Pero ése era otro cuento, se dijo a sí mismo el comisario.

En lo alto de la cubierta de la catedral, en medio de un chaparrón intenso y ráfagas que hacían balancear al helicóptero cercano, un equipo médico se ocupaba, llevado más del protocolo que de la esperanza, en reanimar el cuerpo exánime del tonsurado. Mientras los sanitarios se aplicaban en su afán, dos policías hablaban a gritos con Clara Ayán. Lo hacían a escasos metros del primer grupo, gesticulando mucho, mientras dos curas de sotana permanecían al pie de la escalinata, llevados de una prudencia que el comisario ponderó en su interior como muy venida a cuento.

El helicóptero, suspendido en vuelo que quería ser cernido sobre ellos, ensordecía el ambiente induciendo a todos a comportarse como lo estaban haciendo.

Salorio se acercó, ascendiendo lentamente, procurando no resbalar en los musgosos peldaños de la cubierta, mientras se encogía para protegerse del viento generado por las aspas del ingenio volador, que de inmediato relacionó con el otro, pequeño y teledirigido. El que había servido al hijo de Eulogia para causar el estropicio del sábado pasado, dos días atrás, quizá mientras estaba teniendo lugar el otro asesinato.

Se paró en seco. Se había dicho el otro asesinato. ¿Es que ya prejuzgaba que éste era el segundo? ¿Por qué los relacionaba? ¿Acaso por la presencia de Clara? Volvió a avanzar escaleras arriba. Su peso le ayudaba a mantenerse firme y en equilibrio a pesar del vendaval desatado entre las aspas del helicóptero y las atemporaladas ráfagas del viento del suroeste que no había dejado apenas de soplar durante todo el

día. Ante ellas, su figura se ofrecía sólida y estable, de algún modo envidiable a los ojos de gente de menos peso.

La recordación del helicóptero manejado por Salvador no le había causado tanta gracia en esta oportunidad. Al llegar a donde estaban Deza y Arnoia los saludó ordenándoles:

—Decidle a esos de ahí arriba... que saquen el helicóptero de ahí, cuanto antes..., que se vayan tomar viento a otra parte, en vez de hacerlo aquí... que nos van a mandar a todos al carajo..., que permanezcan alejados, ¡coño!

Según el comisario acababa de saludar así de airadamente a la concurrencia, se volvió a abrir la puerta de acceso a las escaleras por las que habían subido todos los presentes y asomó la figura de Adrián Calvo en el marco de ella. Había dejado de llover, pero sería apenas un respiro. Otra nube negra amenazaba con continuar haciéndolo, el viento en altura se sabía de gran intensidad sin más que contemplar la velocidad de desplazamiento de las nubes.

Tan pronto como divisó al grupo mortuorio se echó a correr hacia ellos escaleras arriba. La escasa agilidad de la que había hecho gala Salorio se tornó aquí en su opuesto, de forma que la impetuosa ascensión acometida por Adrián asombró a todos de un modo que se reflejó en su cara, pero que enseguida fue sustituido por otro.

—¡Ahí va, que se mata! —exclamó el subcomisario Deza.

Adrián Calvo acababa de resbalar y dar con su cuerpo, tan ágil como largo y esbelto, en el húmedo, enlosado y resbaladizo tejado de la catedral.

De modo instintivo los del 061 se levantaron de las tan incómodas como inútiles posturas que mantenían alrededor del cadáver del canónigo, disponiéndose a descender por la escalinata en socorro del sobrino del presunto fallecido al que, por su quietud y absoluta falta de respuesta a sus estímulos, daban ya como ingresado en el mundo de los muertos.

La cubierta era una pista de patinaje. Pero aún era algo peor, era una pista de patinaje en plano inclinado.

En ese momento empezó a llover de nuevo, ahora con mayor intensidad sí cabe. Los del helicóptero, al observar la caída de Adrián, habían dado la vuelta en redondo y no hacían más que girar en círculo incrementando las dificultades de desplazamiento de los encaramados sobre el catedralicio techo.

—¡Qué se vayan, coño! ¡Diles a esos cabrones que se vayan, o sí lo que quieren es que nos matemos todos! —gritaba Salorio como un loco, impotente, seguro de que apenas podría ser oído en medio del estruendo formado por la lluvia, el viento, las aspas del helicóptero y los gritos de lo que a todas luces parecía un ataque de histeria de Clara.

Cuando los primeros auxilios llegaron hasta Adrián, éste aún se estaba quejando. Aparentemente no se había roto ningún hueso. Si acaso las costillas pues decía que no respiraba bien. Tenía un hematoma terrible en la rodilla izquierda, se había despellejado la palma de la mano derecha y seguro que aparecían muchos otros

cardenales, le auguró un médico del 061. Luego, sonriendo, añadió:

—... más teniendo en cuenta el lugar sobre el que estamos.

Con ello quiso hacer un chiste que, quizá por la cercanía de un cadáver, no hizo sonreír a nadie.

Se estaban poniendo como sopas. La lluvia arreciaba con fuerza y a nadie se le había ocurrido llevar un paraguas que, por otra parte, allí no hubiese durado abierto ni quince segundos.

Resignados a acatarrarse o ya acostumbrados a cualquier tipo de inclemencia, los del 061 actuaban como si la lluvia no les afectase. Dos de ellos permanecían al lado del cadáver y los otros tres atendían al sobrino del fallecido. Los dos canónigos se habían puesto a sotavento del temporal de poniente, abandonada por un momento la vela del difunto que hasta hacía escasos minutos había sido su deán.

Los tres policías jefes observaban el conjunto y el helicóptero los vigilaba a todos desde las alturas. Clara, ya más calmada, gracias a un bofetón aplicado con toda diligencia por uno de los facultativos, sollozaba sentada en unos de los peldaños, ocultando su cabeza entre las manos y apoyando los codos en las rodillas. Las dejaba asomar por el borde de la falda, hermosas y bien contorneadas, sin importarle la imagen que ofrecía ni el lugar en que tal ofrenda se llevaba a cabo; es decir, que enseñaba las piernas con impudicia, pero sin descaro. Al sesudo policía en que al fin había devenido Andrés Salorio no le pasó desapercibido tal detalle. Pero no constató nada que ya no supiese de antemano: Clara tenía unas piernas bien bonitas.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 17.40 h.

Tan pronto como se hubo recuperado de la costalada que acababa de darse, Adrián Calvo se incorporó; buscó con la mirada la figura de Clara Ayán y, al descubrirla en medio de la lluvia, echó a andar hacia ella. Pese a ser presa de una gran agitación, ahora caminó despacio y con prudencia, escaleras arriba, desviando la mirada unas veces hacia el cadáver de su tío, otras hacia la mejor amiga de su fallecida novia, como si dudase hacia dónde dirigirse primero.

Era evidente que la proximidad que buscaba era la del cuerpo cálido de Clara más que la del todavía caliente de su tío. Andrés Salorio reparó en ello, pensando en los posibles nexos que establecer entre aquellos dos protagonistas.

El comisario reparó en que aún no se atrevía a decir sí los dos miembros de aquella pareja tocando el violón en el tejado constituían la clave del enigma que debía desentrañar o sí, por el contrario, eran un par de ingenuos ardorosos. Los acontecimientos vividos tan intensamente, en apenas cuarenta y ocho horas, en un radio de apenas ciento cincuenta metros, en medio de una lluvia constante y opresiva, empezaban a parecerle los movimientos de una extraña partida de ajedrez, jugada con imprevisible movimiento de piezas. Todo se le antojaba una epifanía de peones y extraños saltos de caballo que no le llevaban a ningún lado y que, al menos de momento, no había producido más que una lamentable pérdida de piezas para el jugador principal; es decir, para él mismo. Una reina y un caballo percherón eran las dos principales que cargar en su cuenta.

Todo había sucedido en el apretado tiempo de dos días y en el reducido espacio de unos pocos cientos de metros cuadrados; menos todavía sí éstos se considerasen en línea recta, se repitió sopesando las palabras por sí éstas le indicaban algo. Lo supo así al desviar su mirada hacia la Alameda, deducir cuál era el tejado correspondiente al ático del edificio ocupado por las dos amigas y calcular la distancia que habría desde allí mismo.

Seguía lloviendo y pensó que de haberse producido los hechos tan sólo un par de meses antes, con la misma nubosidad que cubría ahora el cielo, en ese mismo estarían prácticamente a punto de ver como anochecería o quizá, en caso de estar el cielo muy cubierto, ya prácticamente a oscuras. Se tranquilizó, aún restaban unas pocas horas de luz. Pero de todas formas resultaban agobiantes en exceso el ambiente y el reducido espacio en el que todo lo sucedido desde el sábado estaba teniendo lugar.

La comisaría quedaba a medio camino entre la casa de la médico asesinada y a la misma distancia, aproximadamente, que había desde la catedral a la iglesia de San Francisco, claro que con la facultad de Medicina, que era otro lugar de referencia en

los sucesos, a medio camino entre ellas dos. ¿Sería al fin la catedral el epicentro de todo?

En ese momento Adrián llegó a la altura de la abogada, que, al verlo subir hacia ella, se puso en pie para recibirlo. Cuando todo el mundo esperaba que se fundiesen en el abrazo que ella inició alargando sus brazos hacia él, Adrián la cogió por ellos, por sus antebrazos, y empezó a zarandearla.

—¡Qué! ¡Primero Sofía y ahora él! ¿Es que vas a acabar con todo cuanto quiero? ¿Quién va a ser el próximo, yo? ¿Yo voy a ser el próximo? ¡Yo!

Clara puso cara no sólo de susto sino también de asombro. Nadie se atrevió a intervenir, en parte por la curiosidad que sentían acerca de cómo acabaría ese encuentro, en parte porque tenían miedo a resbalar e irse tejado abajo, hasta dar con sus huesos en la balaustrada existente al borde de los dos abismos laterales.

—¡Qué dices, Adrián, qué dices! ¿Te has vuelto loco?

Era evidente que Adrián era presa de su propio nerviosismo, pero la escena no merecía ser interrumpida.

—Qué el próximo seré yo. ¿O no? ¡Pues entérate de que yo no sé nada de los huesos! ¿Me oyes? ¡Absolutamente nada!

Andrés decidió dar por finalizada la escena e hizo una seña a sus subordinados y a los miembros del 061 para que pusiesen fin a ella.

Mientras tanto, Clara se había vuelto a sentar sobre la escalera y sollozaba de nuevo, ahora de forma compulsiva, mientras Adrián intentaba ponerla en pie sin conseguir otra cosa más que Clara decidiese tumbarse sobre las losas del tejado.

En ese momento llegó hasta ellos el médico del 061 y cogiendo por el brazo a Adrián lo arrastró hacia donde estaba el cadáver de su tío, no para mostrárselo y para que lo reconociese sino para alejarlo de la abogada.

—Qué el helicóptero no se vaya hasta que llegue el juez de guardia y permita el levantamiento del cadáver y que esté atento porque deberá llevárselo. No vamos a organizar la verbena de bajarlo por esas escaleras o traer una grúa para que lo baje hasta la Quintana dando un espectáculo. Así que se joda y que espere. ¿No le gusta tanto revolotear por encima?, ¡pues que se joda el muy cabrón! —sentenció en ese momento el comisario.

En realidad él también empezaba a sentirse muy excitado y presa de una ansiedad que no conseguía atribuir a nada que no fuese la celeridad desacostumbrada con la que se estaban produciendo los acontecimientos.

—¡Y haya calma! —gritó como si únicamente con su voz y su sola orden fuese suficiente para imponerla.

Estaban empapados y empezaba a estar harto de sentirse así, al menos de seguir mojándose. Por eso su siguiente orden consistió en conminarlos a esperar en el triforio la llegada del juez, abandonando el cadáver del clérigo en el tejado aunque vigilado, desde la puerta, por el agente que lo había informado al llegar. Le había parecido que sabría ganarse el sueldo.

—No creo que nadie se lo lleve. Y sí viene alguna meiga volando en una escoba, que se encargue de ella el helicóptero —dijo casi bramando.

—Usted —continuó dirigiéndose a otro agente— baje a ayudar a su compañero que está junto al Pórtico para que no suba nadie y, usted —dijo dirigiéndose a otro—, quédese en la del triforio para lo mismo. El resto conmigo para abajo.

Le gustaba decir triforio, en vez de tribuna, cuando se refería a la que rodeaba desde la altura de la primera planta las naves de la catedral, en realidad otras dos naves superpuestas a las anteriores que, en tiempos, habían servido de albergue para los cientos de peregrinos que abarrotaban la basílica y dormían hacinados en ella.

El humo del botafumeiro, el enorme incensario de plata de ochenta kilos de peso, había servido también, además de para alabar a Dios esparciendo su aroma, como desinfectante y desodorante de todos los aires que ocupaban la gran iglesia de peregrinación.

Ahora él era el amo del triforio. Acababa de ocuparlo con sus fuerzas y se sentía dueño y señor de aquel espacio.

—¡Tú, conmigo! —le ordenó al sobrino del deán, nada más sentirse a resguardo de la lluvia—. Los demás deberéis iros secando como podáis.

La catedral estaba en penumbra. Ayudaba no poco a ello la escasa luminosidad del día, mortecina a aquella hora de la tarde. Con Adrián a su lado el comisario jefe caminó por el triforio adelante, en dirección al altar mayor, alejándose del grupo que había quedado esperando por ellos.

—Qué nadie salga de aquí hasta que yo lo diga y por supuesto antes de que llegue el juez y se lleven al cadáver.

La noticia ya había trascendido.

Clara, al ver que el deán no reaccionaba a sus demandas, después de la aparatosa caída consecuencia del resbalón que había dado, llamó al 061 por el teléfono móvil. A partir de ahí ya nada dependió de ella. Se había empezado a organizar todo el zafarrancho que ahora ocupaba la catedral y sus alrededores por entero. Habían sido ellos mismos, los del 061, los que avisaron a comisaría. Unos y otros, según fueron llegando a la basílica, acaso sin querer, fueron esparciendo la noticia al preguntar por quién los podría guiar hasta la cubierta.

Lo hizo el mismo muchacho que había servido de guía a Clara. Fue él quien realizó el mismo cometido con los del 061 y acto seguido con la propia policía; él quien proporcionó las primeras pistas y él, finalmente, quien avisó a los otros dos canónigos participantes en este primer encuentro institucional sobre cubierta.

A su vez, los canónigos fueron quienes avisaron al arzobispo y pusieron en marcha una cadena informativa que alertó a toda la ciudad. La noticia bien lo merecía.

Ahora la basílica estaba llena de gente que aparentaba rezar por el alma del fallecido, cuando en realidad lo que permanecía era atenta a todo cuanto sucedía en torno al hecho luctuoso. Ignoraban que sobre sus cabezas, casi al alcance de sus

oídos, siempre que prestasen la atención debida, cesase el murmullo que invadía el amplio espacio eclesiástico y dispusiesen de un buen equipo de amplificación del sonido, podrían oír lo que se estaba tratando en las alturas. Es decir, no sabían que allá arriba, encima de ellos, estaba teniendo lugar una conversación que empezaría a arrojar, sobre los ojos de la policía, la primera luz en aquel oscuro asunto.

—¿A qué huesos te referías, Andrés? —preguntó directamente el comisario.

Andrés no supo reaccionar a tiempo y lo único que acertó a balbucir fue:

—¿Qué?

—Qué a qué huesos te referías cuando zarandeabas a Clara.

—A los que hay ahí debajo —respondió al fin Andrés, luego de un largo silencio que el comisario tuvo el acierto de no interrumpir en ningún momento.

—¿Dónde? —preguntó Andrés Salorio, sabiendo perfectamente hacia dónde había señalado el sobrino del deán y preguntándose cómo era posible que él tampoco supiese nada de eso. Aquella catedral era una matrioska llena de historias y sorpresas.

—Ahí, debajo de la nave central, en los enterramientos de la necrópolis medieval —volvió a responder Adrián, ya más tranquilo.

Entonces Andrés volvió a sentir que se le encendía otra lucecita y, sin saber muy bien por qué, preguntó de nuevo.

—¿Y en dónde más?

—Allí.

Respondió Adrián, extendiendo el brazo y señalando al centro del altar mayor; es decir, al centro de la tierra, al ombligo del mundo en el que se velaban los huesos del santo apóstol Santiago el Mayor, el Hijo del Trueno, primo de Jesús de Nazaret, el Cristo.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 17.45 h.

Después de bajar de la cubierta de la catedral, siguiendo las órdenes impartidas por el comisario, Clara Ayán creyó empezar a percibir en sí misma los síntomas de una agitación que no quería reconocer. Habían bajado todos dejando abandonado el cuerpo todavía caliente, aunque muy mojado, eso sí, del hasta hacía breves minutos encendido deán de la catedral Compostelana.

La abogada estaba siendo consciente de que ella era la única persona en el mundo que podría contar con exactitud la forma en la que se había producido el óbito. El problema estribaba en la disposición de quien se lo oyese contar para admitir como cierta su versión. Las acusatorias preguntas del sobrino del clérigo fallecido habían aumentado la posibilidad de que el número de gente dispuesta a no creerla empezase a ir en aumento. Su presencia, tan sólo cuarenta y ocho horas antes, al lado del cadáver de Sofía incrementaba exponencialmente esa posibilidad. Reflexionar de este modo o parecido fue lo que comenzó a producir en Clara la ansiosa agitación recién iniciada.

Su comportamiento hasta ese momento había sido de una admirable entereza. Tan pronto como vio que don Salustiano no respiraba y que tampoco mostraba señal alguna de que su corazón siguiese latiendo, en vez de asustarse por la sangre que brotaba desde la parte de atrás de su cabeza, desde la base de su cráneo, para que el agua de la lluvia la extendiese incrementando su efecto esparciéndose por las escalinatas del tejado, se armó de valor y tranquilidad, se serenó como pudo, más bien poco, lógicamente, y realizó la llamada que se dijo.

Sin embargo, ahora, contemplando el gesto de Adrián, se estremeció. Lo observó en el momento en el que el sobrino del deán extendió su brazo y señaló hacía la cripta en donde se afirma que reposan los restos del hijo del Zebedeo y María Salomé, hermano de san Juan el Evangelista y primo hermano de Jesús el Cristo. Adrián acababa de señalar hacia el lugar donde se dice que reposan sus restos, los huesos que reconocen como los del apóstol. Todo el esfuerzo de Clara a efectos de contención de aquellos síntomas que había sentido nacer tantas veces hasta entonces se vino abajo y una crisis de ansiedad la dominó por completo.

En ese mismo instante, el médico del 061, al darse cuenta de la nueva situación, manifestada por el cuadro clínico que se anunciaba, echó mano, más que de su maletín de médico, de su caja de primeras urgencias y se acercó diligentemente a la abogada.

Clara se había sentado con la espalda apoyada en la pared, respirando con una agitación a todas luces manifiesta. Abrió la caja, extrajo una ampolla, liberó de su

envoltorio una jeringuilla y con poca dilación y sin muchos miramientos inyectó un tranquilizante en el cuerpo de la letrada.

Clara le dejó hacer. Toda su atención estaba concentrada en el dúo formado por el comisario y el sobrino del fallecido deán. De inmediato empezó a sentir una agradable sensación de abandono que la inducía al sueño. Más tarde recordaría haber visto como habían dispuesto a su lado una camilla en la que la depositaron con dulzura al tiempo que la cubrían con una manta. Luego soñó que soñaba.

En su sueño se vio cabalgando desnuda sobre el botafumeiro. Iba y venía el enorme incensario a lo largo de la bóveda, describiendo su pendular trayectoria de norte a sur, de sur a norte, mientras ella se sentía no sólo purificada por el humo que surgía de las entrañas del objeto volante, totalmente identificado, sino embriagada por el aroma que desprendía.

Según el vuelo proseguía, ella empezaba sentir un calorillo algo más que tenue en sus partes pudendas. Colorado que, aun en sueños, le hizo preguntarse sí estaría aligerando su vejiga. Tal posibilidad no la alarmó en exceso, pero sí le hizo preguntarse sí debería sentir bochorno llegado el triste momento de apearse de la nave voladora y dar por concluido tan onírico viaje como el que estaba realizando.

El vuelo estaba ahora en su pleno apogeo. ¡Dios, qué vuelo! La trayectoria que describía a lo largo del transepto de la santa iglesia catedral de Compostela era un arco de circunferencia de sesenta y cinco metros de longitud recorrido a una velocidad de crucero que alcanzaba los sesenta y ocho kilómetros por hora.

Al llegar al lado norte del transepto, el que está detrás de la fachada de la Azabachería, entre barroca y neoclásica, creía ver unas veces al deán, asomándose desde el extremo del transepto, para recordarle la existencia del artilugio cibernético que había ocultado entre sus pechos, y otras a Adrián y al comisario señalando impasibles hacia el ombligo del mundo.

El trío no desaparecía de su sueño. Cuando estaba en ese lado del brazo sur del crucero, la comunicación con los ocupantes de la tribuna se establecía a través de un código de banderas, como los utilizados en el mar, si no era el mismo.

Sin haberlos manejado ni entendido nunca, esos códigos de señales le hacían saber los datos sobre la altura y la velocidad que iba alcanzando sin que tal conocimiento consiguiese alarmarla lo más mínimo. Bien al contrario, se sentía embriagada por la velocidad y transportada por el aroma del incienso.

Cada vez que se aproximaba a la vertical, montada sobre el artefacto volador, sentía como los tiraboleiros daban el justo tirón que multiplica, ya que no las fuerzas, sí el desplazamiento. Lo lograban al desenrollar casi metro y medio de la maroma de cáñamo de Indias de la que pendía el incensario; de cáñamo, nunca de plástico, pues su elasticidad entrañaría riesgos imposibles de superar.

Hasta ese momento, el trozo de maroma había permanecido oculto en el tambor más pequeño de los dos que componen el mecanismo del conjunto. Ese tambor se encuentra en lo alto de la bóveda central, junto con el grande, situado al lado derecho

del lugar que ocupan los tiradores. Mientras todos estos conocimientos le eran transmitidos, Clara no dejaba de oír el sonido agrisulce de las chirimías sonando, allá abajo —unas veces a su izquierda; a la derecha otras— en medio de una catedral que cada vez se iba llenando con más gente.

Los trece tramos del transepto interrumpían el zumbido del aire desplazado por el botafumeiro en su rauda trayectoria. Lo hacían de forma metódica y sistemática, muy semejante a la que se produce cuando viajamos en automóvil con la ventanilla abierta y dejamos atrás los postes de la luz, los mojones de la carretera, las señales de tráfico o los pretilos de algún puente. La única diferencia era que, en el sueño de Clara, la exactitud matemáticamente precisa de los zumbidos se imbricaba con el desgarramiento de las chirimías. El resultado era un mantra espeluznante que brotaba de los más profundos abismos de su ser.

Ayudaba a todo esto la secuencia mecánica con la que se consigue desplazar el enorme incensario de ochenta o noventa kilos de peso, según se utilice el de plata o el plateado, sin contar el correspondiente al incienso, ni tampoco el de la maroma que, según la humedad ambiente, es igualmente variable. Se trata de un movimiento justamente inverso al del torno.

No es por lo tanto un movimiento de penetración en la nada, puesto que nada se introduce en ningún sitio, sino de otro, contrario al que se pudiera lograr manejando un berbiquí, que extrajese una porción de algo en lo que se fuese introduciendo, ágilmente, gracias a la capacidad de penetración de la que lo dota su giro. Pero tampoco es eso, o así lo razonaba Clara, mientras iba de un lado a otro porque, este movimiento, muy al contrario, extrae, aunque no se sepa lo qué y de dónde.

Esa posibilidad, mejor dicho, esa certeza era la única angustia de su sueño. El movimiento no era de inyección, tampoco de eyección, era otra cosa. Era allí, en aquel centro de gravitación del mundo, donde daba la vuelta el aire.

Al fin lo había descubierto. Pero no supo sí ese descubrimiento la llenaba o no de felicidad. Empezaba a sentirse llena de antimateria, sabiéndose un agujero negro, y decidió seguir más pendiente del proceso que del atribulado discurso de su mente.

Los hombres que daban los tirones, los tiraboleiros, no se movían de su sitio. Apenas lo hacen. Son solamente sus brazos los que ascienden y descienden muy escasos centímetros cada vez que el incensario pasa velozmente por su lado. En esta ocasión lo hacía con Clara cabalgándolo.

Cada vez que pasaba por su lado y se producía tal movimiento, se generaba una ascensión de casi tres metros en el vuelo del artefacto volador. Entonces, el torno que no enrolla, sino que desenrolla, que no recoge, sino que expelle, giraba en un vaivén que no agobia, sino que place y seda, que serena y que transporta.

En el paroxismo del movimiento se alcanza el éxtasis. Si no es el de la llegada a ese instante ¿qué objeto tiene el viaje? En un momento del vuelo, éste se detiene y queda en suspenso. Es algo parecido a cuando el sol alcanza su cénit, en el preciso instante de llegar a su mayor altura sobre el meridiano del observador, no en otro. Es

el no movimiento. Si de inmediato no empezase a descender, no tendrían sentido alguno ni el viaje ni el destino; es decir, el clímax.

En la trayectoria descrita por Clara, ese momento sucede a tan sólo medio metro debajo de la bóveda, en el norte unas veces, en el sur otras, pues en la variación está el gusto y en los extremos de las tribunas el trío formado por el comisario, el deán y su sobrino.

Para llegar a él, al no movimiento, se partió de un empujón inicial que desplazó al incensario unos trece grados de arco con relación al vértice situado en el mecanismo inductor.

Clara, en su sueño, atribuyó ese empujón a una patada propinada por el señor deán antes de salir corriendo a ocupar su puesto en la tribuna sur, primero, en la norte, después, y así sucesiva y alternativamente hasta que al cabo de ochenta segundos y después de diecisiete ciclos, los grados de ese arco aumentaron hasta alcanzar los ochenta y dos, insuperables a no ser que se quiera estrellar el botafumeiro contra la bóveda; que no será celeste, pero que en ese momento pudiera parecerlo. No en vano la velocidad alcanzada sería superior a los diecinueve metros por segundo.

En su sueño, Clara se llenó de pavor al pensar en posibilidad tamaña. Si el botafumeiro desapareciese de entre sus piernas, convertido en una partícula infinitésima de antimateria, o sí la cuerda de la que pende y a la que ella se asía desapareciese, porque se hubiese convertido en un hilo de luz de masa nula, la energía total resultante, suma de la cinética y de la gravitatoria, se mantendría constante al pasar el tiempo. Entonces, sería el no ser. Sería la muerte.

Al ser consciente de ello, Clara intentó regresar de su sueño, despertarse. No lo consiguió. Por el contrario, el botafumeiro se salió de su órbita repetitiva y pendular y emprendió un vuelo que en principio supuso libre, pero que enseguida entró en espiral descendente, como el dibujo de los opérculos de los caramujos, de los caracoles de mar, o como la curva que representa la serie de Fibonacci.

El vuelo, extraño a todas luces, sin saber ella cómo, la transportó, luego de una amplia vuelta por la girola de peregrinación, hasta el interior de la cripta en la que se halla el sarcófago con los huesos del Santo Apóstol. Se estrelló contra él y todo se llenó de inmensas y solares llamaradas de las que surgieron estrellas refulgentes. Así se debió generar la Vía Láctea, el Camino de Santiago, pensaría Clara al término de su sueño.

—¡Esto es la leche! —se dijo y se despertó de inmediato.

Al hacerlo volvió a extender la vista hacia el extremo del triforio y vio que el comisario y Adrián continuaban hablando. Le pareció como si estuviesen hablando sobre el altar central, flotando sobre él, igual que sí aún estuviesen en su sueño y gesticulando más de lo debido. Tuvo claro que no se bastaría por sí sola. Todo se había complicado y se le estaba yendo de las manos. Entonces echó mano del teléfono móvil y marcó el número del perteneciente al compañero de bufete que más

confianza le ofrecía, después hizo lo mismo con el del que más competente se le antojaba. Había hecho mal en no haber pedido ayuda profesional desde el comienzo.

En ese momento reparó en otro hecho aparentemente incomprensible. ¿Cómo era que ninguno de sus compañeros la había abordado durante el funeral? ¿En dónde habían estado? ¿Con tanta prisa se había movido ella que sus compañeros no habían podido seguirla o localizarla?

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 18 h.

Desde que Adrián había extendido su brazo derecho y estirado el dedo índice de su mano para señalar en dirección al altar mayor, con el ángulo necesario para que se dedujese que se refería a la cripta, Andrés Salorio supo que la situación había sufrido un giro considerable, un giro copernicano.

—¿Quieres decir en la cripta? —preguntó el comisario.

—Sí, claro —respondió el sobrino del deán, mientras el cadáver de su tío ya habría empezado a enfriarse encima del tejado de la catedral.

—¿Es que no le eran bastantes los de la necrópolis? —insistió el policía.

—No, ella siempre me decía que a la gente le importaría poco el hecho de saber si unos gallegos de hace mil años, de los que nadie sabía los nombres, habían padecido artrosis o llevado un golpe en el pubis que le había producido una fisura.

—¿Y tú que le decías?

—Pues que la verdad es que no parecía muy interesante, pero que sí pudiera serlo el saber qué comían o qué enfermedades eran las más frecuentes.

—¿Qué te respondía ella? —insistió Salorio.

—Nada. Entonces yo le argumentaba que la tesis le valdría para ser doctora.

—¿Y ella qué decía?

—Se reía. Después volvía a insistir en que, eso mismo, referido al apóstol, sí que despertaría interés. La verdad es que saber qué enfermedades padeció un pariente de Cristo sería una chulada.

—¿Una qué?

—Una chulada... que sería guay, vaya.

—¡Ah! Y tú qué le seguías argumentando.

—Pues unas veces sí y otras no. Según como la viese de humor porque era muy irritable.

—Ella a lo suyo, claro.

—Sí, era muy terquita.

—¿Y así hasta cuándo? —Salorio sabía que era el momento propicio y que de no aprovecharlo tendría que rescatar las sospechas sobre Clara cuando ya había empezado a desecharlas.

—Pues hasta que me insistió en que le presentase a mi tío.

—¿A tu tío? ¿Para qué?

—Pues no sé cómo se enteró de que él era el único que sabía quiénes son los depositarios de las tres llaves que abren el sarcófago y quería conocerlo para pedírselas.

—¿No quiso que se las pidieses tú?

—No.

—¿Por qué?

—Decía que yo no tengo mucho poder de convicción ni el arranque necesario.

—¿Y qué te pareció a ti eso?

—Normal. Tendré poco pero la convencí a ella.

—¿De qué?

—De que fuésemos pareja.

En ese momento, Adrián le pareció al comisario poco menos que un pardillo. Aquel muchacho había sido utilizado únicamente para poder llegar hasta su tío. Sería mejor salir del jardín en el que se había metido. Pero tampoco convenía dar una larga cambiada en plan torero.

—Oye, y cuando te pidió que le presentases a tu tío ¿qué le dijiste?

—Pues que por qué no extraía los ADN de los de la necrópolis y los cotejaba con los de gente de Compostela para ver si había entre los ciudadanos actualmente vivos descendientes directos de los antiguos habitantes de la ciudad. Le pareció muy buena idea.

—¿Y por qué no la realizó?

—Pues porque dijo que se la reservaba para llevarla a cabo en un castro de Lugo o de un lugar mucho menos frecuentado, mucho más aislado y más antiguo que la necrópolis. A mí no me pareció mala idea.

—Ya. ¿Y cómo conoció por fin a tu difunto tío?

Andrés se sorprendió a sí mismo en el momento de referirse al deán como a alguien muerto y, por la cara que mostró Adrián, le resultó evidente que a éste también le había causado una pequeña conmoción. Se sobrepuso a ella de inmediato.

—Pues una tarde que íbamos los dos por la rúa do Vilar, al llegar a la Praza das Praterías, lo vio bajando por las escaleras, me empujó en su dirección y adecuó el paso para coincidir con mi tío justo cuando estaba en el último escalón.

—¿Y qué hiciste tú en ese momento?

—¿Yo? ¡Nada! Ella sonrió, le dio un beso y le dijo: «Hola, don Salustiano, soy Sofía, la novia de Adrián».

—¿Ya erais muy novios?

—¡Qué va...!, sí salíamos desde aún no hacía mucho... —respondió Adrián como si empezase a reflexionar sobre el hecho de lo deprisa que había ocurrido todo.

Era cierto. En realidad su relación se había consolidado a partir de aquel momento. Él estaba tan ilusionado con ella, la admiraba tanto, tanto lo atraía, que de ahí en adelante se entregó sin reservas al disfrute de la situación que acababa de ser definida de tal modo.

Pronto empezó a ser el suyo un noviazgo aceptado en el seno de la familia de Adrián. Incluso la llevó a la aldea para que conociese a sus padres pero, a partir de ahí, la familia eran ellos tres: el deán, Sofía y él, de forma que ella empezó a

frecuentar al deán y a visitar la catedral con frecuencia hasta conseguir de él lo que esperaba lograr desde un principio.

Andrés se compadeció de aquel buen muchacho, ingenuo y sin una pizca de maldad.

Sabiendo que se extralimitaba en sus atribuciones, que aquello no entraba en el ámbito de sus competencias, que tampoco era el momento y que, además, lo más que probable es que se equivocase, no se resistió a ponerle la mano sobre el hombro y recomendarle:

—Llórala un poco, puesto que tanto la querías..., pero tampoco te pases. No la llores demasiado.

Después añadió:

—Anda, vamos. Nos están esperando.

Y emprendió el camino de regreso hacia los grupos que esperaban por ellos, a la entrada de la puerta que conducía a la cubierta de la catedral en la que el cadáver de don Salustiano ya estaría empapado a pesar de las mantas y el plástico con el que había sido protegido de la lluvia.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 18.10 h.

Era evidente que había sido inevitable que trascendiese la noticia. La presencia de tantas personas en la tribuna de la catedral lo confirmaba. A lo lejos vislumbró a Salvador, el piloto de pequeños helicópteros teledirigidos, de brazos cruzados, escuchando las explicaciones que le proporcionaba, con mucho énfasis gestual, el canónigo ex comandante de la Legión. Se preguntó qué podría estar haciendo allí, además de curiosear, pero decidió que lo más sensato sería ignorar la presencia de su hijastro. El canónigo estaba en su catedral, el hijo de Eulogia era conocido por todos los miembros de la comisaría, nadie le habría puesto trabas para llegar hasta allí y no debería ser él quien se las pusiese ahora.

El arzobispo estaba también entre todas aquellas personas que al comisario se le antojaron un gentío. Al divisarlo, Salorio decidió que, puesto que estaban en recinto sagrado, debería ser a él a quien primero saludase. En el fondo lo despreciaba. Le parecía que, después del último cardenal de Compostela, ninguno de los arzobispos que lo habían sucedido había estado a su altura. Al recordar la imponente arquitectura corporal de aquel purpurado, cuyos restos yacían allí abajo, a escasos metros, cercanos al Pórtico de la Gloria, pudo evocarlo en sus mejores tiempos y relacionarlo con el deán que había sido su secretario personal.

Resultaba curioso cómo dos personajes de la Galicia de su tiempo, el cardenal Quiroga Palacios y el considerado patriarca de las letras gallegas, don Ramón Otero Pedrayo, habían ofrecido en vida tan imponentes figuras para que trascendiesen a través del tiempo. Ninguno de ellos había sido muy alto, aunque sí voluminoso, pese a que tal era el aspecto que ofreciesen. Don Fernando era cercano y lleno de humanidad, carente de ese hálito que rodea al falso beato y lo distingue. Don Ramón era de una cordialidad desbordante como el agua de una barroca fuente de pazo. Los dos habían sido hombres de fe.

Don Fernando era de origen humilde y había comenzado su carrera eclesiástica como monaguillo, en su viejo pueblo campesino, de forma que, cuando fue ordenado cardenal, un viejo paisano suyo pudiese comentarle: «¡Carallo, Fernadiño, como sigas así vas llegar a Dios!».

Don Ramón era un viejo miembro de la hidalguía campesina venida a menos y más de una vez afirmó con toda la solemnidad que pudo: «¡Soy un náufrago del XIX!».

Los dos habían sido los últimos baluartes de una Galicia que ahora yacía sepulta en la tumba de la historia. Andrés Salorio no supo muy bien por qué razón los había evocado. Quizá fuese debido al ámbito eclesial en el que estaba transcurriendo la

investigación policial en aquel momento.

—Quiroga era fieramente humano —se dijo el comisario—. ¿Lo sería en tal medida el extinto deán? —se preguntó acto seguido.

El deán se le había antojado siempre como el cristal, cortante y frío, metálico. Como si hubiese sido fundido en el mismo crisol, sí, pero a diversas temperaturas y en distintas oportunidades. Era como un termómetro líquido. Como un tubo de ensayo ocupado de ampollitas que flotasen entre dos aguas, en su interior, rellenas de líquidos de diversas densidades y colores, dispuestas a subir y bajar a impulsos de la dilatación o la contracción térmicas para ocupar distintas alturas y señalar distintas realidades atmosféricas. Abres la ventana y entra una brisa fresca, de forma que el espectro formado por los colores se agita y resitúa. Cierras la ventana y se recoloca, enciendes la calefacción o el aire acondicionado y el juego de colores que resulta ya es entonces otro.

Sin embargo, el tubo de ensayo, el termómetro, es siempre el mismo y, a la postre, resulta gélido, transparente y cortante como el cristal que lo contiene, pensó el comisario, sonriéndose. A la postre, la sempiterna sonrisa que el deán enarbolaba y tanto sometía los corazones femeninos resultaba dura. Dura y fría. Sus sedosas sotanas emitían destellos como de cristal o de piel de serpiente y así se ofrecían a primera vista. Al final uno se daba cuenta de que eran diamantinas, que se correspondían con la humana estructura que envolvían; es decir, máxima dureza, máxima fragilidad. Como Sofía. Cristal al fin y al cabo. Carbono puro cristalizado. Debajo de ellas alentaba un pecho necesitado de contacto físico. Por algo se habían entendido. ¿O enfrentado?

En un principio, no hacía tanto, apenas cuarenta y ocho horas, había pensado en él como candidato a haberse llevado a Sofía por delante. Más tarde lo había desechado. Estaba desechando demasiados sospechosos con demasiada rapidez. Cierto que tampoco nunca se le habían presentado dos muertes violentas en tan poco espacio y en tan poco tiempo.

Cierto también que todo había acusado a Clara, al menos en un principio. Sin embargo, gracias a una única conversación mantenida con Adrián, había decidido liberarla del peso de cualquier sospecha, mucho más de cualquier acusación. Al saberse pensando así, determinándose de tal modo, reconoció que se abandonaba demasiado a sus impulsos, que confiaba demasiado en sus intuiciones, casi diría mejor que en sus sensaciones. Le pasaba igual con las mujeres, sí se encontraba a gusto con ellas, se dejaba ir. ¿Se estaría volviendo viejo? Estaba tejiendo y destejiendo conjeturas a demasiada velocidad. Así que serenó su discurso y lo repasó de nuevo.

Había empezado pensando que Clara había acudido a la catedral con un propósito y pensaba ahora que quien realmente lo había tenido era el difunto. Quizás el resbalón le había impedido llevarlo a cabo. Habría que decidir sí el tremendo batacazo había sido oportuno o inoportuno.

La tremenda fractura que se había producido en la base del cráneo era sin duda la causante de su muerte, pero también la salvadora de la de Clara. Sí, podía ser la suya la fría figura de un potencial asesino en serie. Ya sólo le faltaba averiguar el motivo. Oscilaría entre el de la fe exacerbada, que lo hubiese alentado a él, o el de una vanidad siempre insatisfecha como la suya que lo indujese a reprimir la del director de tesis de Sofía. Era muy frío el fallecido deán.

No tenía mucho que ver con la calidez humana de aquel varón —y efectivamente parecía que lo había sido cabalmente— del que había sido secretario.

Entonces recordó al viejo cardenal cuando, antes de salir de viaje hacia Roma con intención de asistir a un cónclave para la elección de papa, fue abordado por una beata que llena de hipocresía y sólo por halagarlo le había dicho:

—Ah, señor cardenal, y mire que sí se nos queda usted de papa en Roma...

A lo que él había respondido tonante:

—Señora, el Espíritu Santo, podrá ser viejo, pero todavía no chochea —dando por cerrado el caso.

¿Sería también así el deán, al menos en alguna medida? Había tratado al cardenal en su más recoleta privacidad y el discípulo suele heredar no pocos hábitos del maestro. Más todavía en el caso de quienes aceptan el celibato de por vida cuando se trata de emular las enseñanzas recibidas de sus superiores acerca de las múltiples variaciones que, sobre el mismo tema, fluyen en el comportamiento interno de los sacerdotes católicos.

En su aspecto externo, en absoluto era continuador de los hábitos del cardenal. Daba muy bien el pego. Todo eran sospechas y veladas afirmaciones sobre su conducta. Pero nadie afirmaba nunca nada. Tendría que preguntar por los hábitos que habían regulado la vida oculta del fallecido deán y cuáles habían sido sus preferencias, cuáles sus tendencias y por qué impulsos se dejaba dominar, porque lo cierto es que no era capaz de contenerlos todos embridados. Muchos sí. Todos no. Los que afectaban a las hermosas mujeres entre éstos, algo que no dejaba de suscitar su simpatía en país tan hedonista como el suyo.

Cuando ya estaba a la altura del arzobispo se abrió la puerta que conduce al tejado y asomó tras de ella la figura de la misma jueza que el sábado había ordenado el levantamiento del cadáver de Sofía y acababa ahora de hacer lo mismo con el del deán.

Estaba sustituyendo al titular del juzgado número dos, Míguez Poza, decano de los jueces, ajeno a estos trámites por los cauces reglamentarios y debidos. El comisario no supo responderse sí la jueza no estaría demasiado feliz gracias al protagonismo que este nuevo fallecimiento le estaba deparando.

Detrás de ella apareció el forense y tras él lo hizo Carlos Somoza. Los tres se sacudieron el agua de la lluvia de modo que el ruido de los impermeables al ser agitados o batidos con las manos alertaron de su presencia a los congregados en el elevado recinto de la tribuna catedralicia.

En ese momento, Andrés hizo un gesto para disculparse con el arzobispo y varió la dirección de su marcha para poder acercarse a los tres recién descendidos de las alturas.

—Nos vemos en todas, señora jueza —dijo a guisa de saludo.

—Sí, es una suerte. Pero se trata de una sustitución hecha a un amigo —respondió ella casi sonriendo de modo que permitió al comisario deducir que algo sí que le gustaba el protagonismo alcanzado en el breve espacio de dos días.

—¿Y? —respondió Andrés por todo comentario.

—Pues que ya pueden bajarlo.

—¡Ca!

—¿Cómo que no? —preguntó con extrañeza quien acababa de juzgar y decidir que sí podían retirar el cadáver.

—¿No acaba de autorizar un levantamiento?

—¡Claro!

—¡Pues que lo levanten!

—¿Pero no dice que no?

—No.

—¿Entonces qué dice?

—Digo que no lo bajen.

—No entiendo.

—Qué lo suban, coño, que se lo lleven volando. Cuanto antes. Se va a hacer de noche y a esa hora el pájaro no vuela.

La jueza lo miró con asombro. Andrés, por su parte, se sintió feliz. Le gustaba ver esas expresiones de incredulidad cada vez que hacía un juego de palabras o, lo que es lo mismo, pronunciaba lo que él entendía que era un chiste malo. El chiste no solía hacerle gracia ni siquiera a él mismo. Pero las expresiones provocadas sí que solían hacérsela.

—¡Boh! —concluyó la jueza.

Entonces Andrés la cogió del brazo y se la llevó aparte. Los siguieron los dos facultativos.

—¿Qué creéis que ha sido? —les consultó.

—¡Un puto resbalón! —contestó Somoza sin dudar.

—¿Y un empujón? —preguntó de nuevo.

—Un empujón deja más huellas que ese único resbalón sobre la piedra tan cercano al lugar en el que se abrió la cabeza.

—Clara estaba con él —añadió el comisario.

—Yo podría firmar el certificado de defunción sin necesidad de autopsia. Muerte accidental, pondría —atajó el forense.

«¡Coño, qué listos son éstos! Cómo se nota que no tienen que buscar un criminal», pensó el comisario mirando a los ojos a Somoza.

En el fondo lo agradeció, pero no dejó de pensar, ni por un instante, puesto que

por un segundo sería demasiado tiempo, que pese a la opinión del médico, las dos muertes estaban relacionadas entre sí. Era como si un hilo invisible hubiese servido para coserlas, uniéndolas para toda la eternidad. No pudo evitar, ni quiso hacerlo, el hecho de imaginarse la figura de Sofía en brazos del canónigo.

Compostela, lunes, 3 de marzo de 2008, 18.30 h.

Al darse la vuelta para saludar al arzobispo de una bendita vez, el comisario Salorio tenía el aspecto más relajado. Lo había conseguido después de haber hablado con la jueza, y los dos médicos y a continuación de haber dado orden, por fin, de que el helicóptero se llevase el cadáver del canónigo, por los cielos adelante, camino del Complejo Hospitalario Universitario de Santiago que forma parte del conjunto sanitario capitalino.

Andrés Salorio, comisario jefe del Cuerpo Superior de Policía, al volverse hacia su eminencia reverendísima, constató la presencia menuda y abatida de Tomé Carreira, al lado de la del prelado.

«¿De dónde habrá salido éste?, porque por la puerta no lo vi entrar», pensó mientras caminaba hacia ellos.

Tomé Carreira tenía el gesto desencajado en tal medida que el comisario estuvo a punto de olvidarse del prelado y ocuparse en consolarlo a él, tan afligido se mostraba. Afortunadamente, no lo hizo así.

—¿Cómo está monseñor? Permítame expresarle mis condolencias por tan triste pérdida —le dijo a modo de saludo—. Acabo de dar orden de que se lleven el cadáver.

—Gracias, comisario —respondió el arzobispo—. ¿Lo bajan ya?

—No.

—¿Cómo que no?

—No.

—Pero no dice...

—En estos momentos su deán debe de estar siendo elevado a los cielos..., como corresponde a su condición y jerarquía —enfaticó el comisario.

Al acabar de decirlo así, le pareció que se repetía y que incluso podría estar resultando impertinente. Pero no fue capaz de resistirse a ello. Era su condición. La aceptaba y decidió que era mejor observar qué aspecto mostraba la cara del prelado como reacción a sus palabras.

La cara del prelado se ofrecía lívida y un se diría sí está no está desencajada. Salorio quiso atribuirle al disgusto por el óbito, más que al enfado por su impertinencia, y pensó que monseñor tenía ojos de pez, especie a definir, quizá de besugo, por lo inexpresivos y acuosos que se ofrecían a la contemplación ajena.

—¡Señor comisario, le ruego contención y respeto para con su eminencia! —le reprochó de modo airado Tomé Carreira—. La del señor deán es una gran pérdida para la mitra Compostelana. Nadie se esperaba este desenlace.

—Discúlpeme, reverendo —atajó Salorio, rebajando deliberadamente la dignidad de su eminencia reverendísima—, se trata de trasladar el cadáver sin mayor tumulto para que puedan practicarle la autopsia.

—¿La autopsia?

—Naturalmente. ¿Podría asegurar usted que no haya sido un crimen e incluso que no esté relacionado con el del sábado, monseñor? —respondió Salorio.

—¡Éste..., no! —intervino el catedrático Carreña— ¡... por favor, comisario!

—En fin, siento lo ocurrido. Tan pronto como hayan practicado la autopsia, la Iglesia podrá recuperar el cuerpo del difunto; del alma ya se habrá ocupado su jefe menos inmediato y más superior, es decir, el Altísimo, cerca del que ya debe de estar en este instante —atajó el comisario.

Era evidente que no se encontraba a gusto en presencia del mitrado de maneras blandas, reconoció Andrés Salorio para sus adentros, preguntándose de dónde le vendría a él aquel anticlericalismo manifestado de forma tan reiterada, pero no halló respuesta alguna a cuestión que no se le antojó tan ardua. Sin embargo, así era. Incluso el catedrático de antropología médica había dejado de causarle la gracia que siempre le había causado.

—Discúlpeme, pero tengo que seguir ocupándome del caso —dijo Salorio a guisa de despedida. Luego se dirigió hacia donde se encontraban Andrea Arnoia y Diego Deza.

El subcomisario y la inspectora jefe mostraban señales ciertas de las tensiones vividas desde el sábado y de los esfuerzos dedicados a la investigación del asesinato de Sofía Esteiro, baldíos todos ellos. Sin embargo, las ropas del primero se exhibían recién planchadas, sin una arruga, como si acabase de salir de casa. Las de Andrea Arnoia, en cambio, daban la impresión de haberse metabolizado en su cuerpo como lo hacen esas redcillas quirúrgicas que se implantan para la contención de las hernias más dispares. Cualquier observador atento juraría que era la misma ropa de siempre. Incluso había quien afirmaba que cuando le gustaba una prenda o un conjunto de ellas, las compraba por triplicado a fin de seguir vistiendo siempre igual sin más que mudar las prendas pero no el uniforme. Otros, más mordaces, afirmaban que se las lavaba los domingos por la noche y que eso era más que suficiente para ofrecer siempre el mismo aspecto.

La luz del día había empezado a languidecer, pese a la proximidad del equinoccio. Todavía no habían descendido, desde lo alto de la torre llamada de Doña Berenguela, las graves campanadas que anunciaban la hora correspondiente a las siete de la tarde. Cuatro badajazos dados por la campana menos enorme de las dos, antes de los siete sonos solemnes desprendidos por la mayor, se diría que de modo autónomo y consciente, sin necesidad de ningún mecanismo que los hiciese incorporarse a la atmósfera, ocupándola vibrantemente durante unos largos minutos que al comisario siempre se le antojaban muy hermosos.

Al reparar en ello, Salorio decidió que esperaría en el triforio hasta oír las sonar e

incluso que, mejor, debería subir a la cubierta para escucharlas desde allí.

—Subamos —ordenó a sus subordinados al llegar a su altura.

El subcomisario y la inspectora lo siguieron escaleras arriba, procurando no hablar mucho para no evidenciar el jadeo que los invadía según iban ascendiendo. Las paradas realizadas por el comisario, a cada poco, los fueron liberando de la tensión provocada por la angostura y lo empinado del camino de ascenso. Con todo, no les llevó mucho volver a asomarse a la cubierta que recordaba una pirámide escalonada y conducía directamente al cielo, extremo éste del que el deán acaba de dar involuntario ejemplo.

Nada más hacerlo, Diego Deza preguntó:

—¿Qué hacemos, detenemos a la abogada?

—¿Tú, qué piensas? —interrogó el comisario.

—Hombre, pues yo diría... —balbuceó Deza.

—¿Y tú? —se dirigió a Arnoia el comisario.

—Yo..., yo..., yo no sé qué haría... —le respondió la inspectora.

—Ya veo, ya —concluyó Salorio. Luego contempló su reloj de muñeca y guardó silencio.

Los otros dos miembros del cuerpo superior de policía se miraron e hicieron intención de hablar. Los atajó un gesto de su jefe.

—¡Shhhhsssssss! —les ordenó silencio y volvió a mirar la hora en su muñeca.

En ese momento empezaron a descender lentas y majestuosas, monótonas y graves, las cuatro primeras campanadas.

Los dos subordinados se miraron y luego observaron a su jefe. El comisario tenía los ojos cerrados. Los mantuvo así hasta que se extinguió la última vibración de la séptima y última campanada. En ese momento los abrió de nuevo y dijo:

—¡Ah, ya tenía ganas!

—¿De qué? —preguntaron a dúo.

—De qué va a ser, de oírlas tan de cerca —respondió Salorio.

Los dos se miraron con sorpresa y el comisario se regodeó del efecto causado por su comentario. No podía remediarlo.

—Ni se os ocurra detenerla. La acompañáis hasta el Hostal, le pedís que no salga en toda la noche y le rogáis que se pase por comisaría a primera hora de la mañana.

—Pero... —intentó oponerse Deza—. Ni pero ni nada, aquí quien manda es Roque y Roque soy yo; haced lo que os he dicho —atajó Salorio.

—Es que ya nos lleva anunciados dos fiambres... —argumentó Arnoia.

—Esta chica tiene la negra, pero no es una asesina —respondió el comisario.

—¿Entonces...? —volvieron a decir a dúo.

—Ya veo que cada vez os entendéis mejor, entonces hacéis lo que os he dicho y después os vais a tomar juntos unas cañas.

—¿Pero quién pudo haber sido? —exclamó el subcomisario—. Si fue el deán, vamos jodidos, ¿verdad? Lo sabremos pronto.

—¿Pronto?

—Sí. Quien escenifica un crimen como lo hizo el que mató a Sofía le coge gusto al arte de matar y volverá a hacerlo.

—Pero, ¿tiene una idea?

—Alguna tengo, lo que no sé es si será buena —respondió el comisario, dando por cerrada la sesión, antes de emprender el camino de bajada.

Al llegar al triforio ya faltaba alguna gente. Clara permanecía en el mismo sitio en el que se había quedado al bajar del tejado y Salorio se acercó hasta ella seguido de sus dos ayudantes.

—Hola. Clara. Ellos te van a acompañar hasta el Hostal. Enciérrate en la habitación y descansa —le dijo.

Después, llevado de un impulso, se inclinó para darle un par de besos. En el momento de darle el segundo, le susurró al oído:

—No te muevas de allí, luego te llamo.

Capítulo Quinto

Compostela, martes, 4 de marzo de 2008

La noche anterior, el comisario Salorio se acostó tarde y bastante agotado después de haber dudado mucho acerca de cuál sería la actuación más conveniente. Resolvió en última instancia. Lo hizo llevado más de la comodidad que de la intuición.

No mandó detener a Clara Ayán, como le aconsejaba la inteligencia administrativa, la troquelada a fuerza de años de servicio, sino la cultivada en tantas horas de espera aparentemente inútil. Esas horas durante las que lo único que trabaja es la intuición, unas veces; la ley del mínimo esfuerzo mal entendida, otras tantas; o la de la experiencia acumulada que, contraviniendo el ya también citado manual de instrucciones del buen y probo funcionario, aconseja dejar que todo fluya como lo hace la marea cada seis horas: yendo y viniendo, llevando y trayendo lo que tiene que llevar y lo que tiene que traer.

En definitiva, la conocida máxima que aconseja que sí un problema tiene solución, para qué preocuparse; y si no la tiene, para qué esforzarse en resolverlo, fue la que lo llevó a tomar su decisión. Además, seguía lloviendo y ya estaba harto de apropiarse de paraguas ajenos, fingiendo un despiste que, a todas luces, no tenía.

Las dos muertes habidas desde el sábado a primera hora de la tarde hasta el lunes cuando ésta ya estaba mediada, casi a punto de finalizar, ya hallarían la debida explicación, en su debido momento, durante algún repunte de la bendita marea que va y viene sin descanso. Así que descolgó el auricular del teléfono, marcó el número del Hostal de los Reyes Católicos, pidió que le pusiesen en comunicación con el dormitorio de la señora Ayán y le dijo:

—Hola, Clara, soy Andrés Salorio. Creo que debes de estar muy cansada. Por eso, en vez de invitarte yo a cenar hoy a ti, me invitas tú a desayunar mañana a mí. ¿Te parece que lo hagamos ahí mismo en el Hostal a las ocho y media?

—Sí, claro, cómo no —respondió una Clara que le pareció algo aturdida—, mañana a las ocho y media estaré en el comedor.

—Vale. Procura no salir del Hostal. Llueve mucho y puede que agarres un constipado. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, claro. Hasta mañana.

—Pues hasta mañana, que duermas bien —dijo Salorio contento de ser él quien pronunciase la última palabra. No solía sucederle así. Por eso colgó contento el auricular.

Después marcó el número de la comisaría y ordenó una discreta vigilancia, más bien una efectiva custodia sobre Clara que pudiese pasar lo más desapercibida posible no sólo para ella sino también para los empleados del Hostal.

—Aunque nada de pasar la noche dentro del coche o mojándose. Dentro del Hostal, pero de forma discreta. Tampoco es como para pasarse —aconsejó al inspector jefe de guardia que atendió a su llamada.

Luego le pidió a Eugenia que le preparase algo de cena.

—Te lo pido porque, como tú también vas a cenar, sí la preparase yo, lo harías mucho peor que sí la preparas tú —le explicó solícito.

Ella se sonrió con la misma sonrisa torcida de su madre. Acto seguido se levantó, llamó a su perrito mientras abría la puerta del balcón, se la franqueó y lo conminó a salir para que realizase allí fuera sus necesidades. Aquello era algo que irritaba sobremedida a Andrés. Menos mal que llovía y que aunque algunos restos líquidos se desplazasen no provocarían la ira de ningún peatón que los sintiese caer sobre su cabeza y cometiese la torpeza de impregnar sus dedos en ellos para olisquearlos.

Y menos mal también que estaba vestida. Aquel ser disparatado que era la hija de su compañera sentimental podía haberse asomado desnuda, con total naturalidad, para volverse sonriendo hacia él y comentarle: «Es indignante, no me quitan el ojo de encima los de enfrente. Ni que estando en mi casa no pudiese hacer lo que me venga en gana».

Quizá por efecto del cansancio acumulado, quizá porque extrañase a Eulogia o por lo que fuese, Andrés substituyó de inmediato las preocupaciones profesionales por otras mucho más inmediatas, relacionadas con la hija de su amada y con su amada misma.

Era increíble la tendencia de no pocas madres gallegas —y suponía que también de otras áreas geográficas— a convertir a sus hijas en beatas o en pendones verbeneros. Todo con tal de destinarlas a que, al llegar a su madurez, se dedicasen a cuidarlas a ellas, a las solícitas madres que siempre habían dedicado sus vidas a encaminar las de ellas hacia la virtud, la oración y el recogimiento o a atender a sus demandas solucionándoles los caprichos más carnales y disparatados para entretenerlas, nunca con un solo hombre, siempre con varios, en aras del disfrute de la vida. Cuando los cuarenta y cinco años apareciesen en sus horizontes ya sería tarde para el cambio y la debida gratitud las condicionaría, desde la santidad o desde el arrepentimiento, a cuidar a quien tanto se había preocupado de enderezar sus biografías.

Hijas solteras, espléndidas cuidadoras. Ésa debería ser una de las máximas patrias. O matrias. Eulogia había administrado no poco del dinero recibido de sus padres en atender todas las demandas de su hija, convertida ya, a tan temprana edad para el cargo como la suya, en lo más parecido a una millonaria excéntrica judía, de vida libertina y escasamente juiciosa; según el entender de la mayor parte de quienes la juzgaban. En fin, allá ellas, madre e hija, pensó el comisario, sin resignarse de todo a ello.

—¿Y cuál ha de ser mi vejez? —se preguntó Salorio, según el perrito regresaba de realizar sus diuréticos e higiénicos desprendimientos líquidos.

Se respondió que, con un poco de suerte, no llegaría a la decrepitud. En tiempos de la dictadura, los buques que realizaban tráfico de pasajeros atravesando el océano y aun los que viajaban a las islas solían llevar dos policías a bordo camuflados, bien entre el pasaje, bien entre la tripulación, ocupados en los más diversos oficios posibles a bordo de un transatlántico. Él había viajado así en dos ocasiones, ambas a México, a Veracruz, después de pasar por Puerto Rico y La Habana y antes de hacerlo a Nueva Orleans, Baltimore y Nueva York.

Había sido en Veracruz en donde había recibido lo que, a la altura de sus años, no sabía sí considerar un valioso o desgraciado consejo. Una máxima que le había proporcionado Ofelio Galán Pin, un viejo controlador de carga, amigo de mezclar sidra El Gaitero y coñac Fundador, en una explosiva mezcla que él llamaba España en llamas.

—Cuate, comer mucho, joder fuerte, esperar la muerte —le había dicho.

El ahora comisario jefe lo había asumido por completo, aplicándose desde entonces cuanto pudo en la aplicación del consejo, llevado de la quizás algo ingenua esperanza de que, llegado el día, un ataque cardíaco o un derrame cerebral lo despachase de este mundo sin mayor número de problemas ni ocupación de días.

—¡Ah, qué caray de vida! —se dijo, disponiéndose a despachar la cena que Eugenia acababa de servirle, en una bandeja que le colocó sobre el regazo, de forma que pudiese continuar viendo la tele.

—Toma, para que cenes rico, rico, rico. Y sabroso, cielito. Pero sano, sano, sano —le dijo sonriendo, antes de alejarse exhibiendo una lordosis se diría que excesivamente pronunciada.

«¡Ah, cómo me gusta ese culito respingón!», evitó decirle el comisario mientras se limitaba a sonreír, pensándolo en voz muy baja.

Entonces echó de menos a Eulogia. ¿En dónde estaría? ¿Sabría ya que se había producido una segunda defunción y que su hijo había tenido un golpe de fe y que estaba rondando por el lugar en el que se había cometido un segundo asesinato en compañía de un legionario que, sin duda, durante la guerra de Sidi-Ifni, habría disparado contra más de un ser humano? ¿Qué pensaría de todo ello?

Para ser comisario de policía, se dijo, quizá tuviese demasiado en cuenta lo que pensase la que estaba siendo ahora su mujer, también y de algún modo, las que lo habían sido. Pero cierto también que después acababa por hacer lo que considerase oportuno. En todo caso el dato era que necesitaba la válvula de escape de una mujer al lado, dispuesta a escucharle o simplemente a permanecer en silencio mientras él la acariciaba.

—¿Seré algo machista? Si me cogen las feministas, me desguazan —se preguntó y dijo, antes de quedarse dormido en el sillón.

Cuando Eugenia vino a echarle por encima una de las muchas mantitas de avión que su madre robaba cada vez que viajaba en un vuelo transatlántico, el comisario dormía como un bebé aunque roncase bastante.

Martes, 4 de marzo de 2008, 8.30 h.

Cuando por la noche anterior el comisario le advirtió que desayunaría con ella a las ocho y media de la mañana, lo primero que hizo Clara fue llamar a recepción para dar recado de que la despertasen a las siete y media en punto. Creyó que con una hora tendría más que suficiente para ducharse, antes de bajar debidamente arreglada. Pero no hizo falta que la despertasen. A las siete lo hicieron las graves campanadas de la catedral. Primero las cuatro que avisaban las horas, luego las siete que decían de cuáles se trataban.

A las siete y media ya estaba duchada y a las ocho vestida y en disposición de esperar al comisario. Entonces bajó camino del comedor en el que se sirven los desayunos. Está a la izquierda de la entrada principal, luego de un vestíbulo, inmenso y ocupado de tresillos de terciopelo y cuadros de evidente traza clásica, cercano a la cafetería.

A la cafetería se llega, después de recorrer el salón inmenso, cruzando un espacio desde el que se puede acceder a uno de los cuatro patios centrales o subir directamente al comedor en cuestión, el de los desayunos, sin más que subir los peldaños de una hermosa, pequeña y breve escalinata de piedra.

Lo que hizo Clara fue seguir ese camino. Al pasar por el vestíbulo de entrada, le indicó al recepcionista que tan pronto como viese entrar al señor comisario jefe le indicase que ella ya lo estaba esperando en el comedor. Luego se dirigió hacia él.

Cuando Andrés Salorio llegó al Hostal, a las ocho horas y veinticinco minutos, venía preguntándose por la calidad de la bollería y la bondad de los cruasanes. En medio de tan ardua reflexión lo sorprendió el portero que le franqueó la entrada, abriéndole cortésmente la enorme puerta de cristal.

—Buenos días, señor comisario; la señora Ayán ya lo está esperando en el comedor.

—Gracias —acertó a responder abandonando por un momento la visión del cruasán apetecido.

Para ser la capital de una autonomía aquello, en cuanto a conocerse todo el mundo, era peor que una aldea. «País pequeño, infierno grande», se repitió una vez más sabiendo que aquel país era el suyo y que a pesar de todo le despertaba dulzura cada vez que lo evocaba.

«Un sentimiento poco localizable en el infierno, este de la ternura, por cierto», pensó antes de entrar en el vestíbulo principal.

Después se sintió inseguro acerca de sí había dicho «gracias» o simplemente había pensado que lo pronunciaba, como le sucedía tantas veces, cuando en realidad

había permanecido mudo.

Recapacitó en el hecho de que iba pensando en tener que avisar a Clara de su llegada por medio de una llamada hecha por el recepcionista y al encontrarse con la salutación del portero pensó: «Es cauta y prudente la muchacha. No quiere dejar lugar a dudas. Está bien, veremos qué tal está el cruasán».

Torció a la izquierda, atravesó el amplio salón lleno de sofás y sillones de orejeras, subió los peldaños de los que ya se dio noticia y desembocó en el agradable ambiente del comedor. Desde lejos los cruasanes tenían buen aspecto. Esto lo animó sobremanera.

—Buenos días, señora letrada, ¿qué tal descansaste, lograste dormir algo? —le preguntó solícito.

—Hola, buenos días. Algo sí dormí, pero más bien poco.

—¿Y eso?

Clara puso cara de asombro y observó al comisario. ¿Estaba de broma o era así de simple?

—Comisario, es martes. El sábado descubrí el cadáver de mi compañera de piso, el lunes vi cómo se desnucaba el deán y hoy martes la pregunta es ¿por qué dormí poco y mal...?

—Tienes razón, Clara, disculpa —le respondió al tiempo que se volvía al camarero indicándole que tomaría un café con leche muy cargado de café y unos cruasanes.

—Es autoservicio, el *buffette* es libre, pero no se preocupe el señor comisario que ya se lo sirvo yo —le respondió el camarero.

—Pues se lo agradezco, sabe. La señora y yo tenemos que hablar —contestó Salorio para indicarle que debería respetar la privacidad que iban a necesitar. Todavía ignoraba que daba en hueso.

—Me imagino que, con la que está cayendo, tendrán mucho que contarse —respondió de nuevo el impertérrito camarero.

—Veo que los periódicos vienen hoy bien servidos.

—Ni le cuento, sí lee *El Correo Gallego* igual sale ya de cualquier duda que pueda tener todavía planteada... —dejó caer el significado profesional de hostelería.

—Ande, déjenos solos y tráigame ese café a ver sí espabilo.

—Sí, que le hará buena falta —volvió a responder el camarero, incapaz de morderse la lengua y de no decir él la última palabra antes de ausentarse en busca de lo que le había solicitado el policía.

En ese momento Andrés se volvió a Clara.

—Comprenderás que el que hablemos tú y yo aquí es una manera informal y discreta de evitarte el hacerlo en comisaría, así que espero que entre tú y yo podamos aclarar algunos aspectos de estas dos muertes tan oscuras.

—La segunda está muy clara, comisario.

—¿Clara? Clara —respondió Salorio queriendo hacer un chiste de los suyos al

tiempo que observaba la imperturbabilidad del rostro de la abogada.

—Yo vi cómo se mataba.

—¿Y quién te vio a ti allí arriba?

—Nadie. El que me acompañó acababa de cerrar la puerta que da al tejado.

—Ya es casualidad.

—Querrás decir fatalidad.

El comisario la miró sin querer darse por enterado.

—¿Y qué hacías tú allí arriba? —contestó él.

—Le pedí al deán que me recibiese, quería hablar con él.

—¿Cuándo se lo pediste?

—Al salir del funeral de Sofía.

—¿Y para qué?

En ese momento regresó el camarero con los desayunos en una bandeja. Mientras los servía el comisario lo interrogó con la mirada, intentando confirmar que había entendido y se retiraría pronta y prudentemente de su proximidad.

Así fue, efectivamente. Clara, que había permanecido en silencio en espera de que el camarero se ausentase, retomó entonces la conversación aplazada.

—Quería hablarle acerca de esto —respondió Clara, al fin y al tiempo que echaba la mano a su escote y extraía el *pendrive* que tenía colgado del cuello, oculto entre sus pechos.

Andrés Salorio siguió atónito la trayectoria descrita por la mano de la mujer, dispuesto a contemplarlo todo, resignado a no ver nada. Quizá por eso no puso cara alguna de la que poder deducir asombro, esperanza o desilusión, pero sí algo de una curiosidad de intencionalidad tan discutible como ambigua.

—¿Qué contiene? —preguntó entonces el comisario.

—El escritorio del ordenador de Sofía. Quería comentárselo a él antes que a nadie.

—¿Por qué?

—Porque afecta a la Iglesia y a sus verdades más que a nadie.

Aquello empezaba a ponerse interesante. Tanto que por un momento, tan sólo por un momento, el comisario se olvidó de su cruasán. Superado el trance, después de aplicarse en la ingestión de otro bocado y hacer la debida pausa, volvió a preguntar.

—¿Sabía el deán de qué ibas a hablarle?

—Me dio la impresión de que sí, de que ya lo sabía —respondió Clara.

—¿Por qué?

—Porque cuando le dije que quería comentar con él algunos aspectos de la tesis doctoral de Sofía me dijo «Ah, sí, claro, vente por la catedral después de comer y hablamos de todos sus descubrimientos».

—¿Qué descubrimientos? —preguntó Salorio.

—Los que están aquí encerrados.

—¿Sólo ahí?

—Y en otros cinco más debidamente guardados.

—¿Por qué?

—Porque ya murieron dos personas por culpa de ellos —respondió Clara.

Aquel comentario de Clara podía darle, de nuevo, una vuelta a todo. Hasta era posible que la llamada a desnucarse en la cubierta de la catedral fuese ella y no el extinto canónigo, volvió a pensar el policía.

El asunto empezaba a ponerse interesante, consideró de nuevo el comisario. El problema es que se volvía así de interesante cada poco tiempo y un interés despertado tan a menudo acaba por aburrir, cuando no por irritar, y ni el aburrimiento, ni la irritación, suelen ser buenos consejeros para la resolución de los expedientes policiales. Ahora se estaba poniendo de nuevo interesante admitió Andrés con cierta resignación.

—La resignación tampoco es buena —se dijo—... aunque sí la paciencia —y se dispuso a ejercitarla con todo su afán puesto en la ampliación de información que tan desinteresada como sorpresivamente le iba a ser ofrecida.

Le pareció que Clara estaba dispuesta a contarle allí mismo todo lo que sabía y consideró ocioso el traslado a comisaría, no fuese a suceder que, por el camino, cualquier inconveniente inesperado viniese a frustrar aquel buen ánimo.

—Tráigame otro café, sí es tan amable —le pidió entonces al camarero atrayéndolo antes con un gesto que no resultase ofensivo—. ¿Quieres tú otro? —le preguntó a Clara y, al ver que ella asentía, dijo—: Y otro más a doña Clara, por favor.

—¿Le traigo otro cruasancito o lo dejamos así? —preguntó el camarero con cara de póquer y sorna encubierta.

El comisario fue rápido en la respuesta:

—Haga lo que quiera, pero a mí no me eche la culpa.

Martes, 4 de marzo de 2008, 8.45 h.

Salorio esperó pacientemente a que el camarero los atendiese, sonrió cuando éste le puso otro cruasán delante, y se decidió a preguntar sólo cuando tuvo la certeza de que no serían escuchados:

—¿Y eso ya no está en el ordenador, claro?

—No.

—¿Por qué?

—Porque al leerlo me asusté y lo borré todo.

—¿Cuándo lo hiciste? —preguntó el comisario.

—Cuando me dejasteis sola para que preparara mis cosas.

Lo primero que pensó Salorio fue en cómo enmendar el fallo de sus subordinados. Le resultaba difícil aceptar que hubiesen dejado pasar desapercibido aquel detalle que no era precisamente insignificante. Los palos de ciego o el compás de espera entre los que había oscilado la actividad policial, desde tres días antes, hubieran tenido una intencionalidad de la que habían carecido. Era humano el fallo, pensó el comisario pero, ¡carajo!, también era como para meterles un paquete.

Mientras masticaba el cruasán se dio un tiempo para pensar en cuál debería ser su actuación. Clara, expectante y silenciosa, lo observaba desesperándose por la lentitud de su masticación y la demorada deglución de la sabrosa masa de pasta con mantequilla horneada con azúcar, luego de mezclada se diría que con muy buena mano.

Cuando supo cómo actuar, Salorio preguntó de nuevo.

—¿Aplicaste un proceso de destrucción Shedering?

—¿Qué sí...?

—Qué sí formateaste el software... —no terminó la frase, porque se dio cuenta de que Clara no tenía ni remota idea de lo que le estaba preguntando— que cómo lo borraste...

—Puse deliberadamente tres veces el password equivocado.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Ahora tenía definitivamente claro cómo tenía que actuar a este respecto.

—No sé si te das cuenta de que estoy intentando ayudarte y de que me la estoy jugando.

—Sí, claro que me doy cuenta. Gracias, Andrés.

—Entonces no te importará que haga una llamada.

—En absoluto.

Salorio extrajo el teléfono móvil de un bolsillo y marcó el número de Andrea Arnoia. Cuando ésta respondió a la llamada, con el mejor tono que pudo, le indicó que al ordenador no le habían aplicado un proceso de destrucción shredding y que por lo tanto era recuperable, que el informático apurase el proceso. Después cortó la comunicación y se dirigió de nuevo a Clara.

—¿Qué leíste allí?

—Leí que en el sarcófago en el que se guardan los restos del Apóstol hay huesos que no sólo son humanos, sino también de animales.

—Pero eso lo sabe si no mucha sí alguna gente, ¿verdad? Incluso que son tan pequeños que pudieran ser de mujer o de niño ¿no es así? —la interrumpió Salorio pretendiendo realizar un alarde de conocimientos jacobeos.

—Sí, pero lo que nadie sabe es que Sofía se hizo con unos trocitos de huesos humanos, solicitó la determinación del ADN mitocondrial de esos trocitos y después envió los resultados no sé ahora sí al profesor Amos Kloner, de Jerusalén, o sí a la Lakehead University de Ontario, Canadá, al doctor Carney Matheson, para que los comparase con los de los restos hallados en la tumba descubierta en 1980 en Jerusalén.

Salorio terminó la deglución del cruasán de un golpe y preguntó:

—¿Qué tumba?

—La de Talpiyot, en Jerusalén. Había en ella diez sarcófagos con seis inscripciones que daban cuenta de a quién habían pertenecido los restos que los ocupaban.

—¿Y a quién pertenecían?

—Según el Paleo-DNA Laboratory de la Lakehead University, a María, a Mateo, a Jesús hijo de José, a Mariamene e Mara, es decir, a María Magdalena, a José hermano de Jesús y a Judah, hijo de Jesús.

—Eso es lo del documental de James Cameron dirigido por Simcha Jacobovici, ¿no? El de Discovery Channel, ¿verdad? ¡Pues mira tú que no habría gente llamada así en aquel tiempo en Palestina!

—Claro, ¿pero que los así llamados coincidiesen todos con los del grupo citado y a su vez lo hiciesen en la misma tumba?

—Claro.

—Cómo que claro. Y que los Jesús hijo de José y los de Mariamene e Mara, es decir, los de Jesús y María Magdalena no estén relacionados por el ADN.

—¡Pues mira qué bien!

—Pues no sé, porque al estar enterrados juntos puede significar que fueron marido y mujer.

—¿Quién?

—Jesús y la Magdalena.

—¡Coño!

—Sí, coño. Pero eso no es lo grave.

—¿Qué eso no es lo grave? Claro, será porque por eso, aquí, según tú no mata nadie, faltaría más.

—Lo grave es que, según leí en el texto de Sofía, el análisis del ADN de los huesos que se creen del Apóstol, dice que además de ser de mujer coinciden con el de los huesos de María Magdalena.

—¡Hostia!

—¿Hostia? Sí por eso, aquí, sí que no mata nadie...

—Ya hubo muertes, Clara, ya las hubo. No seas irónica que ése es el papel del policía. El problema es que pueda haber más —respondió Andrés—, así que será mejor que regreses a tu habitación y que la abandones lo menos posible.

—Claro que puede haber más. Antes de salir para la catedral me llamaron por teléfono a la habitación. Era la misma voz distorsionada que al llegar el sábado por la tarde me advirtió de que ya sabía en dónde estaba, me dijo que le contara todo al deán y me amenazó de nuevo. Estoy muy asustada.

—¿Quién sabía que ibas a hablar con el deán?

—Nadie. Bueno, sí. Adrián.

—Adrián es un pobre diablo, ése no cuenta. Lo sabía alguien más.

—No es posible.

—Sí, es posible.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Y sí lo sabía yo porque te lo oí decir, también pudo haberlo oído alguien más.

El rostro de Clara se ofreció demudado, mientras que el de Andrés Salorio revelaba sus esfuerzos por recordar el entorno que tenía el grupo del deán cuando él se había acercado y oído decir «... después de comer», sin duda que confirmando la cita previamente acordada.

Recordaba varios pero dos afloraban a su memoria con mayor nitidez que otros cualquiera. Por un lado estaba el grupo de los doctores, en la puerta de la facultad, y, por otro, estaba el del cura ex legionario y la bibliotecaria de la facultad que, posteriormente, se había visto incrementado por otros afines a los postulados integristas que compartían con la pareja, entre ellos Salvador, el hijo menor de Eulogia, experto en vuelos de salón que, al parecer, se había caído sino de la burra sí del helicóptero y, a consecuencia del golpe recibido, había descubierto la grandeza del Señor.

Sería lo que faltase, unos integristas asesinando en defensa de la pureza de la fe. Mal se le ponía el asunto. ¿Estaría Salvador metido de hoz y coz en aquella sucesión de acontecimientos? La simple formulación de tal posibilidad le hizo sentir la boca amarga.

Sin embargo, un tercer grupo vino a sacarlo de elucubraciones que tanto

desasosiego habían empezado a producirle. El grupo de Tomé Carreira, compuesto mayoritariamente de doctorandas en edades de merecer atención y mimo.

Bésame-Bésame era la primera de ellas. Tan oferente se mostraba, tan solícita a los requerimientos del amor se presumía, que eclipsaba las imágenes de todas las que acabaron por componer el grupo de aquel fauno que era Tomé Carreira, director, además, de las tesis de casi todas ellas y, fundamentalmente, de la que se anunciaba tan polémica y controvertida. ¿Sería Tomé Carreira el asesino? ¿Cómo se habría deshecho de Sofía sin provocar alarma?

—¿Carreira entró alguna vez en vuestro piso con algún motivo?

—Claro, dirigía la tesis de Sofía —respondió Clara.

—¿Conocía los resultados de la consulta del ADN?

—Entiendo que sí.

—¡Joder, pero sí ése está metido siempre entre curas! —exclamó Salorio sin poder contenerse.

Permanecieron sentados todavía un rato, sin decidirse a levantarse de la mesa y dar por terminada la conversación. Pero se mantuvieron en silencio, ensimismados, rumiando todo lo que Clara había contado e intentando descifrar lo que podría llegar a significar en el caso de que llegase a ser difundido el contenido de los archivos. En el comedor ya no quedaba nadie. Estuvieron así, en silencio, hasta que el camarero vino a rescatarlos de sus reflexiones.

—Si se fueran para la cafetería, en donde a esta hora no hay nadie, podrían seguir charlando de sus cosas. Yo se lo agradecería y podría ir recogiendo. Tengo una muela que me está matando y hora pedida en el dentista, ¿saben? —les dijo sin inmutarse.

Se fueron camino de la cafetería en donde, tal como les había sido anunciado, gozaron de total privacidad.

Si lo que Clara decía era cierto se confirmaría, por una parte, que la falta de documentación histórica que avalase la estancia de Santiago el Mayor en España era debida a causas reales y que, efectivamente, nunca había viajado hasta ella ni vivo, ni muerto. Pero abría unas interrogantes que debilitarían la fe de mucha gente. Por otra parte, Clara estaba en serio peligro.

Por sí no llegaba con el descubrimiento, real o supuesto, de la tumba de Jesús y la evidencia en que dejaba al episodio de su resurrección y de la posterior ascensión a los cielos en cuerpo y alma, tanto de él como de su madre, venía ahora a sumarse el hecho de que el Apóstol había sido en realidad una mujer. Tal hecho era algo indiscutible para un católico o un cristiano, pero de difícil admisión para el resto de los habitantes del planeta. A partir de él se podrían empezar a poner en solfa cantidad enorme de cuestiones entre las que la no menos baladí sería la del sacerdocio femenino, determinado ahora por la posibilidad martirial de un apostolado que había trascendido los límites del tiempo, la historia y la leyenda. La apóstol número trece. Ahí era nada.

Pasaron evaluando tal tipo de posibilidades hasta bien entrada la mañana. ¿La

habría enviado el propio Santiago? ¿Habría estado emocionalmente unido a la mujer que reposaba en el lugar en el que se daba por hecho que lo hacía él? ¿No había sido Santiago primo de Jesús?

Después de lo descubierto en la tumba de Talpiyot cualquier posibilidad era contemplable. Al fin y al cabo san Pedro se llevaba mal con su suegra, como casi todo el mundo, concluyó Andrés. Y luego todos eran seres humanos, personas como nosotros, sentenció la abogada. Luego se levantaron.

—De un modo u otro los problemas de fe, ni aun siendo de familia, no son asunto mío. Lo mío es descubrir al asesino, salvo que éste haya sido el deán, en cuyo caso vamos a salir tú y yo muy mal parados. De momento, tú debes alegrarte de haberte librado de un probable asesinato. Ojalá que yo pueda descubrir al asesino que todavía ande suelto —le dijo a Clara—, anda, procura no salir mucho del hostal y llámame tan pronto como me necesites —añadió al tiempo que le extendía una tarjeta en la que acababa de escribir el número de su móvil.

—¿Me prestas el *pendrive* hasta el jueves? —le pidió sonriendo a Clara.

—¿Pero no ibais a recuperar el disco duro?

—Sí, pero así me voy enterando yo y haciendo los deberes.

Clara se lo extendió sin dudarle. El comisario ni siquiera le había preguntado por la razón que la había impulsado a mantenerlo escondido ocultando pruebas que podrían ser de gran ayuda, que podrían servir para entender un caso que en principio se aventuraba de difícil solución.

Había creído en la inocencia de Clara desde un principio. Era buena gente el comisario. Incluso con sus subordinados. Les había facilitado el seguimiento de una pista que les evitase un bochorno de que les hubiese pasado inadvertida y lo había hecho con extrema discreción, sin venderles la moto de su bondad a toda prueba. Cuando se despidieron en la puerta principal del Hostal, Clara no pudo reprimir el darle un par de besos al tiempo que se abrazaba a él.

A él le gustó el abrazo. Alguna vez ya le había sucedido que, de un simple abrazo, surgiese un enamoramiento que lo habría de mantener encandilado durante mucho tiempo.

Martes, 4 de marzo de 2008, 12.30 h.

Según se despidió de Clara en el vestíbulo del prodigioso hotel, Andrés Salorio se asomó a la puerta de cristal que señala la frontera entre el frío impenitente y húmedo que ocupa el Obradoiro y la confortabilidad amena del interior del edificio, dispuesto a afrontar la intemperie una vez más. Como de costumbre, no tenía paraguas.

Le pareció algo desavenido con su cargo siquiera el hecho de pensar en dar vuelta y apropiarse del primero que se le viniese a la mano, así que se subió las solapas de la chaqueta, dispuesto a enfrentarse a la realidad invernal que seguía reinando en la ciudad. Cuando ya había dado el primer paso, lo sorprendió una voz que sonó a su espalda.

—Don Andrés, espere un momentito, hombre.

Era la del camarero que les había servido el desayuno cuatro horas antes.

—Tenga, hombre de Dios, tápese —le dijo extendiéndole un paraguas que tenía cogido del revés para que él pudiese asirlo del derecho. Era de color bermellón, amplio, de los que usan los porteros para salir a recibir a los huéspedes al pie de las portezuelas de los automóviles.

—Hombre, muchas gracias —respondió el comisario sin reparar en lo llamativo que pasaría a ser su aspecto a partir de ese momento—. ¿Qué tal la muela?

—Este Pepiño Blanco le tiene manos de seda —le respondió el camarero.

Pero Andrés ya estaba pensando en otra cosa, recordando la pinacoteca del doctor Blanco, que era verdad que tenía el raro arte de curar sin hacer daño, pero también en lo bien que cuidaba su dentadura el profesional de hostelería que sin duda acababa de dejarse en el dentista el importe de unas cuantas buenas propinas.

En ese momento, Salorio sintió vibrar su móvil.

«Este cabrón acaba conmigo —pensó creyendo que se trataba del delegado del gobierno—, ¿no tendrá mejor cosa que hacer que jugar a policías y ladrones o hablarme de lo guapa que es su niña y cuánto la va a afean la cicatriz causada por Salvador? Qué ya es nombre oportuno, por cierto».

Mientras murmuraba así, intentaba cambiar de mano la empuñadura del paraguas. Lo llevaba asido, con su mano derecha, la del mismo lado en que estaba el bolsillo de la chaqueta dentro del que vibraba el móvil, intentando hacerse con éste de modo infructuoso, amén de algo circense, sin por ello soltar de su mano izquierda los periódicos que había comprado a primera hora de la mañana y ni siquiera había comenzado a leer los titulares de sus primeras páginas.

—Diga —gritó irritado cuando consiguió llevárselo a la oreja.

—Hola, corazoncito, ¿cómo estás? —le respondió Eulogia desde el otro lado de

las ondas telefónicas.

—Bien ¿y tú?

—Muy bien, gracias, muy morenita. Ya sabes que a mí, en la nieve, me coge el sol en un periquete —le respondió ella.

—Me alegre, me alegre, aquí sigue lloviendo a mares. ¿En dónde estás?

—Me vine a Sierra Nevada, pero ya me regreso ahorita. Eugenia me cuenta que quien ha caído ahora ha sido el golfo del deán. Cuéntame. ¿Es cierto?

—¿Tú conoces el romance del conde Arnaldos?, pues yo como él.

—No, no lo conozco, cuéntame.

—Sí, mujer, aquel que dice que caminaba el conde Arnaldos, la mañana de San Juan, andando a buscar la caza, para su falcón cebar, vio venir una galera que a tierra quiere llegar, marinero que la lleva, diciendo viene un cantar... ¿Lo conoces?

—No. Déjate de ladillas y no seas pendejo. ¿Qué dice el cantar?

—Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va.

—Ah, qué bueno..., y dime..., ¿qué otra gilipollez se te ocurre, flaquito? Cuéeeeeentame, anda, mi bello.

—Creo que el entierro es hoy por la tarde.

—Te equivocas, lindo. Mañana por la mañana. Hoy lo velarán en la Corticela. Así que llegaré a tiempo.

La noticia del regreso le revoloteó en el oído medio, en el interno y luego incluso le pareció que el cielo se despejaba dejando paso a una breve esperanza de la luz.

—Me alegre. Ahora tengo que dejarte. Un beso.

—*Ciao*. Mi bello.

Le hacía gracia que le llamase mi bello, no le importaba que le dijese gordito. Oírla hablar era empezar a disfrutar de la vida.

Con todo y con eso ya había pasado por delante de Fonseca, la antigua facultad que, en la canción de la Tuna, siempre se quedaba sola. Estaba a punto de entrar en comisaría. Cuando lo hizo se fue derecho al despacho de Andrea Arnoia, una vez que comprobó que no había nadie en el de Diego.

—¿En dónde está Diego? —preguntó nada más abrir la puerta y ver a Andrea leyendo algo en la pantalla del ordenador.

—En el Moore's, tomándose una birra —le contestó ésta.

—Quiero toda la información sobre los últimos diez días de Tomé Carreira. Ya podéis llamar a Brasil o hacer lo que queráis, pero ya me estáis reproduciendo sus últimas andanzas y contando todo sobre su vida más íntima y privada —luego hizo una pausa y añadió—: ¿Qué hay del ordenador?

—Están en ello.

—Anda, dale un telefonazo a Diego y dile que suba.

Realmente era una suerte tener una cervecería tan cerca como el Moore's lo estaba de comisaría. En menos de un par de minutos Diego ya estaba recibiendo las indicaciones que les hacía el comisario:

—Apurad lo del disco duro todo lo que podáis, pero ya os advierto de que lo que vamos a encontrar en él que pueda ayudarnos a la investigación del crimen está relacionado con los huesos del Apóstol, con su ADN y con la tesis doctoral de la finada. Quiere eso decir que su director de tesis puede querer ser él que disfrute del descubrimiento y quien le haya dado matarile. Así que hay que aplicarse.

—¿Y qué pasa con el ADN? —preguntó Andrea Arnoia.

Andrés se quedó pensativo unos instantes, midiendo la conveniencia de contar o no lo que sabía. Por fin se decidió.

—Eso de momento no hace al caso.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Diego Deza.

—Lo sé.

—No, ya; pero cómo.

—Eso tampoco hace al caso —le respondió el comisario intentando ofrecer la mejor expresión facial posible, la más acogedora y afable, la más comprensiva.

El subcomisario y la inspectora se miraron.

—Quizás haya que empezar por interrogar al señor doctor —dijo Diego.

—Quizá... —respondió el comisario.

—En donde dije Diego, dije digo, digo yo, que digo lo que dijo Diego —comentó Andrea.

Lo hizo ante la mirada algo atónita del comisario, quizás algo indignado porque le usurpasen, siquiera fuese de modo momentáneo, la exclusividad de hacer juegos de palabras. Por eso sentenció en cuanto pudo:

—Eso no lo entiendes ni tú, prueba a decirlo despacio a ver sí lo entendemos nosotros.

Andrea lo miró con la misma cara que solía mirar él cuando soltaba sus chistes malos, malísimos al entender de ella. Pero el comisario ni se inmutó y la inspectora empezó a silabear:

—Di-go que di-go lo que di-ce Di-e-go...

—Ya basta —cortó Salorio—, sí el movimiento se demuestra andando, el procedimiento procediendo, así que a proceder en cuanto proceda; es decir, ahora mismo, venga, largaos, fuera, a joder a otro.

Salorio se quedó por fin tranquilo, al ver la cara de sus dos inmediatos inferiores. Salió del despacho y se entretuvo por el pasillo hasta que los vio salir con cara de dirigirse a algún sitio concreto. Entonces abrió su móvil, marcó el número de Eulogia y cuando ella atendió a su requerimiento le preguntó:

—¿A qué hora llegas?

Martes, 4 de marzo de 2008, 13.15 h.

Andrés Salorio se puso a silbar de contento tan pronto cerró las dos hojas de su teléfono móvil. Aquella noche, si no había retrasos en los vuelos que traerían a Eulogia desde Granada, dormiría acompañado. La cama que compartía con ella se le hacía enorme, en las ocasiones en las que se ausentaba, llevada de un motivo u otro, pero en los tres últimos días, además de parecerle enorme, se le habían hecho las noches mucho más largas que nunca.

Cuando se lo hiciese ver a ella, porque se lo haría ver, diría siempre tres días. Siempre sería una cifra mucho más argumentativa que la de dos noches, llegada la hora del reproche o la del halago.

«Tres días sin ti es mucho para mí, chuchumequita mía», le diría a Eulogia en algún momento feliz del culebrón en el que a veces le parecía estar viviendo con su amor venezolano.

Y siguió silbando, recordando a su abuela y la letra de aquella maldita canción que ella entonaba cada vez que él se atrevía con alguna de sus melodías preferidas, la verdad es que no con excesivos logros lo bastante afortunados. Aparte de la evocación de su abuela, una nueva vibración del móvil en su bolsillo vino a interrumpir no supo sí su contento o su melodía. Tan relacionados estaban ambos. Al ver quién reclamaba su atención, dijo:

—Hay que joderse —y se dispuso a atender al delegado del gobierno.

—¿Qué hay, delegado? Buenos días, casi buenas tardes, usted dirá —saludó sin poder aún reprimir completamente su contento.

—Buenos días, Salorio. Supongo que me querrá invitar a comer en donde siempre. Así que aparque cualquier otro compromiso que tenga y a las dos y media nos vemos en el Carretas. Ya reservaron el comedor privado desde mi secretaría. A nombre de usted, claro. ¿De acuerdo?

—Claro..., claro..., señor delegado, de acuerdo..., a las dos y media.

—Hasta entonces —respondió su jefe político, cortando la comunicación sin más miramientos.

En ese momento a Andrés Salorio, comisario jefe del cuerpo general de policía, con mando en Santiago de Compostela, se le hizo la luz y se le vino el mundo encima.

«¡Otro caso sin resolver! Como el de Regino, igualito», se dijo.

Al mismo tiempo también se dijo que el señor delegado era un gorrón de campeonato. Prefería tirar del presupuesto de sus subordinados antes que del suyo propio. Pero así era y así había que aceptarlo.

Además le gustaba tener algo que murmurar en la convicción de que no diría ninguna mentira al hacerlo. También le gustaba pensar que el señor delegado, cuando fuese cesado en el ejercicio de su cargo, es decir, de sus responsabilidades políticas, que era expresión que manifestaba más claramente la condición del animal, entonces, viéndolo convertido en un ciudadano común, sería él quien se invitase a comer. Lo haría para que se acordase de todas y de cada una de las veces en las que lo había hecho él. El delegado era un cara. Le había reprochado que gastaba mucho en comidas de representación, cuando la mayoría de las celebradas habían sido con él y a instancias suyas y cuando, en todas y cada una de ellas, en algún momento, se había atrevido a decirle: «Comes mucho, comisario, así estás de gordito, je, je, je».

Seguro que hoy también lo haría. Pero eso no sería lo que más le pudiese molestar.

Recordó cómo, en el caso del periodista, un caso que él había relacionado de inmediato, a partir ya de las primeras investigaciones, con los grupos terroristas del norte de España y el narcotráfico, se había adornado la realidad con toda suerte de florituras con tal de hacerla invisible y pasar como sobre ascuas por todo lo que el asesinato había empezado a poner en evidencia.

En su momento los periódicos llegaron hasta el extremo de recibir y publicar información, sin contrastarla en ningún momento, en la que se narraba cómo la bañera en la que había sido encontrado el cadáver de quien había sido su amigo estaba ocupada por una docena de dulces y flotantes patitos amarillos de plástico que hacían sonar unos sonajeros que llevaban asidos a sus pescuezos. El peso de los sonajeros era excesivo y los patos de plástico flotaban, sí, pero lo hacían levantando sus colitas de modo exagerado.

Entonces se había producido un frío refinamiento, que se diría sádico, en querer revestir aquel caso de una homosexualidad que probablemente no hubiese existido, cosa que él dudaba, pues sí la creía posible, conociendo como había conocido al difunto, pero no relevante ni digna de ser tenida en cuenta a la hora de encontrar al asesino. Tal cual podría suceder ahora por causa de una verdad religiosa. Política y religión servían siempre a fines oscuros que se amparaban, cuando no en la razón de Estado, sí en el mejor gobierno de las almas, pero que lo que en realidad ocultaban eran los intereses no ya de unas instituciones concretas sino de los individuos que circunstancialmente las gobernaban.

La llamada que acababa de recibir lo alertaba de idéntico peligro. Era posible que se equivocase, pero la conversación con Clara exponía de forma evidente que, cervantinamente expresado, con la Iglesia había topado, Sancho amigo. Tendría ocasión de comprobar sí se equivocaba, o no, en poco más de una hora, pero la cuestión era qué hacer sí lo que suponía que se le iba a venir encima era cierto. Ahora sabía por qué desde el comienzo había estado relacionando, de modo que se diría inconsciente, el caso de Regino con el de Sofía, los dos acabarían en lo mismo, se había estado diciendo sin saberlo. Podía imaginarse, casi al dedillo, la conversación

que tendría con el delegado del gobierno. Y empezó a irritarse.

Los problemas teológicos o los propios de la moral católica, los concernientes a la fe propia de una confesión religiosa en sus más diversas variantes, le merecían respeto y consideración. Pero la moral ciudadana también. Ésa y no otra era la que contaba para él. La respetaba como nunca podría hacerlo con tantas creencias y morales como religiones se asentaban ya en el territorio de su responsabilidad policial. Ésa y su moral profesional, su propio código deontológico, le exigían el descubrimiento del culpable.

Andrés se paseó nervioso por su despacho hasta que decidió entregarse al placer de aspirar el humo de uno de sus puritos Coloniales de Trinidad. Se había reintegrado a él después de haber abandonado el Hostal y, ahora, estaba deseando abandonarlo de nuevo movido por la ansiedad que la llamada telefónica del delegado del gobierno en Galicia le había producido. Otro caso como el de Regino, otro caso más sin resolver en la forma debida, porque alguien, allá arriba —y no «allá arriba de todo», precisamente, en el caso actual, dado que entre curas andaba el juego—, había decidido que mejor dejar las cosas como estaban. En el momento de la tercera bocanada volvió a sentir que se serenaba.

Fue sólo un momento el que tardó en relacionar el humo del tabaco con su sistema arterial y venoso, también con el respiratorio y el digestivo. Entonces apuró dos o tres bocanadas más, intensas y deliciosas, y aplastó el puro contra el cenicero, retorciéndolo con delectación extrema, como queriendo provocar que le produjese asco cuando lo que en realidad estaba sintiendo era una lástima enorme por sí mismo.

Fue interrumpido por una funcionaría administrativa de la policía que entró en su despacho sin más que dar unos golpecitos de aviso en la puerta, al mismo tiempo que traspasaba su umbral y le decía sonriendo:

—Traigo el libro de firmas que está un poco atrasado, desde el viernes no se firmó nada, así que prepárese que mientras va despachando éste voy a buscar el otro.

Resignado, el comisario se dispuso a rubricar con su firma la ingente cantidad de documentos que la secretaria le había depositado encima de la mesa de su despacho. En el momento de comenzar a hacerlo, consultó su reloj y se dijo que difícilmente le daría tiempo a ver lo que firmaba si pretendía llegar con puntualidad a su cita con el delegado del gobierno.

En ese momento, extrajo un cortapuros del cajón derecho, recuperó el que había dejado medio aplastado en el cenicero, lo guillotiné aproximadamente por su tercera parte, lo encendió y se dispuso a la tortura de firmar sin saber lo que firmaba.

Cuando la secretaria entró con el segundo libro de firmas la atajó:

—Ése va a tener que quedar para otro momento, déjelo aquí mismo encima de la mesa a ver si por la tarde puedo dedicarme a ello —le dijo a la funcionaria del Ministerio del Interior.

Cuando abandonó el despacho, con el tiempo justo para cumplir puntualmente con el delegado del gobierno, no pocos de los documentos firmados iban tiznados con

la ceniza del veguero.

Martes, 4 de marzo de 2008, 14.30 h.

Al llegar al Carretas lo primero que preguntó Andrés Salorio fue sí ya habían estado allí los de seguridad. Cuando Manolo, el dueño eterno y atento anfitrión de sus clientes, le respondió que sí, supo que el comedor que estaba reservado había sido debidamente sometido a inspección y que por ello el diálogo que mantener podría ser el que el delegado estimase oportuno sin ningún tipo de miedo o de recelo. Se había ido dando cuenta, poco a poco, de qué clase de jardín era aquél en el que había empezado a meterse a partir del sábado, pero nunca había sospechado que pudiese derivar en lo que a todas luces se anunciaba. El hecho de poder confirmar una vez más hasta dónde podían superponerse a la legalidad los intereses de alguien no lo llenó precisamente de alegría.

Salorio, convencido de que allí su presencia llamaría menos la atención, prefirió esperar al delegado discretamente recluido en uno de los comedores privados de la primera planta. Cuando éste llegó lo hizo con un retraso que suscitó una de esas frases tan habituales como irritantes gracias al nulo valor a las que las redujo su reiteración extrema, tan extrema como estúpida.

—Tuvimos un pinchazo —le dijo.

Andrés tuvo la tentación de responderle con otra en la que se afirma la existencia a la venta de unas botellas que contienen gas y una espumosa solución plástica, con una de las cuales lo hubiese arreglado en pocos segundos, pero se abstuvo convencido de que no haría más que empeorar las cosas.

—Buenas tardes, delegado —respondió al fin, intentando fingir una cordialidad que no sentía y siendo consciente de que acababa de pronunciar un saludo que no correspondía.

Se sentaron de inmediato. En el momento de elegir los platos que habían de servirle, Andrés no sucumbió a la tentación de la lamprea y se resignó a pedir un pescado a la plancha acompañado de unos grelos. El delegado, después de recordar que no sería él quien pagase, solicitó una centolla para empezar y un steak tartare.

—Sólo sí está Manolo y me lo hace él, claro, si no tráigame un *cordón blue* —puntualizó.

Luego dirigiéndose a Andrés le dijo algo que éste ya sabía:

—Es un genio haciéndolo, fue él quien enseñó a todos los chefs de la cadena Movëpick a prepararlo.

—Ya —respondió escuetamente el comisario, alegrándose de que su subordinado hubiese estado a la altura de su superior jerárquico en la comida del día anterior. Eso por un lado. Por otro lamentó tener que ser él quien de nuevo pagase la comida.

Tan pronto como el camarero se ausentó, el delegado empezó a hacer las primeras advertencias. Como el comisario se temió desde un principio, estaban relacionadas con la cicatriz de su muy amada niña. Una cicatriz que, sin una buena intervención de un cirujano plástico acreditado, sin duda afearía de por vida el rostro de la bella hija.

A Andrés le importaba una higa el dinero que hubiese de costar el cirujano, entre otras razones porque saldría de los bolsillos de los padres de Eulogia pero, como le desagradaba sobremanera el mentecato que tenía delante, respondió haciendo alusión al seguro escolar.

Como era de esperar, el delegado le respondió preguntándole sí aún no había metido en un calabozo, acusándolo de imprudencia temeraria, al hijo de aquel disparate de mujer con la que vivía en pleno adulterio. Ése fue el derrotero que señaló el resto de la conversación al respecto, hasta que Andrés aseguró que no debía preocuparse que por dinero no habría de ser y que escogiesen ellos el cirujano que estimasen.

—Bien, incluso podrá hacerse un arreglito en la nariz por el que tanto lleva suspirando —aprovechó entonces para añadir el delegado.

Andrés Salorio ni siquiera se mostró sorprendido. Tan sólo recordó que sería el dinero del abuelo del piloto del helicóptero teledirigido quien abonase las facturas y que él entendería que no se anduviese con excesivas generosidades.

En ese momento, espoleado por el comentario, el delegado del gobierno en Galicia comenzó a tratar el asunto que los convocaba de un modo que dejaba muy claro quién mandaba y lo que tenía a bien ordenar acto seguido.

—Excuso recordarle, comisario, que esta comida nunca se celebró y que, incluso, es mejor que la pague usted en efectivo. Nada de tarjeta de crédito o factura que pueda recordarla y menos relacionarla con mi presencia aquí —enfaticó desde un comienzo.

Era evidente que le gustaba jugar a policías y ladrones, pensó Salorio disponiéndose a escuchar lo que a continuación habría de decirle y que, a esas alturas de los entrantes, ya estaba más que convencido de que no necesitaba escuchar para saber en dónde acabaría.

—Me han llamado esta mañana del ministerio, como supondrá desde instancias superiores, pidiéndome que no revolvamos mucho, ni relacionemos las dos muertes de estos días. Hay temas pendientes..., la asignatura de educación para la ciudadanía, por ejemplo, que reclaman un consenso que no se está dando. Por eso no debemos irritar a la autoridad eclesiástica más de lo que ya lo está —empezó diciendo el delegado.

Mientras el delegado se extendía en consideraciones, el comisario se mantenía callado sin dejar de masticar unas rodajas de *polbo á feira* que había pedido en última instancia. Mientras se aplicaba en la deglución pensaba sí el estado actual de las investigaciones no le interesaría lo más mínimo, al más alto representante del gobierno central en la comunidad autónoma. Parecía ser que no.

—Los problemas que atañen a la fe de los creyentes deben ser tratados con una discreción absoluta, procurando que ésta no se empañe —estaba diciendo en ese momento el delegado.

—Sí. Y los asesinos debidamente castigados —le atajó el comisario.

El padre de la criatura ensangrentada por la caída en picado de un artefacto volador, se revolvió airado:

—Si prefiere se lo diré de otro modo, Salorio. Desde este momento quedan suspendidas todas las investigaciones. ¿Está claro?

—Pero...

—... pero nada, son las indicaciones que he recibido de Madrid. Hay que dejar morir el asunto. ¿Está claro?

—¿Desde este momento?

—Así es. Desde este mismo momento.

El comisario estuvo a punto de hacer ver que hasta ese momento habían estado abiertas, pero prefirió seguir insistiendo. También pensó en decirle: «pero sí usted jamás ha estado aquí en esta comida que voy a pagar yo». Pero prefirió callarse y actuar en consecuencia.

—¿Y cómo explicamos la muerte de Sofía Esteiro si ya la prensa habló tanto de la víctima que sólo le faltó describir los dibujitos que componían los cortes?

—Ese asunto resuélvalo como mejor estime. El mío es evitar que nada que afecte a los restos del apóstol Santiago trascienda a la opinión pública.

—¡Pues sí que estamos bien! —zanjó el asunto el comisario—. Lo resolveré como mejor estime, pero lo resolveré, pierda usted cuidado.

El resto de la comida transcurrió en medio de una conversación insípida desarrollada entre dos personas que no tienen ningún interés en mantenerla. El delegado era de un natural más bien parsimonioso que, aplicado a la limpieza de una centolla, acabó por resultar desesperante.

Salorio agradeció no haber caído en la tentación inicial de pedir unas nécoras, pues seguro que acabaría por cometer una torpeza. El menor tamaño y la mayor dificultad en la manipulación que ofrecen éstas acabarían por recordarle la necesaria habilidad de un cirujano plástico que les iba a costar bastantes euros a los que no se decidía aún a llamar sus suegros. Por eso tuvo que hacer algún esfuerzo de contención emocional que no estuvo seguro de que no hubiese trascendido a su interlocutor.

Su irritación cesó, eliminada por un temor que vino a sustituirla. No estaba escrito que cuando llegase Eulogia y le comentase lo que había acordado con el antipático que tenía delante, ésta se rebotase, negándose a ello y aduciendo que quien debería pagar era el seguro y no su padre... y que en el juzgado se verían. Quizá le ayudase a reflexionar su último temor. El hecho de que su idolatrado hijo menor pudiese estar vinculado a movimientos extremistas de derechas a través de su pertenencia a cualquier hermandad secreta ya inventada o todavía por inventar.

Eso sería lo último que le faltase para que pudiese dar por concluida su carrera en la Policía Nacional. ¿Salvador de salvapatrias? Era tan peculiar la familia en la que estaba inscrito que de cualquier miembro de ella se podía esperar cualquier disparate en el momento menos indicado. Al darse cuenta de ello, se sumió en un breve ataque de melancolía.

—¡Dios, qué familia! —se repitió el comisario, tan dado a hablar consigo mismo.

Por si acaso, a partir de ese momento, Andrés empezó a hacer cuentas mentalmente, valorando el secular retraso en la tramitación de los asuntos judiciales españoles y sopesando la posibilidad de llegar ajuicio de modo que coincidiese con la fecha de su jubilación.

Como viese que no le salían las cuentas, recordó el tiempo que restaba de legislatura y la posibilidad de que, a la vuelta de elecciones, el señor delegado viese agradecidos los servicios prestados con una hermosa comida homenaje de despedida, placa incluida. Luego decidió seguir comiendo.

—¿En qué piensa usted, que está tan callado? Hable algo, hombre.

—No, nada, no pensaba en nada. Comía.

Se veía, a todas luces, que se trataba de dos seres llamados a no entenderse.

La orden había sido dada de forma lo suficientemente clara, escueta y breve, como para que no necesitase ser contestada o ni siquiera y tan sólo comentada. La muerte del deán había sido un accidente, eso era cierto y no costaría mucho hacérselo creer a la gente. La dificultad empezaba cuando se tratase de explicar la proximidad de Clara en las dos oportunidades y como trascendiese, más de lo que ya lo había hecho, la tesis sobre la que trabajaba Sofía en el momento de su muerte. Lo que se sabía era muy poco, de momento.

De modo genérico lo que había salido a la luz pública era que trataba sobre las enfermedades padecidas por los compostelanos en la Alta Edad Media, a partir de los restos hallados en la necrópolis de la catedral, y su relación con la alimentación, su propagación a través del Camino de Santiago y su relación con el clima de la zona. Muy atrayente, en suma, se dijo, el comisario.

«Difícil de todo no va a resultar, pero a este gitano hay que venderle la burra», se dijo el comisario, dispuesto a salir investigando tan pronto como se librase de aquel encierro involuntario en el que lo había recluido su superior.

«Y lo que es peor —añadió *in mente*, al recordar que debería pagar la cuenta—, esto es como hacer de puta y pagar la cama».

En ese momento el delegado sugirió que, consumida la centolla, se imponía cambiar de vino y pasar a un tinto, probablemente uno de Toro que acompañase debidamente al steak tartare que había pedido. Andrés Salorio se limitó a constatar del modo más asertivo, mordaz y lleno de ironía que pudo conseguir mientras pensaba en la factura:

—Eso, la leche de vaca y el vino de Toro.

La atónita expresión que observó en la cara del delegado del gobierno por poco lo

hace reventar de risa.

Martes, 4 de marzo de 2008, 15.45 h.

Lo primero que hizo Salorio tan pronto como despidió al delegado en la misma puerta del Carretas fue sacar el teléfono móvil del bolsillo al tiempo de echar a andar camino de comisaría.

—¿En dónde estáis? —le preguntó a Andrea tan pronto como respondió a su llamada.

—En casa del doctor Carreira, hablando con él.

—Muy bien. Os espero en comisaría tan pronto como terminéis. Hay novedades. ¿Tenéis algo más?

—Sí. La lista de las llamadas telefónicas hechas desde y al teléfono de la doctora Esteiro.

—¡Coño, qué bien! Hasta luego —cortó la comunicación el comisario. Luego siguió caminando hacia su despacho.

No había andado cincuenta metros cuando tuvo lo que, en una mala traducción del gallego, se llamaría un trasacuerdo. Volvió a llamar a Andrea, preguntándose por qué siempre la llamaba a ella en vez de llamar al subcomisario Deza. La inspectora tuvo que aceptar que así era y que no quería saber por qué lo hacía. Se limitaba a hacerlo. Y punto.

—¿En qué número vive Carreira? —preguntó el comisario Salorio.

Cuando Andrea le indicó en qué número y en qué piso de la rúa Nova vivía el doctor en medicina, arqueólogo se diría que algo más que aficionado y eminente mujeriego, amén de reconocido hombre de fe, algo acomodaticia, pero fe, le indicó que lo esperasen allí hasta que él llegase.

—Podéis iros tan pronto como me dejéis con él a solas —les dijo nada más llegar y tuvo oportunidad de hacerlo.

Estaba decidido a no parar las investigaciones, pero también a llevarlas a término con la mayor discreción posible, de modo que el delegado pudiese respirar tranquilo y afirmar con convicción delante de sus superiores políticos que sus órdenes estaban siendo seguidas del modo más eficaz e inmediato. Sin alteraciones.

Además, era posible que ni ministerio ni gaitas en las citadas instancias superiores, sino ¿a qué venía aquel sigilo de no ocultar su presencia en la comida y de no pagar la factura? Lo más probable era que se hubiese producido una simple llamada del arzobispo, la sencilla reconvención de un amigo en nombre de alguna verdad incuestionable, cualquier razón fútil que, lo único que había conseguido, era el incremento de la curiosidad del comisario, por una parte, y el sentido de su ética profesional por otra. Calmaría a la prensa, calmaría la más que probablemente

alterada conciencia religiosa de los ciudadanos y calmaría su propia conciencia profesional descubriendo al culpable de los crímenes.

Después de haber llamado a la puerta del médico y oído su voz avisando de que ya acudía a abrirla, al ver que Arnoia y Deza no se movían de su lado, insistió en la orden dada.

—Haced lo que os dije en su momento —insistió sin saber muy bien por qué lo hacía.

Necesitaba mantenerlos en sus cercanías, pero no demasiado próximos. Hacerles partícipes de sus movimientos a la vez que ignorantes de sus intenciones, sin duda, pero debía confesarse que se encontraba torpe y carente de reflejos, remiso hasta consigo mismo. Como si no supiese muy bien qué hacer. Y debía confesarse que no lo sabía.

Luego, aceptando la realidad, se dirigió al dueño de la casa que acababa de franquear la entrada.

—¿Me invitas a un café?

—Por supuesto, pasa. Ya me extrañaba que no hubieses venido antes.

Entró y se sentó casi de inmediato, nada más atravesar el hall, en un sillón de los dos que estaban en el salón, situados delante del televisor que se ofrecía al lado de una chimenea en la que ardían unos leños que, por el olor que desprendían, se podría afirmar que eran de castaño.

Andrés, cuando le hubieron servido el café, mientras escanciaba una copa de Laphroaig, dijo:

—Hombre, la misma malta de whisky que yo bebo, qué bien. ¿Qué les has contado?

En un principio el catedrático de antropología médica no supo qué responder. Le había sorprendido la pregunta. Tanto, que Andrés se vio en la necesidad de aclararle algo.

—No es que no me fíe de mis subordinados. Es que necesito saberlo antes de que me lo cuenten ellos. Todo.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y qué es todo? —respondió un poco altanero el doctor.

—Todo es todo lo que pueda afectar al caso. Desde lo que hiciste desde que llegaste de Brasil, hasta lo que te trajiste de allí, pasando por todo, absolutamente todo lo que sepas, sobre la tesis de tu doctoranda, sus relaciones, los descubrimientos realizados y el papel que juegan tus amigos los curas en todo este embrollo. ¿Está claro?

—Está.

—Pues te escucho.

Tomé Carreira asió la tacita de café, con los dedos de su mano derecha, que se movieron con presteza. Después se la llevó a los labios, cogió el platillo para

mantenerlo en vilo, mientras bebía, como si fuese una patena puesta debajo de la eucaristía en el momento de ser administrada. Luego depositó ambos y cogió el pequeño vaso de cristal en el que se había servido el malta para llevárselo a la altura de la nariz.

—No sé si me gusta más olerlo que beberlo. Huele como una buena leña ardiendo en la chimenea, o como el buen humo de una buena cachimba quemándose lentamente. No sé si sabes que es el único whisky que entró legalmente en Estados Unidos durante la Ley Seca, fue debido a sus virtudes medicinales. Me alegra que te guste.

Al comisario le resultó evidente que Carreira se estaba tomando un respiro antes de empezar a hablar, mientras sopesaba qué era lo que debería añadir a lo ya contado. La aparente calma del comisario, su escasa expresión de ansiedad, lo decidió a comenzar por donde antes no lo había hecho.

—Empecemos por el episodio del aeropuerto.

—Sí, empieza por ahí —contestó Salorio, como si estuviese de vuelta de todo.

—No tengo nada que añadir. Los perros olieron las plantas y las semillas que traía en la maleta y se armó la tremolina. Pero al decirles a los guardias que era curare, para unos experimentos en el laboratorio, como además me conocieron, me dejaron pasar sin menor problema.

Andrés tuvo que contenerse para no delatar su ignorancia sobre el episodio del que acababa de tener noticia. El curare podía matar sin dejar huella de ser el causante de la muerte. Era evidente que Tomé había creído que él había establecido un nexo previo entre la planta y la defunción de Sofía.

—Y esto no se lo contaste a ellos, ¿verdad?

—No, claro. No me pareció relevante y no quise armar un lío.

—¿A qué lío te refieres? Es que hay varios, sabes.

—El de que haya perdido un poco o me lo hayan distraído —respondió el catedrático, ya algo más nervioso.

—Lo que te convierte en el mayor sospechoso, ¿no es cierto? ¿En dónde tienes el resto?

—En donde lo deposité nada más llegar, en el lugar más seguro del laboratorio.

—Ya me estás dando la lista de las personas que tienen acceso a ese lugar tan seguro. También la de todos los que sepan la realidad de las investigaciones y los resultados reales de ella —concluyó Andrés Salorio en el tono más tranquilizador posible.

Tomé Carreira se había puesto lívido. Empezaba a estar convencido de que el comisario sabía mucho más de lo que parecía a primera vista y recordó la brusquedad de la que había hecho gala, estando en la tribuna de la catedral, el día anterior, cuando el desgraciado resbalón que le había costado la vida al deán. Ahora lo entendía. Pero procuró envolverlo en obsecuencia.

—¿Por qué me tratas con tanta deferencia? —preguntó entonces al comisario.

—Porque no me tienes pinta de asesino, pero sospecho que podrías llegar a matar llevado de una convicción religiosa.

—Esa misma convicción me lo impediría —respondió Carreira cada vez más nervioso, pero no por ello menos ágil de respuestas.

—No siempre han actuado así todos tus correligionarios a lo largo de la historia.

—Ellos no, pero yo sí.

—Pues escribe el nombre de todos los que tengan acceso a ese curare.

Tomé Carreira sacó una estilográfica del bolsillo superior de su camisa y se dispuso a escribir la relación de personas autorizadas a abrir la caja de seguridad que había en el laboratorio. Pero antes aventuró otra pregunta:

—¿Y por qué más razones me tratas con tanta deferencia?

Andrés, antes de contestarle, lo miró a los ojos directamente.

—Porque recibí órdenes de tratar este asunto con la mayor discreción posible y así lo estoy haciendo —respondió.

Luego, mientras Tomé escribía su relación de nombres, se calló un momento y añadió:

—... y también porque creo que los símbolos son necesarios y hay que respetarlos con independencia incluso de la verdad histórica.

Tomé Carreira lo miró entre incrédulo y sorprendido.

Había notado una merma en las existencias traídas de Brasil y, consciente de la gravedad del hecho, así como de las implicaciones que pudiera depararle, se había dirigido al arzobispo, mientras esperaban en el triforio de la catedral, para advertirle de las singularidades del comisario y de cuánto se podía esperar de ellas. Por lo que acababa de oír, la charla mantenida en el triforio había surtido efecto. Implicaciones derivadas era posible que se produjesen, pero responsabilidades ya no. Por eso completó la lista sonriendo de la misma forma con la que se la entregó al comisario, alcanzándosela con la mano.

—¡Pero eso es muy importante, quién lo diría! —exclamó Tomé, extendiéndole la lista.

—¡No me joda y no sea pelotas, señor catedrático! —respondió el comisario, antes de posar la vista sobre lo escrito.

—¡Son todas mujeres! —exclamó al verla—. Bueno, menos uno —rectificó Salorio.

Tomé Carreira se sonrió con picardía. Ya se había olvidado de que podía haber sido el principal sospechoso en un caso de asesinato, hasta ese mismo momento. Ahora ya había más.

—Son ya el ochenta por cien del alumnado de la facultad y son las mejores —respondió acordándose de la fama que lo precedía.

Andrés se quedó mirándolo. Tenía que saber hasta qué punto aquel hombre sería capaz de asesinar para evitar la expansión de un descubrimiento como aquél o para hacerse con el disfrute de la pequeña gloria científica que pudiese llevar consigo.

—Dime la verdad, Tomé, ¿qué piensas de lo que descubrió Sofía?

Tomé quedó absorto unos momentos. Luego serenó su cara y su expresión adquirió el aspecto de tranquilidad que había perdido durante el tiempo que llevaban de conversación; al fin le respondió:

—Qué es muy posible, comisario, que es muy posible.

—¿Y?

—Qué antes o después acabará sabiéndose.

—¿Y?

—Y que la gente necesita una fe a la que asirse.

—¿Y esa fe se conculca mucho sí el mensaje permanece al margen del hecho cierto de que el rabino Jesús el Cristo se casase con la Magdalena? ¿Mucho sí Santiago no hubiese venido nunca a España, ni vivo ni muerto, y en su lugar hubiese enviado a una mujer?

—Hablo de la gente de fe sencilla.

—La fe nunca es sencilla, puede que sea simple, pero no sencilla, doctor — respondió entonces el comisario jefe superior de policía.

Todavía habría de permanecer una hora más en el domicilio del doctor Carreira. Le atraía toda conversación que pudiese mantener con hombres de creencias religiosas acendradas y tolerancia demostrada a los que, en el fondo de su alma, admiraba, por no decir que sentía envidia de ellos. Él no tenía fe. Qué se le iba a hacer. Ya le gustaría que su razón se la consintiese como, al parecer, se la consentía a aquellos reputados científicos.

—Me atrae el mensaje, me horrorizan el dogma y la superstición.

Concluyó Andrés, en algún momento, antes de abandonar la casa del catedrático convencido de que éste tenía el mensaje, aparentaba profesar el dogma y no dudaba en alentar la superstición que mantuviese el estado de cosas en el que él nadaba entre dos aguas, feliz como un pez, mejor como un pulpo inteligente y tenaz, dotado de ocho brazos que le permitiesen abrazar varias cosas, cuerpos e ideas a la vez. Y también fornicar. Con el tercero de la derecha, sí había de ser preciso.

Martes, 4 de marzo de 2008, 17.30 h.

Cuando Andrés Salorio llegó a comisaría, la información obtenida por sus subordinados era ya copiosa. Nada más llegar, supo que lo estaban esperando. Abrió la puerta de su despacho, los hizo entrar y la cerró.

—A ver qué os contó el señor antropólogo médico —preguntó nada más sentarse.

—No mucho. Nos dio cuenta pormenorizada de todo lo que había hecho desde su llegada. No le quedó ni un hueco para poder ver a la víctima, nos aseguró. A no ser que fuese de noche cuando la abogada estaba con ella, cubrió todas las horas de su agenda. Coartadas perfectas —señaló la inspectora Arnoia.

—¿Concuerda con vuestras averiguaciones? —preguntó el comisario, dirigiéndose a Deza.

—Casi al minuto —respondió éste.

—¿Y os dijo algo relacionado con la catedral?

—Lo que ya sabíamos.

Era evidente que sus dos ayudantes no lo sabían todo. Mejor que siguiesen como estaban. No le aportaría más que complicaciones el hecho de que los informase, más de lo que debería de hacerlo, cuando les comunicase que deberían parar la investigación.

—A ver. Sacad esa lista de llamadas de los teléfonos de la difunta —dijo Salorio al tiempo de sacar la suya.

—¿Y ésa, comisario? —preguntó Arnoia, señalando esta última.

—Ésta es otra.

—¿De llamadas?

—Sí. Muchas son las llamadas, pero pocas las escogidas. Vamos a ver cuáles.

—¿Cuáles qué?

—Cuáles coinciden, ¡coño! —respondió el comisario, exhibiendo su lista y preguntándose sí estaría a punto de padecer un ataque de misoginia.

—¿De qué es esa lista? —insistió Arnoia ajustándose los pantalones.

—De las de la clase —respondió Salorio, sin querer decir ni de dónde la había sacado, ni que se trataba de la relación de quienes tenían acceso al curare traído de Brasil por el catedrático.

—¿De qué clase? —preguntó ahora Deza, intrigado y curioso ante la contumaz negativa de su jefe a revelar nada.

—Es la lista de las listas de la clase ¿o es que no lo habíais pillado?

Ahora sí que decidieron callarse los dos subordinados. No les llevó mucho tiempo averiguar los nombres que coincidían en ambas. Apenas unos segundos. Coincidían

dos de ellos. El de Carlos Somoza y el de Anxos Vilavedra.

—¿Quién es Anxos Vilavedra? —preguntó el comisario.

—Ni idea —contestaron a dúo.

—Coincidís tanto que difícilmente os casaréis. Anda, tira de ordenador y entérate de quién se trata —le indicó Salorio a Arnoia.

La inspectora abandonó el despacho y quedaron los dos hombres solos.

—Carlos se presenta como sospechoso, qué le vamos a hacer, al fin y al cabo el puñetero asunto éste está a caballo de la religión y de la ciencia casi desde un principio y es lógico esperar que acabe entre una u otra —rezongó Diego Deza, que también se consideraba amigo del catedrático de medicina legal.

—Habrá que interrogarlo —confirmó Salorio—, y habrá que hacerlo con cuidado. La verdad es que se trabaja bastante mejor en Madrid, y más cómodamente. En Madrid no conoces a nadie. Aquí te conocen hasta los estorninos de la Carreira do Conde. Me cago en los cojones.

—Es verdad —asintió el subcomisario.

En ese momento regresó Andrea Arnoia y entró en el despacho sin llamar.

—¿Y sí éste y yo estuviéramos besándonos...? —la interpeló el comisario.

—¿Qué?

—¡Qué hay que llamar antes!

—¡Ah, bueno! Lo que tenéis de maricas bien que os llega —respondió la inspectora—, ya está localizada la tal Vilavedra —concluyó informando.

—¿Y quién es? —preguntaron a dúo los dos policías.

—¿Vosotros también? —se sonrió Andrea.

—¿Nosotros, también, qué? —preguntó Deza.

—... coincidís tanto que tampoco os casaréis —respondió Andrea.

—Anda, déjate de cofias —dijo Salorio—, ¿quién es?

—Una adjunta del clínico, doctorada con una tesis sobre no sé qué de la diabetes.

—¿La conocemos? —preguntó el comisario.

—Es ésta —respondió Andrea alcanzándole una fotografía recién sacada de la impresora del ordenador.

—¡Coño, Bésame-Bésame! —exclamó Deza.

—La mismita.

Nada más oír la confirmación de boca de su subordinado, el comisario descolgó el teléfono y pidió que le pusiesen en comunicación de manera inmediata con el director del clínico. Mientras esperaba, tapando el micrófono con la mano, se dirigió a la extraña pareja compuesta por personas tan dispares, anodinas en un principio, pero de una eficacia arrolladora que solía manifestarse sin grandes alharacas ni aspavientos.

—Ahora os cuento —les dijo antes de dirigirse a su nuevo interlocutor—. ¡Hola, director! ¿Cómo estás? Sí, por aquí también sigue lloviendo. No, no, a veces no llueve ahí abajo, en tu hospital, pero aquí sí, en mi comisaría llueve siempre. Sí,

hombre, sí. Mira, que necesito con urgencia la historia clínica de Sofía Esteiro. ¿Me la escaneas y me la pasas por correo electrónico o te envío un propio, con la autorización judicial y se la das fotocopiada? ¿Me la pasas? Sí, con toda discreción, claro. Sí, quedamos para autopsiar unas nécoras. O una centolla. A estos años y con estos dedos y ojos son más manipulables. Sí. Otro abrazo, fuerte.

Y colgó. Andrea y Diego se interrogaron con la vista preguntándose cómo había hecho el otro para contestarle si no le había dado tiempo material para decir palabra. Diego fue más rápido:

—Misterios de la telefonía —dijo.

Luego se quedó esperando a que Andrés retomase el uso de la palabra.

—Ahora nos la pasa. Y mientras os cuento cómo está la guerra. Sentémonos cómodos que por lo menos éste tarda diez minutos.

Se instalaron el tresillo, pero Salorio se levantó de inmediato para ofrecerles un whisky o una cola.

—¿Del mío, sin hielo; o de otro con él? —preguntó.

—A mí del tuyo sin... —respondió la inspectora.

—Yo una coca-cola zero, gracias —pidió el subcomisario.

Andrés también se sirvió Laphroaig. Afuera seguía lloviendo, no había parado de hacerlo desde mediados de la semana anterior. Andrés pensó en que no había salido fuera de un pequeño recinto urbano de unas pocas áreas de superficie durante todo ese tiempo y que sin embargo tenía la impresión de haberse desplazado por el universo entero. Luego empezó a hablarles.

—A partir de este momento, salvo decisión vuestra en sentido contrario, que contaría con mi respaldo, conste, que contaría con mi respaldo —recalcó con insistencia—, el caso se da por cerrado. Lo que aparecerá en el escritorio del ordenador de Sofía lo hará en mala hora pues en mala hora os pedí que se recuperara el disco duro.

—¿Entonces por qué lo hizo? —preguntó Andrea, que unas veces lo tuteaba y otras no, dependiendo del momento, lugar y hora.

Andrés ya estaba acostumbrado y no le prestó atención a ese detalle, pero vaciló un instante antes de decidirse a responderle.

—Para no puentearos vuestra investigación y para proteger a un sospechoso que es por completo inocente —respondió por fin.

—Clara —aseveró el subcomisario.

—Clara —corroboró Andrés Salorio.

—Entonces ¿qué información hay en el disco duro? —preguntó Diego Deza.

—Datos relativos a la identidad del apóstol Santiago; mejor dicho, a la no identidad del Apóstol —replicó Salorio.

—¿Cuál no es? —preguntó Andrea.

—Fijaos cuál no puede ser que he recibido órdenes de tapar todo el asunto y dejar las cosas como están. Sospechosos incluidos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó de nuevo el subcomisario.

—Lo que estoy haciendo, ponerlos al margen del caso.

—¿Y después?

—Después intentaré resolverlo.

—Pues cuenta con nosotros —intervino Andrea mirando para Deza en busca de su asentimiento.

—A mí me da igual quién haya sido el apóstol o quién sea el que ocupe su lugar. Pero me jode que ande suelto el asesino de Sofía. Estaba muy buena —sentenció Deza en lo que pretendió que fuese otro alarde no tanto de ironía como de indiferencia.

Mientras saboreaban el whisky y la complicidad recién establecida, continuaron esperando la llegada del correo electrónico.

De los dos sospechosos que la investigación había decantado, Carlos Somoza, siempre tan ávido de notoriedad, parecía constituirse en el candidato a asesino más sólido de los dos; su tendencia innata a enamorarse de cualquier mujer que fuese hermosa y más joven que él no hacía más que abundar en los razonamientos habidos en su contra.

A su favor jugaba tan sólo el afecto personal del comisario, que no lo creía capaz de matar a nadie y la convicción de Arnoia de que el catedrático era un pánfilo incapaz de enfrentarse siquiera consigo mismo. Deza por su parte afirmaba que mayores mosquitas muertas habían actuado como verdaderos *destroyers*.

—¿Y Anxos Vilavedra? —preguntó la inspectora.

Habían dejado de inquietarles tanto la identidad de los huesos del santo, como la de quien le habría dado la orden de dejar todo en suspenso para no molestar a la Iglesia; además, ni se acordaban ya de sus sospechas vertidas sobre el cura legionario y su admirada bibliotecaria.

—Pues ni fu, ni fa —respondió el comisario—, así que va a resultar que va a ser ella.

—¿Cómo hacemos con los dos —intervino Deza—, antes de que se te vea más ese vistoso plumero de la amistad que tanto nos enseñas?

En ese momento el ordenador del comisario emitió señal de que había recibido un *e-mail*. Andrés se levantó y, una vez finalizada la recepción, empezó a imprimir el historial médico de Sofía Esteiro y a leerlo según iban siendo impresas las hojas de las que se componía.

—¿En qué decíais que se doctoró Bésame-Bésame?

—En no sé qué relacionado con la diabetes —contestó Deza anticipándose a Andrea.

—A Sofía le diagnosticaron una hace una semana —le respondió Andrés tendiéndole el historial médico de la asesinada—. Ahora iros a descansar, leeros esto despacio, reflexionad lo que estiméis oportuno y mañana será otro día.

Ya era tarde. Llevaban en danza desde primera hora y el comisario había decidido

que por ese día ya era suficiente. Se merecían un descanso y así lo expresó en voz alta.

—Ahora cada uno a hacer lo que le plazca. Ordenes son órdenes y el caso está cerrado. La Santa Madre Iglesia podrá dormir tranquila y nosotros también. Mañana, al salir del funeral, yo me hago cargo de Carlos Somoza y vosotros os traéis para aquí a *madame* Bésame-Bésame.

Martes, 4 de marzo de 2008, 20.30 h.

Cuando Andrés Salorio llegó a su casa, no se puede decir que lo hiciese cantando. Cierto que si no había llegado ya, Eulogia llegaría en cualquier momento. Eso implicaba alegría y risas, dulzura caribeña y sexo, pero el paso que había tenido que dar lo traía un poco a maltraer y anulaba no poca de la predisposición que sentía hacia todo ello.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

—¡Hola, amorcito! —le respondió la voz de su ¿hijastra? desde algún lugar indefinido.

—Sí, soy yo —respondió sin tanto ánimo como al principio.

Era evidente que el piloto de aeronaves teledirigidas se había dado el piro. Quizá se hubiese desplazado como Elías, arrebatado hasta las alturas en el carro llameante de su nueva fe. Al fin y al cabo, ya que no la fe, sí el arrebató, lo había aprendido de su madre y regresaría cuando le apeteciese, nunca antes. Mientras tanto, un problema menos.

«Mejor —pensó Andrés—, cuanto menos bulto más claridad», luego siguió pensando en sus asuntos. Los aromas de aquel florido jardín del decir y no decir, del hacer y no hacer en el que él se acababa de introducir poco menos que cantando satisfecho, el mismo al que acaba de arrastrar a sus dos colaboradores más inmediatos, le empezó a causar una pequeña desazón.

A pesar de las indicaciones del delegado del gobierno, seguiría investigando, se había dicho. Y hecho. Tal decisión lo mantenía en un estado de alerta que no sabía si le agradaba mucho. La vida había que llevarla con mayor placidez y calma que las que habían sido postergadas por los cuatro últimos días vividos él y, de modo más que presumible, continuarían siéndolo quién sabe por cuántos días más.

Creía tener al alcance de la mano al asesino de Sofía, pero no veía una salida razonable desde el punto de vista eclesiástico-gubernamental y en consecuencia con el pacto entre caballeros, que, al parecer, había sido acordado en las altas instancias.

Cómo tapar todo el asunto del ADN de los restos guardados en la tumba del apóstol Santiago —que pertenecían, según el informe, a la que, en su fuero interno, ya había empezado a llamar Jacobita, la apóstola Jacoba— lo tenía más o menos claro, pero ¿cómo tapar la identidad de un asesino? Eso era lo que lo traía a maltraer pues, si lo descubría y lo desvelaba contrariando órdenes, algo importante de los últimos años de su carrera iba a estar seriamente en juego.

Se trataba de un asunto complicado. No sólo ponía en evidencia la ausencia de los restos de Santiago en Compostela, sino que cuestionaba, resaltándola, la historicidad

de la monja Egeria y la del mismo Prisciliano, el primer heresiarca del cristianismo, gallego, a mayor abundamiento, que ya en su tiempo proclamaba la conveniencia de monasterios mixtos en donde hombres y mujeres concelebrasen los cultos y esparciesen la divina semilla de la fe, amén de la de la vida, naturalmente. El mismo se lió con Prócula, hija de Eucrocía. Lo que no impidió que san Jerónimo lo relacionase también con otra mujer llamada Gala. Todo un personaje, al que condenaron incluso por rezar descalzo, en pleno contacto con la madre tierra, accesible a sus fuerzas telúricas, acusándolo de panteísmo.

Prisciliano, ya en el siglo IV, había negado el misterio de la Trinidad, había sido vegetariano y asceta, priorizaba el estudio de los textos sagrados, lo que lo relacionaba con los gnósticos; predicaba la abstinencia de alcohol y carne, pero incluía el baile en la liturgia y aceptaba el evangelio apócrifo de santo Tomás.

—¡Menudo tío! —se dijo Andrés, gozoso de sus conocimientos según se volvía atrás para comprobar si había cerrado bien la puerta de su casa.

Estaba en un buen lío. Hasta los priscilianistas se le podrían echar encima. La aparición de Jacoba echaba por tierra la posibilidad de que los restos, atribuidos por la Iglesia y la tradición a Santiago el Mayor, perteneciesen en realidad al hereje. Al menos así lo habían asegurado personas tan significadas como Sánchez Albornoz o el propio Unamuno afirmando o sugiriendo que fuese Prisciliano, tan acorde con el ser gallego, el que estuviese enterrado en Compostela.

Incluso era posible la apertura de otro frente. Los que a partir del momento en el que trascendiese la noticia de la entidad real de los restos, por mucha determinación de ADN que mediase, optasen por recuperar la figura de la monja Egeria, gallega también, al parecer hermana de Gala, una de las mozas de Prisciliano y priscilianista ella misma, que fue no sólo una adelantada a su tiempo sino también a éstos que hoy habitamos.

«Ya verás tú como no faltará quien diga que los huesos son de Egeria», pensó según entró en el salón de casa.

Así que, si no se había organizado ya una buena, se estaba organizando, siguió pensando.

Dentro de dos años, en el 2010, se celebraría un Año Santo que carecería de sentido o que al menos produciría un maremágnum de afirmaciones contradictorias, de actitudes encontradas, que podrían echar por tierra más de mil años de cultura jacobea. Mil años de la más reciente existencia de un Camino, el de Santiago, a través del que, según Goethe, se había vertebrado Europa. Bastantes más años sí se atiende a la esencia del Camino, al camino de la antigua Vía Láctea, que conduce al Finisterre atlántico, en los confines del mundo conocido, a los altares solares que lo jalonan para que los humanos adoren al astro rey.

La que se iría por tierra sería la historia de los mil años recientes porque la existencia del Camino era anterior al invento del descubrimiento de la tumba del apóstol y porque la supuesta presencia de éste lo que había significado en realidad

había sido la cristianización de un trazado que, desde el comienzo de los tiempos, siguiendo el celeste de la Vía Láctea, había traído a la gente hasta el Finisterre, para contemplar el final de la tierra y comprobar cómo el sol, el astro rey, se hunde en el abismo día tras día, se repetía una y otra vez el comisario sin ser capaz de alejar tal idea de su mente.

—Y todo por la ocurrencia de una tía buena de querer contrastar un ADN. ¡Hay que joderse! —sentenció por fin Salorio, dispuesto a sentarse en su sillón, encender el televisor y dejar que pasase el tiempo mientras se tomaba un whisky y no se fumaba un puro por si acaso.

Era evidente que Eulogia aún no había llegado. No notaba su presencia y, además, no había recibido la llamada telefónica que solía hacerle una vez que ya estaba en casa al regreso de cualquier viaje.

Al ir a sentarse en el trono que le correspondía no como rey de la casa, que no lo era, faltaría más, sino como único rincón de la vivienda en el que nadie le reprocharía nunca que permaneciese ocupándolo, con tal de que no fumase y tuviese bajo el volumen del televisor, vio que el yorkshire enano propiedad de Eugenia estaba sentado en el brazo del sillón mirándolo con ojos brillantes y toda la apariencia de estar moviendo el rabo.

Acordó que no le molestaría y que incluso estaría dispuesto a tenerlo en su regazo, acariciándolo detrás de la oreja, mientras continuaba rumiando sus sentimientos, sus reflexiones, sus más íntimas emociones y sus últimos hallazgos.

Con tal intención alargó su brazo, dispuesto a acariciarlo con la mano e impedir que abandonase la privilegiada atalaya desde la que contemplaba el mundo, ajeno a que también él podía estar siendo contemplado. Lo estaba.

Según extendió el brazo y estiró su mano, con la intención antes señalada, Andrés comprobó que, ocupando su sitio en el sillón, se encontraba el maldito metro y medio de reptil de Eugenia, enrollado sobre sí mismo, en actitud que no le dejó lugar a dudas y le hizo volver el brazo, en milésimas de segundo, a la posición que aún no había abandonado del todo.

Anulando el movimiento instintivo apenas iniciado, éste fue contrariado por su opuesto. Andrés, de modo totalmente reflejo, hizo que su brazo saliese disparado como un látigo para, de un manotazo, proyectar al vacío, apartándolo de la trayectoria de la cabeza de la pitón, el medio kilo escaso de mortal encarnadura del perrito que la serpiente, las fauces decididamente abiertas, había decidido zamparse pese a la convivencia de años que, supuestamente, los unía.

Los ladridos del perrito, mezcla del pánico que lo había invadido y del dolor que le había asaltado, resonaron agudos por toda la casa mientras que la pitón, sorprendentemente atemorizada, se enroscaba sobre sí misma en el asiento del sillón y permanecía quieta y se diría que mansa y apacible para cualquier observador poco conocedor de los hábitos de estos bichos.

En ese momento Eugenia entró en la sala como una exhalación dispuesta a

averiguar lo que había sucedido. Sus gritos ahogaron los del animalito.

—¿Qué pasa, qué le has hecho? ¡Animal! ¡Qué eres una bestia! —le gritaba a Andrés, al tiempo que se dirigía a la estremecida y mínima masa de carne que, a juicio de Andrés, era aquella rata con lacito y pelo—. ¡Ven aquí, cariñito, ven aquí!

En medio de los reproches de Eugenia y de los vanos intentos del comisario por explicar lo sucedido, de los gritos y los insultos, irrumpió Eulogia que, como primera medida, se abrazó a su hija hasta que ésta la apartó diciendo:

—¡Aparta que lo estrujas! —refiriéndose al pobre can que temblaba entre sus brazos.

Al fin, el comisario se pudo enfrentar, en medio de cierta y más que nada aparente serenidad, al tribunal que lo juzgó allí mismo. Un tribunal reunido con la misma inmediatez y celeridad con la que, en su niñez, se afirmaba que lo hacía el del Juicio Final, de forma inmediata, según el alma, que al parecer se estima que pesa veintiún gramos, abandonaba el cuerpo que había ocupado hasta entonces, en ese mismo momento, lugar y hora del abandono.

El juicio fue severo hasta que Eugenia dio un respingo y exclamó:

—¡Verga! ¡Sí que me olvidé de darle su conejito de Indias!

Al darse cuenta de su error se abrazó a Andrés y lo cubrió de besos, suplicándole disculpas, mientras su madre contemplaba la escena sumida en un indescriptible arrobo. Después retiró la pitón del sitio que usurpaba y se la llevó al terrario del que la había sacado se supone que para entretenerse con ella.

Cuando Eugenia se ausentó con la serpiente, Eulogia depositó el perrito encima del sofá y se abrazó a Andrés.

—Perdónala, ya sabes que lo quiere mucho.

—A buenas horas mangas verdes —respondió el comisario.

Y se sentó en su sillón, después de recoger a la perrita del sofá, dispuesto a acariciarla tal y como había programado. No se podría decir de él que no fuese un hombre de ideas fijas. Lo de la conversión de Salvador lo dejaría para una ocasión mejor.

Martes, 4 de marzo de 2008, 22.30 h.

Pasada la hora de hacerlo, el comisario Salorio seguía teniendo ganas de cenar pero continuaba resistiéndose a ello. La suya solía ser una batalla perdida con mayor frecuencia de la deseada, pero en esta ocasión había decidido resultar ganador en la contienda. No ignoraba que, dado el estado de ansiedad en el que vivía, cenaría en exceso y se pasaría la noche dando tumbos en la cama, envuelto en mil pesadillas que no deseaba. La peor de todas que Eulogia lo abandonaba y después era engullida por una enorme pitón, cuya cola surgía de sus propias piernas y era ella misma.

Sentado en su sillón seguía acariciando maquinalmente al perrito que, después de la experiencia vivida y luego de gruñirle durante un buen rato, quizás hubiese decidido darse cuenta de lo realmente sucedido y sentirse feliz acogido de nuevo a su protección.

—Al fin y al cabo —se dijo Andrés— los perros acaban pareciéndose a sus dueños.

En ese momento, asomó Eugenia por la puerta y al contemplar la que consideró una tierna escena, no pudo reprimir el dirigirse a su madre.

—¿Ves, Eulogia? Para que luego este bruto diga que *Clavito* no tiene almita, como nosotros —exclamó Eugenia poniendo morritos y haciendo un mohín.

—Pero sí tu madre y tú sois un par de desalmadas, deja al perro en paz —advirtió el comisario, al tiempo de depositar en el suelo al preciado animalito.

Llevaba un tiempo intentando controlarse y la reciente irrupción de Eugenia, secundada por la terapéutica acción de acariciar al perro, lo habían serenado y decidido a considerar que, por fin, ya estaba tranquilo, era cabal dueño de sus actos y que lo que había pensado hacer no sería consecuencia de un arrebato, sino de una reflexión seria y profunda. Al fin y al cabo, Carlos Somoza era amigo suyo y tanto Diego Deza como Andrea Arnoia entenderían que incumpliese sus propias órdenes al decidirse a llamar al catedrático para advertirle de la situación en la que se encontraba ofreciéndose a hablar con él aquella misma noche.

Lo dudó una vez más, antes de coger el teléfono. ¿A quién quería tranquilizar, a su amigo o a sí mismo? Lleno de impaciencia, aceptó que a sí mismo, se llevó el auricular del móvil a la oreja después de haber marcado el número del de Carlos Somoza.

—¿Por dónde andas? —le preguntó nada más saberlo al otro lado de la telefonía inalámbrica, mientras, de modo casi inconsciente, volvió a coger en brazos a *Clavito*. El perro se había estado restregando contra los bajos de su pantalón, solicitando el mimo que al fin había conseguido.

—Aquí, en casa, solo, y más jodido que la Collona. La legal se fue de cena con las amigas y me debió sentar algo mal que no hago más que vomitar. Lo curioso es que no recuerdo haber tomado nada —le contestó Carlos Somoza, con evidente mala voz.

—Tomarías unas ostras...

—Qué va, es peor. Es como si estuviese envenenado, me cago en los cojones, me voy por la pata abajo, vomito, me mareo, tengo náuseas...

El comisario se quedó brevemente pensativo. Le había dicho envenenado. Al recapacitar en ello depositó con mucha suavidad al perrito sobre el mismo brazo del sillón del que no hacía mucho tiempo que lo había desplazado con la brusquedad y eficacia que tanta irritación le había producido a Eugenia. Fue tanta la dulzura con la que lo hizo ahora, tanta, que equivalió sobradamente a la mucha brusquedad de la ocasión primera.

Se incorporó, puso el teléfono en manos libres y echó a andar camino del ordenador del que no hizo falta apartar a Eugenia. Se levantó ella misma nada más verle la cara y oír lo que la voz de Carlos Somoza le seguía describiendo.

Andrés se sentó, conectó Google y deletreó en «buscar», *envenenamiento por curare*. En ese instante el doctor Somoza con voz que quiso que sonase a complicidad y picardía le estaba comentando.

—... y me tomé unas cervezas con Anxos Vilavedra después de salir del hospital, en el Moore's, ya sabes, Estrella Galicia, amarguita, como me gusta a mí... A ver sí es que estaba mala, porque la verdad es que tenía un sabor raro...

El comisario no lo dudó un instante:

—¡Sal zumbando para el hospital o llama al 061, lo que sea más urgente, estás envenenado por curare!

—¡Pero sí eso mata en el momento!

—¡No por ingestión!

—¡Es cierto! ¿Pero quieres decir qué...? ¡Hostia...! ¡El beso de la mujer araña!
—razonó el doctor antes de colgar y decidir sí se tomaba un vomitivo en aquel preciso momento, llamaba al 061 o salía zumbando camino del hospital.

Andrés, según vio interrumpida la comunicación con el catedrático de medicina legal, observó la expresión del rostro de Eulogia, que, al lado de Eugenia, lo contemplaba atónita.

—¿Qué sucede, flaquito, qué sucede?

Le preguntó a Andrés, pero éste con la mano le indicó que lo dejase concentrarse mientras marcaba el número de Diego Deza.

—Después te cuento —le dijo a modo de consolación.

Ya empezaba a impacientarse ante la que preveía una llamada perdida, preguntándose en qué términos debería dejar recado en el contestador para que el subcomisario actuase con la debida urgencia.

Estaba preguntándose por qué no había hecho lo mismo antes de marcar, para

comunicarle en conversación abierta lo que tanto trabajo le estaba costando sintetizar en lo que habría de ser un soliloquio cerrado, cuando lo interrumpió la voz que lo avisaba de que no había sido posible establecer la conexión y que lo intentase transcurridos unos minutos. Entonces marcó el número de Andrea.

Establecida la comunicación no se anduvo con rodeos.

—Localiza a Diego y acto seguido encontrad como sea a Bésame-Bésame. Me temo que haya intentado envenenar a Carlos Somoza.

Colgó tan pronto como tuvo confirmación de que su orden sería atendida de inmediato. Acto seguido recuperó el número de Somoza y lo marcó de nuevo.

—¿En dónde estás?

—En la entrada de urgencias del Clínico.

—Salgo para ahí —respondió colgando de inmediato.

Eugenia lo interrogó con la mirada.

—Ya te lo contaré, ahora no puedo —le dijo. Luego miró a Eugenia y de nuevo a Eulogia—. Ya os lo contaré. De esto ni una palabra a nadie.

En unos cuantos minutos, mientras se preparaba para salir otra vez, se ataba de nuevo los cordones de los zapatos y se hacía el nudo de la corbata, les hizo un anticipo a Eulogia y a su hija de todo lo que les acababa de prometer que les contaría. Eso las tranquilizó bastante. Casi como si lo demás las trajese sin cuidado. Como mucho fue Eulogia la que se atrevió a decir:

—¡Vaina! ¡Si lo sé no vengo! —pero antes de que abandonase la casa se abrazó a él del mejor modo que pudo.

Eulogia sabía que, a él, su abrazo lo encandilaba. Era como si sus estructuras corporales encajasen a la perfección, acoplándose una a otra sin forzamientos de ninguna clase, amoldándose sin violencia como el anagrama del ying y el yang o cualquier otro semejante. Andrés le agradeció el abrazo, pero se deshizo pronto de él. Tenía miedo a sucumbir a la llamada. Pensándolo bien él no iba a desintoxicar a nadie.

Después de salir de su casa se fue andando hasta el parking más próximo al casco viejo de la ciudad, en el que guardaba su coche. Entró en él y a los pocos minutos lo abandonó conduciéndolo él mismo. A aquella hora no sería difícil aparcar en los alrededores del Complejo Hospitalario Universitario de Santiago, el CHUS, conocido también como el Clínico. Antes de llegar recibió la llamada de Deza comunicándole que Arnoia ya lo había localizado.

—Llamadme tan pronto la localicéis —le respondió.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Envía una pareja al Clínico para que custodien a Somoza por la noche; al fin y al cabo, ella es médico y puede intentar entrar en la habitación para terminar lo empezado.

Capítulo Sexto

Compostela, miércoles, 5 de marzo de 2008, 10 h.

A las tres y pico de la madrugada, ya se pudo considerar que Carlos Somoza estaba fuera de peligro. Para entonces el comisario Andrés Salorio ya había recibido varias llamadas de Diego Deza y Andrea Arnoia comunicándole que, a riesgo de que los habituales de la noche Compostelana acabaran considerándolos como una pareja de hecho, dado que Anxos Vilavedra no aparecía por ningún lado y que tampoco convenía llamar la atención más de la que ya la habían llamado, contando con su permiso, se retirarían cada uno a su olivo, como los mochuelos.

El comisario asintió. Él también estaba deseando irse a la cama.

—La buscáis en su domicilio a primera hora y si no regresó a él iros directamente al funeral. Seguro que va a estar allí. Si no la encontrasteis en su casa, retiradla de donde la encontréis con toda discreción, procurando que no haya ningún alboroto — les dijo desde su teléfono al de la emisora del coche camuflado.

Después entró a despedirse de su amigo.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Somoza. Andrés se quedó mirándolo, sin responder a su pregunta, contestándole con otra:

—¿Te tiraste a Sofía?

—¡Hombre...! ¡Qué preguntas...! ¿Te la tiraste tú...?

—Yo no, pero eso no hace al caso.

—¿A qué caso?

—Al de su asesinato. ¿A cuál va a ser?

El doctor se quedó mirándolo. El comisario tenía aspecto de cansancio. Somoza se preguntó cuál sería el suyo, después de la paliza que había significado el envenenamiento.

El curare una vez ingerido puede producir toda una batería de efectos, náuseas, vómitos, calambres de estómago y diarrea de sangre. Había tenido suerte. No sólo había hablado a tiempo con Andrés sino que no tenía ningún corte en el labio, ninguna encía en carne viva, cualquier herida a través de la cual el veneno se hubiese podido incorporar a su torrente sanguíneo. Salorio insistió:

—¿Te la tiraste?

—¡Hombre, sí! Tampoco era tan difícil.

—¿Ah, no?

—No. Era una trepa ambiciosa. En donde viese dinero o posibilidades de medrar en cualquier sentido allí estaba ella haciendo ofrenda de sus dones. Sólo guardaba fidelidad a sus antiguos novios. Seguía acostándose con ellos.

Salorio ya sabía lo que necesitaba saber y prefirió posponer la conversación, pero

Somoza era de ideas fijas.

—Se invitaba a cenar y solía conducir a sus presas a las casas de turismo rural, lejos del bullicio ciudadano. Compañeros de profesión conocidos en los congresos, catedráticos y miembros de los tribunales de oposición, su director de tesis. Últimamente se decía que tenía muy buenas relaciones con el clero...

—Anda, mañana hablamos, ahora duerme, te conviene descansar —cortó Andrés.

—¿Por qué habrá querido matarme? ¿Crees tú que Sofía...?

—Yo no creo nada. Mañana te cuento. Ahora duerme.

Somoza estaba realmente agotado y aceptó la indicación.

—Oye, no me jodas, deja dicho que no la dejen entrar aquí. Esa tía está loca.

—No te preocupes, puse vigilancia. Custodia, sí lo prefieres. Escolta, que impresiona más. Duerme. Hasta mañana.

En ese momento volvió a sonar el teléfono móvil del comisario. Era Clara.

—¡Acaba de llamarme! —gritó a punto de ponerse histérica.

—¿Quién? —preguntó el comisario.

—¡La voz distorsionada!

—¿Y qué te dijo?

—Qué después del doctor Somoza yo sería la siguiente. ¿Le pasó algo al doctor?

—No. Está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy tomándome una copa con él. ¿Quieres que te lo pase? —preguntó solícito el comisario.

—Sí. Pásamelo.

Andrés Salorio, tapando el micrófono, le paso el teléfono a Somoza.

—Es Clara Ayán, tranquilízala.

Así lo hizo el encamado y después le devolvió el teléfono a su acompañante.

—¿Tranquila ya, Clara? Ahora duerme y mañana va a ser mejor que no aparezcas por el funeral, quédate en el hotel y no te preocupes. Yo sabré disculparte.

—¿Por qué no voy a ir? ¿Qué dirá la gente?

—No vas a ir porque te pido yo que no vayas. ¿Vale? Ya iré yo a verte —respondió Salorio y cortó la comunicación acto seguido.

Después de este diálogo el comisario jefe hizo un gesto de despedida a su amigo el doctor Somoza y abandonó la habitación reservada para huéspedes especiales.

Miembros del gobierno, personajes de la vida cultural o política, eran alojados en aquella estancia, que en el viejo hospital era conocida como «el hotelito» y en el flamante y nuevo como la habitación del fondo, o la de la cama larga. Ofrecía, además de privacidad e independencia, comodidades no sólo para los enfermos sino para sus visitantes.

Cuando salió de allí, lo hizo advirtiendo a los guardias que sólo podrían entrar en el hotelito las personas acreditadas, no fuese a suceder que, por llevar bata y fonendoscopio, se les colase la doctora Vilavedra dispuesta a completar su obra.

—¿Le dieron a ustedes su fotografía? —preguntó Salorio al policía de la puerta primero y al que vigilaba el acceso al pasillo a continuación.

Al responderle éstos que sí, les hizo el mismo comentario.

—Pues ojo al parche y que tengan una buena guardia.

Después regresó a su casa. Cuando se metió en la cama Eulogia dormía profundamente. Dudándolo mucho, por miedo a despertarla, se fue acercando poco a poco hasta acoplar su cuerpo al de ella. Le gustaba sentir sus nalgas reposando entre su vientre y sus antepiernas, el contacto suave de su piel, aquella maravilla que tanto lo subyugaba. También él se quedó pronto dormido.

Cuando se despertó miró la hora en el reloj de la mesilla de noche y supo que se le habían pegado las sábanas y hecho algo tarde. Luego comprobó que Eulogia seguía a su lado sin haberse levantado todavía. Estaba despierta.

—Buenos días. No quise despertarte. ¿Hice mal?

—Hiciste muy bien —respondió Andrés acurrucándose a ella.

En ese momento sonó el teléfono y se tuvo que dar la vuelta para poder alcanzar el auricular con la mano. El móvil solía apagarlo por las noches, dejándolo en el salón recargando la batería. Le habían dicho o había leído que sus radiaciones afectaban al cerebro y desde entonces lo había desterrado de encima de su cabeza.

La llamada era de comisaría. Tenían a Anxos Vilavedra en el despacho del subcomisario. Andrés consultó la hora. Ya no le daría tiempo a pasarse por allí antes del comienzo del funeral.

—Sacadle todo aquello con lo que pueda hacerse daño y metedla en la jaula hasta que acabe el funeral. No le digáis nada. Luego hablaremos con ella. ¿Dónde pasó la noche? —preguntó el comisario.

—Pues no quiso decírnoslo, pero imagino que en casa de algún tío —respondió Diego Deza.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó Eulogia nada más ver que Salorio devolvía el auricular a su posición de espera.

El comisario volvió a acurrucarse a ella. Aún tenía unos minutos en los que depositaba toda su esperanza. Pero aunque lo intuyese no sospechaba que ésta pudiese resultar tan inútil.

—Anda, espabila. Aún tenemos que ducharnos y arreglarnos sí queremos llegar a tiempo al funeral —le dijo ella sonriendo, mientras se apartaba de su lado.

El comisario se quedó rumiando lo que ella le acababa de decir. Al parecer estaba dispuesta a acompañarlo a la catedral. Antes de incorporarse valoró el hecho de que con ella al lado tendría que responder a las muy pocas preguntas que solamente un par o dos de inconscientes pudiesen formularle. En ese momento se incorporó y dijo:

—Tienes razón. No perdamos ni un minuto.

*Compostela, miércoles, 5 de marzo de 2008,
11.30 h.*

La Guerra Civil Española fue iniciada en 1936, tras un levantamiento de los militares que tuvo epígonos frustrados el 23 de febrero de 1981. Los epígonos, por fortuna, fueron gentes bastante menos serias y capacitadas. En el año 1936, muchos soldados del que de modo algo benévolo fue llamado bando nacional, cuando en realidad debiera ser denominado de otra forma más contundente, llevaban cosido a su camisa, a la altura del corazón, o colgando como escapulario un «*detente*».

Se llamaba así a una imagen del Sagrado Corazón de Jesús sobre la que campaba la leyenda «*detente bala, el Sagrado Corazón está conmigo*». Dicen que el artilugio detuvo muchas balas. Aquellos eran tiempos de mucha fe.

El santiaguíño es un marisco, un crustáceo, parecido a la cigala. Tiene por nombre científico el de *Scyllarus arctus* y exhibe en su lomo unas protuberancias que se dirían la Cruz de Santiago, ésa que recuerda un puñal rojo de doble filo y mango y crucero con bucles en espiral, la misma que llevan los canónigos compostelanos en los pectorales de sus sotanas.

Durante aquella nunca lo suficientemente lejana Guerra Civil se afirmaba de ellos, de los llamados santiaguíños, que habían sido enviados por el propio Apóstol, cuando no por su mismo Maestro, para significar que Dios estaba del lado de los nacionales, es decir, en contra de los del otro bando, al parecer mayoritariamente formado por ateos, masones, comunistas y judíos, amén de homosexuales y demás gente de idéntica ralea. Además, y también al parecer tampoco eran españoles. Eran los rojos. Había catecismos que, en llegando al quinto mandamiento, ordenaban «*matarás con justicia*» e incluso alguno afirmaba que matar rojos no era matar. ¡Ah, país!

Según se iba acercando a la catedral en compañía de su dama, el comisario jefe del cuerpo superior de policía no dejaba de pensar en lo mucho que los tiempos habían cambiado; al menos en apariencia. Elogia constituía ahora su *detente*. No era un santiaguíño hembra, no era santiaguesa, pero era de Caracas, de Santiago León de Caracas. Además, no era roja, sino de derechas de toda la vida. Como su papá. La verdad es que se notaba. Rubia y llamativa, pero no roja, concitaba la atención de todo cuanto transeúnte se cruzase con ella o la observase desde la distancia. Ella, qué duda cabe, lo sabía y, aunque afirmase lo contrario, le gustaba.

A la altura del año 2008 d. C., podrían serles negados los sacramentos a aquella desigual pareja, en razón del adulterio en el que vivían instalados, al parecer felices, pero entonces, cuando la guerra, incluso hubiese sido posible que no los dejaran

acceder al templo, cuando no algo peor.

Sin embargo, ahora, según entraban en la catedral, Eulogia lo protegía de los impertinentes y nadie les decía nada. En cualquier momento el papa podría recibir en audiencia al presidente del gobierno gallego acompañado de quien la prensa llamaba pudorosamente su compañera sentimental, y tampoco pasaría absolutamente nada, excepto los aspavientos de los más hipócritas, así que los tiempos eran definitivamente otros y no era de extrañar el papel que Eulogia estaba cumpliendo al lado del comisario jefe superior del Cuerpo Nacional de Policía destacado en Compostela. Lo que no quiere decir que nadie dijese nada sino que de hacerlo seguro que lo dirían en voz baja, susurrándolo. Santiago es una ciudad de susurros, mucho más alrededor de la iglesia.

No debían de ser pocos los susurros producidos por aquella multitud que se adentraba en el templo principal de uno de los centros de la cristiandad. Entraban ellos, apurados, sacudiendo el agua de la lluvia que resbalaba por la tela de los paraguas o batiendo la suela de sus zapatos para aligerar sus pantalones del agua que se los había empapado. Lo hacían ellas escrutando las caras conocidas, valorando los lugares que ocupaban, discerniendo cuáles habrían de ser aquéllos a los que ambos deberían acceder. Todo ello, pese a ser realizado de modo que se diría respetuoso y en medio de un silencio sacral, añadía sin embargo algo de estruendo, magnificándolo, al susurro colectivo; un susurro convertido ahora en murmullo, en el momento de entrar en el templo la amante del comisario; se diría que casi en un rumor marino, como de oleaje que se desmaya en la arena y la revuelve.

De hecho, sí uno se fijaba, podía oír variaciones dependientes de ese rumor indescifrable, sí, pero a la vez tan comprensible. Era como si ése fuese cambiando hasta convertirse en el que produce el mar en la distancia, o el del viento en los robledales, aquellos que, en el idioma propio del país, son llamados carballeiras. Como ellos, el murmullo del gentío también era lógico y esperable en días agitados y revueltos como el de la fecha. No hacía cuarenta y ocho horas que el deán de su cabildo se había roto, si no la crisma, sí el cogote.

La expectación causada por su fallecimiento había convocado a todo tipo de devotos, pero también de políticos en ejercicio, así como una amplia variedad de representantes de la sociedad civil. Allí estaban presentes todas las instituciones, la Iglesia en mayor medida y distinción, con toda lógica; es decir, que entre todas, todos y las recientes muertes tenían mucho de lo que hablar, comentar e incluso susurrar. De ahí el oceánico, eclesiástico y ecuménico murmullo que recibió a la pareja, quién lo diría, de enamorados.

Sin poder explicar cómo podían ser establecidos los nexos necesarios, todos ligaban la muerte del deán con la de Sofía Esteiro. La ausencia de Clara Ayán, a quien nadie veía por ninguna parte, y la existencia de un rumor —de esos que en gallego se llaman *ruxe-ruxe*, sin que se crea necesario traducirlo— que había empezado a circular hacía poco a través del personal médico del hospital ayudaban

no poco a ello.

El ruxe-ruxe afirmaba que Carlos Somoza había sido ingresado en estado de shock debido, al parecer, a un intento de homicidio, frustrado gracias a un potente y carísimo antídoto. Asistido de una enorme suerte se lo habían aplicado a tiempo y eso lo había salvado de un envenenamiento poco menos que fulminante. La ausencia de Clara Ayán colaboraba no poco a dar por cierta la noticia. También Sofía Esteiro pudo haber sido envenenada, con toda probabilidad, por su propia compañera de piso. ¿Por quién, si no?

Como si fuesen ajenos al rumoroso ruxe-ruxe e insensibles al acompasado y al tiempo estruendoso rumor de las olas que se rompen en la playa pública, ajenos también al zumbido del viento entre las hojas de los árboles próximos al arenal, cuando no al de las moscas que sobrevuelan el estiércol de las cuadras, Andrés Salorio y Eulogia Andrade se dirigieron directamente a los primeros bancos de la nave central. Pero no permanecían ajenos al murmullo, ni mucho menos, simplemente realizaban sus propias valoraciones.

Por una vez no pocas de las autoridades políticas habían acudido acompañadas de sus cónyuges respectivas. Los respectivos hubieran sido tres o cuatro, pero se veía que habían disculpado su asistencia. El mundo no había cambiado tanto, al fin y al cabo.

La presencia de las respectivas, por su parte, quizá fuese debida a la condición sacerdotal del fallecido, pero también al morbo que su reconocida tendencia al sexo opuesto despertaba en todas ellas, aun después de muerto. Ya se conoce la tendencia hispánica a ganar batallas como las que ganaba el Cid o incluso a dar grandes lanzadas a los moros muertos. Eso y el innegable atractivo que siempre había ejercido sobre las mujeres. Un atractivo que era acrecentado, en aquellos momentos luctuosos, a través de mecanismos ocultos en las mentes femeninas; por ello difícilmente descifrables, incluso para ellas.

Llegados a las cercanías del altar mayor se sentaron en un extremo del segundo banco de la izquierda, al lado mismo de la mujer del delegado del gobierno, justo detrás del que ocupaban algunos altos dignatarios eclesiásticos que no officiarían en la ceremonia.

El banco derecho de la nave lo ocupaban los familiares del finado; es decir, Adrián acompañado de sus padres y de dos viejas señoras aldeanas, enlutadas y dignas, serias y calladas, ajenas a toda aquella algarabía institucional y política.

Andrés consideró que lo correcto sería servir de apoyo a la señora delegada, puesto que su residencia en A Coruña significaba una pequeña segregación respecto de la clase política mayormente asentada en Compostela, perteneciente ya a otra generación más joven que la de su marido. Eso consideró el comisario. Sin embargo, él, tan previsor, se había olvidado de algo importante: el incidente del helicóptero. Se dio cuenta tarde, sólo cuando a continuación de los saludos la mujer del delegado le soltó a Eulogia:

—¿No andará hoy tu hijo volando el helicóptero por aquí dentro, en persecución del botafumeiro? —le dijo.

Eulogia no supo qué responder. Sonrió y le apretó el antebrazo a Andrés con cuanta presión fue capaz de ejercer. En ese momento la algo iconoclasta consorte del delegado del gobierno central volvió a intervenir.

—No digo que para que disparase misiles contra el incensario, aunque tampoco estaría mal, pero la pancartita sí que sería oportuno que la exhibiese. ¡Mira que no está esto lleno de gilipollas! —sentenció.

Eulogia Andrade fue incapaz de contener la risa, contra la que no encontró mejor remedio que pellizcar el brazo a Salorio hasta que éste, con gesto brusco, lo retiró dolorido.

En ese momento, un agente se acercó hasta ellos y le susurró algo en el oído al comisario. Éste respiró hondo y le dijo a Eulogia:

—Tengo que irme. La hemos cogido.

—¿A quién? —preguntó Eulogia.

—A la asesina. Me voy.

Le dio un beso y, por detrás de ella, se inclinó para darle la noticia al delegado del gobierno, en voz baja, casi en un susurro. Después salió, seguido por el agente uniformado, mientras la gente lo miraba haciéndose preguntas para las que encontraba todo tipo de respuestas. Él iba ajeno a todo, incluso a la reacción de su superior después de haberle ordenado el cese de todas las investigaciones. Era evidente que no le había obedecido.

Al salir con tanta precipitación, Salorio no pudo ver el solemne y desusado espectáculo que se ofrecía. El cabildo en pleno estaba empezando a salir de la sacristía, revestidos los canónigos con los ropajes de gala que les hacían parecer poco menos que como un cónclave papal. Sus colores, mezclados con los de todos los obispos gallegos, prestaban al interior del templo un tono que oscilaba entre el purpúreo de sus vestimentas y el violeta del pendón que don Juan de Austria enarboló en el golfo de Lepanto y que, convertido ahora en exvoto, flotaba a media altura de la nave central.

—¿Qué pasó? —preguntó a Eulogia su compañera de asiento.

—Qué cogieron a la asesina, después te cuento —respondió ésta más contenta que unas pascuas por tener ella la primicia.

El delegado del gobierno se volvió hacia ellas dos y llevándose el dedo índice a los labios les dijo poco menos que en un bisbiseo:

—¡Sssshhhhhhhh... ssssilencio!

En ese momento comenzaba el solemne funeral y Salorio abandonaba el templo.

Tomé Carreira, en cambio, llegaba apurado y consciente de su retraso, sudoroso. No pudo evitar tropezarse con el comisario y que éste lo detuviese cogiéndolo por el brazo.

—¿No te quedas? —le preguntó a guisa de saludo.

—No, tengo que irme. La hemos cogido.

—¿A quién?

—A la asesina; por cierto, enhorabuena. Eras más sospechoso que un concejal de urbanismo con mercedes nuevo —le comentó haciendo uso de una expresión creía recordar que de Eulogia.

El catedrático de medicina se quedó parado, reflexionando en la planta de curare que le habían sustraído.

—¡Gracias! —dijo—. ¿Ya confesó?

—No, pero va a hacerlo ahora.

—¿No puedo saber quién es, verdad?

—Aún no. Ni tampoco puedes decir nada. Nada de nada. Hay cosas que sólo sabemos tú y yo y algunas pocas personas por encima de nosotros.

—Ya lo sé, descuida. Pero hay algo que tú aún no sabes y yo sí. Ya hablaremos —respondió Tomé despidiéndose del comisario—. Gracias por tu bonhomía y tu profesionalidad.

El comisario se quedó en suspenso, como dubitativo, pero al ver que la inspectora Arnoia se acercaba a ellos, le dio un apretón de manos, le dijo adiós con la cabeza en un gesto de asentimiento y despedida, y se dirigió hacia ella.

Había venido desde comisaría, apenas a doscientos metros de la fachada de Platerías, por la que él acababa de abandonar el templo, sin apearse el paraguas del cuello de la gabardina del que, siguiendo inveterada costumbre, solía colgarlo. En ese momento no llovía.

—Hola, jefe, vine porque así te cuento por el camino cómo está la cosa. Para empezar, esa tía está loca.

*Compostela, miércoles, 5 de marzo de 2008,
12.30 h.*

Andrés Salorio, en el momento de entrar en comisaría, ya estaba informado por la inspectora Arnoia, de forma pormenorizada, de los vanos intentos de la noche anterior por localizar a Anxos Vilavedra y de lo fácil que había sido encontrarla esa misma mañana cuando, al salir de casa, se la tropezó a la vuelta de la primera esquina.

—Buenos días, doctora Vilavedra. La estamos buscando desde ayer —la había saludado—, ¿en dónde pasó usted la noche?

—¿Qué pasa? ¿Se me acusa también de no pasar la noche en mi casa? —le había contestado la doctora.

Por unos instantes la inspectora dudó cuál sería la respuesta más oportuna y soltó la más espontánea, la que ni ella misma esperaba.

—¿De qué otra cosa la acusamos? —le contestó y a punto estuvo de advertirle de que aún no la había acusado de nada, pero prefirió aceptar el envite así ofrecido.

—Usted sabrá. Usted es la que viene a detenerme —contestó la doctora.

—Yo todavía no he dicho que venga a detenerla.

—Pero viene.

Se hizo un silencio que señaló la expectación causada en ambas por el breve diálogo mantenido. La afirmación de la doctora Vilavedra requería una respuesta inmediata.

—Vengo a pedirle que me acompañe a comisaría. Por favor. Queremos contrastar unos datos con usted —confirmó por fin la inspectora jefe.

En ese momento del relato, Andrea fue interrumpida por el comisario.

—Ya sabes que has obrado de modo muy impropio y ajeno a cualquier norma. Debiste haberla seguido y llamado a Deza para que te acompañase en la detención. Imagínate que se te revuelve.

—Ya lo sé, jefe, pero ha salido bien. Quería evitar que llegase a la catedral y organizase allí lo que no me organizó a mí. Esta tía es imprevisible. Olvídelo, por favor, ya sé que lo hice mal, pero ya sabe que salió bien —respondió Andrea Arnoia y continuó con su relato.

La detenida se había dejado conducir dócilmente a comisaría. Entró saludando a todos, luciendo una sonrisa beatífica en su rostro. Luego colaboró en todo cuanto le fue solicitado.

Cuando le retiraron el bolso no puso ningún impedimento y al pedirle que acompañase a dos agentes para ser recluida en una celda exhibió la misma

complacencia de un huésped que, llegado a un hotel de gran lujo, fuese invitado a subir a una suite en compañía del jefe de recepción y un par de conserjes uniformados.

—¿Le habéis adelantado algo? —preguntó el comisario.

—¡Qué va! Le soltamos la retahíla de sus derechos y le preguntamos si quería que avisásemos a un abogado. Pero se echó a reír y, como si no fuera con ella la cosa, nos dijo: «¡No me digáis más, a Clara Ayán, naturalmente!». Está mal..., o eso me parece a mí.

Ya en el despacho del comisario se incorporó Deza y entre los tres reconstruyeron la noche que cada uno de ellos había vivido. Salorio les contó los pormenores del envenenamiento que, a todas luces, había sido provocado por la detenida. Faltaba por saber cómo lo había hecho.

—¿Con qué lo hizo? —preguntó Deza, agotado por el cansancio e incapaz ya de relacionar nada.

—Con curare que le robó a Carreira.

—¿Y de dónde lo sacó ese insensato?

—Se trajo unas plantas de Brasil.

—¡Hay que ser animal! —exclamó la inspectora.

—¡Sí, hay que ser inconsciente! —concluyó el subcomisario Deza.

Salorio le dijo que había sido una insensatez, sí, pero que todos jugábamos con la digitalina, masticábamos laurel y sentíamos tentaciones de quemar adelfas, cuando no nos preguntábamos qué cantidad de *amanita muscaria* sería precisa para tener visiones del paraíso.

Antes de darse cuenta de que aquello empezaba a resultar una conferencia, el comisario se extendió en consideraciones sobre los nombres despectivos que tienen las setas en gallego y expuso su convencimiento, contrario al de los que opinan que se le deben a la Iglesia que así las bautizó para erradicar su culto. Sucedió así en el momento de la cristianización, según los más; pero él creía que habían sido los propios druidas para contener su consumo y preservar su conocimiento. En ese instante, lo interrumpió Andrea Arnoia:

—Jefe, no se embale que tenemos a la doctora en la sala de visitas.

El comisario se sonrió, era verdad que se había puesto eufórico y locuaz, así que pidió disculpas y ordenó:

—Avisa de que nos la suban. Tú te quedas conmigo, Andrea, y tú Diego atiendes desde el otro lado, dejando que sea yo quien lo haga pues tengo más datos que vosotros —les dijo.

Lo hizo dirigiéndose a Diego Deza, que le respondió malhumorado.

—Pues no debiera ser así. El caso es nuestro.

—Así es, pero también es mío. Recordad que nos mandaron pararlo y sin embargo ved en dónde estamos. Ahora debemos salir de aquí contentando a todos. Dejadme que sea yo el que se encargue de hacerlo sin que nada os salpique.

Se quedó pensativo, esperando la llegada de Bésame-Bésame. De lo que sucediese en los próximos minutos dependería el contento de todos o que la ira cayese sobre él. Por si acaso, ya había practicado el arte de la obsecuencia, según él mismo la entendía, con Tomé Carreira, al encontrárselo saliendo de la iglesia. Pero ahora todo pendía de un hilo.

A los pocos minutos Anxos Vilavedra entraba sonriente en la sala de interrogatorios.

—¡Anda! Éste es el espejito ese que sale en las películas —comentó sonriente, nada más entrar, como si aquello no fuese con ella.

—Hola, doctora, soy el comisario Salorio...

—Sí, el que se toma las birras con Somoza...

—Sí, pero más sanas que la que se tomó él anoche.

—Se la merecía, ese capullo, es un cabrón.

—¿Por qué?

—¿Por qué es un cabrón? ¡Vamos, comisario... no me jodas!

—Pero el curare por vía digestiva no es mortal, doctora.

Anxos Vilavedra ni se inmutó por el comentario del policía. Se diría que estuviese deseando que todo se diese por sentado, por sabido y conocido, como si eso añadiese importancia a las que ella ya consideraba sus reivindicativas hazañas, pero que en realidad ocultaban otra cosa.

—Ya lo sé, se trató tan sólo de un aviso.

—... y la serie de llamadas a Clara ¿se trataban también de un aviso?

—Al menos se quedarán en eso, qué remedio.

Andrés se había dado cuenta de que, al dar por hecho un conocimiento que se desarrollaba al dictado tanto de su intención como de su osadía, le estaba dando magníficos resultados pues estaba suponiendo una confesión en toda regla, rápida y cómoda, producto todo ello de una mente que sin duda había torcido su camino.

—¿Por qué la avisabas? —preguntó dando de nuevo por hecho que era suya la voz distorsionada que agobiaba a la abogada por teléfono.

—Porque quería recuperar los archivos de Sofía y suponía que los tendría ella..., las dos eran muy amiguitas, siempre juntas las dos, disfrutando de los hombres en su lujoso edificio... ¡el putón verbenero y la abogada de los pobres que se hizo rica con el sucio dinero del *Coleslaw*!

—¿Y para qué querías tú esos archivos, sabes lo que dicen? —preguntó Andrea Arnoia, siguiendo el ejemplo de su jefe.

Anxos la miró sin contestarle, ignorándola, y volvió la mirada hacia Andrés como esperando a que fuese él quien formulase la pregunta.

—¿Para qué, Anxos? —dijo el comisario al darse cuenta.

—¡Para dárselos a Tomé! Tomé es un encanto y un buen creyente.

El comisario miró a Andrea. No sólo no había negado nada, ninguna alusión implícita, sino que también de modo implícito había aceptado el envenenamiento del

catedrático y la presencia del curare cuando nada había trascendido a la prensa y únicamente los médicos más próximos se habían enterado al llegar al Complejo Hospitalario Universitario de Santiago. Las llamadas a Clara eran algo que ya no sólo conocía él.

—Hoy todavía no has ido por el CHUS, verdad. ¿En dónde has pasado la noche?
—le volvió a preguntar Salorio.

—En casa de una amiga. Pero por eso no me habéis traído aquí.

—¿Por qué crees que ha sido?

—¡Hombre, comisario, no andemos con bobadas, me lo acabas de decir!

—¿Y cómo lo hiciste? ¿Cómo y por qué la mataste? —preguntó por fin el comisario.

—Fue fácil. Cuando Tomé me enseñó las plantas de curare que trajo del Brasil...

—¿Sabes para qué?

—Sí, se las pedí yo. Tengo dos mastines en casa de mis padres, los dos son muy viejos y están afectados de displasia de cadera y quiero darles matarile experimentando con la planta. También pretendía estudiarla, experimentando con ella. Él me explicó cómo se prepara.

Aquello estaba resultando demasiado fácil, al menos mientras no apareciese un abogado o llegase el momento del juicio por los asesinatos. ¿Habría que hacer igual que en el caso de Regino y echarle la culpa a algún pobre diablo que desapareciese de la circulación en las próximas semanas? Prefirió no pensar en ello. Ahora su problema era dar entera solución al asesinato de Sofía, al fallido de Somoza y al más que probable que hubiese sido el de Clara. Cuatro, contando con el del sacerdote, que podría ser considerado, gracias al lenguaje al uso, como un daño colateral.

Decidió seguir interrogando a Anxos.

—¿Y cómo se prepara?

La médico lo miró sonriéndose con complacencia. Estaba claro que no se trataba de alguien en sus cabales. Pero eso, por mucho que le afectase el hecho de constatarlo, no era ya de su incumbencia, pensó Salorio mientras no le quitaba ojo de encima a los diferentes sucesivos rictus de su cara.

—Se desmenuzan hojas, corteza y raíces y se cuecen y se vuelven a cocer hasta que se forma una pasta. Un trocito de esa pasta fue la que le eché en la jarra a Somoza, pero se ve que es duro; a su edad y con la tensión como la tiene, el corazón hecho papilla y el colesterol en las nubes, tenía que estar difunto —respondió ella, por fin, dueña de una tranquilidad que resultó pasmosa y anuló cualquier posible proceso de empatía.

—Pero ¿no decías que se trataba de un aviso? —preguntó Salorio.

—Sí, pero del último.

Andrea recordó a Sofía y se atrevió a preguntar:

—¿Y cómo querías experimentar con ella? —dijo, pensando en el doctor Somoza que, a la postre, le resultaba enormemente atractivo, quizá por decadente, quizá

porque dentro de ella hubiese algo reclamando una figura patriarcal como la suya.

—El curare paraliza la respiración, sólo la respiración, de forma que el afectado se puede recuperar sí lo reanimas de inmediato y yo pretendía realizar estadísticas de porcentajes de dosis, pesos, tiempos..., en fin, aprender las consecuencias de su uso —respondió Anxos Vilavedra, pensando en los mastines de sus padres. O eso quiso creer el comisario para poder reprimir con éxito el bofetón que estuvo en un tris de arrearle nada más imaginarse a su amigo el doctor Somoza estando afectado en tal medida por la droga.

Anxos Vilavedra hablaba como si aquello no fuese con ella y lo estuviese haciendo sobre las últimas rebajas de Hipercor Compostela, o sobre las gangas que se encontraban en las tiendas *outlet* de Allaríz. Por eso, también con toda naturalidad el comisario se atrevió a reformular la anterior pregunta:

—¿Y a Sofía cómo te la cargaste?

La doctora especializada en el tratamiento de los diversos tipos de diabetes lo miró sin asombro y sonriendo dijo:

—¡Qué hijo puta eres!

Luego se quedó un momento pensativa y al fin contestó:

—Fue fácil. Anda, di que me traigan el bolso.

Andrés Salorio miró hacia el espejo e hizo un gesto de asentimiento. Luego se volvió hacia Anxos Vilavedra.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Era una zorra! Como la otra. La otra también lo es, pero al menos lo disimula. Ésta le daba a todo. No tenía límite. La medicina no le importaba. Se hizo médico porque tenía una voluntad de hierro, pero no soportaba ver una aguja ni una gota de sangre. Cuando me acerqué a su casa, me recibió en albornoz y me dijo que se estaba depilando y si no me importaba que siguiese haciéndolo.

—¿A qué fuiste allí? —le preguntó entonces Andrea.

—Le había sido diagnosticada una diabetes y quería que yo le enseñase a inyectarse la insulina, que fuese yo quien la inyectase, pues ella decía que era incapaz de hacerlo. ¡Je! ¡Incapaz! Se quitó el albornoz y se quedó en pelotas, la muy puta, provocándome. Seguro que quería un lío conmigo. No le llegaba con su compañera de pisito.

—¿Así que se desnudó? —preguntó el comisario haciendo caso omiso de la insinuación apenas realizada.

—¡Es lo que te estoy diciendo! ¿O es que tú no te la tiraste nunca y por eso no la viste? ¡La vio así medio Santiago! ¿Quieres que la desnude yo ahora con palabras para que tú la veas? Bastaba con que ella viese posibilidad de obtener algo a cambio y ya follaba. ¿Quieres que te lo repita? ¡En-pe-lo-tas!

Anxos se había exasperado de repente, levantando la voz y contrayendo la expresión de su rostro hasta mostrarlo airado. El comisario no perdió por ello la calma. Con la voz más tranquila que pudo le preguntó:

—¿Obtener algo a cambio de qué? —le preguntó Salorio.

—De lo que fuese. Ahora estaba extorsionando a Tomé. Bastaba que un tipo me gustase a mí para que ella se lo tirase acto seguido.

A Andrés Salorio le pareció que todo se resumiría en unos celos enfermizos. En otros casos había visto echar la culpa a un bajo nivel de serotonina, pero era la primera vez que veía como la religión, a la par de unos celos pasionales y enfermizos, podía ser usada como una excusa por una asesina en serie, por una psicópata como la que tenía delante. Para no pensar en sí eso podría complicar o arreglar la necesidad de satisfacer la demanda de su superior, prefirió seguir interrogando.

—Pero follarse a alguien no es extorsionarlo —se aventuró a comentar la inspectora, adelantándosele.

—Tú cállate que esto no va contigo. Va contigo —dijo dirigiéndose al comisario —, para que aprendas que tú también tienes cosas que arreglar en casa.

—¿Qué cosas?

—El policía eres tú, averígalas; pero para entonces ya no estaré yo aquí para ayudarte.

—¿Ah, no?

—¡No!

—¿Por qué?

—¿Es que no lo sabes? —respondió ella queriendo parecer enigmática.

—¿Y ahora a quién ayudas? —preguntó el comisario para evitar una respuesta que se le antojó obvia.

—Estoy ayudando a Tomé, ¡no me jodas!, ¿o es que no te diste cuenta?

—¿Y a qué lo ayudas?

—A deshacerse de una conjura contra él, a deshacerse de una gente que quiere acabar con todo.

—¿Con todo?

—Sí. Pero Dios puede mucho. Dios es omnipotente, omnisciente y perfecto. La obra de Dios no se acaba nunca.

—¿Y el Juicio Final?

—Sofía ya lo tuvo y estará ardiendo en el infierno.

—¿Cómo llegó a él?

Anxos se quedó mirándolo fijamente. Sin embargo, dio la impresión de tener la mirada perdida o acaso de tenerla vuelta, como si estuviese mirando en su propio interior. Después de un silencio preguntó:

—¿Y mi bolso?

—Ya te lo traen. ¿Para qué lo quieres?

—Tú preguntaste, ahora espera.

Salorio intercambió una mirada con la inspectora y después interrogó también con ella dirigiéndose de nuevo hacia el espejo, como absorto. Aquella mujer, además de estar muy alterada, estaba corriendo demasiado. La reacción era por completo

imprevista. Nadie contaba con que se pusiese a confesar como lo estaba haciendo. Dudaba de sí llamar a un abogado del turno de oficio o sí ofrecerle de nuevo la posibilidad de que ella llamase a uno de su confianza.

¿Les estaría tomando el pelo y en el momento de firmar cualquier declaración se volvería atrás diciendo que se había tratado de eso? ¿Podría hacerlo sí la apuraba o si no la dejaba actuar como ella deseaba? Lo cierto es que quien conducía el interrogatorio era más bien ella, yendo siempre por delante de sus preguntas.

Al darse cuenta de ello, el comisario empezó a impacientarse por la tardanza en traer el bolso de la detenida. ¿Le habrían entendido el gesto? Ya se iba a incorporar dispuesto a ir él mismo a buscarlo, cuando se abrió la puerta y un agente entró con él.

—Perdón. Es que estaba bajo llave y no las encontraba.

—¿Y el cajero?

—Tomándose las doce —respondió el agente—, está todo en orden —añadió dirigiendo una mirada significativa al bolso.

Anxos Vilavedra se hizo con él sin mayor dilación y volcó todo su contenido encima de la mesa. Había de todo.

—¿Así que quieres saber cómo lo hice? —le preguntó al comisario.

—Cierto.

*Compostela, miércoles, 5 de marzo de 2008,
13.30 h.*

Cuando Andrés Salorio le confirmó que sí, que quería saber cómo se había llevado por delante a Sofía Esteiro, la doctora Vilavedra repitió lo que ya había empezado a contar unos minutos antes.

La sala contigua a la de interrogatorios, mientras tanto, se había ido llenando de policías curiosos de lo que estaba sucediendo al otro lado del espejo, del otro lado de la realidad. El propio agente que había ido a buscar el bolso se había encargado de dar a conocer a sus compañeros la escena que había presenciado hasta ese momento en los pisos superiores del edificio.

El que permanecía de guardia en la puerta de acceso, llevando control de todas las entradas y salidas, había saludado a los compañeros que cruzaron desde el acuartelamiento de enfrente, alertados por la noticia, rogándoles que al bajar le contasen lo que allí tuviese lugar. Pero venían apurados, para resguardarse cuanto antes de la lluvia que había vuelto a caer de modo impenitente, al tiempo que urgidos por la indisciplinada curiosidad que los guiaba, así que no le hicieron ni maldito el caso. Después se fueron distribuyendo por los pasillos. Sólo los más atrevidos y osados, amén de los más raudos, lograron entrar en la sala anexa a la de interrogatorios, mientras Diego Deza se afanaba en comprobar que ni la cámara de vídeo ni la cinta magnetofónica tuviesen ni el más mínimo fallo.

Al empezar a narrar lo sucedido, Anxos suspiró. Lo hizo, entre resignada y satisfecha, describiendo la belleza de Sofía en albornoz, una toalla envolviéndole la cabeza a lo actriz de Hollywood, las largas uñas que lucían sus manos, impropias de una médico, revoloteando en el aire del pasillo para conducirla al cuarto de baño.

—No te importa ¿verdad? —le había dicho, sonriéndole—. Es que me estaba depilando y así ya termino.

Luego entraron en el cuarto de baño. Era más aséptico que un quirófano. Nada estaba fuera de su sitio. Ni una mota de polvo ilustraba el más mínimo abandono.

En ese momento, Sofía volvió a sonreírle.

—Me depilo siempre en la bañera y así no tengo que andar recogiendo pelos cuando termino. Abro la ducha y el agua se los lleva. Es más cómodo —le había dicho a Anxos sin dejar de sonreírle.

Luego de despojó del albornoz y se quedó desnuda. Con movimientos lentos, como de felino, pasó una pierna por encima del borde de la bañera jacuzzi y luego con gracilidad y encanto la otra. Acto seguido se tumbó extendiendo toda la esbeltez de su cuerpo hasta ocuparla por entero.

De la pared próxima a la bañera, surgiendo del mueble de la pila del lavabo, extrajo un espejo de aumento con luz incorporada que situó encima de su pubis. Lo hizo dispuesta a seguir perfilando las líneas que lo delimitaban, convirtiendo su vello púbico en una estrecha franja negra que recordaba a la que, tapándole los ojos, vela la identidad de las personas en los reportajes mediáticos.

—No te importa, ¿verdad? —insistió Sofía—, al fin y al cabo las dos somos médicas.

—No. No. Continúa. No te prives —le respondió la doctora Vilavedra, sentándose en una banqueta que acercó a la cabecera del jacuzzi.

Al recordarlo fue la primera vez en la que Anxos frunció el rictus de su boca y endureció una mirada que hasta entonces a todos los que permanecían al otro lado del espejo se les había antojado cándida.

—Era una zorra. Un putón narcisista enamorada de sí misma. No tenía necesidad ninguna de humillarme, de restregarme su belleza en mis narices así como lo estaba haciendo. Como lo venía haciendo con unos y con otros cada vez que necesitaba manipular a alguien. A mí no necesitaba manipularme, yo también acudía a favorecerla. Pero ella tenía que someter a todo lo que la rodease.

En ese momento del relato, Andrés no sabía si interrumpirla o permitir que siguiese monologando. Ahora entendía por qué estaba todo en orden, por qué no había ni rastro de ropa, y cómo el cadáver había ido a parar a la bañera. Lo había hecho por su propia voluntad, llevado de sus propios pies todavía vivos. Por eso no había ni el más mínimo hematoma, nada que pudiese indicar que había habido violencia.

La dejó continuar. Era evidente que no era necesario apurarla causándole cualquier contrariedad que alterara el curso del relato.

—Y ahora viene esta diabetes a complicarme la vida —le comentó Sofía a Anxos, mientras montaba su pierna izquierda en el borde la bañera y observaba su pubis en el espejo.

Con una velocidad vertiginosa, que evidenciaba un dominio del arte de la depilación propio de una experta, Sofía se iba despojando del hirsuto vello púbico que, uno a uno, en perfecta alineación, iba colocando a partir de su ingle y en sentido descendente.

—Seguro que iba a follarse a alguien. Las gatas cuando van de caza afilan sus uñas y los putones verbeneros se depilan el coño, afilándolo... o afinándolo —comentó Anxos entre dientes.

—Y tú ¿le dijiste algo? —la interrumpió Andrea ante la mirada admonitoria de su jefe dispuesto a impedir que nada cortase la narración de los hechos.

—Sí. Le dije que seguro que no se la complicaría mucho.

Sofía la miró entonces, agradecida e incrédula, con cierta conmiseración en la mirada.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —le respondió Anxos Vilavedra.

Después se quedó dubitativa y absorta, en silencio, quién sabe sí recordando a Sofía, quién sí los hechos, o sí sintiendo algo que resultó indescifrable y por lo que nadie se atrevió a preguntar.

El comisario no quiso impacientarse y esperó un poco antes de intentar recobrarla del pozo en el que se había sumido. Entonces le posó la mano en el antebrazo y en el tono de mayor confidencialidad posible le preguntó:

—¿Y fue entonces cuando lo hiciste?

Anxos fue desviando lentamente su mirada hacia el comisario. Cuando se encontró con la de él, permaneció así un rato, cruzándola con la propia, sin agresividad, ni desafío; sin reto, sin ninguna llamada de socorro o implorando ayuda de cualquier tipo, simplemente lo miró.

Después comenzó de nuevo a hablar, al tiempo que extendía el brazo y, de encima de la mesa sobre la que había vaciado su bolso, rescató un envase del que extrajo una especie de termómetro, un artilugio que recordaba algo a una jeringa pues parecía tener un émbolo.

—Sí. Cogí un aparato como éste, cargado ya con la dosis de insulina que ella precisaba, y me demoré en explicarle cómo debería recargarlo, antes de inyectarse la dosis diaria. Ella ni siquiera me miró, más que de vez en cuando, entretenida como estaba en su aseo personal, absorta en la contemplación de sí misma, como siempre.

Anxos volvió a reposar el fluir de su relato, como serenándolo para serenarse ella; como queriendo recuperar fuerzas con las que acometer la descripción final que todos esperaban. Se podría decir que en esos momentos reinase un silencio sepulcral en todo el edificio si no resultase, cuando no impropio, exagerado. Entonces rompió a hablar una vez más, como si llevase siglos esperando para poder hacerlo.

—Antes de cargarla había hecho una operación más —dijo entonces, mientras rebuscaba algo de entre lo volcado encima de la mesa, hasta que logró encontrarlo.

En ese momento se podría oír el ruido de la lluvia más mansa que acariciase los cristales. Entonces continuó:

—Previamente, apoyando el émbolo en un trozo de pasta solidificada después de la cocción, muy parecido a éste, disparé la lanceta una y otra vez hasta que estuve bien segura de que se había impregnado de curare. Llegado ese momento, ante su indiferencia más aparente, puse mi mano izquierda en su muslo, inmovilizándoselo con suavidad, y posé el extremo por el que asoma la lanceta sobre su piel, así —dijo reproduciendo el movimiento realizado sobre su propio brazo— y apreté disparando la lanceta. Ni se inmutó apenas. Así.

El comisario tuvo una intuición que lo indujo a evitar el movimiento seguido por la mano de la doctora, pero la contuvo. Anxos lo vio, quedó pendiente del lugar en el que Salorio acabaría por posar su mano y luego continuó impassible el ademán, serena la voz, fija la mirada.

—Fue un momento magnífico. El curare bloquea las células pulmonares y el

envenenado siente bloqueada su respiración. Sabe que se va a morir. Sofía lo supo. Abrió mucho los ojos, mucho, como preguntándome qué pasaba, por qué le sonreía, por qué no hacía nada por ayudarla. Esperé así hasta que la supe muerta. Si hubiese llamado al 061 o la hubiese reanimado no hubiese muerto, pero la dejé irse.

—¿Por qué lo hiciste así? —preguntó Andrea.

—Pues porque creí que era lo justo. El curare no deja rastro. Si la hubiese matado con cianuro hubiese muerto instantáneamente, sin tiempo para arrepentirse, y hubiese quedado huella del veneno. El cianuro provoca una parálisis celular metabólica en todo el organismo y la muerte es inmediata. Provoca convulsiones y espumación por la boca. Si yo hubiese impregnado la lanceta de cianuro su muerte hubiese sido así —respondió.

Apenas nadie percibió que acababa de hacer los mismos movimientos que antes y posado el extremo del émbolo sobre su propio antebrazo, antes de presionar suavemente con la yema de su dedo pulgar el botón del extremo opuesto. Sólo Andrés y la inspectora reaccionaron conscientes de lo que podía haber sucedido. Pero ya era tarde. La muerte de Anxos Vilavedra fue fulminante. No tal y como había sido la de Sofía, sino como ella había anunciado que sería la producida por cianuro.

Quedó sin explicar por qué había esparcido las hojas de yingo bilowa por el interior del baño o si ya estaban allí, también cómo había recogido y doblado el albornoz. Nadie tuvo tiempo a saber de su boca los motivos reales que la indujeron al asesinato, primero, al suicidio más tarde. A lo mejor es que estaba realmente loca, como había afirmado Andrea; quizá quisiese salvar al mundo de alguna conjura o de una amenaza que se cernían sobre él sin que nadie más se hubiese apercibido.

Tampoco el porqué de los cortes que aparecieron dibujados sobre la piel del cadáver de Sofía. Unas incisiones de las que no manaría sangre porque la sangre ya no fluía por sus venas en el momento de que el bisturí de la doctora Vilavedra recorrió la piel como de alabastro o marfil. La única certeza era la de que Sofía Esteiro había accedido, sonriente y seductora, desnuda y bella, al que habría de ser el lugar de su ejecución, tan frío como ella misma.

Compostela, jueves, 6 de marzo de 2008

La noticia del fallecimiento de la doctora Vilavedra en comisaría, mientras estaba llevando a cabo la reconstrucción del asesinato de la doctora Esteiro el sábado anterior, tuvo amplio eco en todos los noticieros de la radio y la televisión de la tarde y noche del miércoles.

En una rápida y oportuna rueda de prensa convocada por el comisario Salorio, los periodistas fueron informados de cómo la doctora se había privado a sí misma de la vida, suicidándose al inyectarse cianuro. Lo había hecho llevada de la misma enajenación mental que la había inducido a dar muerte a su colega la doctora Esteiro y a intentar lo mismo con el doctor Somoza, pero administrándole el veneno por vía digestiva, con lo que éste había podido salvar la vida.

Nadie había logrado apercibirse de sus intenciones y únicamente un ligero estado de ansiedad, que fue atribuido a la tensión causada por su propia estancia en las dependencias policiales, había sido observado por los inspectores que estuvieron presentes en el interrogatorio durante el que tuvieron lugar los hechos. Éstos venían minuciosamente relatados, en los periódicos de la mañana, con mayor profusión y lujo de detalles de lo que lo habían sido en los noticieros radiados o emitidos por las televisiones el día anterior. El morbo había sido servido en dosis estimables.

Ése fue más o menos el tono de las noticias, tal y como Carlos Somoza pudo comprobar, viéndolas en los telediarios desde su cama del hospital, leyendo los periódicos de la mañana y hablando ahora con el comisario Andrés Salorio, que había acudido a visitarlo y le comentaba lo sucedido con mayor detalle pero sin darle tampoco mayores explicaciones ni datos.

El comisario estaba exultante. Todo había sido resuelto del modo que el delegado del gobierno le había exigido y de manera que nada de lo relacionado con los huesos del santo hubiese saltado fuera del restringido ámbito en el que había sido conocido. Todavía mejor que el caso de Regino.

El fatal accidente que le había costado la vida al deán se había tratado como lo que evidentemente había sido y Clara aún no había tomado la decisión de abandonar el Hostal de Los Reyes Católicos para reintegrarse a su hogar de manera que estaba pensando, muy en serio, ponerlo cuanto antes a la venta.

Eulogia estaba feliz. No sólo había tratado ampliamente con la delegada del gobierno sino que desde que lo había hecho nadie había vuelto a recordarle el episodio del helicóptero surcando los aires de la biblioteca universitaria. Eugenia había decidido donar la pitón al zoológico vigués de A Madroa y Andrés rezumaba satisfacción por todos los poros de su piel. La vida, en ocasiones, incluso podía

parecer hermosa.

Al abandonar la habitación del fondo en la que Carlos Somoza se recuperaba no sólo de su envenenamiento sino de todas las emociones que lo habían asaltado, el comisario Salorio sintió la vibración de su teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón.

—¡Vaya! —se dijo—. La vida sigue.

Lo atendió sin prisas y resignado. Era Tomé Carreira.

—Hola, comisario. ¿Nos vemos?

—Estoy saliendo del CHUS. Por mí cuando tú quieras. Ahora, por ejemplo.

—¿Dónde?

—Donde tú digas.

—¿En la cafetería del Hostal, por ejemplo?

—Por mí vale, voy para allí, llego en diez minutos.

Salorio había acudido al complejo hospitalario en el coche oficial y llegó en el tiempo previsto, de modo que tuvo que esperar por Tomé Carreira mientras se tomaba una cerveza.

—Perdona —se disculpó éste al llegar—, no creí que vinieras tan rápido.

—Es lo bueno de tener chófer y no tener que aparcar —explicó el comisario.

Carreira se sentó después de pedir un café cortado. A aquella hora de la mañana la cafetería estaba vacía y pudieron disfrutar de la misma privacidad de la que el lunes habían dispuesto Clara Ayán y el comisario. Cuando fue servido y quedaron solos, Tome tomó la palabra.

—Quería agradecerte en nombre de la curia y del cabildo la enorme discreción con la que has llevado todo este desagradable asunto y lo bien y rápidamente que lo has resuelto.

—¿Y no puede hacerlo el arzobispo? —preguntó Andrés algo enojado.

—Ya sabes cómo son. Me han comisionado para que lo haga yo en su nombre. Ellos ya lo harán por los cauces que tú ya conoces. ¿O es que no habló contigo el delegado?

El comisario miró al doctor en silencio y se abstuvo de hacer cualquier comentario.

—También quiero agradecértelo en mi propio nombre. Muchas gracias por todo. Cuenta con la amistad del arzobispado y con mi afecto y gratitud personales.

—Hombre, muchas gracias, no hay de qué. No me debes nada.

—Sí, y por eso te voy a dejar leer esto —respondió Tomé Carreira sacando un sobre del bolsillo y poniéndolo al alcance su mano—, para que veas que confío en ti y creo en tu palabra como tú confiaste en la mía.

—¿Qué es?

—Léelo.

Andrés lo leyó con calma. Lo hizo un par de veces. Luego miró al catedrático de antropología médica con cara interrogativa.

—Sí. Es lo que has leído. Al enterarme de a quién habían pertenecido los huesos de la determinación solicitada por Sofía, hablé con el finado deán y retiré unos fragmentos de los huesos más pequeños. Los que habían sido despreciados por Sofía por parecerle carentes de importancia. Sin citar identidades, remití los resultados de los análisis mitocondriales de los huesos de la prima de María Magdalena para que fuesen comparados con los resultantes de determinar el ADN de los huesos más pequeños. Y sí. Coinciden con los de la madre. También con los de los supuestos hijos de Jesús.

—¡Hostia! —exclamó el comisario.

—¡Hombre, sí! Pero también pueden ser hijos del Apóstol, al fin y al cabo eran de la misma familia. Lo más probable es que, al saberse en peligro y antes de sufrir martirio, los enviase con su madre lo más lejos posible y por eso hayan venido a dar aquí. A lo mejor ése es el origen de la presencia del Apóstol en estas tierras —respondió Tomé.

—Tendrás que deshacerte de ellos, pero para mí no mires que ya tuve bastantes líos.

—Estás loco, Andrés. Al fin y al cabo son de la familia del Maestro. Algún día será posible que se sepa todo esto y entonces deberán seguir ahí, esperando a que ese día llegue.

El comisario se calló y observó el cielo a través del cristal de la puerta que abre la cafetería hacia el poniente. Pensó en Clara y en los *pendrives* que tenía guardados. Luego pensó en todo lo vivido en aquellos días tan intensos y se preguntó cuánto tardaría en saberse, por cualquier vía insospechada, aquello que en un alarde de amistad le acababa de confiar su nuevo amigo. También se preguntó con qué intención lo había hecho.

Al contemplar el cielo, oscuro y gris, cubierto enteramente por las nubes, reparó en que seguía lloviendo. Como siempre, sobre mojado. Se acercaba la hora de comer. Llamaría a Eulogia y la invitaría a un buen marisco y a angulas. Seguro que las lampreas, durante los días pasados, ya habían escuchado el canto del cuco y regresado en busca de las profundidades abisales.

Pasados unos meses, a la vuelta de dos años, en pleno año santo y en una página par del periódico local, aparecería una reseña a tres columnas de la conferencia pronunciada en el Ateneo compostelano por el doctor Carreira. El titular diría «Los restos del Apóstol son auténticos, no hay duda».

—¡Ah, la vida! La vida sigue igual... —tararearía el comisario la canción de Julio Iglesias, al acabar de leer la noticia, sonriendo no se sabe sí con resignación o con algún otro sentimiento indescifrable.

Casa da Pedra Aguda, 14 de marzo de 2009.

Corolario

Como ya habrá deducido el inteligente lector, esta novela es estrictamente eso, una novela. Por lo tanto, aun siendo ciertos muchos nombres y lugares, concretas fechas, algunos personajes reales y documentados unos cuantos hechos de los que en ella se narran, en conjunto y por partes, se trata de una ficción por la que nadie deberá sentirse aludido ni darse por señalado. Buda también hizo milagros. Y no era dios. Lo que resulta todavía más milagroso.